



Sasha Miles

Un demonio
disfrazado
de ángel



Sasha Miles

Un demonio
disfrazado
de ángel

UN DEMONIO DISFRAZADO DE ÁNGEL



algo parecido al amor

Volumen 1

Sasha Miles



A Kelly Dreams.
Por un millón de razones.
Gracias por creer en mí.

Índice

[Prólogo](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Epílogo](#)

Prólogo

El aroma almizclado del sexo se mezclaba con los gemidos que rebotaban en las paredes de la Sala del placer, mientras Arock se dejaba llevar por el deseo. No era consciente de todos aquellos que lo rodeaban; demonios, caídos, incubos y otros seres se entregaban a aquel éxtasis salvaje que los llevaba más allá del más profundo abismo en el que todos habitaban. Habían dejado el honor atrás y la esperanza, la lealtad y tantas otras virtudes que antaño habían formado parte de su propia esencia y de la de muchos de aquellos que lo acompañaban aquí hoy, y que ya no significaban nada. Tratando de ahogar el eco de la vieja conciencia que, en ocasiones, regresaba para recordarle que lo había perdido todo. Lo que una vez le había importado, ya no tenía valor; yacía oculto, enterrado en las profundidades del olvido, como su viejo y destrozado corazón.

Se sumergió con más firmeza en el interior de su compañera de juegos, sin ningún tipo de delicadeza. El súcubo, cuyo nombre desconocía, tampoco esperaba suavidad, solo ansiaba comer; tomar todo de él, exprimirlo al máximo hasta que no quedara nada más que succionar, su misma esencia vital vinculada al acto sexual. Las acometidas se volvieron más salvajes, anhelando castigarse a sí mismo, tanto como a ella. Solo quería borrar el dolor, aquel sordo recuerdo que trataba de traer a colación todo aquello que ya había desterrado.

Su compañera le clavó las uñas en la espalda, mientras sus piernas se aferraban más a él, sabía que le dejaría marcas y no le importaba. ¿Qué más daba que supieran qué hacía o con quién? Era irrelevante, ya no había nadie a quién tuviera que rendir cuentas.

Las risas, los jadeos y las exigencias que esgrimían otras parejas a su alrededor le hicieron sonreír con sarcasmo en el mismo instante en que su compañera alcanzaba un violento clímax y él se dejaba llevar.

Siempre sucedía lo mismo, la liberación y con esta, la culpabilidad. Seguía vivo, respiraba y no tenía derecho a ser feliz. Sentirse sucio, perdido, malo, eso era lo que merecía, así que se regodeó en el odio que sentía hacia sí mismo.

—Cariño, ¿otra ronda?

La mujer lo miró con obvio deseo, se relamía con hambre, mirando con intensidad su polla casi dormida. Se apartó, subiéndose los vaqueros negros y dándole la espalda, abandonando el lugar sin explicaciones.

No había nada entre los dos, nada además de un intercambio físico. Él era uno de los generales

de los ejércitos del infame Lucifer y ella una puta y nada más. Una que se abriría de piernas para el siguiente que exigiera sus servicios, sin ningún tipo de titubeo. Su función era la de darles placer, a todos ellos; Arock, a cambio, le daba vida. Una parte de su misma esencia vital, el único alimento que la permitía seguir joven, hermosa y dispuesta. Convertida en una de las favoritas del ejército. Todos estaban de acuerdo con aquel trato. Ellos, ellas, cada miembro de aquella sala, cada soldado de su ejército. Era un trato justo, un intercambio. Así funcionaban las cosas allí abajo y, generalmente, siempre tenías que dar más de lo que tomabas a cambio.

Sacrificio y debilidad a cambio de tortura.

Le vibró el móvil en el bolsillo sacándolo de su estupor. Necesitaba una ducha, quitarse los restos del encuentro de la piel, golpearse y recriminarse cada segundo, cada acción. La nueva traición. Ella lo había amado y él había entregado su misma existencia, su poder, su hogar, todo. Había dado todo por la mujer que había robado su corazón.

El amor, aquel viejo conocido, había sido un sentimiento tan precioso y a la vez tan perverso. Tan puro, tan sagrado y tan oscuro y corrupto que todavía tenía la facilidad de helarle el alma.

«Tenemos un problema. Ven ya. El jefe se sube por las paredes».

Harr. Las cosas debían estar bastante mal, si su mejor amigo allí abajo se atrevía a interrumpirle justo en ese momento, sabiendo lo mucho que necesitaba la soledad hoy, justo hoy. En aquel cruel aniversario.

Sacudió la cabeza, necesitaba la mente despejada si iba a enfrentarse a aquel cabrón sin escrúpulos. La vida de casado no lo había hecho más suave, sino que lo había convertido en un cabrón perverso, ansioso por tocarle las pelotas buscando posibles parejas para él, un hombre que anhelaba la soledad por encima de todas las cosas.

Escribió un mensaje conciso y directo.

«De camino».

Pasó por sus dependencias, una suite de lujo, se la había ganado a pulso. La cómoda y enorme cama estaba rodeada de unas cortinas con dosel, que mantenían su sueño protegido de cualquier espectador no invitado. Nunca una mujer había llegado allí, había dormido allí, en sus brazos, jamás. Nadie podía acceder a su lugar, a excepción de Harr, y solo en contadas ocasiones.

Se desnudó de camino a la ducha, tres minutos después estaba listo. Hubiera preferido caminar por aquellos interminables pasillos, incluso perderse en ellos, pero era mejor no tocarle las pelotas a Luke. No si había una emergencia, así que se transportó frente a él. Su pelo seguía goteando sobre la camiseta limpia, se remangó el suave algodón, disfrutando de la textura de la ropa sobre su piel, y afrontó al pequeño grupo que se había reunido en la sala del trono, desde dónde el líder del Inframundo dirigía el cotarro con mano firme y sin titubeos.

No admitía ni un solo error, todo debía hacerse con corrección. Directo, rápido y eficaz. Si no,

no servías y si no servías tus días en el Inframundo estaban contados. Acabaría en algún lugar lejano, custodiando una zona terriblemente peligrosa para acabar muerto o condenado (no sabía cuál de las dos cosas era peor), poco tiempo después.

—Bueno, príncipe de la oscuridad, aquí me tienes.

Luke lo fulminó con la mirada. Sus iris se tornaron de un rojo intenso, que solo se suavizó cuando la abogada que se había convertido en su esposa enlazó sus dedos con los de él.

—No príncipe —dijo ella fulminándolo con la mirada—, rey y yo su reina.

La mujer era tan soberbia como el líder, hacían buena pareja. Había empezado a apreciarla, le dedicó una sonrisa condescendiente.

—Mis disculpas, su majestad. ¿A qué debo la invitación en mi día libre?

—Tienes una nueva misión —dijo Harr, enviándole una señal para que cortara el rollo. Entonces las cosas estaban peor de lo que él pensaba.

La seriedad se reflejó en su rostro de inmediato. Tomó asiento en su lugar y esperó, escuchando los murmullos de los hombres y mujeres que estaban allí reunidos.

—¿Una misión? —No se dirigió a nadie en particular, pero fue el líder quién tomó la palabra. El único con el rango suficiente como para dar órdenes a uno de sus mejores hombres.

—Te necesito en la tierra. Tienes que encontrar a Cassandra y traerla de vuelta.

El nombre de la mujer colocó una tensión en sus hombros a la que no estaba acostumbrado, no cuando esta llegó acompañada de aquel fuerte tirón en su pecho. Cassie, la había conocido poco tiempo atrás, una mujer demonio empática que se había criado como humana y que durante su estancia en el averno lo había alumbrado y deleitado con su vitalidad, sus comentarios mordaces, su belleza y sobre todo por la lealtad para con su hermano. A pesar de que este se había convertido en un asesino enjaulado. Uno de los pocos sellos que separaban a la humanidad del fin del mundo, del Apocalipsis. Aquel que borraría todo sobre la faz de la tierra y daría paso a un nuevo comienzo, el que prepararía el camino para todo lo que vendría poco después.

Quizá lo necesitaban, quizá no.

Cassie no se había arriesgado. Comprendía las repercusiones de aquel acto y había antepuesto las necesidades del mundo a sus propios deseos. El hombre que había sido, había valorado ese sacrificio como lo que era, un acto de pura bondad, sin importar cuál fuera su naturaleza y lo que se habría esperado de ella. El hombre que era, la había encontrado entretenida, la había deseado e, incluso, la había visitado, observándola desde las sombras. Anhelándola en silencio.

A pesar de la reciente experiencia, sintió su cuerpo revivir, presa de la necesidad de estar junto a ella, sentirla, hundirse en su cálido interior y entregarse a la dicha de escuchar los sonidos de deleite que le regalaría. De sus piernas estrujándolo, sus uñas clavándose en su espalda y todo su

cuerpo tenso, a punto de colapsar.

—No —dijo antes de poder controlarse.

Las charlas a su alrededor cesaron de golpe, mientras los ojos de Luke lo atravesaban con instinto homicida.

—¿No?

—Es hija de Uriel, él podrá dar con ella con más facilidad. Sabes que me necesitas aquí abajo, especialmente con la alianza forjada por las zorras infernales. No tienes a nadie que sea tan bueno como yo para bloquear y cortar sus avances. Hemos logrado un gran éxito en ese campo desde que me ocupo yo. Lo sabes, Luke.

—Uriel no puede ocuparse en este momento de Cassandra. Debe permanecer en el averno junto a Nasla. Están custodiando la esperanza. ¿Acaso quieres que el segundo sello desaparezca? ¿Que Pecado se desate? ¿Que el mundo tal y como lo conocemos quede destruido?

—Vamos, no seas tan pesimista. No va a pasar.

—Uriel no puede dejar su misión actual, ninguno de nosotros tenemos tu habilidad para localizar a un demonio incluso a distancia. Además, no puedes engañarme —advirtió letal—. Sé que te has encontrado con ella, varias veces, después de que se marchara.

—No puedo ir, Luke. No me jodas.

—¿Por qué no?

—Me necesitas en el este. Te lo he dicho.

—Te necesito en la Tierra, antes de que todo esto se nos vaya de las manos. Necesito a Cassandra aquí y yo no puedo abandonar el averno en este momento. Si abandono mi trono, alguien lo reclamará. Estamos en guerra, hay pequeños núcleos rebeldes por toda nuestra geografía. No me jodas tú a mí. Harr va a sustituirte en el este y tú te vas a la Tierra.

—¿Acaso tienes miedo de una pequeña empática, Ary? —preguntó Nala, con tono de reto—. No te tenía por un cobarde.

—No soy un cobarde.

—Yo creo que sí —miró a Luke, ignorando a Arock como si ya lo hubiera descartado—. Podría ir yo o llamar a Iara, sé que puede ponerse en contacto con Cassie en dos minutos.

El rostro de Luke pareció más suave, otra vez, al mirarla. Sus ojos derrochaban amor, aunque no ternura, jamás. La dureza de su carácter estaba implícito en cada gesto y movimiento de su cuerpo, de todo él.

—No, esta misión la tiene que cumplir Arock. No necesito que nadie se subleve, menos él. Es mi mano izquierda —explicó a su mujer, para después dirigirse a él—. Y vas a cumplir con tu cometido.

—Biel está trabajando arriba, ¿no puedes encontrar otra manera?

—He dicho que cumplirás con las órdenes, Arock, si quieres mantener tu posición y no ser

degradado. Ve, encuéntrala y tráela. Tengo planes para ella.

El caído miró a su líder, sabiendo que discutir de nuevo con él sería un suicidio. Su corazón acelerado se agitó, golpeando con fuerza, salvaje. Recordándole lo que sería reencontrarse con ella, cómo desearla, cómo ansiar tener más con otro ser, una segunda oportunidad.

Una oportunidad que no merecía.

—Bien. Entonces me marcho.

—Tienes siete días, Arock —dijo Luke, el peligro bailando en sus ojos—. No me falles.

Capítulo 1

La ceremonia había sido un éxito. Sabía que lo conseguiría, era experta en bodas y, no solo eso, también era capaz de sentir, literalmente, qué era lo que los novios querían, lo que en secreto anhelaban; con lo que hacer sus sueños realidad solo suponía un pequeño esfuerzo.

Las emociones se palpaban en el aire. El amor inundaba cada rincón, pero no en exclusiva. Había alegría, una enorme felicidad que la golpeaba con fuerza, llevándola a excederse incluso sin querer. La absorbió tanto como pudo, deleitándose en ella, perdiéndose en aquella sensación tan ajena a su vida presente. En otro tiempo, había sentido una dicha plena, hoy no. El último mes había sido un desastre, el último año una pesadilla, pero empezaba a sentirse más ligera. Sumergirse en el trabajo había sido, sin duda, una buena decisión. Bodas llenas de ricos platos, tartas de doce pisos, figuras de cerámica, tela, papel o mil y un materiales que terminaban representando a parejas rebosantes de amor. Ese amor que también absorbía, que empezaba a necesitar para sobrevivir.

Una aguja intensa y dolorosa se clavó en su pecho cuando la emoción resultó insoportable. Cuando sus propios recuerdos se abrieron paso en la maraña de emociones que la rodeaban, luchando por hacerse con el control una vez más, con devolverle la desdicha que ya no estaba dispuesta a sentir.

Jamás. Se deshizo de ellos como si no fueran más que una mota de polvo y cerró los ojos, tomó una bocanada de aire profundo y sintió su poder extenderse a su alrededor, tomando un poco de cada uno de los allí reunidos, bañándose en las maravillosas sensaciones. Todo era bueno, no había nada malo allí encerrado. Llegaron a ella como inyecciones de fuerza, como si el mundo estuviera lleno de bondad y alegría, de camaradería y ya no existiera nunca el dolor, o la insatisfacción, la tristeza.

Siguió succionando hambrienta, casi desesperada. Sacó sus gafas de sol y se las puso. No quería mostrar al mundo cómo su demonio despertaba. Sus ojos la delatarían, siempre rojos, ahora se volvían de un tono salvaje, con una pequeña línea amarilla rodeando sus iris y un tono oscuro que teñía el puro blanco. Sabía que una parte de su humanidad, esa que en realidad nunca había tenido, se diluía rápidamente cuanto más se entregaba a ese oscuro poder de sus antepasados, pero no podía evitarlo. La llamada era fuerte.

Desde que había estado en el averno, custodiando la puerta de la celda de su hermano, una oscuridad desconocida había anidado en su interior. La fuerza que la había llenado, el despertar en la batalla, ya no se había ido. Si había tenido tiempo atrás facilidad para leer a las personas, ahora ni siquiera necesitaba intentarlo. Llegaban a ella llenándola, tentándola, tenía que hacer un esfuerzo para no tomar demasiado. El poder chisporroteaba en sus dedos para el instante en que una voz la

sacó de su estupor.

—Yo que tú no haría eso, nena.

Esa voz que nunca esperó volver a escuchar estaba justo tras ella. Se tomó su tiempo para girarse y tardó un par de minutos más en mirarlo.

—Arock —pronunció en un susurro, carraspeó, tratando de recuperar la voz y preguntó—: ¿Qué haces aquí?

—Vaya, yo también me alegro de verte.

—No he dicho que no me alegre —corrigió, quitándose las gafas nuevamente, nerviosa, olvidando el motivo que la había llevado a ponérselas en primer lugar—. No entiendo por qué has venido.

—Se requiere tu presencia abajo y creo que empiezo a entender los motivos. —La atrajo a un lado, quitándola de la vista de los invitados, que ya estaban sentados disfrutando del banquete, entre risas y charlas animadas. No notarían su ausencia, pero le costaba alejarse, necesitaba un poco más. Solo un poco más de aquella fuerza emocional positiva que la rodeaba.

—Dame solo un instante, después hablaremos.

—No. ¿Te has visto, Cassie?

Entonces recordaba su nombre. Incluso parecía preocupado por ella. Aquellos ojos azules que se le aparecían en sueños más veces de las que deseara recordar, se clavaron en ella con una intensa chispa de desasosiego. En realidad se interesaba por su bienestar, lo había comprendido en el averno, cuando trabajaron codo con codo, pero pensó que no había nada más importante que el *colegueo* por tener que trabajar en una misión de semejante magnitud juntos, sin embargo, en esta ocasión, pudo leer algo más allí. Más intenso y personal, una inquietud genuina y desesperada.

—Estoy bien.

—No, no lo estás. Lo sabes, pero no quieres admitirlo. ¿Has visto tus ojos? ¿Tu pelo? Terminarán por darse cuenta que no eres como ellos y entonces ¿qué harás?

—No conoces a los humanos tanto como yo. Están pendientes de sus propios asuntos, a nadie le importa lo que yo...

—Los conozco mucho mejor que tú, Cassandra.

Pero se contuvo antes de debatir con ella, como si se esforzara por ocultar algo. Algo que le quemaba por dentro, un sordo dolor que lo hacía sentir aterrado, torturado, roto.

—¿Qué te pasa? —Caminó hacia él, la mano alzada tratando de acariciarlo, de sentir más, de comprender más. Con algunas personas necesitaba el contacto para comprender, para leer con claridad. En este momento, sintió la urgencia de hacer contacto con él y sintonizar esa onda de sus emociones, nublando las demás.

Estaba demasiado vinculada al resto, si solo pudiera rozar su piel...

Arock dio un paso atrás y negó.

—No quieres hacerlo, nena —dijo sin diversión alguna.

Una mortal seriedad, que no iba para nada con él, se reflejó en su rostro y la hizo sentir fría. Helada, en realidad. Como si de pronto alguien se hubiera llevado todo el calor del mundo, dejando tan solo la nada.

—Sí quiero —lo contradijo.

—No. Tienes un problema de adicción, cariño. Vas a tener que cortar esos lazos antes de perder el control. Un demonio empático libre en la tierra causará estragos y provocará que alguien intervenga. No será bonito para ti, en cualquier caso.

—Vamos, no hago daño a nadie. Ayudo a los novios a descubrir lo que quieren, a tener la boda de sus sueños.

El gesto de Arock pareció terriblemente contrariado, la negación de sus ojos se trasladó a sus labios en el instante en que pronunció.

—No. Lo que estás haciendo es peligroso para ti y para los que te rodean. No puedes seguir abusando de tu poder así. Las emociones están nublando tu juicio. Son una droga que terminarán por convertirte en un foco. La lucha que puede desatarse a tu alrededor, podría acabar con humanos, demonios, ángeles. A tu hermano lo encerraron por una razón, no me gustaría que sufieras su mismo destino.

—¿Me amenazas? —Lo miró con fiereza, sus ojos salvajes, gritando en silencio una advertencia. No tenía ningún derecho a juzgarla, ni él ni nadie. Hacía lo que tenía que hacer, a bastante había renunciado ya.

Sintió la rabia llenarla, rechazando de pronto cualquier roce con aquel hombre que se atrevía a esgrimir amenazas y advertencias vacías. Casi sin querer la envió contra él, con intención de hacerle daño, algo que nunca antes había hecho.

Se quedó helada al ver su mueca de dolor, casi se arrepintió, pero seguiría adelante. Nadie iba a decirle cómo vivir su vida. Los restos que le quedaban, al menos.

Arock se llevó las manos al pecho, sintiendo el dolor intenso en su corazón.

—Para, Cassie.

—¿Duele? —preguntó con satisfacción insana, no estaba bien, pero lo sentía correcto. Algo muy oscuro en su interior le gritaba animándola a continuar con el ataque hasta dejarlo roto, sin voluntad, suplicando clemencia—. Bien.

—¿Qué te está pasando?

—A mí no me pasa nada —rechazó con un gesto y se dio media vuelta, soltándolo—. Vete, tengo

que trabajar.

Le dio la espalda, alejándose de él. Era lo mejor que podría hacer, poner distancia entre los dos, acabar con aquella inquietud, con la ruptura de su círculo de seguridad. Se sentía a salvo en la tierra rodeada de seres humanos, dedicándose a sentir y procurando cumplir las fantasías de todos aquellos que soñaban con el romance perfecto, con la postal que querían que perdurara en sus vidas para siempre.

El recién llegado no tenía hueco en su vida, no podía permitirle permanecer en ella, era mejor espantarlo, que se fuera lejos de allí, a otro lugar en el que estuviera a salvo de su locura.

Se sentía loca, descontrolada, desesperada, pero él no tenía por qué estar en medio de todo aquello. Sin embargo, Arock no estaba dispuesto a rendirse tan fácilmente. Aún así evitó tocarla. Estaba claro que había cosas que no quería que ella supiera. La había tocado en el pasado, ansiaba tocarla más que ninguna otra cosa en el mundo, pero su demonio, ese lado vil y egoísta que formaba parte de su naturaleza, estaba demasiado cerca de la superficie. De alguna manera Cassandra sabía que él evitaría eso, que lo repudiaría, era posible que hasta lo asqueara.

—Espera, Cassandra. Lucifer reclama tu presencia en el averno.

La mujer se detuvo, sin girarse. Era eso, entonces. Aquel impresentable que le había arrebatado todo la reclamaba.

Pues ya podía esperar sentado, no iría. Ni hoy ni nunca. ¿Qué le debía a aquel ser a parte de todo el odio que había empezado a marcarla? Nada.

Sintió el repaso que Arock dio a su cuerpo y se sintió bien, deseada. Hacía mucho que aquellas emociones pertenecían a otros, no a ella, jamás a Cassandra, la maldita. La solitaria, que incluso había perdido a su hermano, a su padre, a todos aquellos que le importaban.

—¿Por qué debería preocuparme lo que ese ser despreciable quiera?

—Porque el infierno está en guerra y puede que seas nuestra última esperanza.

Lo miró, sin girarse del todo, la risa en su gesto era cínica. ¿Cómo podría ser de otra manera?

—No es mi problema.

Y sin más, lo dejó atrás. Ignorando los gritos agónicos de su conciencia y los deseos que empezaban a despertar, reclamando su consciencia.

Lo anhelaba, más que el mismo aire para respirar, casi tanto como el caos emocional que la rodeaba alimentándola, opacando su propia desesperación, pero lo ignoró.

Si Arock quería permanecer a salvo, debía alejarse de ella.

Jamás lo arrastraría a su mundo de sufrimiento y soledad. A la desdicha de saber que estaba totalmente sola y que todas vidas cuyo corazón tocaba, acababan destrozadas.

Arock, aquel caído dicharachero que tenía un lado tan gentil y estable como risueño, merecía una oportunidad de amar.

Y Cassie no podría dársela.

Ni a él ni a nadie más.

Capítulo 2

» Hogar, dulce hogar.

Cassie lanzó los zapatos de tacón al otro lado de la sala, mientras se deshacía del bolso y su chaqueta, cerró de una patada y se dejó caer sobre la puerta mientras un tenso suspiro abandonaba su pecho. Se sentía agotada, al límite. La celebración, como siempre, había ido sobre ruedas, pero su cuerpo estaba demasiado tenso producto de todas las emociones que había consumido ese día, quizá incluso por la visita que había recibido.

Se dijo que tenía que ignorar la inquietud y el deseo que se incendiaban en su estómago al pensar en Arock. Ella no era nada para él, si acaso una distracción, algo que no le apetecía ser. La vida ya era lo suficientemente complicada sin meter sexo y hombres en ella, se había acostumbrado a la soledad de la soltería y le iba bien. De vez en cuando quedaba con Iara, con Xena y, si tenía suerte, con Nala. Esta última era su favorita, pero resultaba complicado comprenderla a veces, sobre todo desde el momento en que había decidido aceptar al *cabrón infernal* como pareja de vida.

Caminó a la cocina, le dolían las plantas de los pies, así que fue cojeando, abrió la nevera y sacó un botellín de agua helada que casi terminó de un sorbo, y estaba rebuscando entre las sobras de la cena del día anterior cuando lo sintió.

Se giró lista para la batalla, sus garras desenfundadas de inmediato y sus colmillos peligrosos. Al otro lado de la sala, Arock alzaba las manos pidiendo calma.

—Ey, nena. Solo soy yo. Guarda las uñas.

Sintió la mirada de desaprobación del ángel y a pesar de que se esforzó en mostrar que no dolía, lo hacía y mucho. La miraba evaluándola, como si esperara que se transformara en un demonio asesino en cuestión de segundos.

—Descansa soldado, no tengo ganas de pelear.

Su naturaleza se ocultó suavemente, grácilmente, en un gesto seductor. Al menos, así se sentía ella, terriblemente erótica y dispuesta para el juego entre dos.

Algo que se había advertido no hacer y que no haría.

—¿Quieres sobras de comida china?

—Creo que pasaré —le contestó—. Aunque podría invitarte a un italiano o algo así, la pasta y la pizza vuelve locas a las nenas, ¿no? ¿Qué me dices? ¿Vivimos peligrosamente?

Cassandra rio, incluso sin querer.

—Estoy destrozada, chaval. Otra vez será. —Salió y dio un par de palmaditas en su pecho er

tono consolador. La oleada de excitación la dejó helada en el sitio.

—Te dije —empezó Arock sosteniendo su mano y mirándola con una intensidad letal—, que no te gustaría tocarme. —Dio un tirón de ella, con delicadeza, hasta que quedó resguardada entre sus brazos, no luchó por alejarse, no podía. La intensidad del deseo era tal que apenas si podía recuperar el aliento—. Aún así lo has hecho, ahora pagarás tu deuda.

Su boca bajó a la de ella y la besó con intención aleccionadora. La besó cual castigo, de forma carnal y desesperada, bebiendo de ella. La tomó con fuerza por las muñecas y la pegó a la pared. Mientras una mano sostenía las de ella sobre su cabeza, la otra tiró de su ropa exponiendo sus pechos. Se deleitó en la contemplación y gruñó, los acarició, pellizcando con dulzura sus pezones, para terminar con una caricia de su pulgar.

Sabía que su cuerpo reaccionaba a él. Le dolía por sentir su boca rodeándolo, sus labios en ella, su lengua, la succión intensa que le llegaría hasta lo más profundo en el centro de su propio ser.

—Arock... —sonó suplicante, era consciente de ello, pero no le importó. La necesidad era tan grande que no podía contenerse—, por favor.

—No sabes lo que me pides, Cassie, ni lo que me ofreces.

Sus labios la rozaron apenas un instante, estuvo segura de ello, de la calidez de su aliento, de la tierna caricia, sin embargo, y antes de darse cuenta, su ropa había vuelto a su lugar y él se había alejado de ella.

Un incómodo bulto tensaba la entrepierna de sus pantalones y sus manos temblaban tanto que se obligó a llevarlas a la cabeza, en un intento de mejorar la situación.

—No vuelvas a hacerlo.

Quiso preguntar el porqué, pero no lo hizo. Se limitó a asentir.

—Es mejor que te vayas. —Su voz sonó ronca, su respiración agitada mientras se recolocaba la ropa—. No creo que sea una buena idea que te quedes aquí.

—Tenemos que hablar.

—¿De nosotros? —¿Por qué había aquella esperanza en ella? No debió permitirle, debió censurarla; sí, debió hacerlo.

La sonrisa de Arock estaba llena de reproche, pero sabía que no iba dirigido a ella, sino a sí mismo.

—No.

—Bien, entonces no tenemos nada que decirnos. Una vez se lo dije a Nala, ahora te lo digo a ti, no haré nada que Lucifer quiera. Ya ha obtenido bastante de mí. Cierra la puerta cuando salgas.

—No necesito puertas para entrar o salir de tu vida, Cassie.

Había tanta emoción encerrada en la forma en que pronunció su nombre, que el alocado corazón de la mujer se aceleró, esperando. Otra vez esa terrible amenaza, tan peligrosa e irreal como un

cuento de hadas. La machacaba y la destruía, haciéndola anhelar algo que jamás debía tener. Su futuro era oscuro o lo sería si seguía por aquel camino. Arock estaba maldito, trabajando en el averno, a las órdenes de su mayor enemigo. No podía cometer aquel error.

—Márchate, por favor. No me hagas pasar por esto.

—No te necesita Lucifer, te necesita el mundo, te necesita el averno, tu Tierra, Nadir y te necesito yo.

—¿Por qué yo? No soy nada, NADA. Una empática sin patria, exiliada.

—Eres más que eso y los dos lo sabemos. Tu corazón es puro, renunciaste a tu hermano por el bien de la humanidad, ¿cuántos demonios habrían hecho eso? No vives en el exilio, este es tu hogar.

—¿Como el averno lo es el tuyo?

Arock la miró, no se movió ni asintió, no respondió a su pregunta.

—¿Pasta, pizza o tienes otra preferencia?

—No he dicho que sí.

—No planeo darte opciones —aclaró apoyándose en la barra y tomando asiento en uno de sus taburetes favoritos, mientras cogía el inalámbrico y llamaba al restaurante.

—Pizza vegetal —aclaró para cuando respondieron al otro lado.

Arock le guiñó un ojo, la seriedad desterrada de su semblante mientras hablaba con seguridad a quién fuera que le hubiera contestado.

Sonrió a cambio, incluso sin querer. ¿Cómo no hacerlo? Era como llegar a casa. El deseo se retorció en su interior, también lo sentía él, pero no le daba importancia. Sus emociones llegaban ahora en masa a ella, tantas y tan diferentes que apenas si podía descifrarlas.

Hambre sexual, anhelo, dolor, tristeza, diversión, necesidad, ¿amor?

Parpadeó, como si hubiera recibido una bofetada.

—No hagas eso —exigió él, el tono divertido ausente de su semblante—. Si quieres saber algo sobre mí, pregúntame. No me gusta que hurguen en mi privacidad a la fuerza.

—¿Por qué tienes miedo, Arock? ¿De qué?

El hombre se relajó, dejó el teléfono en su soporte y empezó a rebuscar en sus armarios, poniéndola nerviosa.

—¿Dónde guardas los platos, corazón?

Cassandra hizo rechinar sus dientes. Odiaba esos apelativos.

—No soy tu corazón.

—No tengo toda la noche —le contestó ignorando su respuesta, estirándose y sumergiéndose en su intimidad sin pudor. Sacó una caja del fondo de un armario y la agitó frente a ella—. Oh. ¿Cómo es que guardas esto en la cocina? —Trató de leer la etiqueta, ella dio un salto tratando de llegar a su

mano, pero era bastante más alto que ella, por más que tiró de su brazo y procuró evitar que lo viera, le resultó incapaz.

—Porque es mío, es mi casa, no tienes ningún derecho a...

—Mmmm, no sabía que te gustara esto. Claro que estoy dispuesto a probarlo, vaya.

—Devuélvemelo.

Estaba más roja que la grana, se dijo que no pasaba nada, que cada uno ordenaba su casa como le daba la gana y total, ni siquiera lo había estrenado, había sido un regalo de Nala, por su despedida de soltera.

—No es lo que parece...

—Mmmm, curiosa respuesta. Encuentro un... —leyó la caja literalmente— columpio sexual y no es lo que parece. ¿Para qué lo usas? —preguntó divertido—, ¿para leer, quizá?

—Devuélvemelo.

—No, creo que no podrías ni levantarlo. Ignoraba que tuvieras novio.

—No tengo novio y no es asunto tuyo lo que hago o dejo de hacer. Soy una mujer adulta con necesidades de adulta y no tengo por qué...

—Vaya, grandes necesidades, pero ni siquiera le has quitado el precinto. Creo que deberíamos probarlo.

Cassandra se cruzó de brazos y lo fulminó con la mirada. ¿Cómo se atrevía? Primero la calentaba, la tocaba y la dejaba tirada y ahora ¿qué? ¿Insinuaba que follaran como conejos? Pues iba a ser que no.

—No eres mi tipo.

—Ya, sigue diciéndotelo y quizá te lo creas. Cariño, puedo sentir cómo lloras por mí, si sabes a lo que me refiero.

—Eso no es verdad.

Cruzó las piernas sin darse cuenta, provocándole la risa.

—Lo que yo decía, me deseas. Y me tendrás, en algún momento.

—Sigue soñando.

—Es un hecho.

—No —negó vehemente. No iba a permitirle jugar a ese juego con ella—. Deberías irte de vuelta al infierno con tu amiguito, yo puedo seguir aquí, ya le mando yo una carta o una paloma mensajera o como sea. No pienso ir, no deberías perder el tiempo.

—Luke no aceptará un no por respuesta y la próxima vez que tenga que pedírtelo, no será tan dulce como yo. Te lo aseguro.

—¿Dulce? ¿Tú? ¡Ja! No pienso ir.

—Vale, no vayas, pero no me marchó. He pedido mi pizza favorita, de carne —aclaró

pinchándola— y pienso comérmela. Y si piensas que voy a darte un poco, es que no me conoces, monada.

—Te-he-dicho-que-no-soy-tu-monada —dijo entre dientes, mosqueada—. Deja de tocarme la moral, no has visto a un demonio enfadado.

—Tú eres una empática, preciosa, yo un Caído. Lo más que vamos a luchar, nos va a dejar una tremenda satisfacción, así que no me preocupa.

—Me estresas —dijo a punto de pegarle.

Él dio un paso atrás, evitando el contacto.

—Te he dicho que no me toques, vamos a tener un problema con esto, porque la próxima vez no pararé y sé que te arrepentirás. Vas de moderna, pero no lo eres. En realidad, crees en príncipes azules y cuentos de hadas y yo, nena, soy un tío de una noche y nada más. Follaremos, te lo garantizo, pero sin finales felices. Piénsalo bien.

—Qué aburrido. Una noche. Bah, no me interesa. Tú no me interesas. ¿Entiendes?

El timbre la interrumpió antes de recibir una respuesta y lo agradeció. No le apetecía escucharla, porque la irritaría. Ella lo deseaba y no un rato, sino durante días, semanas, meses, años. Era tremendamente sexual y ella estaba muy necesitada.

»Nota mental. Búscate un maromo y déjate llevar. Ya va siendo hora de dejar atrás el celibato, Cassandra, haz caso del consejo de Nala. Hay muchos demonios dispuestos, hombres normales también, quizá hasta algún ángel. Mierda, céntrate. Céntrate. Ángeles no.

Abrió la puerta y al otro lado encontró a un repartidor que la dejó sin palabras.

»Guau, ¿desde cuándo los adolescentes eran tan... tan...? Oh Dios mío, asaltacunas. Me estoy convirtiendo en una depravada sexual.

Contuvo la respiración y tomó la entrega, iba a darle el dinero cuando Arock se asomó para ocuparse de la cuenta.

—Me toca, cariñito —dijo en tono meloso. ¿Se había quitado la camisa y los zapatos? El muy...

—Claro, cariñito —respondió con rintintín—. Dale una buena propina al chico.

—Vaya, colega —soltó Arock mirando al desconocido—. Me tiene destrozado, es una fiera en la cama. ¿Cuánto es?

El chico se quedó en silencio un instante, miró a Arock y luego a Cassie, ella pudo notar los ojos de él en su trasero, hasta el instante en que tragó saliva y la imaginó desnuda.

Puso los ojos en blanco. «Hombres». Eran taaan básicos.

Sin embargo no esperaba las palabras que Arock ofreció al joven un instante después.

—Está buena, ¿eh? Te gustaría follártela, si te animas podríamos llegar a un acuerdo.

Le puso el dinero en la mano y lo giró para que siguiera su camino, sin dejarle pronunciar ni una

sola palabra, cerró la puerta tras él y sonrió.

—¿Y bien?

Cassandra se había quedado boquiabierta, incapaz de creer lo que acababa de presenciar. La furia sustituyó a la estupefacción.

—¿Quién coño te crees que eres? Lárgate de mi casa.

—Vamos, nena, era una broma.

—No me gustan esas bromas. No soy un cacho de carne para comerciar con él, ¿me entiendes?

—No he dicho que lo seas.

—Lo has insinuado.

—No —contradijo Arock—. No lo he hecho. Nunca te compartiría. —Se sentó en el sofá y se puso cómodo, cogiendo el mando a distancia y haciendo zapping—. La tele aquí es tan mala como abajo.

—¿De qué vas? —repitió Cassandra indignada y dolida.

Negó, dejó las bolsas en la mesa y se apresuró hacia la cocina.

—Haz lo que te salga de la polla —espetó mientras se encerraba en la otra habitación y daba un portazo.

Mierda, tenía ganas de llorar por lo capullo que era el tipo. ¿Cómo podía sentir algo por él? No se lo merecía. No merecía cada sueño que había tenido esos últimos meses recordándolo. Viéndolo salvarle la vida, interponerse en el camino de aquella arma. Tomándola en brazos y sosteniéndola hasta que abrió los ojos para volver a él.

Ella solo era un demonio. Un maldito demonio. Nada más. Un caído como él jamás se fijaría en ella.

Sus garras se sumergieron en la encimera, dejando las marcas en la pulida superficie, haciéndola sentirse mucho peor. Era una loca, ¿qué sentimiento podría haber para ella? Nada. Estaba sola, sola. No tenía a nadie. Necesitaba sentir. Necesitaba...

Sintió su calidez antes de conseguir apartarse de él, rodeó su cintura con aquellos fuertes brazos y apoyó su barbilla en su hombro, no dijo nada, solo se quedó allí.

Trató de sentir sus emociones, pero encontró una pared. Había aprendido la lección, era capaz de bloquearla y lo hacía. Nadie más era capaz de aquello, nadie que hubiera conocido después de su estancia en el infierno.

—No tenías derecho —dijo odiando cada lágrima fugitiva que se colaba en su voz, rodaba por sus mejillas y caía en aquellas enormes manos—. No.

Arock acarició su vientre con el pulgar. La blusa se había subido apenas y estaba aprovechando para sentirla.

—Lo siento.

Y fue sincero, no podía sentir nada de él, pero de alguna manera lo sabía. Lo había dicho de verdad.

—No quiero ser un juguete para ti, no quiero... es mejor que no seamos nada, Arock, y lo digo en serio. No puedo más. No puedo pasar por esto. No quiero hacerlo.

—No debí bromear con el chaval; no quería ofenderte, Cassie.

Ella giró enfrentando sus ojos.

—Lo hiciste.

—Lo sé.

Escrutó su rostro buscando algo, no sabía qué.

—¿De verdad?

La oscuridad de sus ojos, el ceño fruncido y la tensión de su mandíbula fueron suficiente respuesta, aún así él contestó.

—De verdad.

¿Y...? quiso preguntar. Sabía que en aquella actitud había algo más, una despreocupación que a veces parecía ser muy suya y otras algo impuesto. ¿Por qué? ¿Cuándo aprendería a comprenderlo? Quizá nunca. Quizá fuera mejor correr en dirección contraria, alejarse y no mirarlo nunca más.

—No volverá a pasar —aseguró con tanta intensidad que casi le dio miedo—. Lo juro.

—Si alguna vez sucede entre tu y yo —dijo ella, sin rodeos—, será solo entre los dos. No soy de esa clase de mujeres, Arock.

—Cuando suceda entre tú y yo, Cassie —contestó él empleando su nombre—, no habrá nadie más.

Quiso aceptar aquel trato, pero se contentó con tragar saliva y no gritar cuando él rompió el abrazo.

Se encontró deseando que volviera, sentirlo tan cerca, lo que provocaba en ella...

Se quedó helada cuando se dio cuenta de una verdad que la había eludido durante mucho tiempo. Desde que Arock había irrumpido en su vida, allá en el averno meses atrás, había sido el único que la había ayudado a sentir. No a través de sí mismo, sino por ella.

Aquel corazón lleno de dolor que habitaba en su pecho, tenía esperanza, se sentía reconfortada, quería amar.

Y eso la convertía en una mujer normal que ya no era, una muy aterrada.

»No puedo seguir por ese camino, necesito encontrar otra salida. Arock es peligroso.

Pero seguir succionando sin control emociones y sentimientos ajenos, era la vía directa al suicidio emocional. A la oscuridad.

A una eternidad de soledad en el averno.

Arock era muy consciente de que su intento por expulsar aquella intensa emoción que sentía cada vez que la mujer estaba cerca de él, había sido un gran error. Tan grande que le había dolido ver en su gesto la incredulidad y el horror ante las palabras que había pronunciado.

Mierda, debió ser más cuidadoso. No estaba en el infierno. Cassandra podría ser una mujer demonio, pero no era un súcubo ni ninguna de sus amantes de la Sala del placer. Era una mujer con sentimientos, se había criado en la tierra y no se dejaba llevar por los instintos, sino por la razón, por el corazón. Era diferente a todas aquellas con las que había compartido su cuerpo. A las que había castigado con su lengua y acciones, incluso con el sexo.

Sabía que con ella sería muy diferente. No tendría nada que ver con lo que habría habido con cualquier otra como ella, en otro lugar, en otro entorno.

Cerró los ojos un momento, mientras ella estaba ausente, recreándose en su propio dolor, porque lo cierto era que Cassandra le hacía daño incluso sin querer, con ser quien era, como era. Esa parte de su ser, el compromiso, la lealtad, la eterna esperanza, ya no formaban parte de él. Había pasado mucho tiempo desde entonces, pero el dolor de la pérdida y la traición seguían pesando en su alma como ascuas ardientes.

—Si quieres, puedo prestarte una camiseta o algo.

—Tengo mi camiseta, no me gusta sentirme oprimido —contestó en acto reflejo cuando la miró.

Se había cambiado de ropa, estaba descalza, llevaba unas mallas y una enorme camisa de cuadros que ocultaba todas sus curvas. La contempló, incluso con el pelo recogido en un moño casual y aquellas pintas la veía preciosa y la deseaba, incluso más que con su uniforme oficial—. Eres preciosa.

—No necesitas adularme, ya he decidido dejar que te quedes a comer la pizza.

Arock sonrió. Como si le hubiera dado otra opción.

—Te pongo nerviosa.

—No —contradijo, aunque sabía que mentía.

—No es mi intención angustiarte.

—Pues disimulas muy bien —comentó con un suspiro, tomando asiento lo más lejos posible de él.

—Ya me he disculpado, ¿me vas a perdonar o no? —Había cometido un error de cálculo, uno que ya le pesaba. Otra carga más con la que seguir adelante, por capullo. Pero se lo tenía bien merecido.

—Perdona —dijo arrepentida—, es que estoy cansada. La vida está siendo difícil últimamente.

—¿Por tu hermano? —preguntó, sabiendo que aquel era un terreno pantanoso.

Ella lo miró, los ojos brillantes por las lágrimas retenidas.

—En parte.

—¿Por Adam? —inquirió sin apartar la mirada. Quería leer en su alma el amor por aquel desgraciado que había tenido un tesoro en sus manos y no había sido capaz de valorarlo.

Cassandra se quedó muda y boquiabierta, como si hubiera recibido un golpe del que no era capaz de sobreponerse.

—¿Cómo...?

Arock le restó importancia, se encogió de hombros y explicó.

—Creo que lo mencionaste abajo, ya sabes, cuando estuvimos trabajando en la Sala de los siete sellos.

—¿Lo hice? —Parecía terriblemente confusa. Lo cierto es que posiblemente no lo hiciera en voz alta, o quizá sí, fuera como fuese él lo sabía. Había visto la escena reproduciéndose frente a él. Quizá como algo inherente a ella, que era imposible no ver.

Un dolor tan viejo y tan profundo que había sacado sus afiladas garras aferrándose en él, llevándolo a comprender un poco mejor la distancia que se empeñaba en mantener entre los dos.

Hoy esa distancia había parecido desdibujarse, por unos instantes al menos, hasta que se había convertido en el cabrón que era.

—Es una historia vieja, Cassie. No puedes dejar que siga rigiendo tu vida. Eres más fuerte de lo que crees.

Se recuperó entonces y se sentó muy recta, dejando claro que no le iba a permitir juzgarla. Tampoco lo pretendía, de alguna manera quería explicarle que la comprendía mejor que nadie, que en otro tiempo, él también había amado y perdido, pero ¿cómo hacerlo? Sus destinos habían decidido joderlos a base de bien, poniéndolos al uno en el camino del otro, implantando aquel intenso deseo que nunca deberían hacer realidad, no si querían mantener sus corazones a buen recaudo.

—Hay historias que perviven por siempre, las consecuencias son demasiado importantes como para olvidarlas.

—A veces, solo hay que dejar ir lo malo para quedarse con lo bueno —explicó, se dijo que él mismo debería poner en marcha el consejo y aplicárselo. Pero era más fácil decir que hacer.

—Claro. Es sencillo, ¿verdad? Solo decides dejar de sufrir y no sufres; decides dejar de amar y no amas; o dejar de sentir la pérdida de algo que te arrebataron, de la injusticia de la soledad y simplemente se esfuma, dando paso a la felicidad plena —comentó cínica—. Si fuera tan fácil, Arock, los psicólogos perderían su trabajo y no habría personas tristes en el mundo.

El hombre elevó su lata de refresco y sonrió.

—Tocado.

—Y hundido, diría yo —comentó ella observando la cena con desgana—. La verdad es que la vida está llena de tópicos, todo el mundo asegura que hay que dejarlo marchar, que si te hieren no tiene importancia, que el tiempo lo cura todo, pero no es cierto. Las heridas pueden sanar con los años, pero la cicatriz pervive y es un recuerdo que te acompaña para siempre.

—Viejas dolencias, que cuando menos lo esperas arden con fuerza recordándote lo que te pasó, haciéndote sentir culpable o simplemente un idiota.

Cassandra lo miró, sus ojos rojos brillaron con más intensidad y Arock supo que pretendía descubrir los motivos que lo llevaban a hablar de aquella manera, pero no había pasado eones en el averno siendo torpe o ingenuo, sabía mantenerse a salvo de aquellos poderes que pretendían penetrar en lo más profundo de su alma.

—Tienes miedo y te refuerzas ante mí. ¿Qué ocultas, Arock?

—Una vez te dije que no te fies de mí, ¿lo recuerdas? —preguntó, un halo de oscuridad pasó por sus ojos, dejando claro que no había broma alguna en sus palabras.

Cassie se alejó, como si algo frío la hubiera tocado, dejándola estática y helada. Temerosa de él.

—En la vida no hay garantías —concluyó Arock, acomodándose en su asiento y sonriendo—. Recuérdalo. A menudo hay mucho más de lo que vemos, cosas peligrosas, a veces lo que vemos son ilusiones lejanas, que poco o nada tienen que ver con la realidad.

—Las apariencias engañan —contestó ella, dejando claro que había comprendido la esencia de lo que pretendía decir—. ¿Eres un enemigo? ¿Un lobo con piel de cordero?

—No más que tú, monada —dijo divertido—. Esa cara de ángel —añadió, su mirada acarició cada centímetro de su tez, en una caricia lejana—, que oculta un peligroso demonio. Los humanos no entienden lo que les haces, hasta que están bien apresados en la trampa.

—¿Vas a recriminarme algo, Arock? —Lo miró, sus ojos entrecerrados a modo de peligrosa advertencia.

—Dios me libre —comentó y se quedó pensando un momento. ¿Sería una blasfemia pronunciar el nombre de aquel al que en otro tiempo había traicionado?

—Sé que he estado alimentándome de las emociones, Arock, no soy tonta. Lo necesitaba. Los últimos tiempos, como te dije, no han sido fáciles, pero puedo parar cuando quiera.

—¿Eso es cierto? ¿Si ahora te llevara abajo, a cumplir la misión para la que se te requiere, serías capaz de estar un tiempo sin sentir? ¿Sin tus humanos? ¿Sin su amor? ¿Sin su dicha?

—Podría, pero no lo voy a hacer. Te lo he dicho, no conseguirás de mí nada que quiera Lucifer. No me interesa.

—¿Y si en vez del jefe, fuera Uriel quién te necesitara?

—Mi padre sabe que no haré nada que beneficie a...

—La cuestión aquí no es esa. La cuestión es si serás o no capaz de alejarte de este mundo. De esa necesidad tuya por sentir todo, por devorar con ansias toda esa felicidad, para empezar a sentir de nuevo. ¿Ya no amas a Uriel? ¿Tan liviano es tu amor?

—Amo a mi padre más de lo que podrías imaginar, caído —sus ojos se tornaron peligrosos—. Si sigues con tus ofensas, te irás de mi casa o sufrirás mi ira.

—¿Todavía sientes algo, Cassandra? ¿Todavía eres capaz de discernir tus emociones? ¿No será acaso mi ira o la de Lucifer la que canalizas?

—Eres un cabrón.

—Te dije que recordaras que no debes fiarte de mí.

—Soy una idiota, ¿no es así? Me ofendes, te perdono. Vuelves a hacerlo y...

—¿No quieres hacerme tragar mis palabras? Demostrarme que no necesitas nada de otros, que puedes sentir por ti misma.

—Yo siento, Arock. Siento todo. Siento el dolor de la pérdida, siento la distancia entre aquellos que amo y yo, siento la soledad, la infernal soledad que me abrasa por dentro. Y vienes aquí, a incrementarlo, a dañarme con tus palabras, a herirme, ¿por qué? No te he hecho nada. ¿Tan importante es tu misión para ti, que no te importa a quién tienes que pisotear para conseguirla? Pensaba que eras diferente, pero eres como todos los demás. Interesado y egoísta.

—Soy un caído, cariño. Si lo has olvidado es tu problema, no el mío.

De nuevo aquella mortal palidez en el rostro de su compañera, sentada allí parecía una niña pequeña, sola y asustada. Casi se levantó para atraerla a sus brazos, pero no podía ceder a tal debilidad, no otra vez. Tenía que ponerla en alerta para que estuviera preparada para lo que vendría y tenía que conseguir retarla lo suficiente como para que abandonara aquel adormecimiento, aquella intensa contención, aquella adicción a las emociones humanas, para que alcanzara aquello que estaba destinada a ser, una salvadora del averno. Si ella regresaba allí abajo, el segundo sello podría ser custodiado y Nadir también. De alguna forma, la presencia de Cassandra facilitaba las cosas en la Sala. Lucifer lo había descubierto demasiado tarde, tras enviarla de vuelta a casa, lejos de allí, cuando más la necesitaba.

—El sello del oráculo se rompió. Ha pronosticado el Apocalipsis —habló con sinceridad, ella debía conocer los hechos—. La esperanza está en peligro, nuestro deber es mantenerla a salvo.

—¿Cómo? Escúchate, Arock. ¿Qué pretendes de mí? Que vuelva a custodiar la puerta de mi hermano. Que vuelva a dejar salir esa bestia que vive agazapada en mi interior o que los rebeldes me encuentren y me conviertan en algo parecido a lo que hicieron con Nadir.

—¿De qué hablas? —preguntó sin comprender.

—De nada.

—Sabes algo que nosotros no.

—Márchate, estoy cansada. Quiero acostarme y no me apetece hablar más contigo.

—No entiendes lo que está en juego. El mundo tal y como lo conoces... —empezó, si había algo que ellos ignoraran, si Nadir o Pecado más bien, había llegado a ella, si le había dicho algo, si conocía algún dato que ellos desconocían... No solo el oráculo sería peligroso, sino también la mujer que tenía ante sí.

—¿Y qué me importa el mundo, caído? Ya no queda nada en él para mí.

Bostezó sonoramente, con intención.

—Mañana tengo otra boda, lárgate y no des un portazo al salir.

Se levantó y salió de la sala, sin mirar atrás ni una sola vez. La cena sin tocar sobre la mesa captó su atención, aunque no la veía, tan solo se repetían las palabras de ella en su cabeza una y otra vez.

¿Luke sabría algo que no le había dicho? ¿Harr estaría al tanto?

Tenía que encontrar respuestas y hacerlo pronto. Llevar a Cassie abajo no era el problema, no quería hacerlo, pero si tenía que emplear la fuerza, lo haría. Había dado una oportunidad, incluso la segunda presentándose en su casa, pero en función de las noticias que le diera su mejor amigo, podría no haber una tercera.

Cassandra cumpliría con su cometido, aunque tuviera que llevarla atada y con ello consiguiera su odio eterno.

A veces el corazón, por más que quisiera reclamar un lugar, un amor, una persona, tenía que quedar en segundo plano.

La soledad no le resultaba desconocida, la abrazaba y disfrutaba, pertenecía a ella.

Y así sería durante toda la eternidad.

Capítulo 3

Aquellos ojos rojo intenso, tan parecidos a los suyos, se le clavaron de nuevo en el corazón. La miraban con pena, la angustia patente no solo en las lágrimas que rodaban por aquellas tersas mejillas y aquel rostro tan familiar, sino en su interior. Podía sentir el dolor de la mujer que tenía frente a sí, la dura despedida.

«Mi niña, mi rayo de sol, no sucumbas a la oscuridad. Tu corazón es puro, tu hermano te necesita. Nadir es un buen hombre, regresará a ti, necesita tu guía. Mi pequeña, ojalá pudiera acometer esto por ti, evitarte tanto dolor, pero no todo está perdido. Él vive en ti, tu estás en comunión con el hombre, solo estará perdido cuando te des por vencida. No estarás sola en la batalla, hija. Nunca me alejaré de ti » .

Cassie tragó saliva. No podía pronunciar sonido alguno, ni moverse. Sentía las piernas apesadas en el lodo, mientras de su boca no salía ni una sola palabra. La mujer cada vez se alejaba más, como si una brisa la llevara flotando, hacia un lugar que no podría alcanzar. No sabía quién era, solo que en su corazón se encendía la esperanza. El deseo de tocarla, de sentir sus brazos a su alrededor, reconfortándola. De alguna manera sabía que lo haría.

«Hay varias formas de interpretar las profecías, Cassandra. No lo olvides. No todo es bueno o malo, no en nuestro mundo. No todos los demonios guardan oscuridad en su interior. Encuentra el equilibrio. Encuentra el hogar. Encuentra la fe».

La voz cada vez sonaba más lejana. Quería gritar que no se fuera, suplicar que se quedara. Que resolviera todo por ella, que la liberara de su pena. No quería sentir tanto dolor, no quería llorar ni sufrir otra pérdida.

«Por favor, no te vayas». Lo pensaba, lo sentía, pero no podía pronunciarlo. Las palabras eran ajenas a su lengua, como si hubiera perdido la capacidad de hablar. Rezó para que sus ojos fueran suficientes para transmitir su desesperación, la necesidad de comunicar aquel importante mensaje.

«Salva a Nadir —repitió la voz de la mujer en la lejanía—. Salva a tu hermano».

Pero no podía hacerlo, no podía volver allí abajo. No era un demonio, por nacimiento sí, pero nada más. Su vida estaba en la tierra, con los humanos. Su trabajo era importante. Su casa era su castillo, la fortaleza que la mantenía a salvo. Sus amigas eran su soporte. Sin todo aquello se perdería transformándose en un monstruo. Uno que no quería ser.

«Venganza».

La gruesa voz que pronunció su palabra sonó dura, directa, sincera. No pretendía nada más que recordarle un nombre que le pertenecía, uno que sabía que estaba destinada a portar.

«Nooooo», gritó su negación con toda la fuerza de su ser, pero no sirvió de nada, porque quedó atrapado en su garganta. No sería la venganza de nadie, la mano ejecutora de una justicia injusta. No iría al averno, jamás.

«Venganza, únete a mí y juntos lideraremos el Averno, como se predijo».

«¿Nadir?», preguntó. ¿Su hermano volvía a hablarle? ¿Había recuperado aquel vínculo que una vez habían tenido? Lo necesitaba tanto...

«Guíame, hermanito. Como cuando éramos pequeños. Nadir, por favor», rogó en silencio. Pues su mudez no se deshizo a pesar de la intensidad de su deseo.

No era necesario hacerlo, porque aquel que le hablaba estaba solo en su cabeza. En su entorno no había nadie, no podía ver a nadie. Solo un poblado deshecho, destrucción por todas partes, una casa quemada hasta los cimientos.

«Nadir no vive, Pecado se alzaré. Juntos venceremos a Lucifer y gobernaremos el Averno. Prepararemos el camino para el nuevo orden, que instauraremos cuando el Apocalipsis esté completo».

No lo haría, no podía hacerlo. Jamás. Su hermano no permitiría que eso pasara, la bestia que habitaba en su interior era tan peligrosa como la propia. La que exigía sangre, la que ansiaba regodearse en el sufrimiento de aquellos que se habían atrevido a arrebatárselo todo.

Podía escuchar los cánticos de llamada, aquellos infieles demonios buscando la forma de llegar a ella.

Jamás volvería al averno. Jamás les daría la oportunidad de convertirla en un monstruo vengativo.

Nunca.

Como por arte de magia, o quizá por su vehemencia en su negación, la voz se esfumó para dar paso a la nítida imagen de Arock tendiéndole una mano amiga. ¿Debía tomarla? Los ojos del caído brillaban azules, llenos de algo parecido al amor, pero que estaba muy lejos de serlo. Él mismo lo había advertido, varias veces, no era de fiar. No podía creer en él, no podía seguirlo. Solo pretendía cumplir una misión y después se desentendería. No le importaría nada de lo que pasara con ella.

Negó con la cabeza, mientras cerraba los ojos y apretaba los puños a sendos lados de su cuerpo.

«Cassie, juntos podemos salvar el futuro si confías en mí » .

Negó de nuevo, él había dicho que no lo hiciera, que no confiara, aquello solo era un maldito

juego mental. Lucifer la engañaba, pretendía apoderarse de ella, transformarla en algo que no quería ser.

No iba a ser Venganza, no iba a transformarse en una asesina, solo quería sentir amor.

«Solo quiero amor. Solo quiero compañía. No quiero estar sola».

La voz surgió ronca por las lágrimas, en voz titubeante, pero al mismo tiempo sincera. Lo era, porque era su mayor anhelo. Quería amar a Arock, algo en su interior anhelaba al hombre con una intensidad que le dolía y le advertía que podría ser el final de su vida.

«No puedo amarte, monada, pero te daré una noche que no olvidarás jamás. Toma mi mano».

Cassie se giró y corrió en dirección contraria. Todo o nada. No iba a conformarse con menos que todo, no esta vez, nunca más.

Corrió, sintiendo cómo se quebraban sus huesos tratando de liberarse del fangoso lodo, hasta que quedó atrapada en un mar de arena, que empezó a tragársela.

Gritó, pidió auxilio, pero nadie corrió a ella. Arock la observó desde un lado, un gesto vacío y carente de emoción.

«No debiste rechazarme. Pudiste tenerlo todo».

«Ayúdame —gritó desesperada—. Arock, ayúdame».

Pero él solo se dio la vuelta y se marchó sin mirar atrás.

Cassie se despertó jadeando y tosiendo. Lloró, su corazón dolía y sus pulmones parecían a punto de abrasarse. ¿Por qué seguía soñando? Uriel le había dicho que los demonios jamás soñaban, pero ella lo hacía. Cada vez más, con mayor intensidad y tenía miedo de que se hicieran realidad. Arock siempre aparecía y aquella mujer, quería pensar que era su madre, la que había sacrificado su vida por su seguridad. Nadir, la voz del demonio en que se había convertido llegaba a ella. ¿Real o una mera ilusión? No estaba segura de nada, pero estaba asustada. Porque si era real, si su destino era convertirse en Venganza, como el de él se tornó en el de Pecado, el mundo podría descubrir una oscuridad como nunca antes había visto.

Y Nadir tenía una compañera esperando, aunque solo fuera por eso, tenía que salvarlo. Encontrar la manera de devolver al hombre que había sido y dejar oculta a la bestia.

Se levantó de la cama, el pijama se pegaba de forma incómoda a su piel, totalmente empapado en sudor. Se metió en la ducha, se despojó de la ropa y abrió el grifo.

Al principio salía helada, así que sofocó un grito, conteniendo las ganas de apartarse hasta que se templara. Sin embargo, se obligó a permanecer allí, quizá le ayudara a aclarar sus ideas, a desalojar la inquietud, el dolor y el miedo.

¿Desde cuándo era una mujer asustadiza? Nunca lo había sido. Siempre optimista, con una sonrisa en el rostro y los brazos abiertos al futuro. Entusiasta de las sorpresas y lo inesperado.

Segura de sí, abierta y sincera, cariñosa.

Ahora era una mera sombra de lo que antaño fue. Después del esfuerzo realizado tras la pérdida y traición de Adam, después de reinventarse a sí misma y convertirse en una mujer capaz de liderar a todo un equipo en un día tan estresante como una boda, había tropezado, caído en un pozo profundo y aún no había dejado de caer.

Cerró el grifo de la ducha y se envolvió en una toalla, dejando todo tirado a su espalda. No era maniática del orden, pero le gustaba tener todo en su lugar, a pesar de esto, en este momento no le importó. Tenía cosas demasiado importantes en la cabeza como para angustiarse por un poco de desorganización.

Caminó descalza hasta la cocina, abrió su congelador y sacó una tarrina de helado, se sentó en un taburete junto a la encimera y empezó a comérselo sumergiendo su dedo índice en el oscuro chocolate.

Cerró los ojos, saboreando, tratando de alejar el amargor de su vida y deleitándose en aquella inesperada explosión de familiaridad. Si su hermano estuviera allí, estaría tomándole el pelo. Siempre lo hacía, pinchándola robándole el dulce manjar diciendo algo como que lo hacía para ahorrarle el disgusto de ver cómo los michelines destrozaban su estupenda figura.

No era que le importara demasiado engordar, o que Nadir hubiera sido de esa gente obsesionada con el peso propio o el de los demás, pero sabía cómo pincharla, en qué tono decirlo, para sacarla de sus casillas.

Eso no impedía que acabara devorando más rápido el dulce helado y sin darle ni una cucharada, al menos no más de aquellas que se ingeniaba para robar, devorándola antes de que pudiera recuperarlo.

Sonrió. Habían sido inseparables. Como cualquier pareja de hermanos, siempre metiéndose con el otro, siempre sacándose de los nervios, pero queriéndose y cuidándose más que a nada en el mundo.

Nadir la había tenido de confidente y ella a él, la conocía mejor que cualquier otra persona en el mundo, a veces pensaba que la conocía mejor que ella misma. Sabiendo qué le dolería, qué la haría sonreír, qué estaría dispuesta a arriesgar...

La sonrisa desapareció, la nostalgia sustituida por la pena de su ausencia. Sabía lo que él quería que hiciera ahora, dejarlo en paz. Mantener a Pecado centrado, encerrado, dormido, incapaz de llevar el dolor y la destrucción al mundo, sin importar el enorme sacrificio que aquella decisión suponía.

Pecado no era su hermano, había tomado posesión de él, dejándolo caer en el olvido.

«No está muerto. Sálvalo. Eres su última esperanza».

Esa voz femenina que nunca había escuchado, que no recordaba haberlo hecho, pero que le daba paz y esperanza. Podría hacerle caso, sería fácil romper las barreras de su conciencia, ir un poco más allá, ser el demonio egoísta que ella sabía que era.

Si la voz pertenecía a su madre, no querría su oscuridad. No la había conocido, pero de alguna manera, lo sentía. Si pertenecía a Lucifer, bueno... entonces podría tener un serio problema. La tentación estaba allí, sería demasiado sencillo dar ese paso y tomar cuanto deseaba.

Una parte de sí decía que Lucifer no estaba detrás de aquellos sueños, porque él quería mantener su liderazgo, no le interesaba la libertad del demonio, sino su encarcelamiento. Estaba segura que, de haber podido, lo habría destruido. Pero no lo había hecho, Pecado era un ser de enorme poder y oscuridad pero ¿y si su hermano estaba dentro de la potente bestia? ¿Y si lograba reunir la fuerza suficiente para controlarla? ¿Y si lo único que necesitaba hacer era aprender a gestionar ese inmenso poder de un modo que no pusiera en peligro su existencia y la del resto del mundo? Podría salvarlo a él y hasta salvarse a sí misma.

La empatía a menudo había sido una bendición, incluso ahora, tan perdida como estaba, tan entregada al dolor de la soledad, absorbiendo todo cuanto podía de los demás. Sin embargo, no debía olvidar que, a veces, podía convertirse en la peor de las maldiciones. Tener la constancia de las emociones de los demás, saber con certeza que los pensamientos eran sinceros o la indiferencia real. Eso era lo que la destrozaba por dentro. Eso y la imposibilidad de dar un paso al frente y conseguir lo que anhelaba conseguir. La libertad de su hermano, su estabilidad emocional, el control... todo se reducía al control, al final, como siempre.

Nadir había sido el contrapeso de su balanza y ahora que no estaba, sabía que no tardaría en cruzar la línea e ir más allá de lo permitido. De lo que ella misma había trazado como la división entre el bien y el mal. Entre lo que la mantendría siendo la mujer que era o la convertiría en un demonio, un ser oscuro hambriento de sangre, ansiando alzarse sobre todos los demás y arrasarlo con todo.

De alguna forma sabía que Luke temía eso, que ese era el motivo oculto tras su petición, o exigencia, según se quisiera ver, para que ella regresara allí abajo y se convirtiera en uno más de sus guardias, sometidos a su voluntad y poder.

Era algo que no estaba dispuesta a hacer. No después de todo lo que le habían arrebatado. Ni siquiera por Arock, que de alguna manera lograba desestabilizarla y llegar a lo más profundo de su ser, incluso en contra de su muy afilado sentido común.

Dejó el helado en la encimera y se alejó, contempló la oscuridad nocturna por la ventana y se preguntó en qué lugar estaría el caído. ¿Habría vuelto al redil, con su señor, o estaría esperando paciente en algún lugar a que ella capitulara? Quizá planeando su siguiente movimiento.

Estaba aterrada. No de Arock o sus intenciones, sino de las acciones que podría llevar a cabo para llegar a ella. ¿Y si conseguía entrar, derribar sus defensas, y después descubría que todo había sido una treta para salirse con la suya? Sabía que debía prepararse para luchar contra él, no físicamente, sino desde el punto de vista emocional, que según su experiencia, era mucho más difícil de controlar.

El corazón a menudo era caprichoso y no seguía los juicios de la razón, entrando en zonas altamente peligrosas que, de antemano, amenazaban con derruirse como un castillo de naipes, al primer soplo de viento fresco, pero sabía que si su corazón tomaba una decisión, la emoción nublaría todo lo demás.

Era consciente de ello, se iba a preparar para afrontarlo, pero una voz en su interior, esa que siempre se burlaba de ella, le aseguró que ya había perdido esa batalla, que nadie, ni Arock ni Nadir ni el mismísimo Lucifer la traicionarían. Como otra vez, hacía tanto tiempo, sería ella misma la que caería en la trampa y lo peor de todo era que sabía que caminaría hasta el centro de la misma y se dejaría llevar.

El caído era lo que Adam no había sido; sarcástico, duro, capaz y poseía tanto poder como ella. Uno de los aliados del señor del averno, alguien que podría estar a su lado, alzarse como su igual, comprenderla, entender lo que significaba ser demonio y a dónde los iba a llevar, hasta qué punto, a qué lugar.

Lo único que no tenía claro era si el final, allá en el ocaso del mundo, se alzaría con una victoria o la más agri dulce derrota.

La rueda ya estaba girando, los acontecimientos estaban en marcha y las fichas en el tablero, solo restaba esperar.

«¿Cuál es tu siguiente movimiento, Arock?».

Fuera cual fuera estaba segura de que no la haría esperar.

No era un hombre que se diera por vencido, jugaría para ganar.

Solo esperaba no ser ella quién acabara perdiéndolo todo, incluso la batalla contra la oscuridad, para terminar coronándose como una amenaza mayor que el mismísimo Pecado o los cuatro jinetes que estaban profetizados para desatar el Apocalipsis.

«La vida es una mierda».

Una risa carente de humor rebotó en las paredes de su apartamento, mientras regresaba a su cama revuelta.

Soñó con unos ojos rojos, un ángel pervertido y un viejo amor.

Capítulo 4

—¿Un día duro? —preguntó la mujer que limpiaba la barra mientras Arock se tomaba una cerveza. Disfrutaba de su gusto amargo, le recordaba a su propia vida. Su cabeza daba mil vueltas, tratando de descubrir los motivos que lo mantenían allí. Siete días para convencer a una demonio a punto de despertar no eran suficientes, más teniendo en cuenta la tensión sexual que había habido entre ellos desde el primer minuto, pero allí se había quedado, en aquella ciudad que nunca había pisado antes, observando la condensación del botellín amarillo que apretujaba entre sus manos. Alzó la vista y se encontró con los ojos de aquella que le había hablado.

—Se podría decir así —dijo otro sorbo, más largo esta vez y contuvo el suspiro que amenazaba con abandonar lo más profundo de su ser. Algún lugar que la anatomía aún no había descubierto.

—Mejorará. Siempre mejora —aseguró la mujer, sirviéndole un sándwich de atún—. Come, ya verás como te sentirás mejor.

Iba a rechazar la oferta, pero ella dijo con ímpetu.

—Invita la casa.

Y pensó que sería de mal gusto decir lo mucho que odiaba el atún, así que se lo comió sin una sola queja, forzándose a poner buena cara. No quedaba mucha gente que se preocupara por los demás, sin algún motivo oculto. Se preguntó qué guardián habría sido asignado para la guía y la protección de esta alma cándida.

También se preguntó por qué le importaba, había dejado aquella vida atrás.

—Sé que la comida no lo arregla todo, pero casi. Inténtalo. Intenta encontrar algo positivo en lo negativo. —Sonrió retirándose para fregar algunos vasos sucios y recoger las mesas que habían quedado vacías.

Nunca había estado en El Templo con anterioridad, aquel lugar había estado demasiado lleno en sus tiempos de ángel para su gusto. No le apetecía estar tan rodeado de gente, se conformaba con la soledad de cualquier antro, uno en el que no supieran ni sospecharan su naturaleza. Allí, quién más quién menos, sabían qué era o qué podía ser. Le habría disgustado en el pasado, ahora le daba igual.

Siguió los movimientos de la mujer, era guapa según los estándares actuales. Llevaba unos vaqueros desteñidos que se ajustaban a su cuerpo, tenía unas caderas generosas y unos pechos pequeños que podrían tentar a un hombre, especialmente con aquella tonta camiseta con el logo del lugar en el que trabajaba. Sin embargo, su cuerpo no reaccionó, permaneció impasible, aburrido.

Tampoco es que fuera a hacer algo al respecto, prefería la soledad.

—Cuidado con lo que miras, amigo, los de tu clase no nos gustan por aquí.

La advertencia le provocó una sonrisa. ¡Vaya! Un hombre pedía y Dios procuraba. Había llegado la diversión.

Se demoró un poco más de la cuenta en aquella mujer, imaginando a otra y poniendo la pizca justa de deseo en sus ojos, para terminar dando un sorbo de cerveza y girarse lentamente hacia su interlocutor.

—¿Es tuya? —preguntó arqueando una ceja, aunque sin mirarlo. Sus ojos seguían a la dama que se movía con agilidad por el local, finalmente se encontró con los oscuros del otro hombre, que parecía a punto de destrozarse el negro rosario con el que jugaba, dejando muestra de su obvio nerviosismo.

—No es asunto tuyo. No la mires y punto. Termina y lárgate.

—Pensaba que en El Templo todo el mundo es bien recibido.

—No los de tu clase.

Arock dejó la cerveza con lentitud sobre la barra, sin hacer movimientos bruscos, y se apoyó con aire casual.

—¿Mi clase? ¿Y qué clase es esa?

—De los que buscan problemas.

—Me confundes con otro —expresó con diversión—. Parece que la chica no está comprometida. No percibo tu marca en ella.

—Es una mujer no ganado —espetó el desconocido. A toda vista, sus maneras, su porte y aquella superioridad autoinfligida, delataba a un cazador. Ni humano ni demonio ni ángel, otra cosa. Una aberración de la misma naturaleza. Se había encontrado con algunos a lo largo de su vida.

—En mi mundo las cosas funcionan de otra manera —aclaró—, y me gusta lo que veo.

—Ella es mía.

—La reclamas entonces. —Cogió su cerveza casi vacía y brindó con él—. Por la dama.

El hombre lo ignoró, tan solo destacó su advertencia.

—La bebes y te vas, no quiero problemas en mi territorio.

—Claro. Soy problemas. —Señaló a un grupo de ángeles a los que atendía su supuesta chica—. ¿Y ellos?

La mujer se defendía con facilidad mientras les tomaba nota. Tenía una sonrisa dispuesta y generosa, quedaba claro que recibía con atención a todo tipo de criatura. Aspiró su aroma, no había nada en ella, como había dicho. Una mujer, simple y llanamente, sin magia, sin poderes, solo humanidad. Un corazón leal y preparado para entregar un amor sincero y comprometido.

Si tan solo se dejara llevar... pero no podía hacerlo. Hoy no. Nunca más. Menos con ella. N

siquiera lo excitaba.

—Lárgate —repitió el cazador.

—Imagino que pasas de presentaciones —comentó levantándose y dejando un billete en la barra—. Está bien, amigo, no quiero problemas. No quiero nada con ella —se encogió de hombros—, tengo mi propia mujer para preocuparme.

Dio dos pasos en dirección a la puerta, se detuvo, observó una vez más la mesa y a la camarera y sonrió. Era demasiado cándida para él, las mujeres como ella y los hombres como él, jamás acababan juntos.

Nadia contuvo la respiración desde el instante en que él, el idiota de turno que tenía la facultad de volver locas sus hormonas, hizo acto de presencia. No sabía de qué estaría hablando con el guapo desconocido, pero no podía ser bueno. Podía sentir la tensión desde donde estaba, como si estuviera listo para desatar una batalla entre los dos, allí, donde cualquiera podría verlo. Se estaba volviendo loco de remate, tratando de controlar su vida.

No se lo permitiría. Creía que era inferior, ¡ja! Era humana y a mucha honra, lo que no significaba que fuera idiota. Su padre había sido un cazador, su madre una mujer tan buena que lo había amado sin importar a qué dedicara su vida. Sabía, incluso más que el idiota, lo que su misión implicaba. Había tomado el testigo de su padre *destrangis* para terminar dándose cuenta de que no tenía alma de guerrera y las venganzas y lecciones debía dejarlas en manos de aquellos elegidos, los expertos. Los que habían nacido con el fin de mantener el equilibrio. Poco importaba que su padre hubiera muerto a manos de un renegado, que el Consejo hubiera intervenido para mantenerlas a salvo. A su madre y a ella. Pronto se dio cuenta de que su vida se había terminado para siempre.

Y ahora llegaba Carlos a poner patas arriba su mundo. Cabreándola y haciéndola desear algo que ni siquiera se atrevía a soñar. No quería acabar como su madre, con aquel aire triste y ausente, alejada del mundo. Recluida en su habitación, rodeada de aquellos viejos libros y los álbumes de fotos.

No podría soportar ese destino. ¿Un cazador y ella juntos? ¡Jamás! Además, no podía tener hijos. ¿cómo podría ella hacer algo así a un hombre bueno? Suponiendo que el cazador fuera bueno, claro. Que era posible que no lo fuera. Para el sexy desconocido no lo había sido.

Guardó su libreta y cargó contra Carlos furiosa.

—¿Qué le has dicho? —exigió firme—. ¿Lo has echado? ¡El Templo no es tuyo para echar a quién te plazca, capullo!

—Te he dicho que mi nombre no es capullo —deslizó el rosario en su bolsillo y tiró de ella

hasta hacerla chocar contra su pecho. La mano libre rápido estuvo en su cuello, acariciando la suave piel, notando su acelerado pulso—. Te protegía. Era un caído. Estarás mejor sin esos pululando por aquí.

—No estaba haciendo nada malo.

—Eres demasiado confiada. —No era malo lo que dijo, pero sí cómo lo había dicho. Lo hizo parecer un insulto. Luchó contra su agarre y se apartó.

—Tengo clientes, déjame en paz.

—Otra camarera puede encargarse de tu mesa —le quitó la libreta y se la lanzó a Paola—. Ya estás libre. Es hora de tu descanso.

Quiso pegarle un puñetazo y quitarle aquella sonrisa de suficiencia de la cara, pero no lo hizo, suspiró, envió una mirada de disculpa a su compañera, amiga y vecina, se quitó el pequeño delantal que dejó tras la barra y salió con él.

—Cinco minutos —advirtió.

—Empezaremos por ahí —replicó demasiado pagado de sí mismo.

Nadia suspiró otra vez, preguntándose por qué seguía aceptando charlar con él cuando lo que quería era repetir la jugada de la cerveza. Una gran noche aquella, a pesar de que hubiera sido descontado de su sueldo, ver cómo todos lo observaban chorreando, con la cara tan roja por la furia que parecía a punto de echar humo en cualquier instante, la ayudó a calmarse y sentirse un poco mejor.

—¿Por qué has echado al pobre hombre de la barra? A ver, cuéntame. No ha hecho nada malo. A veces llevas tu trabajo al extremo.

—No sabes nada de mi trabajo, preciosa —dijo atrayéndola a sus brazos. Sabía que planeaba besarla, también que se lo permitiría. Porque sus labios tenían algo adictivo y besarlo era el único exceso que se permitía un par de veces al día, si había suerte.

—Puede ser —aceptó, no queriendo entrar en discusiones que los llevarían a un lugar al que ella no quería regresar jamás.

—Voy a hacerte muy feliz —comentó él, un segundo antes de rozar su boca. Sintió su propio suspiro justo antes de terminar besándolo con tantas ganas que apenas si podía pasar una brizna de aire entre los dos.

Le rodeó el cuello con los brazos, sus dedos jugaron en su nuca, mientras su traicionera lengua se sumergía en su boca queriendo grabarse a fuego aquel sabor que la hacía desear todo aquello que una vez anheló y que ya jamás tendría.

Tenía los ojos cerrados, sentía sus manos en cada rincón, palpando, explorando, deseándola. Su masculina boca besó el lóbulo de su oreja, al mismo tiempo que sus dedos penetraban por debajo de

la camiseta.

El hechizo se rompió y ella le retiró las manos, alejándose.

—No podemos hacer esto, estoy trabajando.

—Vamos, Nadia, ¿cuándo? Me tienes loco, te deseo. Sal conmigo, al menos. No te pido sexo, solo una cena, buena charla, un beso de buenas noches y si te sientes segura...

—No va a pasar. Te lo he dicho. —Dio un paso atrás alejándose, era mejor poner distancia, no rendirse a sus encantos, al deseo de pertenecerle—. Mi descanso ha terminado, tengo que volver. Es la hora de mayor actividad y... y... —salió corriendo y se ocultó en el interior incluso antes de permitirle reaccionar.

Se sintió a salvo y segura al otro lado de la puerta, se concentró en calmar los apresurados latidos de su corazón y se coló en el baño para tratar de borrar las señales de lo que acababa de hacer.

La mirada que le devolvió el espejo era la de una mujer enamorada, pero tenía que disfrazar ese sentimiento antes de que el hombre se diera cuenta.

Era imposible. Punto. No había ninguna posibilidad.

Se peinó con los dedos, se lavó la cara y suspiró. Tomándose un par de minutos para recomponerse del todo.

Cuando regresó a su puesto, su sonrisa y su persona estaban listas para el trabajo y para ignorar al hombre que se estaba convirtiendo en todo para ella.

Carlos pegó un puñetazo al contenedor metálico, después se lió a patadas con él. Estaba excitado y frustrado, esa mujer lo estaba volviendo tan loco...

Perdía el control, nunca había sido impulsivo, dejándose llevar por los celos. Si el caído hubiera tenido malas intenciones, podría haber causado mucho daño.

»Maldito cabrón, qué mierda te pasa.

Quería golpearse. Necesitaba a Nadia con desesperación y sabía, lo sentía con cada fibra de su ser, que ella a él también, pero había algo que la detenía. Odiaba no saber a qué se enfrentaba.

—Deberías ser más cauto con lo que haces, cazador. Cualquiera podría pensar que has perdido el norte.

La sonrisa que se originó en su rostro fue de pura dicha acabando de un plumazo con todo su desasosiego, alzó la mirada y contempló a su pupila, le abrió los brazos y ella corrió a él, achuchándolo.

—¿Cómo está la pequeña fugitiva?

La mujer lo achuchó, lo besó en la mejilla y se apartó.

—De guardia. Echo de menos trabajar contigo.

—Mentirosa —la acusó, sabiendo que disfrutaba enormemente de sus guardias con Borock, no por nada era su compañero.

Y Nadia era la suya, ¿por qué diablos no se dejaba llevar?

—¿Otra vez problemas en el paraíso?

Se obligó a parecer despreocupado, se encogió de hombros como si no le importara.

—Me gustan las mujeres difíciles, qué le voy a hacer.

—Ambos sabemos que solo te gusta una mujer difícil, pero si te sientes mejor fingiendo, está bien. No voy a interferir en tu camino.

—Es jodidamente difícil iniciar una... relación —concluyó abatido. Permitió que ella viera su confusión y su angustia, dos cosas que nunca estaban unidas en su persona y que si lo estaban no se permitía exteriorizar, pero Virginia no se dejaría engañar. Se conocían demasiado bien.

—No es tan difícil. Fíjate en mí, me acuesto con mi mayor enemigo y resulta que me gusta.

Carlos se burló en silencio. Ambos sabían que a veces la percepción o la generalización más bien, estaban confundidas, todo dependía del cristal a través del cuál miraras.

—Borock es un buen tipo.

—A veces lo es —aceptó ella divertida—. Sea como sea, venía buscándote —añadió cambiando de tema.

Se quiso golpear, por supuesto que Virginia necesitaba algo, de no ser así nunca hubiera ido a buscarlo. No ahora, de todos modos.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Hemos localizado a otro repoblador y Biel está poniéndose nervioso.

—¿Emparejado? —preguntó con gesto cansado, apoyándose en una pared, mirando el horizonte.

—Eso parece. No estamos seguros de hasta dónde ha llegado, pero...

—Si la mujer está embarazada...

—Exacto —confirmó, antes de que pudiera terminar su aseveración.

Guardó silencio meditando las consecuencias de aquella nueva información. El primer repoblador ya había sido padre, vivía en paz junto a su mujer, había sido perdonado en lugar de regresar al averno, a cambio de mantenerse neutral y no interferir en la lucha, pero nadie como un cazador para comprender las dificultades de la neutralidad.

Combatir con un solo renegado repoblador sería difícil, si todos cumplieran con lo que les estaba deparado, reparar lo que se había desecho por el descuido de Lucifer, sería imposible. El mundo vería su Apocalipsis y con él el resurgir de una nueva era.

Una que no tenía que ser mala, en palabras de los propios miembros del Consejo, pero que tampoco garantizaba ser buena.

Estaban en un brete, el mundo se estaba yendo, literalmente, a la mierda.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Mucho, aunque no sé muy bien cómo. Miguel, ya sabes, el arcángel, envió un mensaje poco menos que cifrado a Biel. Ha dicho que tienes a tu alcance parte de la información que necesitamos.

—¿Yo? —Su pregunta estuvo llena de una sorpresa genuina—. ¿De repobladores?

Virginia asintió.

—Hay textos al respecto que se perdieron hace siglos, aunque al parecer el nuevo dueño del libro de los secretos asegura que solo tú podrás acceder a la información que ahora desconocemos.

Las explicaciones llenas de misterios y lagunas lo ponían de mala hostia. ¿Por qué él de todos modos? No era un lector entusiasta, odiaba la parte intelectual de su entrenamiento, especialmente teniendo en cuenta que era disléxico. Lo de leer nunca había sido lo suyo, aunque no era algo que fuera contando por ahí. Había aprendido a disimular muy bien.

Sin embargo, estaba casi seguro de que el cachondo arcángel era consciente de su incapacidad.

—¿Quiere que vaya a la biblioteca del Consejo a leer? —Sonó más aterrador en voz alta, a pesar de su intención de disimular el disgusto.

—Los archivos se perdieron hace mucho tiempo, al parecer. Pero aseguran que alguien que conoces los conserva. No sabemos si completos, en parte, ni quién es o dónde los guarda, pero...

—Pero quieres que busque una aguja en un pajar, comprendo. —Se pasó las manos por el pelo en signo de exasperación. Como si su vida no fuera lo suficientemente complicada.

—Lo siento, solo cumplo órdenes.

—Mierda, lo sé.

—Ey, amigo, baja esos humos —soltó Borock en ese instante. Había aparcado su moto en la entrada y se quitaba el casco mientras se dirigía hacia ellos, al mismo tiempo que desabrochaba su cazadora, tendía una mano a su mujer y la aferraba contra él besándola sin prisa alguna, como si no tuvieran espectadores.

—Sigo aquí.

—Entonces lárgate, estoy caliente.

—Siempre estás caliente, íncubo —le reprochó—. ¿Qué diablos es eso que me cuenta tu mujer? ¿Qué coño tengo que ver con vuestros repobladores? No es mi trabajo.

—Vamos, tío, es un favor. Biel lo pide. Conoces a la persona que...

—Ya lo sé, ya me lo ha dicho Virginia, pero no tengo ni idea de quién puede ser.

Nadia salió en ese momento con la bolsa de la basura y se quedó quieta al observar la pequeña

reunión en el callejón trasero. Se esforzó por no mirar a ninguno a los ojos, deshacerse de la bolsa y soltar un «perdón» bastante callado.

Los ojos de Carlos la siguieron de regreso, Borock la observó con diversión, para mirarlo fijamente de nuevo.

Silbó.

—Vaya pibita que has encontrado.

Virginia le pegó un puñetazo en el estómago.

—Cuidado con a dónde diriges tus ojos, íncubo.

—Uy, uy. Ya me he metido en un lío. —Atrapó a su mujer una vez más y la besó—. Yo solo te deseo a ti, nena. Mira cómo me pones —cogió su mano para posarla en su ya dura entrepierna—. Estoy cachondo, en celo totalmente y todo es por ti.

Carlos soltó un sonoro suspiro.

—Sigo aquí —recordó, poniendo los ojos en blanco.

—Pírate —espetó el otro—. ¿No acabamos de tener esa conversación?

—El que quería algo de mí eras tú.

Virginia asintió, con gesto apenado.

—Eso es cierto, cariñito —le dijo apartando la mano con reticencia. Su pupila había cambiado. Era sarcástica a más no poder, tenía una pizca dulce que a menudo se agriaba y también era una criatura sexual. Aunque no lo hubiera dicho antes de verla junto a Borock. Desde luego la gente cambiaba cuando encontraba a su pareja, se adaptaban o simplemente dejaban salir una parte de ellos que hasta entonces había permanecido oculta.

—Ah, sí. Voy a matar a Biel.

—Me parece bien. ¿Dónde voy a encontrar a esa supuesta persona que tiene información sobre los repobladores, una raza extraña cuya existencia desconocíamos y que resulta que de pronto están dejando preñadas a todas las mujeres en veinte kilómetros a la redonda?

—No son todas las mujeres, solo a sus compañeras, y no estamos seguros de que esté embarazada la mujer en cuestión.

—Pero hay sospechas de que lo está —aseguró Borock rematando la intervención de su mujer—. Más que sospechas, es malditamente probable. Si eso pasa, estaremos más cerca del «*sayonara, baby*».

—¿Cómo puedes bromear con un tema tan delicado como este? —El íncubo lo frustraba más allá de la razón. Era buen tipo a veces, pero frustrante. Encima lo hacía sentir incómodo. Sabía que parte de su poder era esgrimir la fascinación sexual en otros, pero estar duro cada vez que el tipo aparecía, además de incómodo, lo hacía sentir avergonzado, hasta infiel.

Maldito Borock.

El cabrón sabía lo que hacía, lo miró guiñándole un ojo y sonrió.

—Estás tan frustrado. Echa un polvo y quítate el disgusto, hombre. ¿Quieres que te presente algún candidato? —Le lanzó un beso, consiguiendo que su mujer le clavara el codo en el estómago.

—Deja de picarlo, que estamos en una misión.

—Me pones tan cachondo cuando estás tan seria. ¿De verdad no quieres...?

—Te he dicho que no me va la exhibición —espetó exasperada—. Te estás jugando dormir en el sofá, te lo advierto.

—No puedes resistirte a mí.

—Maldito seas, porque tienes tanta razón...

Carlos hizo rechinar sus dientes, repentinamente nervioso.

—¿Y bien? ¿Qué hago?

Borock se encogió de hombros.

—No sé, tío. Sé creativo. Nosotros te hemos transmitido el mensaje.

—¿Y Biel? ¿Qué sabe él? —preguntó desesperado—. ¿Por dónde mierda voy a empezar?

—Yo cerraría los ojos y lanzaría un dardo al azar sobre un mapa de la ciudad. Quién sabe, quizá el arcángel guíe tu camino o quizá mande una estrella.

Carlos entrecerró los ojos. La sorna del tono del íncubo lo sacaba de sí. Él era creyente, por Dios, ¿tenía que burlarse de todo?

—Un poco de respeto.

—Que yo no he dicho nada. —Levantó las manos en señal de rendición—. Me llevo a mi mujer, empieza por donde quieras y mantenlos al día. Si lo pillas, descubres cualquier información o te llega una invitación de bautizo, avísanos —añadió, tras atraer a Virginia más cerca para murmurarle al oído—. Ahora paramos en ese hotel de camino a casa, cazadora, me muero por follarte duro y sin contemplaciones en este instante.

Virginia rio antes de poder contenerse corriendo hacia la moto, colocándose su propio casco y gritando, levantando la visera.

—¿A qué esperas? ¿Necesito enviar invitación?

Borock sonrió con satisfacción, lanzó una última mirada a Carlos de «¿qué le voy a hacer? Soy un hombre resignado» y salió pitando con ella, quemando rueda en el asfalto.

El último pensamiento de Carlos antes de regresar al interior del Templo fue:

«Cabrón con suerte».

Y permaneció frustrado durante el resto de la tarde.

Capítulo 5

—¡Ya va! —la voz ronca por el sueño de la mujer que lo estaba trastornando, llegó desde el otro lado de la puerta, mientras Arock seguía con el dedo en el timbre ininterrumpidamente.

Sonrió. Le gustaba sacarla de sus casillas, tenía una vena perversa después de todo.

—¿Quieres soltar el jodido timbre? —Abrió la puerta justo entonces, fulminándolo con la mirada.

El caído le devolvió una brillante sonrisa y tendió una bolsa de papel llena de magdalenas y un café calentito.

—Buenos días, tesoro. ¿Estás lista para hacer la ruta turística? Quiero ver todo lo que haya que ver en esta ciudad. —La apartó a un lado, en el instante en que ella cogió por inercia lo que le tendía, y fue directo al sofá, se dejó caer y posó los pies sobre la mesa, mirándola—. Cierra la puerta, que se escapa el gato.

—No tengo... —se calló de pronto, cerró con el pie contrariada y caminó hacia él como si estuviera totalmente furiosa, dejó todo sobre la mesa y lo fulminó con la mirada cruzándose de brazos. La pequeña arruga que surgió en su frente hizo que su polla diera un salto en sus pantalones.

Sin molestarse en disimular se la colocó como pudo para aliviar la presión y sonrió.

—Yo también me alegro de verte, cariño.

—¿Acabas de tocarte las pelotas delante de mí?

Tenía los ojos muy abiertos y parecía a punto de echar fuego por ellos.

Arock se incorporó encogiéndose de hombros.

—¿Algún problema? Es tu culpa, me excitas.

—Cállate.

—Eres tú la ofendida, solo daba mi explicación.

—No voy a ser tu guía turística, contrata un circuito —espetó cambiando de tema y provocándole una gran diversión. Después de todo, no parecía tan lanzada como hubiera pensado tiempo atrás. Quién se lo iba a decir.

—Cariño, no hay nada que puedas hacer al respecto. Porque si no me llevas, me pegaré a ti como una lapa y te perseguiré sin que puedas hacer nada para evitarlo.

Cassie gritó de pura frustración.

—¡Me sacas de mis casillas!

Arock dejó que su sonrisa se formara lenta en su rostro, mientras la miraba de arriba abajo y

soltaba sin más:

—Lo sé.

—Te odio.

—Eso no es verdad, pero puedes seguir diciéndotelo a ti misma.

—Eres un cabrón sin corazón —le reprochó.

Podía percibir su nerviosismo y no necesitaba tener su empatía para descubrirlo. Era interesante, había tenido otra sensación sobre ella en los viejos tiempos.

¿Viejos tiempos? Tampoco había pasado tanto, ¿verdad? A pesar de que le hubiera parecido una jodida eternidad.

—No lo niego. Soy un caído, nena, ¿qué esperabas? Pero voy a darte placer. Cuando decidas rendirte, y créeme que lo harás, vas a querer golpearte a ti misma por haberte resistido tanto.

—Lo dudo mucho —se pasó las manos por el pelo, exasperada—. ¿Qué haces aquí?

—Estoy cumpliendo mi misión.

—¿Molestándome a todas horas?

—Sí, cielo, a eso me dedico esta semana. ¿Qué te parece? ¿Ya estás dispuesta para dejarlo o seguimos un poco más? Porque si estás dispuesta...

—No voy a hacer nada que quiera Lucifer. Te lo he dicho, no vas a conseguirlo. Me niego a complacerlo en nada. ¿Acaso no te parece que ya me ha quitado suficiente? Si tiene problemas con mi hermano es su culpa, no mía. Fue el primero en herir a Uriel, nos obligó a tomar medidas que desembocaron en esto. —Lo miró con el dolor presente en cada célula de su ser. La decisión y la pena se mezclaban de una manera que creaban un perfecto cóctel explosivo. No iba a rendirse sin luchar; era consciente de ello—. Puedes volver y decirle que le jodan, en lo que a mi se refiere.

—Nala estará encantada de hacerlo —le respondió—. Ella también quiere que vayas, Cassie.

Usó su nombre, había momentos en los que hacerlo era contar con un indescriptible poder. Si no hubiera sido guardián en otro tiempo, no lo habría sabido, pero lo fue y era consciente de que eso inclinaría, en cierto modo, la balanza a su lado.

Podías controlar a cualquier persona con esa única palabra si sabías cómo, cuándo y dónde emplearla, de ahí que le disgustara hacerlo. Era demasiado poder en manos de un caído corrupto.

—Nala sabe lo que he perdido, no me exigiría nada. Es mi amiga.

—Lo es, por eso pide tu ayuda. Sin ti, es posible que en poco tiempo, no quede nada. Ni esperanza ni vida. Nada. Solo oscuridad.

—Me das demasiado crédito. ¿Quién te dice que esa oscuridad que temes no será peor si yo bajo?

—No lo será.

—¿Cómo estás tan seguro? —Negó—. Vete, Arock. No quiero tenerte aquí, no vas a hacerme

cambiar de opinión.

—¿Dejarás que se pierda la esperanza, Cassie? ¿Que el mundo se sume en la oscuridad y que el futuro incierto acabe destruyendo no solo lo malo, sino también todo lo bueno?

—Ya he vivido demasiado, si es hora de morir, estoy lista.

—¿Y los niños?

Cassandra guardó silencio, ni siquiera lo miró.

—No puedes poner en mis manos la responsabilidad de salvarlos a todos. ¿Es que no te das cuenta? ¡Solo soy un demonio! Un demonio roto. No soy ningún ángel con la solución definitiva que haga del mundo un lugar perfecto, libre de dolor. ¿Me ves? Soy una adicta que ni siquiera recuerda cómo amar de verdad. Ya no sé ni qué siento. Ya no sé ni quién soy —su voz se ahogó en un susurro y se apresuró a salir de la sala, a ocultarse en su dormitorio.

No hubo portazo, pero la suavidad del clic de la puerta al cerrarse le pareció más doloroso que cualquier otra cosa. Cassandra sufría, su corazón estaba destrozado. Toda ella lo estaba. Necesitaba encontrar la paz y no lo haría en la tierra.

Lo sabía y ella, en el fondo, también. Su hogar estaba en el averno, a pesar del exilio, de haberse criado como humana, las respuestas que todavía no había podido alcanzar la estaban esperando allí, en aquella dimensión lejana que a la vez estaba tan cerca. Arraigada hasta en la más diminuta célula de su cuerpo.

Arock no era un romántico, no había ido hasta allí para amarla. Sin importar lo mucho que la deseara y su fanfarronería, jamás se atrevería a herirla de esa manera. No era un hombre que pudiera entregarse, ni siquiera podía compartir con ella una pequeña parte de su ser, por el simple hecho de que ya no le quedaba nada.

El sexo era un castigo autoimpuesto, ver cómo lo afectaba, podría ser para ella el dolor más intenso que jamás hubiera sentido y ya había sufrido demasiado.

Sin embargo, no podía acallar esa pasión incendiaria que lo recorría con tan solo posar los ojos sobre ella, con tan solo aspirar su aroma o escuchar su voz. Era lo que había estado buscando desde hacía muchísimo tiempo y era lo que necesitaba para sanar.

Pero no lo merecía. Dios lo sabía, sus viejos jefes eran conscientes de ello y el mismo Arock anhelaba el castigo que lo destrozaba, con solo saber lo que estaba perdiendo.

Podría amar a Cassandra y descubrir que la vieja pérdida, lo que había dejado atrás, dolía más de lo que había esperado.

No iba a volver a sentir. En ella tenía la prueba de lo destructivas que podían ser las emociones, de la terrible adicción que suponía. Su vida estaba bien como era y una vez lograra llevarla de vuelta y cumplir su misión, acabaría con las visitas a escondidas, con los deseos secretos y los sueños de

amor.

Todo aquello formaba parte del olvido.

El pasado, pasado estaba y el futuro era un lienzo en blanco, en el que no tenía cabida el amor.

Mucho menos la única mujer que sería capaz de reparar aquel viejo y destruido corazón.

Tenía que ver a Harr, pronto.

«Tienes que tranquilizarte, Cassie. Seguro que ya se ha marchado. Los hombres no soportan las lágrimas».

Estaba llorando como una niña y totalmente descontrolada. No sabía cómo afrontar todo aquello, aquella necesidad loca de rodearlo con sus brazos y dejar que la cuidara. Él no quería hacerlo, en cambio, solo quería follar, llevarla al averno y desentenderse.

Y quizá debiera complacerle, así al menos dejaría de torturarla con su mera presencia. Le había salvado la vida una vez, allí abajo, y se había vuelto idiota. Se creía medio enamorada, a pesar de saber que ya no existía el verdadero amor para ella, que yacía enterrado en la tumba de Adam, su pareja largo tiempo olvidada. Desaparecido entre el odio y el pavor que le había producido su sola presencia.

No recordaba el amor, tan solo el dolor de aquella experiencia. No debería estar tan dispuesta a sufrir una vez más y sin embargo se descubría allí con esperanza, con el deseo de probarse a sí misma que estaba equivocada, que lo que tantas veces había visto en otras parejas, que esas intensas emociones, la estaban esperando. Si tan solo alargaba la mano, podría alcanzarlas. Pero, ¿de verdad podría?

«Vuelve a la tierra, Cassie. Deja de volar por el cielo. No eres un ángel, eres un demonio. Un vil, incapaz de controlar su don, adicta a las emociones humanas. Tanto que una vez irás demasiado lejos, cruzarás la línea, matarás a alguien y te perderás en el olvido. Entonces es posible que el propio Arock sea enviado a matarte».

Sabía cómo funcionaban las cosas. Los mismos demonios la perseguirían, los ángeles y los cazadores. Todos iniciarían la cacería y el más listo acabaría con la empática loca y se llevaría la gloria por mantener el mundo en equilibrio.

Pero no hasta que hubiera tenido su ración de gritos.

Se frotó las sienes, perdida, dolida, angustiada. No debería desear que nada horrible sucediera, se suponía que un lector de emociones como ella debía deleitarse en el amor y en lo positivo, no en la oscuridad. Pero era tan... seductora. Dejar la conciencia atrás, el dolor, dejar de preocuparse por lo que estaba bien y lo que estaba mal, solo hacer lo que deseara.

Quizá debería aceptar la petición de Arock, bajar al averno y permitir que la encadenaran junto a su hermano. Así la tierra se evitaría la destrucción que su demonio interior estaría dispuesto a desatar sobre ellos, en pos de su propio beneficio y sus propios anhelos.

—Ey, nena, ¿todo bien por ahí? Nos van a cerrar los museos.

Ese hombre tenía la habilidad de irritarla como ninguno antes. Trató de contenerse, pero su lengua resultó más rápida que su cabeza.

—No pienso hacer de guía, joder. Ya te lo he dicho.

—Tienes cinco minutos. Si no sales, entro a por ti.

No iba a darle esa satisfacción. Abrió la puerta y le clavó el dedo índice en el pecho.

—He dicho que no.

Arock negó, sus ojos con una chispa salvaje mientras le atrapaba la mano y en un movimiento que no fue capaz de prever, la pegaba a la pared, atrapándola con su cuerpo caliente, mientras su boca tomaba la suya casi con desesperación.

Lo empujó, trató de apartarlo, él profundizó el beso.

Ella lo mordió haciéndole sangre.

—No soy tu puta, Arock. No me toques.

—Cariño, te lo advertí —se lamió la sangre—. Si me tocas, atente a las consecuencias.

Cassie lo fulminó con la mirada.

—No voy a llevarte a ver monumentos.

—No lo hagas.

—Has dicho que...

El caído la miró con conocimiento, divertido.

—Que vas a ser mi guía turística.

—No pienso hacerlo.

Arock se encogió de hombros.

—Quizá no conscientemente, pero lo harás.

—¿De qué estás...?

Él la acalló de nuevo con su boca. Esta vez no tuvo tiempo de responder, ni siquiera de morderle, fue tan rápido como insatisfactorio, lo suficiente para dejarla con ganas y el sabor de su sangre en la lengua.

—Si me muerdes, lo curas, cielito. —La repasó de arriba abajo, deteniéndose en sus piernas—. Bastará. Nos vamos.

—No pienso ir a ninguna parte contigo, no me toques. No te gustará lo que te haré.

—A ti te encantará lo que voy a hacerte, en cambio —la levantó en brazos—. Es una pena que no

tomaras tu desayuno cuando tuviste oportunidad.

Y sin más desapareció con ella, sin darle tiempo ni a gritar.

Capítulo 6

—¿Estás seguro de que es una buena idea, Luke?

—No estoy seguro de nada.

Miró a Uriel, lo escuchaba con atención, sin perder palabra. Había hablado de la necesidad de recuperar a Cassandra, de mantener en equilibrio a Nadir y proteger el sello de Pandora y con él la esperaza, a toda costa, pero las cosas no marchaban bien, lo sentía en sus entrañas y su hermano sabía, mejor que ningún otro. Él mismo era consciente de que lo que decía no era tan cierto como a los dos les hubiera gustado creer.

—La presencia de Cassie no garantiza que Na... —se cortó antes de completar el nombre. Vio cómo el dolor lo atenazaba, cual cuchillo candente atravesando su corazón—, que Pecado esté en paz. Puede seguir luchando por liberarse, hasta podría resultarle más fácil hacerlo con ella aquí.

—No lo sé, ella es empática, ¿no? Es una teoría, quizá pueda estabilizarlo. Lo hizo la última vez que estuvo aquí.

—No sé qué hizo entonces, pero vimos en Cassie una amenaza. Eres consciente de ello, por eso la mandaste marchar. Le lanzaste los problemas a Biel a pesar de que sugerí que debíamos ocuparnos nosotros mismos. Si la hubiéramos entrenado y guiado cuando estuvo aquí, ahora las cosas podrían ser diferentes.

—¿Me cuestionas? —Sus ojos se volvieron de un tono rojo intenso, con un aura de oscuridad elevándose de él, envolviéndolo como una manta protectora, que advertía sin palabras que no era un hombre con el que se debiera jugar.

—No lo hago, Luke. Tienes que controlar tu ira, porque no nos va a llevar a ninguna parte. La situación es lo suficientemente preocupante sin ti desatando tu rabia.

El líder del averno descendió de su trono, con un toque teatral de su larga capa y se pasó las manos por el pelo, en señal de desasosiego.

—¿Acaso crees que no lo sé, hermano?

—Mejor que yo, pero eso no impide que vayas demasiado lejos. Y antes de que vuelvas a sugerirlo, Luke, no te cuestiono. Pongo los hechos sobre la mesa.

—Tenemos controlados a los grupos rebeldes.

—Por ahora —corroboró Uriel.

—Harr está haciendo un buen trabajo.

—No tan bueno como Arock. No es un estratega, Luke, y los dos lo sabemos. ¿Por qué te deshiciste de tu mejor hombre? ¿Por qué lo enviaste a la tierra sabiendo lo mucho que necesitamos su

liderazgo en este momento? Cassandra no va a cambiar de opinión porque envíes a un tipo indisciplinado y soez a ponerla nerviosa.

Luke lo miró y negó.

—A veces me pregunto si no estarás ciego, arcángel de la verdad. Conoces más secretos que ninguno y, sin embargo, ¿no has notado las ausencias de Arock? ¿Las visitas a tu pupila? ¿El anhelo en las sombras? ¿No notas la necesidad que siente por ella?

—¿Tú lo haces?

—Pocas cosas pasan en mis dominios sin que yo tenga constancia de ellas. Especialmente en este momento, cuando el oráculo me está tocando los cojones cada diez minutos —lo miró exasperado, deseando golpearlo, lo amaba y lo odiaba a partes iguales. Confiaba y desconfiaba de él, a pesar de su lealtad. Su hermano, su mayor aliado y el peor de todos sus enemigos—. Arock la desea y él, como bien dices, es uno de los mejores estrategas con los que cuento. La traerá antes de que finalice el plazo.

—Si así lo crees, esperaremos.

—El sello aguantará hasta que ellos regresen.

—¿Vas a mandar a tu mujer a la tierra?

—No.

—¿No crees que deberías hacerlo? Las cosas van a ponerse peligrosas aquí abajo y ella no es como nosotros.

—Ella es mía y tu reina, obedecerás nuestro mandato, Uriel.

—No pretendo cuestionarte, hermano. Solo pienso en la seguridad de mi señora. Nasla y yo podríamos ocuparnos de que Biel la cuide, mientras nos encargamos aquí abajo de la rebelión que tenemos entre manos. Si la resistencia rebelde logra hacerse con ella...

—Nala no está más segura en otro lugar. Se quedará a mi lado y cualquiera que se atreva a acercarse a ella, morirá. Sin juicio ni posibilidad de defenderse. Seré juez, jurado y verdugo. —Miró al hombre que lo observaba evaluando cada una de sus palabras—. No toleraré la insubordinación, Uriel, ni siquiera la tuya.

—Me nombraste consejero, solo trato de ofrecer un punto de vista alternativo para que puedas valorar y tomar una decisión mejor fundamentada.

—¿Realmente estarías dispuesto a poner en peligro tu cabeza para proteger a mi esposa, hermano?

—Ellas son nuestras, siempre han sido nuestras. Tu bienestar y el de ella, junto con el de Nasla, son para mí prioritarios.

—¿Incluso por encima de Pecado? ¿Por encima de la empática que acogiste como tuya?

Uriel guardó silencio apenas un instante, pero encontró la mirada del hombre que había conocido desde el mismo comienzo del tiempo. Aquel con el que compartía la misma esencia de la vida y asintió.

—Siempre ha sido así. Protegí y ayudé a criar a Cassandra y a Nadir, ahora ellos tienen que luchar sus batallas, continuar sus caminos. Salvarse o condenarse, ya no puedo hacer nada más.

—Lo dices de verdad —contestó no sin sorpresa Lucifer—. No esperaba esa respuesta.

Se acercó más a él y le tomó el rostro entre sus manos. Sus ojos rojos se centraron en los azules de Uriel.

—Te miro y veo al niño que una vez fuiste. A mi otra mitad. Mi todo.

—Sigo siendo parte de ti, Luke, de la misma manera que tú me sientes como un miembro más de tu cuerpo —sonrió, con diversión, lo sostuvo por los hombros con firmeza—. Siempre hemos estado unidos, incluso en aquel entonces cuando tus juguetes decidían torturarme. ¿Lo recuerdas? En el dolor, en la desesperación, me protegías.

—Por eso volviste a mí, renunciaste a lo que podías haber tenido en el cielo.

—Nunca habría estado completo. Nasla pertenece al averno, tú lo lideras y yo no soy nadie sin vosotros, hermano.

—Lo dice el hombre que una vez juró odiarme —se regodeó Lucifer—, y yo debo ser idiota, porque lo creo.

—No, no eres idiota, eres demasiado listo. Tú me heriste, como nunca nadie lo ha hecho, pero también me protegiste con fiereza. Unos cuantos siglos de tortura no son nada comparados con eones de amor.

—Quién iba a decir que el señor del averno sentiría amor —murmuró Lucifer sorprendido de la verdad que habitaba en las palabras de Uriel. No podía decir que hubiera cambiado, aquella añoranza siempre había estado allí. Nala, Uriel, incluso la compañera de su hermano, Nasla, todos ellos formaban parte de su propia alma. a todos los necesitaba para sentir que el mundo estaba en equilibrio y que él, realmente, había alcanzado su lugar.

—Todos sentimos amor, sin importar cuál sea nuestro nombre.

—¿Qué harás si Arock trae a tu hija a la fuerza, Uriel?

Sentía curiosidad por conocer la respuesta. ¿Castigaría al caído? Probablemente, no podía secuestrar simplemente a la empática, necesitaba su colaboración, pero ¿hasta dónde llegaría?

—Si conozco a mi hija, y lo hago, vendrá por su propia voluntad.

—¿Estás seguro de eso?

—No sé cuánto tardará en darse cuenta de la necesidad de tomar partido en esto, pero sé que lo hará. Solo espero que tu hombre no haga algo de lo que tengamos que arrepentirnos todos más tarde.

—Es un buen estrategia, en eso estamos de acuerdo, ¿no?

—Lo es, pero en el corazón no se manda. Las emociones a menudo no entienden de razones y mi hija, si algo es, es una criatura emocional, hipersensible, puede que las cosas no funcionen como estás esperando. —Había una preocupación genuina en aquel tono—. Cassandra no deja de ser un demonio, Luke. No sabemos qué pasará, si se la presiona demasiado.

—Los empáticos no son guerreros, podríamos someterla.

Uriel lo miró, la duda estaba presente en él mientras formulaba la pregunta que había rondado en la cabeza del líder infernal.

—¿De verdad podremos? Nunca hemos visto a uno en toda su gloria, es posible que su poder, a pesar de ser emocional, cause estragos si no se controla como ha de hacerse.

—Y es posible que en realidad lo más que pueda deducir es si estoy enfadado o no y eso es algo que tú consigues sin ningún poder.

—No debemos arriesgarnos. Quizá deberíamos quitar a tu sabueso de en medio, quizá debería ocuparme yo —sugirió Uriel, a pesar de que era consciente de que ese no sería un movimiento inteligente por su parte.

—Sé que no piensas lo que dices y solo por eso pasaré tu ofensa. La decisión fue tomada, solo resta esperar.

Incluso si hacerlo era un error. Lucifer no iba a desdecirse. Eso solo lo pondría en una posición insostenible que no estaba dispuesto a afrontar por ahora, tenía que ocuparse de otras cosas más importantes en ese momento, como deducir cómo proteger su otro sello, una vez Cassandra tranquilizara la encarnizada lucha de Pecado para alcanzar su libertad.

—Solo espero que no estemos cometiendo un error, eso es todo.

—Yo jamás me equivoco.

Y pensó, en silencio y en la intimidad de su cabeza y recuerdos, que nunca antes había pasado, que no iba a ser la primera vez y que jamás pondría su trono en juego.

Siempre había merecido el poder y ahora que lo tenía, no planeaba perderlo.

Ni por nada ni por nadie, menos con una reina a su lado, que hacía de su vida una constante lucha llena de intriga, felicidad y deseo.

Por fin era un hombre feliz y nadie iba a arrebatárselo.

Capítulo 7

Llegaron a la playa. El aroma del mar y el sonido de las olas al romper en las rocas la llenaron de un viejo deleite, mientras se escurría de los brazos de su carcelero y caía con un ruido sordo al suelo. Se le escapó un gemido de dolor y lo fulminó con la mirada.

—¿Cómo te atreves? Te he dicho que no.

—Y yo te he dicho que sí. ¿De verdad vamos a seguir con esa tonta discusión? Pensabas en la playa, te he traído a la playa.

—¿Quién coño te ha dado permiso para hacer eso? Yo no.

—He sido yo —dijo una voz tras ellos.

Cassie se volvió dispuesta a luchar contra Lucifer, pero no se lo encontró a él al otro lado. Había un adolescente vestido de blanco. Llevaba una camisa de lino y unos pantalones suaves de yoga, iba descalzo, era guapísimo, con unos ojos tan azules que resultaban impactantes y un rostro angelical. No tenía idea de quién era, pero de pronto sintió una paz tan grande como nunca había experimentado y su demonio interior la chupó como si estuviera desesperado. Embebiéndose de la sensación, tratando de robar esa dicha. De alcanzar la paz, de recuperar la tranquilidad de otro tiempo ya lejano.

—¿Quién eres tú? —la pregunta surgió de sus labios en apenas un susurro perceptible. Pensó que no la había escuchado, pero la sonrisa paternal en el rostro del joven le dijo que no era así. Probablemente, podría incluso leer su mente.

—Puedo hacerlo —corroboró en voz alta, sin moverse.

La suave brisa agitaba la suave tela de su camisa pegándosela al pecho, pero parecía ajeno a ese hecho mientras los observaba.

Arock la ayudó a levantarse, se parapetó frente a ella y enfrentó al guapo desconocido.

—No necesito tu ayuda.

—Creo que sí, viejo amigo.

—No somos amigos —espetó cortante el caído—. Cassandra y yo tenemos cosas que hacer, estás interrumpiendo.

—Nunca fuiste tan indisciplinado, Arock. El averno no te sienta bien.

—¿Y a ti qué coño te importa? —masculló el otro, claramente incómodo, dispuesto a golpearlo, si alguien no intervenía.

Cassie decidió que su posición, como empática, era la de actuar de mediadora.

—¿Quién eres? —repitió esta vez con mayor ímpetu. Permitiendo que sus palabras sonaran

directas y seguras. Necesitaba respuestas, las necesitaba ya, o se pondría a gritar—. ¿Un ángel? — preguntó dirigiéndose a Arock entonces.

El aludido se limitó a cruzarse de brazos y fulminar al chico con la mirada.

—Que te lo diga él.

—Soy Miguel, el arcángel encargado de velar para que nuestros mundos coexistan en equilibrio, uno que se está viendo amenazado.

—¿Por qué?

—No por qué, sino por quién. Ha llegado la hora de que regreses al lugar al que perteneces, Cassandra. El cielo no puede permitir que sigas vagando por la tierra alimentándote a placer, causando dolor y enfermedad. Se te permitió vivir aquí con la condición de mantenerte en las sombras, que nadie percibiera nada extraño en ti. La condición se ha roto, el equilibrio se ve amenazado, tendrás que volver a tu hogar.

Las palabras del chico fueron como una puñalada en su corazón. ¿La estaba echando? ¿Planeaba arrebatarse lo poco que le quedaba?

Un dolor desgarrador se instauró en su interior. Una herida abierta que clamaba venganza. Que exigía la sangre de aquel que se proponía destruirla un poco más. Si seguía así, pronto no quedaría nada de la mujer que había sido.

—No tienes el poder de expulsarme de mi hogar.

—En realidad, lo tengo. ¿Verdad, Arock?

El caído estaba extrañamente silencioso en presencia de este. Esperó que dijera algo en su defensa, pero no lo hizo. Su rostro era una máscara de frialdad y su postura cerrada y tensa dejaba claro que ni se sentía cómodo ni iba a defenderla en esta ocasión. Quizá no podía, en otro tiempo había sido un ángel.

—¿Este capullo es el que te echó del cielo? —le preguntó.

—Él hizo su elección —contestó Miguel, antes de que Arock abriera la boca—. Sus pasos lo llevaron en esta dirección. Escogió su camino y perdió su posición en el cielo.

—Gané una mucho mejor en el averno, no me arrepiento —declaró enérgico, dejándole claro al otro que no tenía la capacidad de hacerle daño.

—¿Y de qué te sirvió traicionarnos y traicionarte, Arock? Tú situación actual no es mejor de la que fue antaño, es incluso peor en muchos sentidos.

—No tienes derecho a interferir en mi vida y valorar mis decisiones. Ya no.

—Es cierto —concordó el arcángel, en sus ojos había un rastro de pena, quizá por la pérdida del guerrero o quizá por algo que Cassie no era capaz de percibir—. Sin embargo —añadió—, de mí depende que el equilibrio perdure, especialmente en estos tiempos difíciles. Ella tiene que

marcharse, contigo por su propia voluntad o en términos menos amistosos. Su tiempo aquí ha concluido.

—No tienes derecho —dijo ella corriendo hacia él con odio. Sus garras se manifestaron mientras se las clavaba al más joven en el pecho, sintiendo su sangre caliente empapándola; sus colmillos crecieron salvajes y sus ojos se oscurecieron.

Arock la contuvo, la atrajo a sus brazos y evitó que siguiera luchando contra el otro hombre. Miguel se recuperó como si nada hubiera pasado. La sangre desapareció, su postura continuó tranquila y su ropa tan impoluta como antes.

—Shhh, Cassie. No puedes luchar contra él.

—Quiere arrebatarme lo poco que me queda, no le dejes que lo haga, Arock, por favor.

—Tenéis veinticuatro horas para cumplir nuestro mandato, de lo contrario, mi élite se encargará.

—No será necesario —intercedió Arock—. Cassie y yo nos marcharemos, no te interpongas en mi camino, Miguel. Puede que Cassandra no pueda matarte, pero yo sí.

—Ambos sabemos que eso no le haría bien a nuestra lucha común. El resquemor y la traición pasadas ya no tienen peso en nuestro presente. —Lo observó, concienzudo—. ¿Acaso has olvidado cómo perdonar, guardián?

—Ya no soy un guardián.

—Eso no es cierto —contradijo el otro—. Naciste guardián y caído o no, lo serás hasta que mueras. —Miró a Cassie entonces—. Veinticuatro horas y ni un minuto más. Haz las paces con lo que eres, Cassandra, o más que tu futuro en la tierra se perderá.

Quiso increparlo, su demonio se debatía luchando, mientras trataba de alejarse de la restricción de los brazos de su acompañante, pero no pudo hacerlo. Tan rápido como había llegado, Miguel se esfumó, sin dejar ni una sola huella de su presencia.

Dejó de luchar, las lágrimas rodaron por su rostro. Era incapaz de ver, incapaz de hablar, incapaz de sentir. Ya no le quedaba nada. Su último asidero a la cordura acababa de serle arrebatado.

Sin su padre, sin su hermano, sin su compañero, sin sus emociones, sin sus bodas, sin su casa, sin su entorno.

Acababa de perderlo todo.

—Mátame —le pidió a Arock mirándolo con desesperación—. Mátame, acaba con esto, por favor, no puedo más.

El hombre la aferró con más fuerza, todo su cuerpo alerta, listo para luchar contra cualquier amenaza invisible que atentara contra su existencia. Él iba a protegerla, de todo y de todos, lo sabía. Odiaba saberlo. No quería vivir. Estaba demasiado cansada de luchar, ya no le quedaban fuerzas.

—Mátame y acaba con esto de una vez. No me queda nada, Arock. Nada.

—No, Cassandra. Esto no es el final, es el principio. Miguel no tiene potestad para expulsarte de la tierra, es un cerdo arrogante y nada más. ¿Entiendes eso? Solo pretende asustarte.

—Hablaba en serio. Lo sentí. Parece que últimamente lo único que soy capaz de sentir es lo que hay dentro de los otros. La certeza del inminente ataque, del final de mi vida aquí... —continuó llorando, no podía evitarlo. Había hablado en serio con lo de la muerte, estaba harta, cansada, quizá así encontrara la libertad que se le negaba ahora. Si ya no podía aferrarse a su vida ni a su familia, ¿qué le quedaba?—. ¿De verdad Uriel nos salvó para acabar así? O te destruyes o te destruyen. Ojalá nunca lo hubiera hecho. Ojalá nos hubiera dejado morir entonces, al menos lo habríamos hecho de forma honorable, sin soportar este dolor.

Arock la besó, acallando su petición. Se preguntó si el motivo del beso era la necesidad de acabar con sus quejas, quizá considerándolas una molestia, o porque era incapaz de pensar en ella muerta, lejos de este mundo y de él. Los demonios no tenían un cielo al que ir, solo se tornaban parte de esa oscuridad que vivía y permanecía latente en las profundidades de las tierras del averno. ¿Y los caídos? ¿A dónde irían ellos?

—No, nena. No hagas eso, ven aquí, conmigo. Mírame a los ojos —exigió, tomándole el rostro entre las manos y besándola una vez más con desesperación—. No vas a morir, ¿me oyes? No vas a desaparecer. No soy empático, no soy un lector de mentes, pero veo en tu rostro lo que estás pensando. No te voy permitir rendirte. Todavía no. Vive para luchar un poco más, te ayudaré a recuperar a Nadir, recuperarás a tu padre. Vive en el averno con comodidad, ha encontrado un lugar allí, ¿por qué no piensas en eso? En el reencuentro. No has perdido nada, solo ha terminado una fase. Deja en la tierra la tristeza y abre tu corazón a un futuro lleno de risas y felicidad. Lleno de familia.

—¿Eres sincero, Arock? ¿Crees que ese futuro del que hablas, rodeada de amor, es posible allí abajo?

—¿Crees que tu madre, antes de morir, te amó?

Cassandra lo miró, no recordaba a la mujer, pero ese sueño. Esos susurros, las esperanzas, las instrucciones y el deseo de liberar a su hermano de su eterna soledad... Si fueran ciertos, si su visión era su madre y no una trampa de algún enemigo, conocido o no, entonces la respuesta era un rotundo sí.

—Creo que lo hacía. Nadir siempre dijo que ella nos amaba y que sufrió al entregarnos a Uriel.

—Y era un demonio, ¿verdad? —continuó. Sabía lo que estaba haciendo, la empujaba a encontrar la respuesta que él quería que alcanzara sin dársela directamente.

—Sí.

—Ahí lo tienes.

—Eso fue antes de Lucifer y sus ángeles. Las cosas son diferentes ahora, tú mismo lo has dicho.

estás aquí para que os ayude con mi hermano poseído, porque los rebeldes quieren liberarlo para hacerse con el poder y llevar la oscuridad a cada rincón. ¿Crees que es la Utopía que estoy soñando? —sonó sarcástica, pero ni siquiera se molestó en disimular.

—¿Y si te equivocas? ¿Qué tienes que perder? Estabas dispuesta a morir, Cassie, ¿por qué perder la oportunidad de decirme que estoy equivocado? ¿No te encantaría? A las mujeres os gusta tener razón.

Cassandra puso los ojos en blanco.

—Eso es un bulo. No es verdad. Y de todos modos, aunque lo fuera, no somos diferentes a vosotros. Disfrutáis de eso tanto o más que nosotras. Creo que, de hecho, tú te recrearías si te dieran la oportunidad.

—¿Y no te haría dichosa hacerme feliz?

Cassandra arqueó una ceja, sarcástica.

—¿Por qué debería preocuparme tu felicidad? Lo único que quieres de mí es un revolcón rápido.

—Lo único que quiero de ti, en este momento, es la oportunidad de mostrarte que tu hogar de nacimiento no es tan malo como crees.

—Por favor... ¿se llama infierno!

—¿Y qué? Yo he descubierto una vida allí abajo, ¿por qué no tú? Hemos sufrido pérdidas importantes, hemos perdido el rumbo, ¿y qué? Incluso nosotros merecemos una oportunidad. Luke no es un líder tan malo, después de todo. Especialmente ahora que se ha emparejado.

—Tu líder me expulsó de sus dominios, ¿recuerdas?

—Se equivocó.

—Sí, puede que sí. No voy a ayudarle con lo que sea que tenga en mente.

—Lo sé.

—¿En qué posición te deja a ti eso? —le preguntó, no tanto por curiosidad sino para evaluar su reacción. ¿Podría contar con su apoyo o la encadenarían junto a la celda de su hermano?

—En una no demasiado cómoda.

—Si voy allí abajo en vez de permitir que la élite o lo que sea de tu amiguito me corten el cuello, no voy a poner un pie en la Sala de los siete sellos, Arock, no por obligación ni por mandato. Me niego a hacerlo.

Arock asintió conforme.

—Me parece justo, pero debes saber que si en algún momento cambias de opinión, te llevaré allí y te apoyaré. Haremos lo necesario para hacer bien las cosas. ¿Hay trato?

—No debería hacerlo, pero ¿qué otra opción tengo?

El caído la miró, sus ojos oscurecidos, titubeó apenas un instante antes de interferir.

—Siempre podrías pedir asilo a Biel, Miguel no te tocaría en ese supuesto.

—¿Y en qué situación quedaría él? —Negó—. Tiene una compañera humana y una niña pequeña. No, desde luego no voy a ponerlo en la tesitura de tener que dar la espalda a unos aliados tan poderosos como los arcángeles solo para conservar un poco de cordura que, de hecho, ya he empezado a perder.

—Entonces tenemos un acuerdo.

—No significa que haya cambiado de idea respecto a todo lo demás. Ni con Lucifer ni contigo.

—No me atrevería a pensar lo contrario, nena. Después de todo, yo mismo te he advertido que no te convengo. No soy un hombre de romances —se encogió de hombros como si no fuera importante—. Algún día encontrarás a un demonio afín a ti y te casarás con él. Formarás una familia en el averno y la tierra solo será un recuerdo lejano de un tiempo más oscuro.

El gesto de Arock ni siquiera se inmutó mientras pronunciaba aquellas palabras y le dolió. Más de lo que le hubiera gustado admitir, pero tampoco era un secreto que él no la quería. Que ella no debía anhelar su corazón, porque uno se emparejaba una vez en la vida, y cuando perdías ese tren, ya nunca regresaba.

Nunca había sido una mujer afortunada, desde que pisó la tierra había sufrido grandes y terribles pérdidas, quizá ese futuro feliz la esperaba en aquel lugar, tan lejos, tan cerca, tan extraño y a la vez tan suyo.

El lugar al que pertenecía de verdad.

—Considéralo hecho, Arock. Llévame a casa, haré las maletas.

Capítulo 8

La vida raras veces era justa. Arock lo había descubierto muy pronto, antes de caer. A pesar de que el cielo era un lugar lleno de comodidades para todos los que lo habitaban, también había poseído muchas obligaciones y unos jefes tan cabrones como los de cualquier otra dimensión.

Miguel, Rafael y Gabriel eran duros, exigentes, no pasaban una por alto. Los castigos habían sido crueles y los errores habían sido juzgados sin mediar emoción. La intransigencia era una de sus virtudes, si rompías alguno de los mandamientos que regían la orden celestial, tus días con ellos terminaban. No había cárcel en el cielo, se deshacían de la basura arrojándola al vacío. La mayor parte de ellos acababan en el averno. Unos se acostumbraban y otros morían quemados en las llamas de la desesperación.

Si el cielo era un lugar cómodo y tranquilo, el averno era un lugar terriblemente engañoso. Podía parecer hasta hospitalario y apetecible en ocasiones, un hogar, pero uno tan duro que cuando menos te lo esperabas, algo te estaba mordiendo el culo.

El clima era una pesadilla para los recién caídos. Muchos ni siquiera lograban habituarse y enfermaban, muriendo lentamente y con mucho dolor. Otros permanecían como si nada hubiera pasado, creyéndose mejores que los demás, semiadaptados. Podían vivir allí, pero se rebelaban constantemente contra su señor, lo que los hacía acabar torturados y muchas veces condenados a vagar sin rumbo o a cumplir misiones suicidas o casi imposibles. Y también estaban los que, como él mismo, se alistaban al ejército infernal. Se unían a Lucifer en su lucha eterna y continuaban con la misión que en otro tiempo habían llevado a cabo. No todos, pero sí muchos, eran ángeles que reforzaban la creencia de su líder, de que el mundo era de ellos y todos habían de inclinarse ante el poder de su creador.

No el primero, el Dios dormido que les había dado la espalda, dejando su futuro y bienestar en manos de los arcángeles y el Consejo, que trataban con mano de hierro cada desviación de la norma, cada ruptura de reglas, sino a aquel otro que los había ayudado a renacer. Más fuertes y capaces, más libres, a pesar de la esclavitud a la que todos se veían sometidos si no querían ser degradados.

En el cielo la degradación consistía en ser expulsado o que te arrebataran las alas y tu poder, condenándote a una vida humana en la tierra, en función de la gravedad de la ofensa; en el infierno, la degradación suponía la muerte. Luke no se manchaba las manos de muerte, pero tenía otros medios. Las mismas tierras del averno y algunas de las criaturas que la habitaban, eran los mejores verdugos que se hubiera podido encontrar. No había segundas oportunidades allí, o lo lograbas o no.

Te perdías en el éter para siempre.

Sin embargo, eso era en el caso de los ángeles. Cassandra no era un ángel, era un demonio. Luke estaba haciendo pactos, creando treguas y marcando una nueva tendencia en la organización de su reino infernal. Los demonios podían ser libres, en sus propias sociedades, siempre que respetaran el liderazgo y el poder del actual rey del inframundo. No sabía si perduraría, la guerra no había terminado, todavía quedaban muchos rebeldes que pretendían destronarlo, pero de alguna manera, estaba empezando a instaurarse un nuevo orden.

Y fuera como fuese, Cassandra estaría a salvo. Él la protegería de Luke. Uriel lo haría también estaba seguro. Y los rebeldes la anhelaban tanto como a su hermano. Él lo había visto en la sala, no mucho tiempo atrás, cuando se habían arrodillado ante ella y le habían rendido pleitesía.

Estaría a salvo. Encontraría la paz que la evadía y descubriría por fin todo aquello que merecía. Algún demonio afortunado la tendría y olvidaría al caído que la había ofendido al ofrecerla a un desconocido, al pesar del tono de broma; al idiota que le había dicho demasiadas veces que solo la quería para follar, que no había romance para ellos; al ángel roto y sin corazón que en otro tiempo había sido lo suficiente iluso como para creer que había encontrado el amor.

—¿Estás lista?

—No sé qué llevarme. —Cassandra tenía la maleta abierta sobre la cama, había metido todos sus libros, su portátil, álbumes de fotos, una almohada, una manta de gatitos y unas pantuflas. La ropa estaba desperdigada por todas partes, pero no parecía haber ni una cosa más—. ¿Dónde voy a vivir, Arock? No es como si tuviera una casa esperándome en algún lugar.

—En realidad puedo conseguirte una, si es lo que quieres. Podría pedir a unos colegas que lleven tus muebles y quizá podamos meter las cosas pequeñas en cajas, así como tu ropa. ¿Qué me dices?

—¿En los dominios de tu señor?

—No —la tranquilizó—. Tengo mis propios dominios. Me he ganado una posición allí abajo. Tengo una habitación, una suite, en su fortaleza, pero también tengo una pequeña propiedad en una zona neutral. Nadie te molestará allí.

—¿Hay inmobiliarias allí abajo?

Arock rio.

—Has estado allí abajo. ¿Te pareció un desierto acaso?

—Tampoco es que haya salido mucho, la verdad.

—En eso tienes razón. El averno es como la tierra, cariño. Más o menos. Con sus peligros, con sus estatutos, sus leyes. Los demonios tienen profesiones, familias, se casan, construyen hoteles y ciudades de vacaciones.

—Vamos, no me tomes el pelo. Ya he pillado el concepto, ¿vale?

—Quizá haya exagerado con lo de las ciudades de vacaciones, lo admito, pero no son tan diferentes. Es un lugar peligroso, sí; engañoso, también, pero no quita que la gente viva, se reproduzca y todo eso que hacemos los demás. Si me preguntas, el infierno es más divertido que el cielo, a pesar de los obvios inconvenientes.

—Es como una trampa constante, eso lo he podido comprobar en mis propias carnes.

—Sí y no. Te acostumbrarás, cariño. Te lo prometo.

—No estoy tan segura como tú, pero no tengo opción.

Arock la evaluó. Estaba nerviosa, pero resignada. Ya no había lágrimas en su voz ni en sus ojos, su postura daba muestras de su abatimiento y la forma en que miraba todo a su alrededor, le provocaba una nostalgia que hacía tiempo no sentía. Repasó toda la estancia guardando cada detalle en su memoria, iba a darle un poco de familiaridad, aunque le costara trabajo. Podría reproducir aquel lugar en su propio hogar, al menos de momento, hasta que ella se encontrara mejor. Un refugio. Todos necesitaban uno, sin importar dónde vivieran o dónde tuvieran que ir, regresar al hogar siempre era un momento de relax y dicha.

Escribió un mensaje al grupo, sabía que Harr y algunos otros estarían pronto allí, dispuestos a echar una mano. Podía ser un cabrón la mayor parte del tiempo, pero tenía aliados que ayudarían sin preguntar demasiado.

Bueno, no era totalmente cierto, Harr lo freiría a preguntas, le haría pensar en cosas que no le apetecían especialmente y, seguramente, juzgaría su intención de ayudarla y permitirle permanecer al margen del jefe, como una señal de interés. No sería la primera vez que lo pillara haciendo algo poco propio respecto a aquella sexy mujer, pero era amante de las mujeres, después de todo.

O disimulaba bien.

Fuera cual fuera el motivo de su interés por Cassie, estaba claro que Harr no dejaría pasar por alto la posibilidad de emparejarlo. Desde que había encontrado a su propia compañera, no había manera de sacarle de la cabeza que no era de los suyos, que no planeaba establecerse a corto plazo y que las ilusiones del pasado estaban muertas y enterradas. No iban a cazarlo otra vez con la guardia baja y menos una empática que podría llegar tan dentro de él, que le haría perder hasta el orgullo.

Si ella supiera lo que había hecho, lo que había sufrido, lo que había perdido...

Negó, eso no iba a pasar. No iban a llegar tan lejos.

—Están de camino. Tómate tu tiempo, preciosa. Voy a prepararte un sandwich, pareces a punto de desmayarte.

Ella elevó el vaso de café que le había llevado esa mañana. Debía estar frío. Odiaba el café frío.

—Ya estoy servida, no te preocupes.

—No lo bebas. Deja que vaya por otro.

Cassandra negó.

—Está bien para mí, suelo tomarlo helado.

—¿En serio?

—Soy organizadora de bodas, nene —dijo pinchándolo divertida. Esa chispa en sus ojos, esa era la mujer que tanto le gustaba. La que disfrutaba. Iba a conseguir que siguiera así durante mucho tiempo. Nada de tristeza para ella, solo la felicidad más plena.

—Ya veo. Quizá puedas organizar bodas en tu nuevo entorno.

—¿Tú crees?

Arock se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

Él mismo se ocuparía de que todos los demonios emparejados que conocía se casaran, solo para que ella pudiera estar entretenida y no tuviera tiempo de pensar en lo que había perdido.

—¿No tienes miedo de que siga succionando emociones?

—No es lo mismo con los demonios. Podrán soportarlo. De todos modos, espero que encuentres la fortaleza para no hacerlo. Confío en ti.

—No deberías.

—Lo sé. —Era un idiota por plantearse si quiera la posibilidad de confiar en otra persona. Lo había hecho una vez, ahora no. Solo Harr y Dios sabían que tenía suficientes motivos probados para hacerlo. Aún así, ahora que su compañero tenía otras inquietudes y otras preocupaciones, no sería extraño que cualquier día cuando lo necesitara no estuviera. No quería contar con nadie, porque así nadie tendría la habilidad de hacerle daño.

—Una vez dijiste que te emparejaste. ¿Qué pasó?

Se cerró en banda. Había temas que no tocaría ni siquiera por ella.

—Termina de recoger todo, no podemos perder tiempo. El límite es de veinticuatro horas y todavía tenemos que trasladar todas tus cosas. Créeme, no me apetece luchar contra la élite. Cualquier otro día de la semana, vale, pero hoy no. Quiero que llegues entera abajo.

—Ah, sí, para fornicar como toros en celo.

—Cielo, sería muy difícil que dos toros fornicaran —se burló, aunque la idea de tenerla lo tentara, ya sabía que no iba a tocarla. Había demasiado en juego.

Cuando llegara a casa, haría otra visita a la Sala del placer y se resarciría.

Harr apareció en ese momento tras él, lo sintió antes de verlo.

—¿A quién nos llevamos hoy?

Cassandra lo miró, reconociéndolo de inmediato y dejó todo para saltar en sus brazos. Lo abrazó, enviándole una corriente de celos que lo dejó helado. Nunca jamás había sentido nada

similar.

—Mi médico favorito —dijo la mujer, besándolo en la mejilla—. Me alegro de verte. Han pasado meses desde la última vez.

—El tiempo transcurre de forma diferente en el averno. Para mí no ha pasado tanto —la revisó, la hizo girar, provocando que Arock apretara los puños ante el amargo sabor que subió por su garganta para alojarse en su boca—. Te veo muy bien.

—Bueno, he tenido días mejores. Gracias por venir. Tengo que salir de aquí, me han expulsado de la casa, ¿sabes?

Harr la observó y después contempló a Arock, preguntando en silencio.

—Miguel considera que pone en tela de juicio el equilibrio y le ha dado un ultimatum.

Los ojos rojos de Harr brillaron de regocijo. Sabía lo que estaba pensando el muy cabrón. Que ahora no había excusas para que pudiera intimar con ella.

No iba a hacerlo.

—Es una maravillosa noticia —comentó mirando a Arock—. Llevamos mucho tiempo esperando que vengas abajo con nosotros, Uriel va a alegrarse. ¿Debo llevar tus cosas a su nueva residencia?

Cassie titubeó, miró del uno al otro y se mordió el labio, dando muestras de su nerviosismo y su incapacidad para decir a dónde quería o debía ir.

—Va a quedarse conmigo.

—¿En tus aposentos? —preguntó dichoso el demonio.

—En la granja.

Su respuesta agradó aún más a Harr, que pareció brillar durante un instante, después besó la mano de una mujer a la que no debería haber tocado, haciendo que las entrañas del caído se rebelaran contra aquel reclamo.

—Yo mismo me ocuparé de que todo se haga como corresponde.

—Gracias, Harr —lo abrazó con ternura otra vez, cerró los ojos y sonrió. Como si hubiera perdido parte del peso que llevaba sobre los hombros.

Se suponía que él y solo él debía ser capaz de causar el alivio en ella.

—Lo hago encantado, pero te advierto, Uriel va a presentar batalla para que vayas a vivir con Nasla y él.

—No quiero interponerme, son una pareja recién unida, no sería justo imponerles mi presencia.

—No deja de ser tu padre, Cassie. Quizá deberías darle una oportunidad, pensar en ello. —Miró a Arock—. Sabes que Uriel no va a conformarse fácilmente con tu solución.

—No me importa. No es asunto suyo. Mi mu... —Se cortó, apretó los puños—. Cassandra tendrá más intimidad en la granja, no la molestaré.

Harr sonrió sabedor. El muy cabrón era consciente de la batalla que tenía lugar en su interior.

Entre lo que quería, lo que necesitaba y lo que no se permitiría anhelar jamás.

—No sigas por ahí, Harr —le advirtió.

—No he dicho nada.

—Pero lo has pensado.

—¿Desde cuándo lees el pensamiento? —preguntó divertido el otro.

—No me toques las pelotas, Harr. Hablo en serio.

Cassandra miraba de uno a otro, como si estuviera en un partido de tenis, sin saber muy bien si intervenir o no. Arock sentía el titubeo, los nervios.

—Vale. No he dicho nada. Me ocuparé de trasladar todo esto.

—Fíjate bien cómo está, quiero que lo reproduzcas.

Harr sonrió aún más.

—No te preocupes, me encargaré de ello —se dirigió una última vez a Cassie—. Me alegra que por fin te unas a nosotros. Se nota tu ausencia abajo.

—No voy a unirme a Lucifer, ni voy a estar en esa estúpida sala —advirtió a la defensiva.

—Creo que va a ser muy divertido ver esto —murmuró Harr, pero ella no lo escuchó, tan solo Arock lo hizo, pero para cuando quiso actuar, el escurridizo demonio ya se había desvanecido.

Capítulo 9

Nadia entró en el dormitorio de su madre. Los rayos del sol atravesaban con descaro el enorme ventanal, iluminando el rostro pálido de la mujer que lo era todo para ella. Se acercó y la abrazó, empapándose de su aroma, antes de permitirse escuchar aquello que diría, aquello que le recordaría que la mujer que una vez había conocido ya no estaba allí. Ahora solo era un eco, un recuerdo del pasado. Había perdido tanto que no había sido capaz de continuar su camino.

No como la triste hija habría deseado, llena de aquella energía. Siempre alegre y optimista, haciendo reír a todos los que tenía alrededor. Podría haber sido peor, podría haberla perdido del todo, como a su padre, pero ella al menos estaba viva, todavía podía tocarla y estar a su lado. Escucharla hablar durante horas del hombre al que tanto había amado. Puede que su mente no estuviera en buena forma, pero su corazón jamás lo había olvidado. El cariño, el anhelo que se desprendía de su tono de voz, tenía la habilidad de descongelar hasta el más frío corazón.

—Hola, mamá. ¿Cómo te encuentras hoy?

La mujer dejó a un lado su contemplación de la nada para concentrarse en ella, una sonrisa tensa surgió en un rostro velado por el dolor. Las líneas alrededor de sus ojos desvelaban que estaba sufriendo. Algo se le heló en las venas, enviando puro miedo por cada rincón de su ser.

—Mamá... —susurró en un gemido. Tocó su frente, le apartó el pelo. Estaba fría al tacto, así que la cubrió con una manta de lana, frotándole los brazos para ayudarla a entrar en calor.

—Nadia —pronunció con una mezcla de amor y desesperación—, se acerca el final.

—No digas eso, mamá. Yo no puedo vivir sin ti, te necesito. No te rindas, papá querría que fueras feliz. Podemos sacarte de aquí, pasear, los libros, los álbumes y los recuerdos... todo estará aquí cuando volvamos. Necesitas unas vacaciones. Sí, eso es. Tomaré unos días libres que me deben y nos iremos a la playa. Siempre te ha gustado el sol, te hará bien.

La mujer suspiró, parecía tan cansada. Había envejecido al menos veinte años en los últimos veinte días. Por más que luchara por ignorar los cambios, estaban ahí. Cada día un poco más agotada, un poco más perdida, un poco más... acabada.

No iba a pensar así, así que desterró ese pensamiento de su mente, ignorándolo. No tenía por qué sufrir por algo que no iba a pasar, todavía no. No iba a permitírselo.

—Escúchame, Nadia. Tu padre y yo te amamos mucho, hija. Siempre, desde que naciste, te quisimos. No fue fácil para nosotros conseguir tenerte, fuiste una bendición de Dios y siempre le estaré agradecida por ti.

—Iremos a la playa, mamá —dijo con intención de romper con esa conversación que sonaba

demasiado a despedida.

—No. No, hija. Déjame decirte esto, no sé de cuánto tiempo dispongo.

Estaba un poco demasiado cuerda hoy, como si el mundo confabulara en su contra, como si esta mejoría fuera un último descanso final. La calma antes de la tormenta, que anticipaba que tu mundo estaba a punto de desmoronarse.

—No necesitas decirme que me quieres, lo sé.

—Pero no quiero que lo olvides. Eres mucho más de lo que piensas, hija. Mucho más. La familia de tu padre te ha dejado ese legado.

—No soy una cazadora.

—Eres algo más especial.

Se rio, aunque no se sentía nada divertida. ¿Algo más especial? ¿Qué? Algún monstruito de feria, seguramente. Había tratado de convertirse en sucesora del hombre que había amado más que a su vida, pero no había sido capaz de hacerlo. Ella no tenía el gen guerrero en la sangre, eso estaba claro. ¿Y el de amante? Tampoco, sabía que su destino era solitario, luchaba para reponerse frente a esa realidad cada día.

—Yo también te quiero, mamá. Te pondrás bien.

—Mi tiempo se está terminando y estoy en paz. Por fin veo las cosas claras, ahora entiendo mi misión —Le tomó las manos con firmeza, sus ojos estaban llenos de decisión, más cuerda que en los últimos años, pero el sentimiento de fatalidad que atravesaba a Nadia era mucho más aterrador.

No quería pensar en perderla, no le permitiría abandonarla.

—No me dejes, por favor —susurró.

—Ya estás lista, es hora de que aceptes tu destino, hija. Y yo tengo que ir con tu padre, me está esperando.

—No lo sabes, no puedes...

—Las dos lo sabemos. He recibido una visita hoy —dejó caer como si nada. ¿Una visita? Nunca. Nadie. Jamás. Desde que falleció su marido, no había tenido contacto con otras personas a excepción de ella. Se había puesto nerviosa, había gritado, se había alejado llorando, ¿otra visita que le había traído lucidez? No le gustaba cómo sonaba.

—¿De qué hablas?

—El arcángel mensajero, hija.

—No. No. —Negó, no podía pasar ahora. Había suplicado muchas veces una señal, una solución para la locura y tristeza que se habían apoderado de la mujer y llegaba ahora, cuando pretendían arrebatársela. ¡No iba a permitirlo!—. No vas a dejarme.

—Todos tenemos un papel en esta vida, yo he cumplido con el mío, he ganado la recompensa.

—No me abandones. No me dejes.

Su madre no discutió, no dijo nada al respecto. La miró, atravesándola con aquellos ojos verdes, llenos de intensa decisión.

—Cuando tu padre murió repentinamente, me entregó un regalo que tenía que custodiar para ti — explicó, levantándose de la vieja mecedora azul, que con el movimiento hizo rechinar el suelo de madera. La manta cayó a los pies, como si nada, mientras su madre retiraba un libro y se abría un pequeño cajón oculto. No sabía que estuviera allí, nunca había estado allí.

—¿Qué es eso?

—Todo y nada a la vez. —Tenía entre las manos una pequeña caja de madera de roble. No tenía joyas incrustadas ni decoración alguna, tan solo un símbolo grotescamente tallado que habría reconocido en cualquier parte, un nudo retorcido y entrelazado que su padre había llevado tatuado muy cerca del corazón.

Estiró los dedos, anhelando tocarlo y temerosa de hacerlo a la vez. ¿Un secreto? ¿Una joya? ¿Qué podía ser tan importante para tener que encerrarse en aquella sala y custodiarlo?

Su madre abrió la caja y sacó un fino y largo alfiler que relucía brillante. También sencillo y sin decoración, con una pequeña perla blanca en un extremo y afilado en la punta.

—¿Qué es eso? —Se estaba repitiendo, pero no era capaz de coordinar un pensamiento más inteligente en aquel momento. ¿Quién guardaba un alfiler en un cajón secreto?

—Nadie puede arrebatarnos aquello para lo que estamos destinados, hija. No se puede robar ni comerciar con ello. Es un tesoro tan grande que al principio será una pesada carga, pero con el tiempo, te llevará por el camino de la libertad. Serás guía y serás luz. No un mero recipiente como yo, es tu destino, mi niña, y lo harás bien.

No comprendía sus palabras ni lo que escondían detrás. No estaba hecha de la misma madera que su padre, era algo que había aprendido por el camino largo, por la fuerza. Y había perdido un mundo por tomar una decisión equivocada en el pasado.

—No te entiendo, mamá. No sé de qué me hablas.

Una sonrisa comprensiva y paciente apareció en su rostro, dándole una fuerza y una seguridad que pensaba desterrada al olvido, pero hoy todo era diferente. La mujer que le había dado la vida había salido de sus pensamientos, se había puesto en pie, la observaba con reconocimiento y amor. Le daba pavor solo pensar en lo que aquello podía significar.

—Lo sé, hija. No necesitas entenderlo hoy, lo harás con el tiempo, te lo prometo.

—¿Por qué te despides de mí?

—Porque ya ha llegado mi hora —dijo calmada, sin alzar la voz. Se pinchó el dedo corazón de la mano izquierda con la afilada punta y dejó que la sangre goteara en la caja abierta. El nudo brilló

apenas un momento y su madre se tambaleó.

Nadia dio un paso adelante, la sostuvo con firmeza. No iba a dejar que cayera al suelo, no mientras le quedaran fuerzas.

—Mamá —lloriqueó como una niña pequeña.

La mujer alzó la mano y presionó la herida en su frente. La sangre tiñó de rojo su piel mientras los dedos inertes caían por su rostro, resbalando, hasta romper el contacto.

—Te quiero, siempre cuidaremos de ti.

—No, mamá. Por favor, no te mueras.

El cuerpo de su madre convulsionó, mientras una luz brillante surgía de su pecho, caliente, tentadora, se retorció alrededor, cual nube brillante de color, rodeándolas, reconociéndolas, hasta que entró en ella por el lugar en que la sangre de su madre la había manchado.

El impulso la arrojó hacia atrás, la fuerza de aquello que entraba en ella para convertirse en una parte más de su alma, la llenó de un dolor ardiente, abrasador. Se llevó las manos a la cabeza en un acto reflejo de protección, pero no paraba de entrar más y más. Los ojos se le abrieron, al igual que la boca, con intentos de ver y gritar, pero solo había luz, brillante, blanca y silencio. Había olvidado cómo reconocer el mundo que la rodeaba, cómo sentirlo o comunicarse con él. La fuerza del impacto había hecho retumbar todo su cuerpo, cual cristal vibrante, a punto de romperse en un millar de pedazos y caer al mundo, en una lluvia de dolor y luz, de final.

—Ma-má —dibujaron sus labios, pero no se produjo ningún sonido. Un instante después, Nadia yacía sobre el suelo de madera, de espaldas, con los ojos muy abiertos y una mirada turbia, en este mundo, pero al mismo tiempo, mucho más lejos.

Y a su lado, el cuerpo de su madre sin vida, se desvaneció en silencio, como el polvo de la esperanza que se había quedado para siempre encerrado en sus recuerdos.

Las grandes puertas de la sala del Alto Consejo Celestial se abrieron de par en par cuando Miguel, Rafael y Gabriel entraban en la estancia al mismo tiempo por tres puertas diferentes, se encontraron en el centro, haciendo un círculo de tres, sus brazos se elevaron y sus alas formaron una barrera que impediría que cualquiera ajeno a su círculo lograra escuchar las palabras que se intercambiarían entre ellos.

—La rueda está girando, otra vez —explicó Rafael, el guardián del amor, el guerrero protector de las almas enamoradas.

—El conocimiento está a salvo, con su legítima dueña —aportó Gabriel, conciso, sin dar más explicaciones inútiles. Todos sabían lo que aquello significaba y que no era más que el principio.

—El equilibrio ha sido restaurado —concluyó Miguel, no sin cierto pesar—. La empática ha regresado a su lugar de origen. El mundo ahora tiene una oportunidad.

—De sumergirse en la más tenebrosa oscuridad —aportó Rafael inseguro. No había estado de acuerdo con el plan, desde el momento en que lo pusieron en común, pero no tenían muchas opciones.

—El Apocalipsis es un hecho —le recordó Gabriel, siempre sincero—. Tenemos que preparar nuestras piezas para alzarnos con la victoria.

—Nadie puede ganar esta guerra, Gabriel. Lo hemos hablado. Solo podemos hacer los mejores movimientos para garantizar que los engranajes del universo no se despedacen, que los demonios no inunden la tierra, que los ángeles no pierdan la fe, que los hombres y mujeres sean capaces de ver bondad incluso en la oscuridad. Que el bien y el mal confluyan en equilibrio, como se ideó en su origen.

—Sin el mal, el mundo no sobrevivirá.

—Si los jinetes destruyen el bien, la tierra y todos nosotros estaremos condenados.

—Nos queda la Esperanza —les recordó Miguel—. Luzbel la protegerá.

—Luzbel ya no existe —dijo entonces Gabriel, un mensaje que todos conocían, sin duda, pero que no se cansaba de repetir—. Ahora es Lucifer, señor supremo del inframundo.

—Siempre tuvo aires de grandeza —reconoció Rafael—, pero no fue el afán por gobernar lo que precipitó su caída, sino el amor. Luzbel vive en el nuevo señor, nos lo ha demostrado muchas veces.

—La profecía... —repitió Gabriel, pero se calló ante las miradas de los dos hombres que custodiaban el pasado, el presente, el futuro y la mismísima justicia divina a su lado—. Lo sé.

—Lucifer es nuestra esperanza, en sus manos vive la llave para contener lo que viene —les recordó Miguel—. Solo ponemos dar el primer paso, preparar a todos los jugadores y permitir que hagan sus elecciones.

—Pero el fin del mundo depende de esas acciones —dijo Gabriel no sin cierta angustia—. Lucifer ha dejado escapar a los repobladores, los demonios campan a sus anchas en la tierra, reproduciéndose con humanas y los ángeles viven entregados a actividades que jamás deberíamos haber consentido.

—El mundo no es blanco o negro, hermano —expresó Miguel con conocimiento de causa. Era el más cercano a aquellos que estaban jugando, a los otros, los que no habitaban el cielo. Vivía por y para conseguir que la justicia divina llegara a cada rincón del universo—. Dios nos hizo capaces de elegir por algo. El libre albedrío, Gabriel, no es algo a lo que nos podamos imponer, no voluntariamente. Todos tenemos la opción de decidir.

—¿Dudas, Miguel? —preguntó Rafael con temor, el pánico de su hermano se extendió a él, con rapidez, unas afiladas garras que se le clavaron el estómago. ¿Dudar? Jamás. Cada uno tenía su papel

allí arriba.

—No eres el primero que me hace esa pregunta —respondió con regocijo—. No dudo, Rafael, tranquilo. Mi lugar está junto a vosotros, como siempre lo ha estado, pero esta guerra no es algo que podamos ganar.

—¿Y entonces qué propones? ¿Que permanezcamos a un lado? ¿Neutrales quizá? Pides un imposible. El Cielo tiene que defender a la humanidad —reprochó Gabriel. En su tono no solo había cierta alerta, sino también decepción—. Es nuestro deber.

—Y actuaremos en su debido momento, como hemos hecho hasta ahora, hermanos míos —aclaró—. Hemos puesto el juego en marcha, esa era nuestra misión. Hemos guiado a Biel y su ejército de renegados, ayudamos a crear a la llave que se convertirá en la libertad no solo de nuestro mundo, sino de todos los demás. La libertad yace en sus manos protegida y a salvo por nuestros mejores guerreros. El infierno cuenta con el mejor general que pudiera haber imaginado, no uno, sino dos. Que actuarán en sintonía como si formaran un solo ser, como siempre lo hicieron. Dos hombres que luchan por algo más que el poder, que luchan por amor —se dirigió a Rafael entonces—. Tú sabes de lo que hablo.

—También sé que has enviado al recipiente de Venganza junto a Pecado y que si los dos unen sus fuerzas y se alían, no habrá suficiente amor en el mundo para contenerlos en sus respectivas prisiones.

—Olvidas que tenemos un as en la manga —recordó Gabriel, más convencido—. Ella, la única capaz de contrarrestar el mal que habita en el prisionero más peligroso del averno, está en nuestro poder. Su educación la convertirá en un antídoto preciso y necesario. La correa del demonio.

—No lo habría expresado con esas palabras —comentó Miguel—, pero así es. Tenemos esa parte cubierta. Venganza, si llega a despertar, también puede ser contenida.

—Los caminos del señor son inescrutables, pase lo que pase, no podemos hacer nada más —concordó Rafael.

Los tres asintieron conformes, la verdad de sus palabras era innegable, no había mucho que hacer, no por ahora, de todos modos. Así que no iban a interferir, al menos no hoy.

—¿Qué hacemos con Haziel? —preguntó Gabriel entonces, aludiendo al hombre que había sido encadenado y golpeado como castigo por su afrenta. Había roto las normas sagradas de los guardianes, enviando a su pupila a la tierra, permitiéndole sentir, ser humana. No era el hecho en sí, sino el desacato a sus superiores. Sin olvidar las emociones nada divinas que habían empezado a formar parte de su ser. Sus alas se estaban volviendo grises y eso nunca era una buena señal. No en el cielo.

—No tenemos muchas opciones.

—Ha de ser sometido a un nuevo juicio —les recordó Rafael, el justo—. El amor nunca ha sido

un pecado, ni siquiera para un ángel.

—Se nos impulsa a amar, eso es verdad —concordó Miguel—, pero no como los hombres. La ley es todo, si se quebranta...

—El equilibrio se rompe —concluyó Gabriel—. Su sangre ha pagado su deuda para con este consejo.

—Pero él no puede permanecer aquí —comprendió Rafael, poniendo lo que todos estaban pensando en voz alta.

—¿Se transformará en Caído? —preguntó Miguel, con pena. Haziel había sido uno de los mejores, había llevado mucha alegría al mundo. Había sanado almas rotas, protegido con cada aliento a los niños, desde el mismo momento en que nacían, incluso antes, sin descuidar a sus propios pupilos, pero había anhelado más. Amor humano, amor terrenal, sentía deseo y esperanza. Ansiaba una familia propia. Un ángel no podía ser tan egoísta y menos uno de su categoría.

—No veo otra opción —comentó Rafael, aunque no parecía complacido con esa conclusión—. Enviarlo a manos de Lucifer...

—Él ha cambiado —aseguró Miguel—. Además no tenemos por qué enviarlo solo, podemos añadir un mensaje.

—Quieres que sea el custodio de la esperanza, ¿qué motivo tienes para ello? —Algo como eso no se podía ocultar ante los ojos de Gabriel, siempre sabía un poco más que todos los demás.

—Porque ama por encima de todas las cosas, porque aunque caído, no es corrupto y porque hemos obtenido el pago y el sacrificio de sangre por la pena cometida contra este consejo. Será liberado de sus obligaciones y puesto en el camino de la esperanza, pero él no lo sabrá.

—¿Pretendes que la ame? —Rafael parecía totalmente incrédulo—. Eso es imposible. La esperanza es un ente, un poder superior, no es una persona, Miguel.

—Todavía no, pero haremos que lo sea —aclaró el guerrero—. Lo he pensado, es nuestra mejor solución.

—O nuestra mayor condena —lo contradijo Gabriel.

—No sabes cómo le afectará a ninguno de los dos ese tipo de enlace —advirtió Rafael, dudoso.

—Haziel ha perdido una parte de su fe, Esperanza la restaurará y él será el guía que todos necesitamos. Sabemos que el sello se romperá, que se liberará. No podemos intervenir, pero sí decorar nuestro tablero para que todo se desarrolle como el mundo necesita y como queremos.

—Es una locura, hermano. Una total locura —dijo Rafael, que comprendía mejor que nadie los entresijos del corazón. Sus ojos azules se habían vuelto casi transparentes, mientras trataba de indagar en su interior, tratando de ver lo que el futuro les depararía a los dos—. Es tan complejo, no puedo prever qué sucederá.

—Locura o no, el mundo necesitará luz cuando los jinetes lo asolen.

—La esperanza nunca ha sido liberada, el mundo nunca la ha conocido, no sabemos qué pasará —reconoció Gabriel—, pero tengamos fe, hermanos. El futuro puede ser incierto, pero lo que haya de pasar, pasará y ni siquiera nosotros podremos cambiarlo.

—Que Dios guíe nuestros pasos —terminó Rafael, se separaron, rompiendo el círculo, agitaron sus alas, desentumeciendo las plumas y colocándolas a su espalda y se dirigieron a sus asientos, liderando el consejo, el resto de arcángeles y miembros de la sala tomaron sus posiciones y fue Miguel el que alzó la voz.

—Que entre Haziel, su juicio dará hoy comienzo.

Los custodios del prisionero no tardaron en hacerse presentes, mientras el condenado los miraba con una intensidad que ninguno había recordado que poseyera antes, había muchos secretos en las profundidades insondables de aquellos ojos, inaccesibles incluso para ellos tres.

Pasara lo que pasara, todo estaba hecho.

Ninguno de los tres iba a dar marcha atrás.

Y así fue como el último día de Haziel en el cielo dio comienzo.

Capítulo 10

No podía creer todo lo que estaba viendo a su alrededor. Aquel lugar no era tan diferente a lo que había imaginado, el cielo era de un tono rojizo, en vez de azul; las nubes tenían aspecto amenazador, como si vivieran en una tormenta constante; no brillaba el sol, el aire manido le quemaba en los pulmones y el calor era casi insoportable, sin embargo, el edificio, no se parecía en nada a lo que había imaginado, de ahí su estupor.

La otra vez solo había pisado la morada del señor del averno, un enorme castillo obsidiana con tétricas mazmorras, grandes estancias de mármol, frías y grandiosas, que te llenaban de pavor y soledad. Gritos de dolor, ojos curiosos que vigilaban tus pasos de forma amenazante, construcciones casi medievales, incluso los muebles, a pesar de las obvias comodidades que el líder había añadido allí abajo, pero nada podía quitarle el aspecto desangelado. Por el contrario, la granja de Arock, como se había referido a su propiedad, era un lugar casi acogedor.

Si uno ignoraba el tono del cielo y la amenaza del clima, podía incluso llegar a disfrutar de la propiedad. Debía poseer al menos veinte hectáreas de terreno, con los más modernos sistemas de seguridad, además de algunos de aspecto demoniaco. Las puertas de forja intimidaban, alertando a los intrusos de que no encontrarían la muerte al otro lado si se atrevían a traspasarlas, sino algo muchísimo peor. No había guerreros guardando los espacios, así que habían atravesado con una pequeña ofrenda de sangre, algo común allí abajo. Imaginó que podrían haberse transportado directamente al interior, pero Arock la había transportado en un vehículo de combate y apenas había dicho dos palabras en el trayecto. Lo más que habían llegado a hablar, había sido para avisarla de que se preparara del cambio, cuando estaban a punto de traspasar la barrera entre la tierra y el averno. Los humanos no lo sabían y, probablemente, los ángeles tampoco, pero había accesos directos al infierno desde la tierra y muy probablemente también al cielo, solo tenías que saber en qué lugar buscar. Estaban disfrazados de otras cosas, que mantenían a lo lejos a los curiosos y permitían el tránsito controlado por las fronteras. Varios caídos habían hecho bromas cuando los habían visto al traspasar. Uno incluso había llegado a silbar la marcha nupcial, Arock se había tensado, un músculo había palpitado en su mandíbula y había apretado los dientes, mientras sus manos estrangulaban el volante. Sin embargo, lo había dejado pasar, no había dicho nada. Se había mantenido frío y distante, incluso se había permitido una mirada aburrida al agente, que les había dado paso sin añadir nada más. Cassie sabía la verdad, no solo por los gestos apenas perceptibles, sino por las oleadas de indignación que habían provenido de él.

Curioso, solo había sido necesario pisar en las puertas del Averno, para que su demonio interior absorbiera una energía como nunca antes. Se sentía más fuerte, más capaz, incluso Arock, al que le costaba leer, podía enviarle sin querer aquellas pequeñas frustraciones. Aunque seguía sin ser capaz de profundizar más allá de la primera capa, esa que estaba casi en la superficie.

Suspiró. Tendría que darse por vencida respecto a descubrir de esa forma sus secretos. Tendría que hacerlo por el camino largo, siendo paciente y hablando.

—Es un lugar muy bonito. No imaginaba que pudiera haber algo parecido aquí abajo. ¿Desde cuándo la tienes?

—Hace un par de siglos, nada más —respondió conciso, mientras iniciaba el trayecto por el camino de entrada, la puerta se cerró tras ellos, el lugar estaba lleno de grandes árboles y vegetación, que mantenían el edificio principal oculto y protegido de miradas indiscretas. Tuvieron que esperar unos buenos diez minutos antes de poder echar un vistazo.

Se quedó boquiabierta al ver la enorme construcción de piedra blanca, si el sol hubiera brillado en aquel cielo, habría poseído un esplendor tan salvaje que habría sido necesario ponerse gafas de sol para mirarla. Como un enorme foco acogedor. No tenía líneas bruscas, sino que era un lugar casi familiar.

Miró al hombre que iba a su lado sin comprender nada de lo que estaba viendo. Aquel lugar no se parecía a Arock, no al que ella conocía. Aquellas enormes cristaleras que dejaban entrar la luz; el sonido del agua procedente de enormes fuentes de piedra obsidiana cuyo sonido relajante te llevaba a cerrar los ojos y relajarte, una sensación engañosa de seguridad, un tono de piedra tan oscuro que contrastaban con el tono claro de la casa. Era como las dos partes del alma batallando en la tierra infernal. Lo bueno y lo malo. La esperanza y la desesperación.

Cuando se detuvo el coche, Arock bajó, permaneció inmóvil unos segundos para observar la enorme construcción y tomó una bocanada de aire. Como si hubiera llegado a casa.

—Es impresionante —dijo ella rompiendo el hechizo.

—Gracias. —La miró, sus ojos llenos de misterio, hizo el amago de tenderle la mano, pero terminó apretándola en un puño—. Entremos, Harr y sus hombres habrán terminado ya.

Los otros habían ido por el camino rápido, no sabía por qué no habían hecho lo mismo, pero no planeaba preguntárselo justo en ese momento. No parecía muy hablador, sus bromas lejanas, como si se hubiera convertido en un cubito de hielo o quizá un asesino. Tenía esa mirada llena de oscura necesidad de matar.

¿El averno le haría eso a todos los que vivían allí? Esperaba que no, no quería perder su esencia.

—¿Estás bien, Arock? Pareces... distinto.

—Entra, nena —dijo abriéndole la puerta y apartándose—. Mi casa es tu casa.

—¿Estás enfadado por algo?

Empezaba a sentirse muy incómoda. ¿Dónde estaban las bromas? ¿Dónde el hombre que la trastornaba, haciéndola desearlo y odiarlo al mismo tiempo?

—Estoy alerta, aquí no se puede estar de otra manera. Más teniendo en cuenta que Luke pedirá mis pelotas en bandeja de plata si se entera de que te tengo aquí y no te he llevado a su presencia.

—No voy a ir.

—Lo sé, ya lidiaré con el jefe más tarde. —Suspiró, como si no tuviera ganas de hacerlo y se sintiera repentinamente cansado—. No tengo gente que se ocupe por mí de la limpieza o de reponer la nevera, pero te mostraré cómo hacerlo antes de marcharme.

—¿Marchar... Marcharte? ¿Te vas?

Los ojos azules del caído encontraron los suyos, una intensidad que la afectó tanto que le cortó la respiración, se llevó una mano a la garganta, de modo protector, cruzándose de brazos con disimulo.

—Nadie puede alcanzarte aquí, Cassandra. Lo juro.

Subió los escalones dándole la espalda una vez más y al llegar arriba giró una llave, la sacó de la cerradura y se la entregó.

—El piso de arriba es independiente, creo que lo encontrarás a tu gusto. No es muy grande, un hombre como yo no necesita mucho, espero que esté bien.

—Gracias, Arock. Eres muy generoso. —Tomó la llave, sintiendo que estaba dándole acceso a una parte de su vida que no muchos conocían. Entró y se quedó boquiabierto. La sala de su casa había sido totalmente reproducida allí, como un espejo, su sofá, sus muebles, sus adornos, sus libros. Todo estaba tal cual había estado en el otro lugar. Siguió adelante revisando cada lugar, la distribución no era exacta a la suya, la cocina era enorme y había un comedor aledaño, pero el dormitorio era un calco del suyo, con las ventanas más grandes, pero con sus muebles. El armario estaba lleno con su ropa y en el primer cajón de la mesilla estaba el libro que había empezado a leer solo dos días atrás. Todo estaba tal cual, incluso la maleta que ella había dejado sobre la cama.

—¿Cómo...? ¿Ha sido Harr?

—No es exactamente tu piso, pero les pedí que hicieran lo que pudieran para que se pareciera. —Se pasó la mano por la nuca y evitó su mirada.

¿Arock inseguro? ¿Es que el mundo se había vuelto al revés?

—Tengo que ver el baño.

Se adentró al otro lado de la puerta y quedó boquiabierto, sin palabras, el caído entró tras ella, no sabía qué veía él, pero ella... estaba loca de amor por aquella bañera con patas y la ducha doble o triple, ¿cuántas personas cabían allí?

—¿Cuántas personas caben en esa ducha? —preguntó antes de poder contenerse.

Arock rio, se acercó a ella y sin rozarla, le susurró al oído:

—Todas las que tú quieras, nena, pero sin duda tú y yo lo haremos.

Ahí estaba. Había vuelto a casa.

Se giró, lo miró con aire especulativo y sonrió, como si coquetear fuera su única nueva misión en la vida.

—¿A qué esperas? ¿Necesitas una invitación?

Las aletas de la nariz de Arock se dilataron, sus ojos se oscurecieron, su pecho se agitó, parecía casi fatigado, al tiempo que su entrepierna dejaba muestra de su estado de excitación.

Qué fácil, pensó Cassie mientras se pasaba la lengua por los labios sin dejar de mirar los suyos.

—¿No vas a besarme, Arock?

El hombre gruñó, literalmente y casi con dolor, giró sobre sus pies y se dio media vuelta.

—Tienes comida para tres días —dijo a medio camino de la escalera—. Puedes pasear por la propiedad pero no atraveses la puerta principal, podrías meterte en problemas —lo oía desde lejos, probablemente en la planta principal. La puerta se abrió entonces y escuchó una última advertencia—. Volveré pronto.

Con eso y un portazo Arock desapareció y una muy lenta sonrisa surgió en su rostro mientras regresaba a la cama y se dejaba caer junto a su maleta sin dejar de reír.

Quizá no era tan mala idea permanecer allí abajo, junto a su caído, cerca de su hermano. ¿Podría hacer alguna visita familiar a aquella cárcel particular? Si no estuviera el Gran Cabrón Infernal...

Ya se preocuparía otro día por eso, de momento iba a explorar y quizá descubrir los secretos del hombre que se había marchado con mucha prisa sin una mera advertencia de: «Ni se te ocurra cotillear en mis cosas, mujer».

Y una chica tenía que encontrar algo con lo que divertirse, ¿verdad? Más una tan cotilla como ella.

Bajó la escalera y empezó con su autoimpuesta misión, para cuando terminara, sabría todo, absolutamente todo lo que tuviera que saber sobre su guardián.

«Arock. Arock. Arock —pensó en voz alta—, prepárate para jugar».

Capítulo 11

Arock sabía que se había vuelto loco. Dejar a una mujer sola, específicamente a ésta, en su hogar, el único lugar que podía revelar muchas cosas sobre él, era como... como presentarse ante el líder del inframundo en un día malo con nefastas noticias. Justo lo que estaba a punto de hacer.

Estaba claro que en algún momento de su vida había perdido el instinto de supervivencia. ¿Llevarla a su casa? Había sido una mala decisión desde el principio, podría haberle conseguido un apartamento de alquiler, que los había, no serían tan seguros pero al menos su vida habría permanecido a salvo e inalterable.

Golpeó el volante. Tonto. Idiota. Capullo. Fue insultándose una y otra vez, había cometido un error táctico y lo peor era que una parte de él se sentía tremendamente satisfecho sabiendo que Cassandra estaba en su hogar, que dormiría bajo su techo, en el cuarto que hasta hacía poco era el suyo, el que pronto iba a recuperar. Muy pronto, cuando se colara en...

«Eso no va a pasar —se contradijo—, no voy a acostarme con ella. Sería demasiado fácil o demasiado difícil, según lo mires».

—Te estás volviendo loco —dijo Harr con una sonrisa apareciendo de la nada y a punto de hacerle estallar el corazón en el pecho, dio un volantazo, pero el demonio ni siquiera se inmutó. Seguía teniendo aquella estúpida mueca burlona en la cara—. ¿Estaba todo a su gusto, señor? —preguntó con rintintín.

—Que te jodan, Harr.

—Estoy bien servido, gracias —espetó y se quedó tan ancho, le dieron ganas de darle un derechazo, después recordó que era su mejor amigo.

—¿Qué coño quieres?

—El de mi mujer, como te he dicho, estoy bien servido.

A veces era un demonio tan exasperante... Le lanzó una mirada de advertencia. No estaba de humor, hoy no. Llevaba un tiempo tratando de reponerse a una serie de catastróficas coincidencias que lo estaban trastornando. Estaba a punto de estallar y cuando lo hiciera no sería bonito para aquellos que se encontraran cerca de él.

—Habla ya.

—Me gusta Cassie. Hacéis buena pareja.

—Imposible. No tenemos nada en común. Ni siquiera me gusta.

—Eso lo crees tú, ¿verdad? Porque lo que somos el resto de seres que viven y respiran en este

agujero de mierda al que llamamos hogar... no. Ni siquiera un poquito.

—Te crees una eminencia en la materia desde que esa humana está en tu vida. Ni siquiera sé cómo puedes soportar su fragilidad. Algún día morirá y tú vivirás para verlo.

—Deja que yo me preocupe por la vida y la muerte de mi compañera —dijo sin acritud. Ni siquiera le había molestado, ¿por qué?

—¿Qué has hecho? —preguntó preocupado—. Espero que no hayas quebrantado ninguna ley ancestral.

—Digamos que hay alguien que me debía un favor y ya está hecho.

—¿Qué tipo de favor? —inquirió sorprendido. Harr no había hablado con él de nada. Era cierto que últimamente no había estado muy sociable, pero eran los mejores amigos, se suponía que estaban siempre para el otro en las cuestiones importantes.

—No es el momento de hablar de ello, te lo contaré cuando sea un hecho. Ahora explícame qué terrible instinto te ha llevado a meter a una mujer en tu guarida de soltero.

—No es mi... —Negó—. Déjalo, te gusta demasiado discutir.

—Te conozco y lo sabes. Ese lugar es un mausoleo al amor, a la vida que dejaste atrás y en el fondo aún anhelas. Admítelo, no seas cobarde, Arock.

—¿De qué me serviría decirte que sí? Que quiero una familia, una esposa, hijos, ser un ángel completo, un guardián, protector en lugar de un asesino. —Se rio, el humor no formaba parte de la ecuación—. Soy lo que soy, los deseos solo son eso, sueños imposibles.

—¿Por qué?

—No voy a regresar allí arriba, Harr. No puedo vivir sin ti —bromeó.

—No necesitas hacerlo, nunca necesitaste hacerlo. Lo que anhelas puedes tenerlo aquí, ¿no es eso lo que le dijiste a la empática que se está colando poco a poco en tus huesos?

—¿Cómo sabes...? Déjalo. Sospecho que eres un espía de primera.

—Soy un demonio y me muevo en las sombras. No es nada nuevo, general.

—¿General? —negó—. No voy a ocuparme de tu tarea. Luke me degradó, enviándome a esa misión, apechuga con tus obligaciones que ya bastante tengo con ir a ver a ese gilipollas y decirle que Cassandra se niega a colaborar.

—¿Lo harás? ¿Hablar con Lucifer? —preguntó incrédulo—. No lo creo. Te queda tiempo para convencerla, úsalo bien, antes de que pierdas la cabeza o algo peor —le hizo una señal a su entropierna—, le gustaría castrarte, no es la primera vez que lo dice.

—Eso es porque soy irresistible y todas las mujeres me desean.

—Eso es porque te has metido en demasiados problemas durante demasiado tiempo. No se fia de ti.

—No es novedad.

—¿Vas a traicionarlo?

—No puedes traicionar a alguien a quien ni siquiera respetas —espetó sin más, detuvo el coche a un lado del camino y lo miró—. Ahora, dime la verdad, ¿qué haces aquí?

—Necesito tu ayuda.

—¿Para qué?

Harr suspiró, no había una forma fácil de dar esas noticias.

—A mantener a tu Cassandra fuera del radar.

—No es mi Cassandra y hay mucha gente al tanto de su presencia aquí.

—Demasiada diría yo —murmuró el demonio—. Deberías haber hecho el viaje de forma discreta y no anunciándolo a bombo y platillo.

—Quería que llegara a oídos del jefe, por eso lo hice así.

—Te has vuelto loco, definitivamente.

—No, realmente no. El primero en saberlo será Uriel, intercederá para que sea tratada con el respeto que merece.

Harr lo miró, incrédulo. Sabía que le había leído la mente.

—Planeas entregarla.

—¿Qué opciones tengo?

—Pero dijiste...

Arock negó cortándolo, no iba a dejar que fuera por ese camino.

—Fuiste tú el que se armó películas en la cabeza. No necesito ni una compañera ni una amante.

No en este momento.

—¿Vas a rendirte sin luchar por ella?

—No quiero luchar por ella, ¿acaso no lo entiendes? ¡No quiero saber nada de esa mujer ni hoy ni nunca!

—Estás cometiendo un gran error —dijo con gesto grave—. Te estás equivocando.

—Ese es mi jodido problema, no el tuyo —aclaró con cierta agresividad. Nunca se había dirigido antes a él de esa forma. Se sintió mal, pero no podía retirar lo que había dicho.

—Eres un cabrón sin escrúpulos y yo que pensé que eras un hombre decente, un líder, me decepcionas.

No dio tiempo para disculpas, para nada, se desvaneció tan rápido como había llegado.

—No me importa una mierda, Harr. ¿Me oyes? —gritó al vacío furioso—. No me importa —se dejó caer sobre el volante, sabiendo en su interior la verdad. Le importaba mucho más de lo que admitiría ni siquiera ante sí mismo y eso lo asustaba como nada lo había asustado antes.

Cassandra tenía la facultad de alterarlo, por eso hacía lo que hacía. Había anunciado su

presencia allí abajo y ahora iba a presentarse ante el jefe, a dejarle claro que ella no lo haría por su propia voluntad, pero él se la entregaría igualmente, con el tiempo. Iba a rogar tiempo, incluso sin quererla, porque una vez allí abajo, las cosas podrían sucederse más deprisa.

¿Tendría Harr razón? ¿Debería esperar un poco más antes de explicar su situación? ¿Antes de llevarla a la fortaleza obsidiana para deshacerse de ella para siempre? ¿Podría acaso soportarlo?

Tomó una bocanada profunda de aire, espiró. Volvió a aspirar tratando de darse ánimos y se dijo que podía dar un poco de tiempo a que las cosas se asentaran, a que Cassandra confiara. Podía incluso llegar a convencerla de que visitara a su hermano y, si la suerte le acompañaba, hasta solita podría decidir quedarse con él. Le resolvería el problema y todas sus preocupaciones se desvanecerían de un plumazo.

Eso sería si los hados de la suerte decidían ponerse de su parte, que sería raro, fuera como fuera, su relación con Cassandra no iba a llegar más lejos que la de un par de compañeros de piso. No era algo que pudiera permitirse. No estaba dispuesto a arriesgar el corazón y una aventura le requeriría demasiada energía, implicarse, sabiendo que iban a trabajar codo con codo, lo mejor era no complicar las cosas.

Retomó su trayecto, dirigiéndose a la fortaleza obsidiana. No se presentaría todavía ante Lucifer, pero iba a asegurarse de que la dulce Cassie no quisiera saber nada más de él.

La siempre dolorosa visita a la Sala del placer, acabaría con todo lo que hubiera pensado, ella no lo aceptaría sabiendo que acababa de follar con cualquier demonio sexual, habiendo podido tenerla a ella. La había rechazado y ahora iba a encargarse de que este rechazo fuera completo. Así ninguno de los dos tendría ninguna duda.

Era la única forma de hacer las cosas y por mucho que doliera, no iba a pensar más en ello.

Harr estaba en su laboratorio, más indignado de lo que cualquiera habría pensado. Estaba furioso con Arock, tonto caído, incapaz de ver lo que tenía delante de las narices. Esa mujer era perfecta para él, no solo podía ver el deseo en los ojos de su mejor amigo, sino también la intriga, la emoción que la empática le provocaba. Quizá porque de alguna manera se entendían. Ellos habían sufrido en el pasado por amor, habían amado y perdido. Harr sabía que juntos podrían alcanzar algo tan maravilloso como lo que él ya tenía.

—¿Por qué estás tan pensativo? —le preguntó su compañera. La había llevado allí abajo a pesar de que estaba prohibido, pero no le importaba, se lo había ganado después de tantos años de servicio indiscriminado.

—El idiota de Arock se está poniendo las cosas difíciles, como de costumbre.

Violeta se sonrojó al escuchar el nombre de su amigo. A pesar de que no habían repetido aquella primera experiencia, el hecho de haberse acostado con él y haberse entregado tan libremente a la pasión con, por aquel entonces, dos desconocidos, aún la hacía sentirse un poco incómoda.

Sin importar cuántas veces le dijera que había estado bien, que lo había disfrutado tanto como ella. Sabía lo que necesitaba, repetir. No con Arock, por supuesto, pero encontraría un modo de mostrarle que los demonios como él, a pesar de su equilibrada naturaleza médica, de vez en cuando necesitaban la perversión. Su compañera lo deseaba, en el fondo. Aunque le costara reconocerlo. Aún se excitaba al recordar los gemidos de su mujer, cuando Arock había entrado en ella.

—Oh, no. Saca ese pensamiento de tu mente ahora mismo, demonio —advirtió su mujer dando un paso atrás. Sabía que sus ojos eran más sobrenaturales que de costumbre, su deseo incendiaba su sangre mostrando su auténtica naturaleza en plenitud. Su piel desprendía un aroma tentador, invitador, mientras que su cuerpo dejaba muestra obvia de lo que estaba pasando.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de lo que pueda hacerte tu compañero?

—¿De ti? No. Pero estamos en un sitio público, vamos... ¿Qué es esto? ¿Una sala de enfermería? ¿Un laboratorio? ¿Pretendes que lo hagamos aquí?

Caminó hacia ella con seductora sensualidad, sin contener nada de lo que quería, lo que imaginaba y lo que estaba a punto de hacerle.

Ella trastabilló dando un nuevo paso atrás.

—Harr...

—Violeta —pronunció él seductor—, no vas a negarme mi ronda de perversiones. Sabes tan bien como yo que las necesito.

La atrapó contra la mesa, haciéndola subir en ella al tiempo que tiraba un montón de frasquitos a los que no dio importancia, a pesar de que se hicieron añicos en el suelo.

—Pero este es una instalación sanitaria, no podemos...

No podían y sin embargo estaba dándole fácil acceso a su cuello, para besarlo y morderlo, como le gustaba a ambos.

—Tendremos que poder, porque lo necesito.

—¿Y si nos pillan? —dijo casi sin aire, tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos, su pecho subía y bajaba con mayor rapidez.

—Mejor —gruñó Harr en el momento en que le separaba las piernas para colarse entre ellas, le subía la falda y destrozaba sus bragas sin contemplaciones—. Te necesito.

Violeta gimió.

—Harr... no... debemos... Oh, sí... No... pares.

La sonrisa no surgió en su rostro, pero se reflejó en sus ojos. Salirse con la suya era una de sus

aficiones favoritas, especialmente en lo que respectaba a su chica. Sí, le gustaba. Lo complacía mucho. Se abrió los pantalones y se deslizó en su interior, tan fácil como un guante.

Otra cosa que amaba de ella, siempre estaba lista para él.

—Tan mojada.

—Tu culpa —gimió mientras lo envolvía con sus piernas, apretándolo con fuerza en su interior.

Casi se corrió con el ímpetu, pero logró contenerse un poco más. Lamió su cuello, las pequeñas muescas de sus colmillos que se habían enterrado en su suave carne. Besó un recorrido a su boca y no probó los labios, a pesar de que ella salió a su encuentro, casi suplicante.

—Por favor...

—Todavía no —espetó sin contemplaciones mientras se introducía en ella una y otra vez, reclamando, con sus dedos clavándose en las femeninas caderas, totalmente perdido en el éxtasis que le producía el ardiente contacto.

—Harr... ya casi...

Negó, todavía no. Salió de su interior, a pesar de su grito de indignación y sonrió perverso mientras se abrochaba los pantalones.

—Tenías razón, no deberíamos hacerlo aquí.

Violeta lo golpeó con los puños, totalmente frustrada.

—Maldito cabrón hijo de puta. ¡Te odio!

—Me amas y me amarás más cuando termine de darte lo que necesitas de mí —ahora sí, la besó—. Eres mía, Violeta, cuanto antes lo entiendas mucho mejor.

—¿Soy tu puto juguete? —espetó furiosa.

—Tanto como yo soy el tuyo —La arropó entre sus brazos, la besó de nuevo y acarició su rostro con ternura—. Mi oscuro corazón palpita por ti.

Sintió cómo se derretía por sus palabras, no por la cursilada que acababa de decir, eso era lo de menos, era el sentimiento que se encerraba tras su afirmación lo que la había puesto de nuevo a su favor. Lo conocía mejor que nadie y por más insatisfecha que hubiera quedado, era consciente de que sería compensada antes de que terminara la noche.

—Hazme un favor —pidió—. No te toques hasta que yo lo haga.

—¡Pero si...!

Le puso el índice sobre los labios, acallándola.

—Y no te pongas bragas.

Le dio un azote en el trasero desnudo, ella se frotó. Le había picado, lo que hacía que se pusiera aún más cachondo que antes. Por todos los infiernos, iba a ser más duro para él que para ella, quizá en la misma medida para los dos.

—Sí, señor.

—Y Violeta... —llamó haciendo que detuviera su camino—, espérame en la cama. Puede que te lleves una sorpresa.

—¿Qué vas a hacer?

—Solo darte lo que necesitas.

Le dio la espalda, dando por terminada la charla. Sabía que pretendía decir algo más, pero acabó saliendo resignada por la puerta, sin dar portazos pero sí pisando muy fuerte.

Y provocándole una radiante sonrisa al demonio, que de pronto, había olvidado el motivo de su enfado.

Capítulo 12

Cassandra había pateado la casa de arriba abajo y había hecho varios descubrimientos interesantes. El lugar no tenía para nada la pinta de ser la guarida de un soltero, más bien al contrario, era la de un hombre a la espera. Alguien que deseaba y ansiaba una vida familiar.

En la planta principal había descubierto dos dormitorios, uno de invitados, en tonos claros y cálidos, una cama de matrimonio ocupaba la zona principal del espacio, junto a un gran armario blanco y una cómoda a juego con espejo. Los motivos que estaban tallados en la madera eran sorprendentemente bellos, figuras aladas que transmitían una gran paz. Al igual que en el exterior, las paredes brillaban con un puro blanco, solo contrarrestado por el oscuro suelo de madera, que le daba el toque perfecto de contraste para hacer del lugar un hogar. Los cajones estaban vacíos, no había fotos, pero sí marcos plateados, y el baúl que descansaba a los pies de la cama, estaba lleno de toallas suaves y sábanas de gran calidad. Incluso una manta infantil, que no pudo evitar tocar. ¿Por qué el duro y desapegado caído tendría aquel objeto? Era demasiado pequeña para la cama, suave, pero no tenía nada que ver con el hombre. ¿Habría tenido hijos? ¿Les habría pertenecido?

El segundo dormitorio era el principal, no había cuero negro por ninguna parte, tan solo una cama enorme con dosel, con unas cortinas que proporcionarían intimidad a su ocupante y una pequeña cuna de madera, que parecía haber sido tallada a mano con mimo. Un móvil de ángeles de cristal repiqueteó cuando los tocó con delicadeza. El sonido le produjo un escalofrío, se sintió casi una intrusa, como si estuviera viendo algo peligroso, una parte del caído que habría sido mejor que no conociera nunca.

Se sentó en la cama, acarició la suave funda y espió en el cajón de la mesilla. Esperaba encontrarlo vacío, pero se sorprendió al encontrar un marco con una foto. Una mujer preciosa con una niña en brazos sonreía a la cámara. ¿Serían ellas el motivo de su caída? ¿Cuál era su verdadera identidad?

Los ojos castaños de la mujer estaban llenos de bondad y amor. Estaba claro que amaba con locura al hombre que estaba al otro lado de la cámara, mientras la pequeña, sin dejar de reír, se acurrucaba junto al protector pecho. Casi podía sentir las emociones a través de la imagen, de tan puras como resultaban, tan reales. Anheló aquello, sentirlo en su corazón, devorarlo, tenerlo. Era el amor más puro, la felicidad más total. Todo lo que siempre había esperado de la vida.

Se apresuró a dejar la foto en su lugar y siguió espiando en los cajones. Encontró calcetines y camisetas de algodón, negras y blancas. Era una gama de colores un poco monótona, pero en el fondo representaba muy bien al hombre que había conocido. La otra mesilla estaba completamente vacía, a

excepción de un camisón de seda rosa, no era nuevo, estaba ajado por el uso y parecía haber sido estrujado de mil formas diferentes. Tenía el aroma de Arock y un montón de emociones enlazadas en aquella tela, tantas que sin necesidad de tocarla, se vio obligada a cerrar el mueble y dar un paso atrás.

Abrió el armario y pasó sus manos por las escasas ropas que allí había. Vaqueros negros, un par de trajes y más camisetas. Estaban pulcramente ordenadas, como si se hubiera hecho de forma meticulosa. En las puertas dobles contiguas, el lugar que debería haber sido destinado para su compañera, solo había armas y una diminuta muñeca de trapo, con un vestido azul, dos botones por ojos y dos coletas castañas con sendos lazos blancos, manchada de sangre.

Cassie estiró los dedos, pero apartó la mano a mitad de camino. Quería descubrir todo sobre Arock, necesitaba conocer sus secretos, acceder a sus recuerdos, sentir lo que él sentía, pero no así.

Cerró y salió de la habitación sin mirar atrás. Vio el baño, se asomó, era igual de majestuoso que el de arriba, quizá más femenino, con aquellas toallas rosas y blancas con diminutas cerezas bordadas en un lateral. La enorme bañera con patas y la ducha doble, parecían nuevas, impolutas, como si los obreros acabaran de marcharse; y el aroma floral a lilas que inundaba la estancia no se identificaba para nada con el hombre que vivía en aquel lugar.

Negó, sin entender del todo lo que veía. ¿Por qué mostrar una cara al mundo, cuando era evidente que no tenía nada que ver con la realidad? O quizá esta era la mentira y lo que ella conocía la única verdad.

Caminó un poco más allá y entró en un diminuto despacho. Había libros infantiles de cuentos, pero también grandes tomos enciclopédicos, en cuyos lomos hablaban de una historia desconocida para ella, había títulos clásicos de la literatura universal junto a textos religiosos. Cielo e infierno eran palabras recurrentes en varios de los lomos.

La enorme mesa negra tenía una silla blanca giratoria que anticipaba su comodidad. El piloto del monitor del ordenador parpadeaba y una pila de papeles desordenados descansaba sobre la pulida superficie de madera. Se sentó allí y echó un vistazo por encima. Encendió la máquina y se quedó estupefacta cuando al mover el ratón descubrió lo que Arock había estado estudiando antes de salir de allí.

En la pantalla parpadeaban imágenes procedentes de cámaras de vigilancia, que daban acceso a diversas zonas. La primera de ellas mostraba el entorno del lugar en el que se encontraban, anticipando posibles amenazas, permitiéndole estar atento. En la segunda pantalla aparecía una especie de suite, muy parecida a lo que había visto en la fortaleza obsidiana en su viaje anterior. Vio entrar a Arock en ese momento. Tenía mal aspecto, el pelo revuelto, la camiseta rota y un gesto descompuesto en el rostro.

Se preocupó de inmediato, ¿qué le habría sucedido? ¿Se encontraría bien? Observó cómo se quitaba la ropa, desechándola sin más y entraba en el baño totalmente desnudo, no podía escucharlo pero si verlo reclinarse sobre el inodoro y vomitar. Eso supuso por la postura, solo podía verle las piernas y ese espléndido trasero.

«Debería estar con él. No debería haber dejado que fuera allí solo. Ya ha sufrido bastante».

No conocía de primera mano su sufrimiento, pero empezaba a sospechar por dónde iban los tiros y su corazón lloraba de angustia por él. Cambió de pantalla, él merecía su intimidad, no iba a espiarlo, cuando volviera hablarían, le preguntaría directamente, sin recurrir a su empatía o cualquier otra cosa. Iba a ser una buena chica, porque él se estaba arriesgando por ella. Podría haberla tenido hacía un rato, al llegar, pero había decidido no aprovecharse de su disposición. Le había dado un lugar donde vivir, incluso había tratado de ofrecerle la estabilidad que los arcángeles habían decidido arrebatarse; le debía mucho.

En la tercera pantalla había una imagen que conocía muy bien. Su lugar de trabajo. La respiración se le atascó en la garganta, cuando comprendió repentinamente por qué se había sentido observada últimamente. Ese...

Respiró profundo, sin permitirse seguir por ese camino. Arock podía tener muchos motivos para espiarla, y no era que ella no estuviera haciendo lo mismo con él ahora, regresó a la pantalla anterior y lo vio de pie en medio de la habitación, con los pantalones puestos y desabrochados, mientras se pasaba las manos por el pelo mojado. Le recriminó, aún sabiendo que no la podía escuchar:

«Eres un cabrón, caído. ¿Me has estado vigilando todo este tiempo y no has tenido huevos para venir a verme? Pensaba que eras más valiente.

Se levantó de golpe, sabiendo que necesitaba controlar su ira antes de dejarse llevar por ella. Allí abajo se sentía repentinamente fuerte, como la última vez, apenas podía contenerse. Sus puños ardían, literalmente, y no era algo que pudiera permitirse justo ahora. Eso podría atraer atención indeseada. Salió de la estancia, no quería descubrir nada más, le enfrentaría cuando volviera.

«Si vuelve —dijo a la habitación vacía, sintiéndose repentinamente sola. Echando de menos a su hermano, el único hombre de su vida que había puesto su bienestar por encima del suyo propio—. Te necesito Nadir, te necesito tanto. ¿Por qué me has abandonado?

—Estoy aquí, Cassie.

El aire se atascó en su garganta cuando escuchó esa voz. No era la de Pecado, era él, Nadir. Estaba allí, se giró y observó. ¿Estaba soñando? ¿Era posible que se hubiera quedado dormida?

—¿Cómo...? —no pudo hablar, las palabras evadieron su mente en ese momento. Dejándola quedar como una tonta incapaz de pronunciar una frase coherente—. ¿Nadir?

Dio un paso hacia él, estiró la mano para tocarlo, pero lo atravesó. El hombre la miró con el

cariño que siempre había sentido por ella, pero también por la pena.

—Solo soy una proyección —dijo devastado—. No tengo mucho tiempo, Pecado lucha para hacerse con el control. Todas esas voces en mi cabeza... —Sus ojos enrojecieron, las marcas de su piel se incendiaron haciendo que arrugas provocadas por el intenso dolor rodearan sus ojos; el cansancio estaba patente en su semblante y le partió el alma, pero tenía que hablar con él, lo necesitaba. No tenía tiempo para lamentos.

—Lucha, tú eres más fuerte. Puedes con él, sé que puedes.

—No dejes que te atrapen —su tono estaba velado por el dolor—. No dejes que Lucifer o los demonios se salgan con la suya. Tienes que escapar de aquí. Vete lejos.

La imagen se desdibujó un momento, llenándola de pánico. Las lágrimas rodaban por sus mejillas producto de la desesperación. ¿Cómo iba a marcharse ahora que tenía la certeza de que él seguía allí luchando para sobrevivir?

—Voy a salvarte, Nadir. Aunque sea lo último que haga te salvaré.

—No puedes hacer nada por mí, no dejes que jueguen con tu cabeza, hermanita —el cariño, la preocupación que hacía tiempo nadie sentía por ella, el amor incondicional de su hermano.

—Eres un idiota. ¿Cómo puedes pensar que voy a dar media vuelta y olvidarme de ti? ¡He visto a nuestra madre! Quiere que te salve.

—Nuestra madre está muerta, Cassie. No dejes que jueguen... no dejes que... Venganza no debe despertar. Cassie por favor, prométemelo. Júramelo.

Nadir parecía luchar con fuerza contra alguien invisible, quizá los demonios que vivían ahora en su interior y que trataban de matar su alma. Esa luz que la había guiado en los tiempos más oscuros.

—No voy a dejarte solo. Encontraré la manera de salvarte.

—No lo hagas, te condenarás tú. —Un grito desgarrador abandonó la garganta de su hermano, que cayó de rodillas ante ella. Intentó sostenerlo, pero sus manos lo atravesaron de nuevo.

—No me dejes, Nadir. Por favor, no te vayas. Arock y yo te vamos a sacar de ahí, vamos a liberarte te lo prometo. Por favor...

Los ojos que la miraron de vuelta ya no eran los del hombre que había conocido. Estos eran oscuros, salvajes, con una mezcla de frialdad que la hizo retroceder y tambalearse.

—No...

—Ha llegado la hora, Venganza —dijo su hermano sin ser su hermano. Varias voces superpuestas se dirigían ahora ella, mientras le tendían la mano—. Únete a nosotros. Libéranos.

Cassandra negó. No podía, no podía. Eso sería convertirse en el demonio egoísta que todos pensaban que podía llegar a ser. Nunca lo había sido, nunca había puesto sus deseos por delante de los demás. Nunca iba a cumplir con la profecía de Adam, cuando había gritado con puro odio que ella supondría el fin del mundo, que era un monstruo.

No lo era y nunca lo sería.

—No —contestó con firmeza, acabando con la proyección, que se desvaneció como si nunca hubiera estado allí.

Cassandra se dejó caer en el suelo, abrazándose las piernas, llorando silenciosa su pena.

«Perdóname, Nadir. Perdóname. No puedo condenar a todos por ti, no puedo ser el demonio, no puedo ser una marioneta en manos de poderes superiores. No puedo salvarte. Perdóname».

Siguió con esa cantinela, acurrucada allí, tan perdida que ya no quedaba nada más para ella que la pena, esa pena que la taladraba por dentro, dejándola vacía de todo.

Ya no podía sentir nada. Sin Nadir, sin Uriel, sin Arock...

No le quedaba nada para dar.

A nadie.

Capítulo 13

Luke sintió temblar el suelo. Sabía que el final se acercaba cada vez más rápido, sin nada que pudiera hacer para detenerlo. Quería acabar con esto, pero no podía. No sin Cassandra, quizá con ella tampoco. Golpeó la pared con el puño y la atravesó, la sangre saltó en varias direcciones y los huesos se quebraron, no le importó. El dolor no era nada comparado con la desesperación y la rabia que sentía en ese momento.

Estaba impotente ante los sucesos que vendrían y odiaba la sensación de indefensión. ¡Era Lucifer, rey del averno! Incluso más poderoso que Dios.

«Custodia la esperanza, Lucifer».

El eco de esa voz se repetía a diario en su cabeza, el maldito oráculo que había despertado tras la liberación de los repobladores y que solo anticipaba el fin del mundo. La destrucción total de la existencia tal cuál la conocían. Todo estaba destinado a desaparecer. A morir.

Las profecías hablaban de su liderazgo en el nuevo mundo, pero sabía que no podía deshacerse de los otros sentidos e interpretaciones. Las que aseguraban que de los huesos del líder infernal caído, resurgiría un nuevo orden, en el que los demonios no solo recuperarían el poder de antaño, sino que albergarían la capacidad de vagar por las tres dimensiones a placer. Un reinado de oscuridad, en la que los hombres serían esclavos y los ángeles se extinguirían. Un orden en el que el infierno sería el justiciero y ejecutor y el cielo la mazmorra de los desterrados, a dónde acudirían aquellos que no serían capaces de sobrevivir allí abajo.

Las cosas empezaban a marchar bien. Nala estaba a su lado, alegrando sus días y sus noches. Dándole la diversión que había deseado desde antes incluso de convertirse en quién era hoy. Su compañera, que lo comprendía y completaba como nadie más era capaz de hacer.

—¿En qué estás pensando, Luckie? —preguntó precisamente ella, haciéndole sentir si no bien, si un poco mejor.

—En el oráculo —¿Por qué ocultárselo? Tenía derecho a saberlo.

—¿Otra vez está tocando los cojones?

Rio, ¿cómo no hacerlo? Esa mujer no hablaría bien ni en un millón de años. Era asidua a las palabrotas y tenía que admitir que lo ponía cachondo esa sucia lengua. No había límites para ella y para él tampoco. Encajaban a la perfección.

—Peligra la esperanza, no para de repetirlo, me vuelve loco. ¿Qué puedo hacer yo? Solo soy Lucifer, rey del averno, líder indiscutible de los demonios, quieran ellos o no. Siguen sublevándose y

alzándose en mi contra. ¿Tendré que matarlos a todos?

—¿Nos quedaríamos sin súbditos? Tenemos que encontrar una alternativa.

—Y sin problemas.

—Un reino abandonado...

La comprendía, muy bien.

—¿Alguna sugerencia, letrada? —inquirió arqueando una ceja. Sabía que para ese momento sus ojos mostrarían la advertencia, tan rojos como a punto estaba de soltar su rabia, incluso contra ella. Sería más suave, ella gemiría, gritaría, lo mordería hasta hacerle sangre mientras él la montaba con desesperación.

Quizá era eso lo que necesitaba en ese momento, para echar a un lado la mierda, al menos por unas horas.

Nala sonrió, tan lentamente que despertó cada diminuto rincón de su ser, provocando que sus alas se extendieran y agitaran. Sacudió sus plumas y la miró con deseo, ella no lo defraudó, saltó sobre él y lo apretó entre sus piernas. Sus manos tocando sus emplumadas extremidades.

—Creo que el sexo te aclararía la mente. Follar siempre te ayuda.

Luke rio, sin contención, la besó hasta dejar su boca roja e hinchada. Una vez satisfecho con su marca declarada, asintió.

—Eso es verdad.

—He visto a Arock salir de la Sala del placer hace un rato. ¿No había ido a buscar a Cassie?

—Están aquí. Miguel ha expulsado a nuestra empática de la tierra, digamos que nos ha puesto las cosas en bandeja.

—¿Y por qué no está aquí?

—Les di siete días, siempre cumplo mis contratos. Deberías saberlo mejor que nadie.

Nala rio, una risa cálida y seductora, mientras lo acariciaba, lo miraba con una mezcla de amor y pasión y asentía.

—¿Podemos ir a nuestra isla?

—No. —Odiaba negarle algo que sabía le reportaría gran placer, pero las cosas estaban demasiado complicadas y no podía tomarse ese tiempo libre.

Su compañera hizo un mohín, soltó un suspiro y lo besó, después se dejó caer al suelo.

—Lo sospechaba. Iré a practicar con Osiris y Cerbero, si te parece bien.

—Mientras los machos estén emparejados lo apruebo. ¿Cómo va la práctica?

Ella se alejó de él, meneando las caderas, dándole la espalda, ignorándolo. Hasta que él se elevó en el aire con sus alas y armando un pequeño revuelo se detuvo frente a ella, cortándole el paso.

—¿Nala?

—¿Luckie?

—¡He dicho que cómo va la práctica! —espetó irritado.

—Progresas adecuadamente —le dio un par de palmaditas en el pecho—, tigre —y volvió a sobrepasarlo, ignorándolo.

—Estás tentando tu suerte, mujer —advirtió en tono peligroso.

—Creo que a Lukie le han cortado las garras... —lo pinchó.

Un rugido salvaje abandonó el pecho del hombre mientras la atrapaba y la cargaba en su hombro. Peligroso. Como a ella le gustaba. Pero lo había empujado demasiado y esta vez... iba a gozar como nunca.

—Voy a castigarte

—¿Ah sí? —preguntó con un bostezo.

El líder del inframundo le dio un azote en el trasero con la palma abierta, ella soltó un gemido de placer, Lucifer se erizó.

Todo su cuerpo estaba listo para el interludio y pobre del que osara interponerse en su camino.

—Y vas a disfrutarlo —decretó y se desvaneció con ella en ese mismo instante, con una Nala muy satisfecha, después de haberse salido con la suya.

—Sé que tienes a mi hija aquí abajo, quiero verla.

Uriel entró como Pedro por su casa en la suite de Arock, algo que nadie o muy pocos se atrevían a hacer. Seguía medio desnudo, tratando de reponerse de la orgía en la que acababa de participar. Se sentía tan sucio que a pesar de su intención de volver con Cassie directamente para dejar claro lo que había hecho, lo que seguiría haciendo y lo poco que le importaba ella en realidad, no había sido capaz. Esta vez había ido demasiado lejos. No soportaba estar consigo mismo.

Sucio. Roto. Desahuciado.

Un monstruo.

—Está a salvo —dijo y se puso una camiseta. Le dio la espalda y sacó unos calcetines de la mesilla—. Podrás verla cuando la traiga a la fortaleza.

—¿Por qué no está aquí?

—Eso me gustaría a mí saber también —murmuró para sí Arock. Si la hubiera llevado allí en primer lugar, incluso en contra de su voluntad, se habría quitado el problema del medio. Pero era un idiota, había decidido no acostarse con ella, no tener nada con ella. No merecía verlo así, como se encontraba ahora, un fantasma de lo que había sido. Cassandra no necesitaba el rechazo de otro

hombre, no ahora. Y eso era lo único que él tenía para ella—. Está en mi casa y no eres bien recibido allí.

—La ocultas, ¿por qué? —preguntó Uriel sin dejar de mirarlo. Conocía esa mirada, lo evaluaba.

—Eso es cosa mía.

—Es mi hija —recriminó Uriel, pasándose las manos por el pelo y acomodando sus alas en su espalda. Era raro verlo con esas alas negras, tan oscuras, un reflejo de las del gran cabrón Lucifer. No por nada eran hermanos, incluso su rostro poseía los mismos ángulos, sus ojos reflejaban mil pensamientos iguales y a la vez tan diferentes.

Luke quería utilizar a la chica; Uriel quería salvarla. La amaba, como nunca nadie lo había amado a él y suponía que se sentía dividido, en cuanto a la lealtad para con su hermano.

—Luke no va a dejar que ella vague libremente. La encerrará en la celda de su hermano si cree que eso contendrá el Apocalipsis.

—Eso no pasará.

—¿Crees que no? El oráculo ha sido claro, los tiempos es lo único que no controla, pero... ¿Los hechos? Oh, sí, pasará, Uriel; y ni tú ni yo, ni siquiera el jefe, nadie podrá detenerlo.

—¿Por qué la has traído aquí entonces? Abajo, me refiero. Si sabes que hagamos lo que hagamos sucederá, ¿por qué?

—Tus queridos arcángeles, hermanos o como coño los llames, han decidido que es un peligro para la humanidad.

Uriel se dejó caer en una silla, repentinamente pálido.

—Desterrada.

—Adicta —lo ilustró—. Apenas poseía una brizna de control. Estaba haciendo daño a los humanos.

—Hicieron su trabajo, no puedo reprocharles eso y tú tampoco —instruyó Uriel. ¿Qué hacía allí si era tan jodidamente correcto?

A la mierda con el cielo y todos sus habitantes. Estaba harto de toda esa mierda. Harto. Era el puto cabrón sin escrúpulos, incapaz de proteger a su mujer, a... ella, a... su corazón. La traición, había sido traicionado por aquellos que amaba. Ellos, primero ellos, ángeles, arcángeles, justos, traicioneros. Después ella, dulce, pura, amante, perra. Eso habían sido todos ellos. Enemigos. Le habían arrebatado todo. Su vida, su alma, su corazón. No le quedaba nada.

Ni siquiera por Cassie, ni por Uriel, ni por nadie.

—Puedo reprocharles todo lo que me dé la gana —habló entre dientes, la alternativa era gritar. Sabía que si empezaba, no pararía.

Su humor era agrio, la risa y la burla siempre a punto se habían diluido totalmente ese día. No tenía ganas de ponerse la máscara, hoy no. Estaba harto. Necesitaba un respiro. Necesitaba dejar

todo atrás. Necesitaba algo más que ese castigo que disfrutaba un día y otro, y otro más por toda la eternidad.

El infierno no era su hogar, era su cárcel, su condena. Vagaba por allí, vivía con comodidad, pero no sin su dosis de tortura diaria. ¿Por qué? Por idiota, por no haber sido capaz de proteger y luchar por lo que de verdad importaba.

Merecía lo peor. Todo lo peor.

—Eso no cambiará nada, Arock —dijo con paciencia el ex-arcángel de la verdad. ¿Cómo ocultarle algo a Uriel? Él lo sabía todo sobre todos. Y lo odiaba por ello. No tenía ningún derecho a meterse en su corazón y exponer sus secretos.

—No puedo ocultar a Cassie para siempre —expresó, cambiando de tema—. Los dos lo sabemos. En poco tiempo, tendremos que traerla a la fortaleza y tu querido hermano decidirá qué hacer con ella.

—Puedes guiarla. Si ella viene de buena fe y por propia voluntad, Luke la convertirá en una guardiana, no en una prisionera. Puedes hacerlo.

—Crees que la amo, pero no es cierto.

—Sé que no la amas, Arock —dijo contrito—. Todavía —añadió, como si fuera algo necesario, algo que no se podía omitir y que simplemente él no podía obviar.

—No pasará. Tú mejor que nadie debes saber que no es posible. Cassandra y yo perdimos todo en el pasado y no tenemos posibilidad...

—Todo el mundo merece una segunda oportunidad.

—No creo que ella lo vea así cuando sepa lo que he hecho.

—¿Cuando sepa que dejas que esos demonios te roben tu energía, se alimenten de tu dolor y te violen? Creo que mi hija te sorprenderá.

—No le digas nada de mi pasado. Respeta eso, por favor. —No pedía muchas cosas por favor, no le suplicaba a nadie, desde hacía mucho tiempo. Pero solo dos personas podrían explicar a la única mujer que anhelaba lo mirara con algo más que desprecio, lo que había hecho en el pasado. Lo que había sufrido, lo que había perdido por idiota y lo que le habían arrebatado.

—No son mis secretos para disponer de ellos, pero si quieres una oportunidad de ser algo más que... este despojo que tengo frente a mí —dijo sin paños calientes, poniendo en palabras lo que él mismo llevaba mucho tiempo pensando—, se lo contarás. Todo. Sin omitir detalle alguno.

Arock rio sin humor. Como si fuera tan fácil.

—No puedo llevarte a verla, Uriel.

—Esperaré, ¿le enviarás un mensaje de mi parte?

El caído asintió, eso si podía hacerlo.

—¿Qué?

—Dile que la quiero y que no he olvidado lo que le prometí. Ella lo entenderá.

—¿Secretitos, Uriel?

—Tú ocúpate de los tuyos y yo lo haré de los míos.

—Sí, claro. Genial —sacó sus botas y se las puso mientras se acomodaba las armas en su cuerpo y movía sus propias alas. Uno de los súcubos le había rasgado parte de una, disfrutando de provocarle dolor y aún sentía el tirón, mientras empezaba a sanar.

—No te rindas, todavía estás a tiempo. Mírame a mí. Y a Luke. Las hemos encontrado.

—Mi compañera murió —soltó sin ningún tipo de modulación en la voz—, por mis propias manos. ¿De verdad quieres que tu hija corra la misma suerte?

—Cassandra es más fuerte de lo que parece. Ha sobrevivido a mucho y merece la felicidad. Si esa está en tus manos, tendrás mi bendición. Asesino o no, Arock. Yo también he hecho muchas cosas de las que me arrepiento.

El caído rio sin humor.

—No como yo —negó—. Yo no tengo salvación y ella tampoco.

Eran dos almas solitarias que se habían cruzado, dos almas que habían dejado la felicidad atrás. No todos los emparejamientos divinos o no, lograban el tan ansiado final feliz y les había tocado a ellos. ¿Conseguir enamorarse de alguien no predestinado, sabiendo que aquellos que lo habían estado para los dos habían muerto con la palabra monstruo en los labios?

Estaban destinados a la infelicidad, a servir para el propósito de otros.

Quizá incluso para traicionar a todos los que amaban. A todos los que confiaban en ellos.

Esta guerra no había hecho nada más que empezar y sospechaba que el final estaba cerca, y no precisamente el que todos anhelaban.

La oscuridad reinaría el mundo y ellos, en ese mar de negritud, tendrían suerte si eran capaces de sobrevivir intactos.

El amor no entraba en su ecuación. Cassandra y él estaban mejor así, como estaban, en soledad.

Y eso tendría que bastar.

Capítulo 14

Había varias voces rodeándola. Trató de abrir los ojos, pero estaba perdida, no le quedaban fuerzas.

—Nadia —un eco lejano. Una voz conocida. ¿Dónde estaba? Había ido a visitar a su madre y después... No lograba recordarlo.

Parpadeó, trató de enfocar su visión. Estaba en una cama, tenía la garganta seca y a su alrededor había varias personas que la miraban con intensidad. ¿Quiénes eran?

—Nadia —repitió una voz, sonó más fuerte esta vez. Buscó el origen del sonido y gruñó. ¿Qué hacía él allí? Siempre le ponía las cosas difíciles, poniéndola nerviosa, haciéndola desear algo que jamás podría tener.

—Vete, déjame en paz.

Una risa, una amenaza velada, un sonido seco, como si alguien hubiera dado una colleja a otro alguien.

—No, nena. No me voy a marchar.

—Deja de jugar con tu estúpido rosario, esos ruidos me están haciendo rechinar los dientes. Me duele la cabeza.

Carlos rio, guardó su juguete en el bolsillo trasero de sus pantalones y le acarició la sien con dos dedos, masajeando. Soltó un gemido placentero, sí, así mucho mejor.

—Tienes que mirarme. Tienes que despertar. Necesitamos hablar contigo.

—Tengo sueño, déjame dormir. Por favor, estoy muy cansada. Vete. —Pidió una vez más—. Por favor, vete.

—No voy a ninguna parte —descendió sobre ella. ¿La besaría? ¿Quería que lo hiciera? Oh, sí. Sus besos eran como una droga que la volvía loca y la hacía anhelar más, mucho más.

—Puedes darme un beso, pero eso es todo. Después te vas.

Una rica y ronca risa llegó a sus oídos, haciéndola sonreír feliz. Le gustaba su risa y la calidez de la mano que le acariciaba la cara con infinita ternura. Era tan varonil. Suspiró. Ojalá no tuviera que echarlo de su lado, ojalá no se fuera nunca.

Sus labios rozaron los de ella, apenas en una suave caricia.

—Despierta, Bella durmiente —pidió una vez más—. Hazlo por mí, cariño.

—Vamos, guapa. Despierta antes de que aquí el tipo se corra en los pantalones con todo su público delante.

Se rompió el contacto, alguien dio un puñetazo a otro alguien. ¿Carlos? ¿Estaría bien?

Abrió los ojos de golpe, trató de incorporarse.

—¡No lo toques!

Pero estaba muy débil y su intento tan solo fue una patética queja, que salió entre sus dientes.

—Shhh, cariño. Estoy aquí. Tranquila, Nadia. Estoy bien.

—¿Dónde estoy? ¿Por qué estás aquí?

—Te caíste. Borock te encontró y te trajo aquí.

—¿Dónde está mi madre? —preguntó buscándola, después lo recordó. La niebla, el dolor intenso, algo acerca de los libros, de una herencia... su madre desvaneciéndose—. Mamá —lloró de dolor, las lágrimas rodando por sus mejillas, la pena llenándola de una forma que la hacía sentir totalmente vacía por dentro—. No me dejes, mamá. No, por favor.

—Lo siento, cariño. Lo siento. —Carlos la besó otra vez, se subió a la cama y la atrajo a sus brazos, como si fuera a protegerla para siempre y no permitiera que nada que pudiera hacerle daño la alcanzara.

—Está en un lugar mejor —dijo Borock, casi aburrido. De hecho estaba bostezando.

Carlos le lanzó una mirada asesina.

—Lárgate, yo me encargo.

—Si estás seguro...

—Lo estoy —espetó con frialdad.

—Huele muy bien —dijo ella entonces, una corriente de aire pareció llevarle un intenso aroma a especias o pan recién hecho. Quería hincarle el diente a algo, salivaba de hecho.

Borock, ese tipo tan extraño que a veces iba a El Templo se rio.

—Sí, preciosa. Huele muy bien, pero el tito Borock tiene una compañera muy posesiva y no le gustará que otras perciban mi dulce aroma.

—Será el hedor desagradable que desprendes... —lo cortó Carlos.

—No pensabas eso ayer —le lanzó un beso, Nadia se sintió muy extraña. Se sonrojó. ¿Ellos dos...?

—No. Ni siquiera lo pienses —advirtió Carlos—. Es un demonio sexual, nada más.

—Ah... —Empezaba a comprenderlo. Había visto en su vida a un par de íncubos y un súcubo. Sabía cómo funcionaban, pero no era real, era una ilusión. En realidad a ella no la habían afectado jamás, debía de llevar algo especial en la sangre. La mayor parte de la gente no era capaz de resistir las feromonas que desprendían esos demonios, pero ella había sido, afortunadamente, inmune.

—Informaré a Biel —hizo un gesto a Carlos, un claro mensaje silencioso que ella no entendió—. No te separes de ella.

—No lo haré.

—Bien. —Se acercó a Carlos para darle un morreo, con lengua y todo y trató de hacer lo mismo con ella, pero su hombre -no, no su hombre, el que la pretendía o la deseaba o como fuera-, se interpuso entre los dos.

—Eres un guarro, lárgate y no vuelvas a meter tu asquerosa lengua en mi boca.

—Tan asquerosa... por eso tienes una erección. —Le guiñó un ojo a ella y sin más se esfumó.

No fue capaz de evitar mirar la marca evidente que Borock había señalado. Carlos se puso tenso y tenía el cuello muy rojo, además de los apretados dientes.

—No es lo que parece.

—Lo sé —sonrió, le parecía divertida su reacción física, aunque la comprendía—. Lo he visto otras veces, son irresistibles.

—¿Para ti también?

Nadia negó.

—Tengo la suerte de ser una de esas pocas personas inmunes —se encogió de hombros, restándole importancia. Si él supiera la verdad... que él la torturaba con su mera presencia, haciendo que su cuerpo respondiera sin esfuerzo, deseándolo en silencio hasta casi la desesperación, sabiendo que no lo podía tener. Que jamás podría hacerle aquello a él, sabiendo lo importante que la descendencia era para un cazador—. Deberías marcharte, me encuentro mejor.

—No. No iré a ninguna parte, eres mía y permaneceré a tu lado.

—No soy tuya, vete.

—Todavía no lo sabes, pero lo eres y no renuncio jamás a lo que me pertenece —aclaró, la besó con suavidad y la atrajo más cerca.

Nadia se sintió protegida, pero a la vez muy triste. Sabía que no duraría, tenía que acabar con esa ilusión cuanto antes. La separación sería más rápida y menos dolorosa.

—Soy estéril. Ya está, ahora lárgate —se dio media vuelta en la cama, se alejó de él, haciéndose una bolita. No vio su reacción, no quería verla, solo quería llorar.

La enorme y morena mano de él, se posó en su cadera, mientras estiraba su largo cuerpo junto al suyo y la atraía a su pecho.

—¿Por eso has estado rechazándome?

—Eres un cazador, como mi padre —dijo con apenas un hilo de voz—. Sé cómo va esto. Fui la decepción de la familia, conmigo se acaba nuestra línea, la tuya puede continuar, cuando encuentres a la mujer adecuada.

—Eso no va a pasar —murmuró en su oído—, ya la he encontrado. Eres tú.

—No lo soy. Vete... por favor, vete.

—Jamás —juró acercándola más a él y protegiéndola junto a su pecho, como si fuera el regalo más maravilloso, su mayor tesoro.

La custodiaba con amor, alerta, necesitado y desesperado.

—No te he dado nada de lo que los hombres quieren.

—No quiero que me des nada, Nadia. Quiero ganármelo.

Lo miró con sorpresa, girándose, buscando sus ojos.

—¿Por qué?

—Porque tú, señorita gruñona, mereces la pena.

El Alto Consejo había deliberado y al final habían tomado una decisión. Haziel sentía la inquietud manando de su cuerpo. Había sido castigado, duramente, por la afrenta cometida contra su pueblo, contra su raza, pero no se arrepentía y quizá por eso afrontaba su veredicto con una pizca de temor y una gran resolución. Pasara lo que pasara, aquí empezaba una nueva vida y estaba dispuesto a soportar lo que fuera. El Cielo había dejado de ser su hogar, desearía llegar junto a Ana, ver su felicidad y quizá encontrar la propia. O quizá caer a las profundidades del averno para descubrir si era capaz de sobrevivir o se quemaría hasta las entrañas, poniendo fin a su propia existencia.

Había vivido durante siglos, había evolucionado y si todo ese camino tenía que acabar allí abajo, que así fuera. Ya estaba cansado de ser un mero títere, amando a todos y, al mismo tiempo, incapaz de entregar su corazón a una sola persona, a una compañera. Encontrar su verdadero lugar en el mundo.

—El Consejo ha tomado una decisión. —La voz de Gabriel rompió el silencio, captando la atención de todos los allí reunidos—. El antiguo líder de la casa de los guardianes, infractor del sagrado código, será desterrado del Cielo y enviado a su nueva ubicación.

Miguel, Rafael y Gabriel lo observaron con fijeza mientras el suelo se abría a sus pies, ante los gemidos ahogados de los presentes. Podía sentir cómo todo a su alrededor se desvanecía y caía cada vez más y más, trató de contener el rápido descenso con sus alas, pero la fuerza del impulso las quebró haciéndole gritar de dolor. Un grito que no llegó a abandonar su garganta, sino que permaneció en su interior, haciendo que la agonía fuera aún más cruda.

Todo había terminado, no habían tenido piedad. No era que la hubiera esperado. ¿Deseado? Sí, desde hacía tiempo. ¿Esperado? Jamás. Conocía mejor que nadie al Consejo y sabía que daban ejemplo con los líderes descarriados.

La desesperanza lo inundó. Tanto anhelo para nada.

La Tierra cada vez estaba más cerca, pronto impactaría contra ella. ¿Terminaría allí su dolor? ¿Moriría? ¿O solo sería como si millones de agujas atravesaran cada músculo y hueso de su cuerpo? ¿Todos los caídos habían soportado aquello? Nunca había tenido permiso para ver y nunca había mirado.

Estúpidas reglas. Si sobrevivía lo aprovecharía, quizá incluso si traspasaba la barrera de la tierra y su castigo era peor, llegando a las tierras infernales, el final de cualquier ser divino, la ausencia de luz... No sabía si sería capaz de dar la bienvenida a las tinieblas.

«Padre, perdóname —suplicó de corazón a Dios—. No me arrepiento de amar, pero sí de haber traicionado tu confianza. No soy merecedor de tu clemencia y aún así te la suplico. Solo quiero encontrar a una mujer a la que entregar mi ser. Plenamente. Te imploro que escuches a tu hijo, que te ama más que a nadie, que sea cual sea tu decisión, la respetará y no te reprochará. Dame valor para afrontar la muerte».

El final estaba cerca. Allí mismo. Podía ver el oscuro asfalto. ¿Lo traspasaría? ¿Llegaría a la dimensión oscura, temida por lo largo y ancho de los cielos?

Cerró los ojos, no quería verlo. No quería sentirlo.

En el momento en que colisionó con fuerza contra la tierra, el dolor le privó del sentido. La calzada se deshizo en un millar de pedazos, saltando por todas partes, los olores atacaron su nariz, incluso el metalizado de la sangre y a pesar de que su situación no era nada idílica, sonrió en el instante antes de perder el conocimiento.

No había infierno para él. Dolor eterno sí, pero no oscuridad.

Dios lo había escuchado y había decidido darle una segunda oportunidad.

«Gracias, Padre».

Y el sol brilló con fuerza en medio de ninguna parte. Con el polvo ensuciando su piel y mezclándose con la sangre. Su túnica rasgada y cada hueso hecho pedazos.

Pero aquel era un nuevo comienzo y lo iba a aprovechar.

No podía estar más contento.

Capítulo 15

Arock supo que algo iba muy mal en el instante en que puso un pie en su granja. Se apresuró a llegar al interior de la casa y aquella presencia disimulada le puso los pelos de punta. No era Cassie, era algo más. Algo oscuro y tenebroso, algo totalmente pervertido.

—¡Cassandra! —gritó y subió de dos en dos los escalones. Recorrió el apartamento superior y maldijo en voz baja al no encontrarla. No era que lo hubiera esperado, pero un hombre podía guardar para sí cierta dosis de optimismo. Estaría allí abajo descubriendo sus oscuros secretos.

O al menos suponiéndolos.

»Maldita sea, mujer —dijo para sí—, no tenías por qué meter las narices en mis asuntos.

Bajó incluso más rápido que antes, de un salto, planeando con sus alas lo suficiente para posarse suavemente en el suelo. Recorrió su dormitorio, el baño y al final llegó a su despacho. Todo estaba como lo había dejado, excepto el bulto encogido en el suelo.

Preocupado, se apresuró a tomarla entre sus brazos y la llevó a su cama. A ese lugar en el que había jurado y perjurado que jamás entraría una mujer. La dejó con amoroso cuidado y le apartó el pelo del rostro surcado de lágrimas. Sus ojos estaban más rojos que nunca antes y el negro enmarcaba aquellos demoniacos iris con velada amenaza.

—Cassandra —pronunció su nombre tratando de traerla de vuelta a la realidad. Era la única palabra capaz de borrar todo hechizo, fuera este de naturaleza oscura o no—. Mírame.

—No puedo salvarlo. No puedo salvarlo. No puedo salvarlo —repetía esas tres palabras como un mantra, en apenas un susurro repetido.

Arock subió a la cama junto a ella, la acostó en su regazo y tomó su rostro entre sus manos.

—¿A quién, cariño? ¿A quién no puedes salvar?

—Mi hermano ya no es mi hermano. Está sufriendo. Sufre. No puedo abandonarlo. Tengo que salvarlo. Tienes que ayudarme.

Se aferró a su camisa, sus puños arrugando la tela mientras lo miraba con desesperación.

—Ayúdame, Arock. Te lo suplico. Ayúdame.

El caído tragó saliva. Su corazón acelerado, todo su cuerpo tenso y el deseo de hacer precisamente eso picándole en los dedos. ¿Pero cómo ayudar? ¿Cómo sacar al demonio de la celda sin provocar el fin del mundo?

—Tranquilízate, Cassie. Encontraremos una manera, te lo prometo.

—Solo tú puedes ayudarme. Lo sé. Lo sé. Solo tú.

No era nada, nadie, ¿ayudarla? Ni siquiera era capaz de ayudarse a sí mismo. Allí tumbado con aquella mujer en brazos se sentía en paz, como hacía tiempo que no era capaz. No sentía rechazo por su contacto o su aroma. Su cuerpo la anhelaba, no de una forma física, sino espiritualmente. Todo lo que había sido y lo que era ahora la deseaban desesperadamente.

Casi sin darse cuenta, hundió la nariz en su pelo, cerró los ojos y se embebió en aquella fragancia que le hacía desear ser diferente. Menos monstruo, más hombre. Pero no podía volver atrás. Por su culpa... por su culpa habían muerto aquellos a quienes había amado. Su espada había atravesado el corazón que más lo había querido y preocupado por él.

Se apartó, casi violentamente, a modo de castigo. Puso disimulada distancia. Cassie cayó sobre el colchón y lo miró, sus ojos llenos de dolor.

—¿He hecho algo malo?

—No puedo hacer esto, Cassandra. No puedo. Me pides demasiado. No creas en mí. No confíes. Te traicionaré. Recuérdalo, te lo he dicho. En el pasado, ayer, esta mañana. Te traicionaré, machacaré tu mente, tu cuerpo, tu corazón y te destruiré. Aléjate... aléjate de mí y no vuelvas a tocarme.

Se apartó a toda prisa. Se sentía ruin, espoleando a la mujer que más deseaba, necesitando su odio. Ese castigo que merecía. Lo merecía, por todo lo que había hecho, por lo que estaba dispuesto a hacer.

—Arock...

Un gemido suplicante. No supliques, quiso gritar. No me mires como si fuera tu salvador. Te condenaré. Destruyo todo lo que toco.

Se llevó las manos a la sien, las imágenes del pasado se repitieron en su cerebro, una tras otra, Cassie ahogó un gemido.

La miró con sentimiento de traición.

—Te dije que no lo hicieras.

—Lo siento. Lo... —el gesto de Cassie fue de un horror absoluto. Se levantó y retrocedió alejándose de él—. Aquí abajo hago y veo cosas sin querer. No era... no era mi intención.

Corrió, escapando por la puerta abierta. Su rostro con palidez mortal y sus movimientos rígidos, pero ansiosos por estar a kilómetros de distancia del asesino.

Lo había visto en sus ojos. ¿Hasta dónde había llegado? ¿Qué sabía?

—¡Cassandra! —gritó con furia—. ¡No te atrevas a juzgarme!

No hubo respuesta. Salió tras ella, corriendo, iba a subir a la zona superior, pero la puerta principal estaba abierta. Ella sola, allí fuera...

—¡Cassandra! —gimió ahora lleno de angustia. Si los demonios la encontraban, todos estarían

perdidos. Salió al exterior, extendió sus alas y se elevó en el cielo a toda prisa. Sobrevoló la propiedad y dio gracias en silencio a que ella no pudiera transportarse a aquellos lugares que desconocía. Descendió frente a ella, cortándole el paso. La mujer chocó contra su pecho y se tambaleó, Arock la arropó entre sus brazos.

—No huyas de mí.

—No me quieres aquí. ¿Por qué eres amable un momento, violento al siguiente y luego me miras como si fueras a morir de dolor si algo me sucediera? ¡Decídetes, Arock! Duele mucho.

—Has sido tú la que has salido corriendo como una niña asustada. He matado, Cassandra. Sí. He hecho cosas que no necesitas saber, cometido todo tipo de crímenes, soy un ángel caído corrupto. Hombre de confianza de Lucifer. ¿Pensabas que era puro? No lo soy. ¿Pensabas que en mi casa estabas a salvo? No lo estás. Pero ahí fuera el peligro no solo es para ti, es para todo el mundo, la existencia tal y como la conocemos. Considérame tu guardián y esta tu prisión, porque no vas a abandonar mi casa hasta que sea el momento de hacerlo. ¿He sido claro?

—No puedes retenerme aquí, puedo marcharme. Soy más fuerte que tú.

—Quizá —aceptó. En vista de que había sido capaz de quebrar cualquier resistencia, una que Lucifer jamás había sobrepasado, tenía una idea de lo fuerte que era, pero no iba a darle más ventaja de la que ya tenía—, pero desconoces el averno y ahí fuera no eres más que un bebé desvalido.

—¿Te preocupas por mí o me odias tanto que quieres provocarme el sufrimiento?

Estúpida dualidad, estúpido él, porque sentía ambas cosas. Infinita preocupación y deseo de hacerle tanto daño como sentía él.

—No te convengo, Cassandra. Asesiné a mi compañera a sangre fría, lo has visto. Has visto mis manos llenas de sangre, ¿verdad? La frialdad de mi rostro y la satisfacción de acabar con su último aliento. No es una visión falsa, ese es mi pasado. La maté, sin recriminaciones. Me sentí bien haciéndolo. Se lo merecía.

—No eres el único que tiene la sangre de un compañero en sus manos —contraatacó ella.

—No es lo mismo, nena. Él murió en tus brazos, ella por mi espada. Créeme, no es lo mismo —dijo atrapándole la muñeca con una mano cual tenaza, sin consideración alguna y desapareciendo con ella, dejándola en el salón de la parte superior—. No saldrás de aquí sin supervisión, ¿entendido?

—¿Por qué te portas como un cabrón cruel conmigo? No eres así.

—Porque he perdido mi máscara hoy, cariño. Y no tengo ganas de buscarla.

Así, sin más. Lo dijo como si no importara, hiriendo sus sentimientos. Debería haber estado preparada para eso, pero no era así. Una tonta, muy tonta y minúscula, parte de su corazón deseaba

tener una segunda oportunidad. Con él, con el hombre que si no designado por el destino o quien hiciera esos tontos emparejamientos fracasados, sí elegido por su propia esencia. Su feminidad lo reclamaba, su corazón lo necesitaba y su cuerpo, ese vil traidor, se derretía con el más leve toque. No quería jugar a ese juego peligroso, no con este depredador.

—¿Qué te pasó en la fortaleza? —preguntó antes de poder evitarlo—. Te vi en tu... —hizo un gesto sin terminar su aseveración.

—¿Me espiaste? —Una genuina sorpresa apareció en su rostro, dejando a un hombre vulnerable ante sus ojos.

Se mordió los labios inseguro, se pasó las manos por el pelo y pudo ver la chispa de odio contra sí mismo que se dibujó en las profundidades azules de aquellos ojos, apenas un instante.

—No era mi intención, fue un accidente.

—No, no lo fue. Has estado toqueteando mis cosas.

—Quizá... un poco. ¿Quién es la mujer de tu mesilla?

—Nadie —se puso tenso, apretó los puños, negó.

—¿Es ella?

—No.

—No necesitas mentirme —le aseguró. No le gustaría que la dinámica de su relación, fuera esta lo que fuera, se basara en la deslealtad hasta en las cosas más ínfimas.

—En realidad no lo hago. No es ella. Cuando conocí a... —Negó, sin pronunciar su nombre— cuando la conocí no existía la cámara de fotos, créeme.

—¿Entonces cómo es posible que...?

Arock se encogió de hombros.

—Solo es un sueño tonto.

—No me parece tonto —dijo con cierta dosis de dulzura. En realidad, era algo muy tierno. Guardaba una foto de una desconocida con una niña. Todos los elementos que conformaban su hogar iban dirigidos hacia la familia, le sorprendió y reconfortó que fuera así. Si aún podía soñar, todavía no estaba perdido.

—¿Y la muñeca...?

—Hemos terminado de hablar de esto.

Había tocado un punto sensible. Sospechaba que esa muñeca sí estaba relacionada con su realidad. Su mente barajó mil y una terribles posibilidades, que le helaron el corazón.

—¿Tenías una hija, Arock? No volveré a mencionarlo, pero...

Un músculo palpitó en la mandíbula del hombre, sus ojos se oscurecieron. Entre la amenaza y el dolor.

Fue a hablar, pero calló. Lo intentó de nuevo y finalmente suspiró. Asintió secamente.

—La tuve y la perdí. Fin de la historia.

—No creo que sea tan sencillo —murmuró Cassie, pero no insistió. No quería provocarle dolor, a pesar de la necesidad de saber más, algo que no podía remediar, sí podía demostrar empatía -nunca mejor dicho- con él, y darle el espacio que necesitaba—. Lo siento.

—No lo hagas. Ha pasado mucho tiempo desde entonces.

Dio media vuelta, rompiendo el contacto visual. La pose de su cuerpo llena de tensión provocaba que deseara tocarlo, abrazarlo. Pero había sido muy específico al respecto. Ni un solo roce.

—Nadir vino a verme. Fue una especie de presencia distante.

Eso captó su atención, se giró.

—¿Sabe que estás aquí?

Cassie asintió.

—Quiere que me vaya lejos. Dice que estoy en peligro.

—No puedes liberarlo sin acercarlo un poco más al Apocalipsis.

—¿Y realmente sería tan malo? Quizá es lo que tú y yo necesitamos. Empezar de nuevo. — Sonaba egoísta, pero estaba harta de ser buena, de pensar en los demás y cargar con su sufrimiento.

—No nos corresponde decidir.

—Dices que eres un caído corrupto, pero no es verdad.

—Nadir no posee voluntad, es Pecado quien vive. Si rompes la barrera que lo mantiene atado, Cassandra, Nadir estará perdido para siempre —advirtió—. Y soy corrupto, no pienses otra cosa de mí o acabarás con el corazón destrozado y, quizá, muerta.

—No veo en ti lo que tú ves —espetó irguiéndose, muy segura de sí. Nadie se libraba de la oscuridad, pero no significaba que ésta pesara más en Arock que su conciencia. A cada paso demostraba que no era así.

—Entonces es que eres una ingenua —dijo—. No salgas de aquí, podría cazarte pero no tengo tiempo para hacerlo.

—¿Y qué vas a hacer, señor ocupado?

Arock rio, un humor macabro que le puso la carne de gallina.

—No es asunto tuyo, pero como me siento generoso te lo diré. Voy a dormir una buena siesta. Todo hombre necesita recuperarse después del mejor sexo de su vida, ¿verdad?

Cassie sintió como si un puñal se le hubiera hundido en el corazón. Lo miró boquiabierto, sin palabras.

—¿Acaso creías que iba a esperar a que te decidieras, monada? —Negó—. Me picaba y me

rasqué. Lo cierto es que nunca habrías estado a la altura de mis necesidades. Necesito cosas que no puedes darme, princesa de cuento. Deja de soñar con un para siempre porque como te dije, no tengo eso para ofrecerte. A nadie y tampoco a ti. No vas a cambiarme, así que si esa es tu intención...

Cassie sintió la furia encenderse. Su demonio agitarse en su interior, la oscuridad rodearla. Su aura caliente emergió a la superficie, el tono rojo de su pelo se intensificó mientras las llamas rodeaban sus puños.

—¿Acaso crees que te necesito? —Su voz sonó ronca y amenazante cuando preguntó—. No juegues conmigo, Arock. Porque voy a devolvarte el golpe.

Y se sentía capaz de hacerlo. Algo en su interior la empujaba a ello. Ojo por ojo, diente por diente.

Se rio, antes de poder contenerse y lo sintió, cerca. Más cerca, se estaban aproximando.

—No eres mi dueño, caído, y nunca lo serás.

Y con esas palabras, la oscuridad la engulló y sin una palabra más se desvaneció.

Capítulo 16

»Mierda. ¿Qué coño has hecho?

Arock sobrevolaba los alrededores de forma minuciosa, buscando, descendiendo, revisando todos los escondites que se le ocurrían, mientras volvía a elevarse para retomar la búsqueda. Cassandra había desaparecido, no había salido corriendo, tan solo se había esfumado. Sin más. Y no estaba cerca, ni siquiera podía sentirla.

Claro que en el averno ella había mostrado una capacidad sin precedentes. En la tierra no podía ocultarse de él, pero allí abajo estaba en su elemento. Lo supiera ella o no. Era su hogar y éste la reclamaba, despertando todo aquello que llevaba siglos dormido en la propia esencia de su ser.

»Al jefe no le va a gustar.

Lucifer iba a pedir sus pelotas en bandeja de plata. Tenía que llevarla allí abajo. Hecho. Tenía que entregársela antes de que el plazo de siete días concluyera y eso... estaba lejos de ser capaz de cumplirlo, más que nada porque, literalmente, no podía hacerlo. Se había largado. ¿Tenía que comportarse como un gilipollas arrogante, hablando de sexo sin igual, sabiendo lo que ella sentía o creía sentir por él? Había ido demasiado lejos, haciéndole daño a propósito y ella había reaccionado de la única manera posible. Defendiéndose. Como su instinto le había indicado, dejando salir ese lado tenebroso y poderoso que había mantenido bajo un férreo control durante siglos.

«Tonto Arock. Por no arriesgar tu corazón has arriesgado tu cabeza. Deja de pensar con la polla y empieza a comportarte como el estratega que eres, maldita sea».

No podía dejar de recriminarse una y otra vez. Había tomado mil y una decisiones equivocadas en lo que se refería a esa mujer. Lo transformaba, hacía que el hombre dicharachero y alegre se convirtiera en un patán frío y sin escrúpulos.

¿Dónde había quedado el hombre inteligente? Se había atascado en el fango, en la mierda que llevaba enterrando durante tantos años.

—He venido en cuanto he recibido tu mensaje —la voz de su aliado eterno y mejor amigo Harr hizo acto de presencia sacándolo de sus pensamientos. Estaba desarreglado. Su ropa arrugada, el pelo alborotado y varias marcas en su cuello de mordiscos daban una muestra clara de cuál había sido su ocupación hasta quizá unos minutos antes—. Violeta no va a estar nada contenta con tu requerimiento. —Una sonrisa de satisfacción se reflejó en su rostro. Nunca había sido un hombre más feliz que en este momento. Su modo de hablar, de reír, de trabajar, hasta de moverse. Todo había cambiado tocado por la pequeña mujer que había trastocado todo su mundo.

—Cassandra se enfadó y se largó, sin indicaciones de su destino turístico. Ya sabes, podría estar

en cualquier lugar de este condenado averno.

El rostro de Harr cambió repentinamente. Del amante al guerrero en milésimas de segundo.

—¿Le pusiste el rastreador como te dije?

—Joder, no. ¿Acaso crees que he tenido tiempo? ¡Se suponía que iba a estar tranquila en mi casa! De vacaciones. Trajimos sus cosas, su mundo, su entorno, ¿no debería haberse tumbado a leer un libro o a ver la tele o a lo que quiera que hagan las mujeres cuando tienen todas sus necesidades cubiertas?

Harr arqueó una ceja, sin decir nada. Le dejó expresarse, necesitaba hacerlo.

—Me vuelve loco. Me empuja más allá de la cordura. La deseo y la repelo a partes iguales. Mi cuerpo la ansía, mi pecho arde de necesidad de sentir más, de tenerla para mí, de reclamarla y no puedo. Debería sentir rechazo con su contacto, con su olor. Debería sentir horror al poner las manos en su cara, al sentir sus lágrimas y degustar su sabor. Esa boca que me hace esclavo de su voluntad. ¿Y qué hago yo? ¡Qué hago! ¡Decir la idiotez más grande del mundo! No deseo... no quiero lo que me hacen, lo que me hago, lo que... siento con esos demonios. La quiero a ella y sin embargo no puedo tenerla, Harr. No puedo —la angustia salía de sus labios con cada palabra. Estaba divagando, hablando por hablar, diciendo cosas que jamás debería haber pronunciado, pero mierda, era Harr, su mejor amigo. Su otra mitad, en otro tiempo hasta su amante.

Juntos habían vivido todo tipo de cosas, el hombre le había ayudado a encontrarse, a descubrir en quién se había convertido, qué era.

—Estás siendo un capullo con todos, pero no es culpa tuya. Y tampoco de Cassandra —ilustró Harr—. Siempre te pones así cuando llega el aniversario del evento, Arock. Y está bien, por más que quiera sacarte las tripas por la boca y atarte con ellas, lo entiendo. Tu mujer lo entenderá cuando se lo expliques.

—Eso si la encuentro.

Harr sonrió, Arock lo miró molesto.

—¿Qué?

—No me has corregido, de lo que deduzco que empiezas a aceptar que ella es tuya.

—Vamos... —lo miró, pasándose las manos por la cabeza, lo apuntó con el dedo—. No es mía y no va a serlo. Es mi responsabilidad, la encontraré y la entregaré, después me lavo las manos, no quiero saber nada más de ella. ¡Me está volviendo loco!

—La locura no siempre es mala. Violeta me vuelve loco y me siento tremendamente feliz por ello.

—Pues yo me siento una jodida mierda —soltó mirándolo—. Cubriremos más terreno si vas por tierra mientras me muevo por allí arriba.

—Tendremos más éxito si organizamos una estrategia antes de cubrir tierra a lo tonto. Ella jamás ha estado aquí abajo, ¿verdad? Un demonio empático solo puede ir a los lugares a los que ha estado antes, con lo que nuestros destinos se reducen drásticamente.

—En realidad hemos hecho un largo viaje por las tierras infernales, ¿recuerdas? Hay mucho terreno que cubrir.

—Me apostaría lo que quieras a que solo hay dos destinos posibles.

Arock lo miró, con el ceño fruncido. Expectante.

—¿Cuáles?

—Piensa en ello, solías ser inteligente.

Quizá había llegado al límite de su vida útil. Demasiada mierda encima, demasiados problemas y pérdidas. Quizá su cerebro se había frito y por eso se portaba como un tonto idiota de menos de quinientos años, cuando lo cierto es que llevaba casi un milenio en la tierra.

—¿Hablas de la sala de los sellos?

—Es una posibilidad. Al fin y al cabo su hermano está allí.

—No abriré esa puerta. Sabe todo lo que se le vendrá encima.

—Si su parte más instintiva se está haciendo cargo, Arock, no sabemos hasta dónde puede llegar o qué hará.

—Cassie es emocional. Romántica. Cree en cuentos de hadas. Se siente sola, quiere confiar en alguien, encontrar apoyos.

—¿Los que tú no le has dado?

—Calla. Sabes que no puedo hacer como si no hubiera pasado nada —dijo, por más que deseara cambiar eso, era un imposible. De momento, al menos. Quizá dentro de otros cien o doscientos años, cuando pudiera liberarse de la carga del castigo autoimpuesto...

—Puedes mentirme cuanto quieras, pero te conozco. También conozco a Cassie, no tanto como tú, pero lo suficiente —concluyó—. Es un demonio, uno que se ha criado lejos de su tierra y los suyos, Uriel está aquí, pero nunca ha estado en su hogar, sin embargo, una vez su madre vivió aquí, ¿verdad? Su madre biológica y ella también.

—Era un bebé cuando se la llevaron —aclaró Arock—. No encontrará el camino hasta allí.

—Es un demonio que está escuchando a su instinto, te aseguro que puede estar allí. De hecho es muy probable que lo esté —terminó con convicción—. ¿Sabes por dónde empezar?

Arock no estaba del todo convencido, pero si Harr tenía una corazonada o una idea, la seguiría. Se equivocaba pocas veces.

—No. Yo no, pero hay alguien que puede ayudarnos.

Los dos se miraron y sin necesidad de mediar una palabra, se transportaron al único lugar en el

que encontrarían respuestas.

Ante Uriel.

Las lágrimas rodaban por sus mejillas para cuando llegó a aquel lugar. Estaba abandonado, arrasado, desolado. Era extraño y a la vez tan familiar, como si hubiera estado allí muchas veces. Caminó por instinto hasta detenerse frente a una casa sin tejado, que había vivido mejores tiempos. Entró y la encontró arrasada. En algún momento el fuego había acabado con todo. Con sus moradores y sus recuerdos. Se dejó caer en el suelo y siguió llorando. No tenía ni idea de por qué estaba allí, solo había necesitado correr lejos de Arock. Lejos del hombre que quería en su vida y que no hacía otra cosa que rechazarla. Al menos con palabras, a pesar de que sus gestos hacia ella habían sido tan tiernos.

Menos lo de acostarse con otras. ¿Por qué lo había hecho? Podía ser difícil, desear un final feliz, pero con el tiempo habría dado ese paso y se habría entregado a él sin remordimientos, aunque solo fuera algo temporal. ¿Por qué la había despreciado de esa manera? Se sentía tan inferior en ese momento, descartada, otra vez. Ni su compañero deparado ni Arock, solo la veían como alguien que no merecía la pena ser amada.

El dolor la desgarraba por dentro. Las llamas envolvían su cuerpo en un suave abrazo, crepitando y gimiendo a su alrededor, una manifestación de su pena. Sus ojos estaban cambiando, podía verlo todo. Tanto una diminuta mota en el mundo real, como las sombras que aún pervivían en el mundo espiritual. No necesitaba concentrarse para escuchar los gritos de aquellos que habían muerto entre aquellas paredes. No habían tenido clemencia con ellos, como los hombres de su vida no la habían tenido con ella.

Caminó, internándose en un cuarto destruido, apenas si encontró polvo, algunos restos de cerámica y una vieja cuna deshecha. Posó la mano en la destruida madera y sintió una intensa ráfaga de amor. Un amor como no había conocido nunca, que le heló la sangre y le arrebató el aliento. Amor eterno, imperecedero.

»Mamá —dijo necesitando más. Envolverse en aquello que tanto la reconfortaba.

Las llamas de sus dedos lamían la superficie sin dañarla. De un tono anaranjado un poco más suave, tornándose lentamente en un fuego azul, casi cariñoso y protector. Sus emociones se reflejaban en su aura, en su misma esencia y solo ahora empezaba a comprenderlo.

Aquella había sido su casa en otro tiempo. Un hogar que había sido arrasado sin miramientos por el actual rey del infierno.

»Ese cabrón homicida. Lo mataré, te vengaré mamá. A ti, a mi padre, a mis hermanos.

No conservaba recuerdos suficientes como para desentrañar momentos más felices, pero sí conocía su historia. Uriel había llegado como una luz entre las tinieblas y los había adoptado, llegando incluso a condenarse por ellos. Merecía ser salvado, protegido, respetado, no así su aliado. Su sangre clamaba venganza, gritaba desesperada exigiendo compensación.

Apartó su mano y miró a su alrededor. Sus ojos infernales vieron reproducidas algunas de las cruentas escenas que habían sucedido allí, hasta que una en especial llamó su atención. Un hombre alto, de casi dos metros, con marcas en el rostro e intensos ojos azules. Su pelo era tan oscuro como la noche más cerrada y su cuerpo musculoso. Fuerte. Estaba armado hasta los dientes y portaba la armadura guerrera de su pueblo.

»Arcángeles traidores —le escuchó decir—. Mentirosos. Venís a mi pueblo con vanas promesas de libertad y acabáis con nuestras mujeres y nuestros niños. ¿Y os hacéis llamar justos?

Estaba rodeado, los guerreros celestiales con espadas de fuego y enormes alas blancas, cubiertos por túnicas impenetrables lo amenazaban. Un ejército de caídos que aún no eran ni una cosa ni otra.

»Debemos poner fin a la corrupción, instruir un nuevo orden, regir con justicia.

No conocía al que había hablado, pero el tono de la verdad estaba claro en sus palabras. Creía cada una de ellas y estaba tan convencido que haría cualquier cosa para convertir sus órdenes en realidad.

»¿Cómo podéis luchar contra nosotros que os hemos abierto las puertas de nuestros hogares? Nosotros que os hemos dado cobijo y protección, que os hemos mostrado cómo sobrevivir aquí abajo. ¿Cómo osáis amenazar a mi gente?

Los ángeles lo miraron sin dar muestras de emoción alguna, dispuestos a acabar con su vida. No hubo más respuesta que sus espadas batiéndose en duelo contra él. El hombre no se rindió sin luchar, se lanzó contra ellos, usando toda su fuerza física y espiritual, los eliminó, uno a uno, de forma metódica, hasta que fragmentos de alas blancas teñidas de sangre y plumas manchaban todo el lugar. El último de ellos, aún con una chispa de vida lo miró sin comprender por qué.

»Tenemos que hacer justicia. —El sonido surgió de sus labios en apenas un susurro.

El otro se acercó, lo ayudó a acomodarse y lo trató con respeto y veneración. Un guerrero respetable mientras tomaba una daga y lo ayudaba a morir con honor.

»Podríamos haber convivido en paz, pero vosotros habéis tomado vuestra decisión. Mi pueblo es lo primero para mí —decretó cerrándole los ojos con los dedos y soltando un rugido de dolor y resignación haciendo tambalear todas las paredes. Despotricando de Dios, de sus líderes y de todos los demás—. ¡SOMOS HIJOS TUYOS TAMBIÉN! ¿POR QUÉ TRAES LA DESTRUCCIÓN P
LOS MÍOS? VIVIMOS CON HONOR, RESPETAMOS LA VIDA Y TÚ NOS ENVÍAS A TU
A DESTRUIR AQUELLO QUE JURASTE PROTEGER —Negó. Decepcionado, entró e

habitación de la que había salido ella hacía un momento y al instante siguiente salió con un bebé en brazos, una mujer y dos niños pequeños—. Voy a ponerlos a salvo —le dijo a su esposa, acarició su rostro con ternura, la besó—. Niños cerrad los ojos muy fuerte, vamos a jugar.

La visión se desvaneció y Cassie lloró incluso más fuerte que antes, se dejó caer al suelo y enterró las garras en la dura piedra.

Se lo habían arrebatado todo. Los caídos, Lucifer. Su padre... su padre había luchado como un hombre de honor. La guerra había devastado todo lo que habían tenido, el amor no había resultado suficiente para salvarlos.

Deshizo las piedras con sus garras, sin dejar de gritar. Todo temblando a su alrededor, con las llamas arrasando sin contención todo lo que quedaba hasta que la más diminuta brizna de madera, cerámica y la construcción en sí misma quedaban reducidas a polvo. Tomó un puñado de cenizas en sus manos y las guardó en una bolsita que apareció de pronto en sus manos. ¿Podía conjurar cosas? ¿Hasta ahí llegaba su poder allí abajo?

No lo pensó mucho, sino que guardó lo que debía ser guardado y se puso en pie. Escuchó atentamente, ya no estaba sola, estaba siendo observada.

Una risa perversa se inició en su abdomen hasta salir a la superficie y con más euforia de la que había sentido nunca alzó la voz, retando a sus visitantes.

—¡Dejad que os vea! ¿Habéis venido a jugar?

No los conocía, pero no le importaba. Estaba escuchando sus pensamientos como si hablaran en voz alta, podía sentir el nerviosismo y el deseo de correr al tiempo que anhelaban también acercarse más a ella, formar parte de lo que quiera que aquellos demonios esperaran de la mujer profetizada.

Lo aceptaba, era Venganza, ¿no la llamaban así? Estaba lista para hacer honor a dicho nombre.

»No muestres debilidad —escuchó procedente de uno, que daba un paso al frente y se mostraba en su magnitud. Tenía largos cuernos y una argolla en la nariz, parecía un toro. En lo fuerte y en lo feo, pero ¿quién se fijaba en eso?

—Mi señora, venimos a rendiros pleitesía y suplicaros que nos acompañéis a nuestro campamento.

»No parece tan poderosa como dicen. ¿Y si no es ella? Al sacerdote no le gustará. Parece frágil —el otro poseía enormes alas de murciélago, iba desnudo a excepción de un pantalón corto y su piel era de color rojo intenso, marcas tribales descendían por su cuello y su pecho, envolviéndose hasta sus caderas, pero no descendían por sus piernas o brazos.

«¿Débil? Nunca más».

Cassie alzó la mano señalándolo y lo elevó sin esfuerzo, provocándole una agonía. Fue tan natural para ella como respirar.

—Muestra más respeto.

Una parte de sí decía que tenía que parar. Esa idiota debilucha que dejaba que las opiniones de los demás la afectaran. Esa tonta que no había sido lo suficientemente fuerte para proteger a su hermano, que había permitido que lo encerraran, como si se tratara de un perro encadenado.

Pero eso estaba a punto de cambiar. Cassandra la tontita había desaparecido. Sin hombres, sin amor, sin familia.

Iba a recuperar todo lo que merecía y pobre de cualquiera que se interpusiera en su camino.

—Mi señora, lo siento. Lo siento, perdónele la vida —suplicó el toro, a falta de un nombre mejor.

Cassie bajó su mano y el demonio alado se estampó contra el suelo sin delicadeza, gimiendo de dolor. Sonrió.

«Quiero más. Mata. Tortura. Conquista. Seduce. Posee».

Y más tendría. Todo lo que merecía y nadie iba a arrebatárselo. No otra vez, estaba harta de perder.

Esta vez iba a ganar y si tenía que convertirse en Venganza para hacerlo, muy bien, que así fuera.

Lucifer sería el primero en caer y todos los que no se sometieran a su voluntad, conocerían su ira.

—Llévadme a vuestro campamento, tengo mucho trabajo que hacer.

Capítulo 17

—Cassandra ha estado aquí —dijo Nasla al tiempo que, en cuclillas, tomaba un puñado de polvo en sus manos—. Sigue caliente, el fuego no ha sido natural.

Uriel no dijo nada, tan solo la tensión de su cuerpo manifestaba su incomodidad. No podía creer que todo se hubiera torcido tanto, mientras observaba las diminutas llamas que seguían consumiendo partes del lugar. Su hija, tan dulce y cariñosa, había demo-evolucionado. ¿Cómo iba a arreglar eso?

—¿Qué dirección ha tomado? —preguntó mirando a su alrededor, recordando otro tiempo, una vieja batalla, el momento en que se había llevado de allí a los escasos supervivientes para protegerlos de los ojos de su hermano, tan perdido entonces.

—No lo sé —expuso Nasla sin titubeos en tono monótono. No era una mujer dada a las florituras ni a las suposiciones. Decía lo que había que decir y punto, lo que lograba volverlo loco de necesidad de atraparla en sus brazos y demostrarle cuánto la amaba.

Pero no había tiempo, hoy no.

—No será difícil dar con un rastro —comentó Arock. Ahora portaba su armadura y sus armas, mientras abría sus sentidos de guardián buscando.

—Pensaba que no podías localizarla aquí abajo —intervino Harr—. ¿Qué ha cambiado?

—No le importa que la encontremos, de hecho diría que espera que lo hagamos. Ha desaparecido el bloqueo en el mismo instante en que he pisado aquí. —Se internó en la vieja casa destruida—. Creo que desea que vea esto. De alguna manera ella...

—Cassandra te quiere y no es necesariamente bueno —intervino Nasla—. Te recomiendo cautela. Siento la corrupción en el aire, el enemigo está cerca, no estamos a salvo aquí.

—No nos tendería una trampa, somos su familia —acotó Uriel—. La conozco.

—Con el debido respeto, señor, no creo que sea la misma mujer.

—Ve a la fortaleza, encuentra a Luke y dile lo que está pasando —instruyó Uriel—, nosotros vamos a encontrarla y llevarla de vuelta a casa.

—No puedes hacer eso —negó Arock—. Solo no.

—Si mi hija está con los rebeldes, ten por seguro que haré lo que sea necesario para liberarla.

—¿Y si no quiere ser liberada? —inquirió su mujer, con cautela—. ¿Qué haremos entonces?

—Nos la llevaremos por la fuerza —dijo Arock—. Sin importar qué tengamos que hacer para lograrlo. —Se dirigió entonces a Harr—. Ve, informa y prepara la fortaleza para un posible ataque. Si está con ellos, si se deja tentar por esas promesas rebeldes, es posible que planeen un asalto —

miró a Uriel y Nasla—. Deberíais regresar con él, prepararos para la guerra. Puedo convencerla.

—No si te odia, escapó de ti. ¿Cómo quieres que confie en ti, después de los resultados que has obtenido en el pasado? Te dimos una oportunidad y fracasaste.

—Lucifer me dio siete días para traerla de vuelta, me queda tiempo —gruñó tozudo—. Haz honor al pacto.

—Luke y sus pactos —soltó con gran molestia Uriel. Miró a Arock—. Viniste a pedirme ayuda, no fue al revés. No voy a dejar a mi hija sola. Nasla —apeló a su mujer—. Ve con Harr, preparaos. Voy a acompañar a este patán y trataré de resolver esto, volveré pronto.

—No me gusta este plan. No debemos separarnos —exigió ella—. Nunca debemos separarnos, no saldrá bien.

—Lo haré, confía en mí —la besó—. Juro que volveré entero, sano y salvo, todavía hay muchas cosas que tenemos que hacer.

—Vuelve entero o no lameré tus heridas.

Los otros dos hombres carraspearon incómodos, Nasla los miró como si estuvieran locos. Uriel sonrió, su mujer tan literal que no entendía la incomodidad de los demás. La amaba. Dios, cuánto la amaba.

»Gracias, señor, por ponerla en mi camino.

—No me herirá, Cassie jamás lo haría.

—Quizá. Recuerda mi amenaza, te mantendrás a salvo —se acercó y lo besó, como si no hubiera un mañana, después le clavó con fuerza los dientes en el cuello, haciendo sangre y lamiendo las heridas—. Te dejo mi marca, por si alguien trata de reclamarte. Me perteneces, si te tocan les cortaré las manos. Si te besan, les cortaré la lengua. A ti te torturaré de la peor forma posible. Tomaré tu cuerpo para mi placer y te privaré del tuyo. ¿He sido clara?

Uriel sonrió con satisfacción. Oh, sí, muy clara.

—No llegaré herido y no me besarán o tocarán. Lo juro.

—Quedas vinculado a tu promesa, cúmplela —se dio media vuelta, aferró a Harr sin delicadeza, tocando la menor cantidad de superficie posible y se desvanecieron sin posibilidad de despedidas o advertencias.

Era un cabrón con suerte.

La sonrisa desapareció cuando miró a su obligado compañero de aventuras de nuevo.

—Vamos a recuperar a mi hija. La próxima vez, Arock, espósalala.

—¿Me das permiso para hacer eso, papi?

Uriel le rompió la nariz de un puñetazo.

—No soy tu papi. Ahora muévete, guerrero, y muestra respeto.

—Sí, señor. Claro, señor. Por supuesto, señor —contestó burlón, extendió sus alas y se elevó.

El chico era tonto. ¿Acaso pensaba que podía escapar de él en el cielo?

Rio, quizá podía ser una aventura divertida, a pesar de todo. Despegó como un obús, a toda velocidad y se lanzó contra él, haciéndolo tambalearse.

—Recuerda quién está al mando, soldado.

—Y yo que pensaba que Lucifer era el cabrón infernal...

Uriel lo miró con un brillo peligroso en los ojos.

—Recuerda que yo soy su hermano.

Y sin más iniciaron la búsqueda, avanzando sin pausa, estudiando el terreno y descubriendo los indicios que los llevarían en la dirección correcta.

Lo que no podían saber era lo que los estaba esperando.

Y Cassandra... ya sabía que iban de camino.

—Mierda. Hay algo tirado en medio del camino —dijo Carlos frenando de golpe. El coche se detuvo en el último segundo, sacándole todo el aire del cuerpo a Nadia.

—Ay —gimió antes de poder evitarlo. Se sentía dolorida, como si hubiera recibido una paliza, a pesar de que tan solo había sufrido un desmayo. Le habían dado el alta, recomendado reposo y comida sana. Fruta y muchos hidratos para recuperar la energía. Hasta le habían dado permiso para comerse un donuts de chocolate, santa gloria bendita, era adicta a ellos.

—Lo siento, cariño. ¿Estás bien? —Su tono estaba lleno de tierna preocupación, lo que le provocó una sonrisa. Ni el terrible dolor de cabeza que tenía desmerecía el afecto con el que la trataba.

Después de haberle contado su tan terrible secreto, él se había quedado a su lado, la había abrazado y le había ofrecido algo que hacía tiempo no sentía: tranquilidad, paz, cariño. La pertenencia respecto a algo, a alguien. Él.

La quería y planeaba conquistarla, así lo había expuesto. Hasta que se rindiera. Sin prisa, ¿quién quería correr cuando la recompensa iba a ser el mejor de los premios y la carrera dicha pura?

Sonrió de forma inevitable. A pesar de su incomodidad, estaba bien.

—No te preocupes por mí —abrió la puerta, pero Carlos la sostuvo con firmeza por la muñeca.

—Espérame aquí. No sabemos si es peligroso.

Nadia negó.

—No lo es.

—Espérame aquí —usó su mejor tono de cazador y la dicha del contacto se convirtió en molestia. ¿Acaso la creía indefensa? Sabía defenderse, su padre se había encargado de ello desde su infancia. Sin embargo, decidió no discutir. La tregua era nueva y no quería ponerla en peligro.

—Está bien —cerró—. Lo dejaré en las capaces manos del cazador fuerte, grande y malo.

Carlos se rio, le dio un beso.

—Buena chica. No tardaré.

Nadia puso los ojos en blanco.

—No siempre será así —advirtió a través de la puerta cerrada, el hombre se limitó a hacer un gesto como que no la que escuchaba—. Gilipollas.

Pero lo dijo con una sonrisa. Observó cómo se acercaba al bulto con cautela. Fuera lo que fuera, había hecho un gran estropicio. La carretera tenía un buen agujero y el ser parecía sucio, hecho un desastre, lleno de sangre y lo que parecían ser plumas. ¿Un pájaro? ¿Un ángel?

Mierda santa...

Salió antes de poder evitarlo y corrió a toda prisa. De alguna manera sabía quién era. Lo sabía. ¿Cómo? No entendía nada, pero estaba allí tan claro como si un programa informático se hubiera reproducido en una enorme pantalla en su mente.

—Te dije que te quedaras en el coche —espetó Carlos de malhumor—. Quédate atrás.

—Es un ángel... es... su nombre... Haziel. Haziel. Un guardián... líder de guardianes —se llevó las manos a la sien, su dolor de cabeza agravándose—. Dios, me duele.

El cazador se apresuró a acercarse, la sostuvo con firmeza.

—¿Estás bien? Pareces a punto de desmayarte.

—No lo había visto en mi vida, pero le conozco. Es raro, es...

El bulto en el suelo se quejó, trató de pronunciar algún sonido, pero estaba demasiado débil.

Nadia se forzó a permanecer en pie sola.

—Ve, ayúdale. Nos necesita. Miguel le ha enviado.

—¿Cómo estás tan segura? —preguntó desconfiando.

—Confía en mí, Carlos. Por favor, juro que es verdad. Lo juro, jamás te mentaría. Tenemos que llevarlo a casa, limpiar sus heridas. Miguel le envía. Tiene una misión —cerró los ojos tratando de contener la nueva oleada de dolor—. Quiere que nos ocupemos de él.

—¿Cómo puedes saber...? —Empezó a preguntar, pareció entender algo de pronto, pues su rostro se tornó más concentrado, más tenso, hasta que asintió vehemente—. Lo ayudaremos, pero primero vas a volver al coche y esperarme allí.

—¿Le vas a hacer daño?

—No pisoteo al enemigo indefenso —gruñó malhumorado, mientras la hacía entrar de nuevo en

el coche—. Ahora sí, quédate aquí. No querrás verme enfadado, cariño.

—Me comportaré, lo juro.

—Bien. —Le ató el cinturón de seguridad, por si marcaba la diferencia y regresó junto al ángel herido. Nadia no lo perdió de vista.

Primero se agachó, comprobó su pulso y miró sus ojos, buscando síntomas de una conmoción. Había caído del cielo, se había despanzurrado contra la carretera, por Dios... ¡no había que pensarlo mucho para saber que debería estar hecho polvo!

Bajó la ventanilla del coche y alzó la voz.

—Date prisa. No me gusta estar aquí quieta, tengo un mal presentimiento. Vamos, vamos.

Carlos no la miró, pero atrapó al hombre, alzándolo lo suficiente para arrastrarlo por el asfalto hasta el coche, abrió la puerta trasera y lo metió dentro como pudo. Hubo algunos quejidos al principio, las enormes alas se interponían en su camino, pero destrozadas como estaban, habían reducido en parte su tamaño. Debía estar sufriendo mucho dolor.

—Quizá no sobreviva —dijo Carlos hablando mientras ella encontraba su mirada desde el asiento delantero—, su pulso es débil y su aspecto...

—Sobrevivirá. Tiene una misión.

El cazador maldijo, como si lo fastidiara. No sabía qué, si su conocimiento extraño respecto al pobre herido o si la posibilidad de que de nuevo un montón de extrañas responsabilidades les llovieran encima.

—Todo saldrá bien, te lo prometo.

—Espero que tengas razón. —Cerró la puerta con poca delicadeza y se sentó tras el volante, tomó un par de minutos para respirar, sabía que estaba pensando en algo, decidió ayudar.

—Vamos a llevarlo a mi casa.

—No. Lo llevaremos a la mía.

—Mi casa es más grande —recordó ella—. Además, tengo la biblioteca de mi padre, mi madre...

Guardó silencio, recordando de pronto que ya no estaba allí. Que se había desvanecido, desaparecido, que había... muerto. Eso le habían dicho. Muerta. Dios, ¿cómo iba a vivir sin ella?

Los ojos se le llenaron de lágrimas y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no ponerse a llorar como una niña pequeña. No era el momento. No había tiempo para eso, tenían que ponerse en marcha.

—Nadia, yo...

—A mi casa —dijo procurando que no le titubeara la voz—, por favor.

Carlos asintió conforme.

—Está bien. A tu casa entonces.

—Gracias —murmuró recostándose en su asiento, cerrando los ojos y tratando de dejar su mente en blanco. No era el mejor momento para pensar en nada, tan solo relajarse, durante los veinte minutos que tardarían en llegar, después habría tiempo de ponerse manos a la obra y resolver aquel entuerto.

—¿Sabes que no estás sola, verdad? —dijo como quien no quiere la cosa el hombre que se había autoproclamado protector—. Voy a quedarme contigo, te obligaré a aceptarme si es necesario. Yo...

—No tendrás que obligarme, quiero quedarme contigo aunque sea egoísta —le posó la mano en el muslo y lo miró. Carlos le mantuvo la mirada un par de segundos antes de devolverla a la carretera, sonrió.

—Eso me pondrá las cosas más fáciles, gracias.

—No, cielo. Eso te las pondrá infinitamente más difíciles. De nada.

Y se relajó en su asiento con una sonrisa. Quizá su vida estuviera a punto de mejorar.

Cuando se librara de esos estúpidos dolores de cabeza... el mundo real sería su paraíso personal.

Capítulo 18

—¿La ves? —preguntó Arock tiempo después, cuando sobrevolaban el campamento enemigo. Habían tomado medidas para pasar desapercibidos, pero podía olerse el peligro en el aire.

—No, pero sé que está aquí. Mira —hizo una señal hacia los grupos de personas cuchicheando, algunos, la mayor parte de ellos, mirando en dirección a un edificio en buen estado, probablemente en otro tiempo habría sido un oasis vacacional, hoy era obviamente un centro estratégico del ejército enemigo—. La deben tener encerrada allí.

—¿Crees que estará sufriendo?

El dolor estalló en el interior de Arock con fuerza. Por su culpa había acabado allí. Por sus inseguridades y sus miedos pasados, por portarse como el gilipollas que sabía que era. Si no conseguía salvarla, si moría...

Apretó los dientes desterrando esos pensamientos de su mente. No planeaba autoderrotarse, esos pensamientos negativos solo lo distraerían de su objetivo; liberarla, llevarla a su hogar, ponerla a salvo.

—Quédate conmigo —exigió Uriel con voz de mando—. Podrás lamentarte cuando la recuperemos.

—¿Y si no lo hacemos?

—No admitiré un fracaso en esta misión, soldado. —Descendió hacia una zona solitaria y se posó en el suelo con elegancia, segundos después el caído estaba a su lado.

—¿Cómo vamos a sacarla de aquí? —Hizo gestos hacia las barreras del *resort*—. Están marcados, nadie puede transportarse dentro o fuera del complejo.

Uriel lo miró cansado, señaló al cielo.

—Como hemos llegado.

—Estás loco de remate, ¿con un montón de demonios vigilando el cielo? ¡Es un suicidio!

Su superior arqueó una ceja.

—¿Tienes una propuesta mejor?

—No —escupió enfadado. No era momento de dejarse llevar por la ira o la desesperación, pero no podía evitarlo. Si Cassandra se hubiera quedado donde le había dicho, pero no... ¡tenía que retarlo! Quizá debería haberse acostado con ella y al diablo con las consecuencias.

Uriel le dio un codazo.

—No me gusta lo que estás pensando.

—Deja de invadir mi intimidad. Eres igual que tu hija, los secretos son eso, secretos. ¿Por qué os empeñáis en descubrir lo que otros quieren guardar para ellos?

—¿Vamos a tener esta conversación ahora? ¿En serio? —Se adelantó, ignorándolo. Lo que lo cabreó incluso más. Apretó los puños con fuerza esta vez, conteniéndose para no coger uno de sus puñales y hacerle mucho daño. Nada letal, solo el placer de provocarle un gran dolor.

Caminaron con discreción por el suelo empedrado. Con las alas recogidas en la espalda no deberían llamar la atención, no eran los únicos ex-ángeles que caminaban por el campamento, pero ir armado hasta los dientes en territorio amigo, eso sí podía indicar que no eran amigos. Ya no.

Se suponía que Luke había diezmado las filas cuando rescató a su mujer, pero al parecer, tan solo había sido un pequeño grupo. Nunca había llegado a una zona tan poblada. Y no solo eran combatientes lo que había allí, los niños corrían riendo y disfrutando del día, a pesar de que aquel sol no era natural y quemaba la piel. Ellos parecían felices, ajenos a la guerra que tenía lugar no muy lejos de sus fronteras. Las mujeres estaban reunidas en pequeños grupos cotilleando, los hombres no estaban a la vista. ¿Raro? Quizá. O quizá no. Quizá las razas de demonio que se congregaban allí eran prioritariamente matriarcales. Había conocido pueblos que así habían sido, donde los hombres no eran mucho más que un mal necesario para procrear, sin peso en el mismo estado de las cosas.

—De cerca no se parece nada a un ejército, ¿verdad? —preguntó Arock poniéndose al nivel de Uriel. Seguía alerta, observando a su alrededor, pero no podía ocultar la sorpresa.

—Es un refugio, eso creo. Nasla y yo hemos localizado varios. Tienen suficiente guardia armada para defender sus territorios, pero no para ir a la guerra. Son pacíficos.

Una niña corrió hacia ellos, con una sonrisa enorme. Tenía dos cuernos diminutos que sobresalían de su frente y sus labios eran tan negros que contrastaban salvajemente con el tono blanquecino de su piel. Su vestido estaba sucio y sus pies descalzos, pero parecía feliz.

—¿Habéis venido a conocer a nuestra madre? —Les agarró de las manos y tiró de ellos hacia el edificio principal—. Ha llegado hoy y todos quieren verla, puedo colaros si me dejáis tocaros las plumas.

Arock no pudo apartar la mano antes de que la niña lo tocara, a pesar de lo mucho que lo disgustaba que las criaturas se acercaran a él. En otro tiempo lo habría anhelado y disfrutado, hoy no. Sin causar dolor a la pequeña se soltó, mirándola con intensidad.

—¿Quién es vuestra madre? —inquirió, ante la mirada ceñuda de Uriel. El arcángel estaba dispuesto a ir con ella sin preguntar, pero era un incauto. A pesar de las torturas y el tiempo que había vivido allí abajo, no tenía la misma experiencia que él.

No te fíes de una criatura de demonio. No son lo que parecen.

—Tienes que venir, no puedo hablar de ella. Está prohibido.

—No voy a ir a ninguna parte contigo, mocosa —desenvainó su espada, con amenaza—. Suelta a mi amigo.

—¡Arock! —Uriel regañó a su compañero, mirándolo con incredulidad.

La niña sonrió perversa, sus colmillos crecieron.

—Vais a ir a ver a madre, aunque tenga que obligaros. Ella decidirá que hacer con vosotros, intrusos.

Uriel quedó en shock, trastabilló hacia atrás poniendo distancia entre él y la pequeña.

—¿Qué eres?

—Tu muerte y la de él —dijo fingiendo una inocencia que no había existido nunca en ella.

Arock se preparó para la batalla, pero tan pronto como intentó defenderse, las mujeres los rodearon, con las garras, los colmillos y cuernos listos para la batalla. Algunos de ellos desprendían ácido, otros veneno. Un solo roce y estarían perdidos.

—¿Alguna gran idea?

—Sí —dijo Uriel—. ¡Corre!

Y usando sus alas para impulsarse se elevó lo suficiente para salir del corro en el que lo habían atrapado. Un proyectil tocó su ala derecha, haciéndolo caer unos pasos más allá, las recogió de nuevo y echó a correr.

—Maldita sea, Uriel —se quejó Arock derribando a todas aquellas que se interponían en su camino—. Tenemos que salir de aquí de una puta vez.

—¡Cassandra! —gritó el arcángel a voz en grito—. ¡CASSANDRA!

Arock puso los ojos en blanco.

Si la mujer estaba prisionera no serviría de nada gritar, si estaba allí por su propia voluntad... bien, podría facilitar la captura.

Dios, Nasla lo mataría por poner en peligro al tonto de Uriel. Y Luke... no quería ni pensar lo que el jefe le haría. No sería bonito ni agradable.

—Mierda, tenemos que salir de aquí antes de que esto se ponga aún peor.

—No me iré sin ella —rugió Uriel—. Es mi hija, no la voy a abandonar a su suerte. Lárgate si quieres, yo me quedo.

Echó a correr hacia el edificio principal, Arock lo siguió. Había posibilidades de que estuviera allí, el cómo... bueno, no quería pensar aún en ello.

—¡Silencio! —Aquella voz que sonó como un eco con fuerza, no fue pronunciada en voz alta, sino dentro de su cabeza. Lo paralizó, le causó un gran dolor, tanto que tuvo que llevarse las manos a la sien para tratar de salir de aquel aturdimiento impuesto.

Alzó la vista buscando el origen, el lugar desde el que había venido la orden, y no tardó mucho

en localizarla. Allí estaba Cassandra, solo que no parecía ella.

Llevaba una armadura metálica roja y negra que aunque parecía ligera, cubría cada pedazo de su piel y parte de su cara. Con una especie de máscara cubriendo gran parte de su rostro. Sus ojos brillaban con peligro tras aquella máscara picuda de aspecto tenebroso y letal. Como si pequeñas escamas se hubieran reunido formando una segunda piel, marcas, que apenas dejaban su barbilla y labios rojos al aire.

Su larga melena estaba suelta al viento y parecía flotar a su alrededor, con pequeñas trenzas de guerra en sus sienes. Sus garras estaban libres de su confinamiento y un fuego azulado la rodeaba por completo.

¿Quién era aquella mujer y qué había hecho con la pequeña Cassie?

—Hija —dijo Uriel—, hemos venido a salvarte.

Cassandra miró en dirección al arcángel y el reconocimiento bailó en sus ojos, sonrió, pero no había ternura tan solo satisfacción.

—Sabía que lo harías —miró a su alrededor con frialdad—. ¿Quién se ha atrevido a herir a mi padre?

Todos los presentes bajaron la cabeza, se arrodillaron en señal de lealtad y pusieron los puños en el suelo, en posición sumisa. La niña se adelantó, la miró.

—Iba a llevarlos frente a ti, madre.

El gesto de Cassie no se suavizó al afrontarla, sino que hizo un gesto a los hombres que la flanqueaban y se la llevaron al interior, se acercó a Uriel y lo invitó a seguirla.

Arock la miró incrédulo. ¿Y él? ¿No merecía ni una palabra?

—Ey, nena, ¿qué pasa conmigo?

Cassandra se detuvo y le dedicó una mueca que le hizo desear no haber abierto la boca, debería aprender a morderse la lengua más a menudo, incluso sabiendo que eso no era tan satisfactorio, como sus batallas verbales con ella. La miró expectante. Deseando acercarse, tocarla, traerla de vuelta. Dejarle claro que no se iba a marchar sin ella.

Dos guardias lo apresaron con fuerza. Pudo haber luchado, incluso derrotarlos, pero decidió ir pacíficamente.

—Llevad al prisionero a mis aposentos —dijo sin emoción—. Me encargaré más tarde de él.

—¿Qué harás con Uriel? —inquirió antes de pensar en lo que decía.

El tipo con aspecto de toro que lo tenía sujeto con firmeza lo golpeó en el estómago sacándole todo el aire y haciéndole doblarse sobre sí mismo. Una voz grave, masculina, proveniente de su otro costado aclaró:

—No tienes permiso para dirigirte a ella, gusano.

Sonrió sarcástico, sin poder evitarlo. Ignorando su propio sentido de supervivencia.

—Tengo más derecho que tú —y se lanzó contra él, con intención de hacerle daño.

Los dos se apresuraron a sostenerlo con mayor firmeza. Cadenas surgieron de la nada y se envolvieron alrededor de sus piernas, brazos y cuello. Buscó a Cassandra, incrédulo. Su mano estaba alzada y el fuego se había vuelto de un intenso rojo.

—Suficiente, Arock. Me ocuparé de ti después.

Se giró, dando media vuelta como si no estuviera allí. Descartándolo. Uriel lo observaba con preocupación y en sus ojos bailaba una disculpa. ¿Se sentía culpable de aquello? No lo era. Quizá, hasta lo mereciera.

Negó con la cabeza dejando claro que estaba bien y que aquello no tenía nada que ver con él. No dijo sonido alguno, pero conocía lo suficientemente bien al antiguo arcángel de la verdad, como para saber que estaba escuchando cada una de aquellas palabras que se producían en su interior. Sabía que ni lo culpaba ni lo haría y que iba a salir de aquella.

»Lárgate —dijo en silencio, esperando que estuviera escuchando—. Puedo llegar a ella, lo haré. No necesito audiencia. Cassie está ahí dentro, en algún sitio. No está todo perdido, todavía no.

Uriel hizo un leve gesto de asentimiento, dándole a entender que había captado su mensaje y siguió a la comitiva al interior. Arock fue arrastrado sin contemplaciones, golpeado y vapuleado en todo el camino, hasta que llegaron al que sería el cuarto asignado de Cassie, aunque no había nada que indicara que pertenecía a la mujer que era su única y más grande responsabilidad. Solo estaba desorientada, necesitaba un guía que la hiciera regresar al camino correcto. El del amor, incluso sabiendo que no podía entregarle el corazón, todavía no. No hasta que hubiera pagado por todos sus pecados, pero ella no era culpable de nada. Un pajarillo inocente con mala suerte, en medio de un mundo cruel.

El averno no iba a ser benévolo con ella, no lo era con nadie.

Los dos demonios lo arrastraron sin contemplaciones hasta la cama, lo desnudaron y ataron sus cadenas a una argolla encima del robusto cabecero de madera, que simulaba mil escenas de la antigua guerra entre ángeles y demonios. La supremacía de su pueblo y la crueldad de los intrusos, que habían desbaratado todo su mundo. Se negó a mirar, a sentir nada.

No significaba nada para él.

—Bueno, bueno. ¿Me estáis haciendo algún tipo de propuesta? —dijo jocoso, mirando a sus guardianes—. Porque estoy seguro de que vuestra señora querrá tenerme en exclusiva para ella.

El toro lo miró con furia, sus ojos incendiados en rojo, mientras que el murciélago le regalaba una sonrisa de superioridad.

Esos dos cabrones iban a morir antes de que dejara ese lugar.

—No tendrás tanta suerte, angelito.

—La dama te desplumará y disfrutará mientras escucha tus gritos de agonía —remató el primero, con satisfacción—. No tienes lo suficiente para darle placer a una mujer como ella, pronto acudirá a mi cama y quizá te permita verlo —lo golpeó sin avisar, solo por el mero placer de hacerlo. Le rompió la nariz y pudo saborear su propia sangre—. Esto solo es un aperitivo.

Riendo se alejó de la cama junto a su compañero y desaparecieron de su campo de visión, no así de su oído, pues pudo escuchar perfectamente:

—El sacerdote reclamará su esencia vital.

La otra voz sonó más lejana cuando contestó:

—Y ella se la entregará de buena voluntad.

Más risas y un presentimiento de fatalidad, hicieron que Arock se estremeciera. Su cuerpo recibiendo una fuerte sacudida, tenía que librarse de las cadenas, escapar de aquel lugar, con Cassie, antes de que fuera demasiado tarde para los dos.

Tiró de la argolla, comprobando la firmeza. Repitió la acción con sus cadenas y respiró tranquilo cuando descubrió que si bien estaba enganchado a un objeto mágico, las cadenas eran tan normales, como humana la empática que las había conjurado.

Al menos su cerebro lo era. Su forma de pensar. Sus emociones.

Quiso besar a Uriel por el atino de haberla criado en la tierra y a ella, por no haberse dejado contaminar del todo por la oscuridad de sus antepasados. Solo necesitaba dominarla, usarla en su beneficio sin perderse en el camino.

Y la iba ayudar. Juntos enfrentarían aquello, acabarían con quién fuera que pretendía sacarlos a ambos de escena y conseguirían salir enteros, afrontar la próxima inminente ruptura del sello y hasta encontrar la forma de liberar a Nadir de ese cruel encierro, sin destruir con ello el mundo.

Quizá había esperanza para todos ellos, después de todo.

¿Optimista? Su día había empeorado y su locura parecía estar haciéndose cargo de la situación. No tenía nada que celebrar y sin embargo, allí estaba, en pelotas, sin ropa, encadenado, esperando a que llegara la mujer que planeaba si no castrarlo, si hacerle mucho daño.

Sonrió. Iba a llegar a Cassie. Lo haría. La traería de vuelta y quizá tomara aquello que había estado negándose. Porque lo merecía, se lo había ganado y si la fuerte y romántica mujer no podía hacerlo, quizá el demonio que era y había tomado las riendas, no tendría tanto problema con hacerse con todo aquello que quería.

Rezaba por ello, a pesar del temor de conseguir algo que no merecía. Pero, ¿Venganza no amaba, verdad? Los demonios lo hacían, pero no cuando se limitaban a escuchar a la oscuridad, a recrearse en ese mal. No le rompería el corazón, tan solo disfrutaría de su cuerpo.

La figura que pasó volando a toda prisa al otro lado de la ventana, perdiéndose en el cielo, le

otorgó una parte de la paz que necesitaba. Al menos Nasla no exigiría su cabeza, Uriel estaba de regreso a casa, sano y salvo. Listo para reclutar a sus hombres y ponerse en marcha.

Y si todo salía mal, sabía que los refuerzos estarían camino.

Todo se desarrollaría rápido y muy rápido, solo esperaba ser capaz de sobrevivir a lo que llegaba.

Y Cassie con él.

Capítulo 19

Venganza precedió a la comitiva hasta una enorme y rica estancia, grandes cortinajes cubrían las ventanas de cristal, los marcos de madera tallada esbozaban la muerte de mil ángeles, que habían sido expulsados al olvido. Cuyos huesos yacían sepultados en la tierra que pisaban. Era un monumento a la rebelión.

Un demonio de ojos iridiscentes se alzaba en una especie de púlpito, con un enorme báculo en su mano derecha, observando a cada uno de los recién llegados. Llevaba una túnica oscura y una máscara similar a la que ocultaba el rostro de su querida Cassandra, solo sus manos, blancas como las de un muerto, y aquellos largos dedos con grandes y amenazantes garras, quedaban a la vista. Una muestra clara de poder. Podía sentir la magia más tenebrosa arremolinándose en torno a aquel ser. Su pequeña no estaría segura allí, pero ¿de qué manera liberarla?

Uriel no paraba de pensar. Se preguntaba si saldría de allí con vida o si, por el contrario, estaba a un paso de saborear su final. Maldijo para sí mismo, sin permitirse mostrar el dolor que la mera idea le producía. Ahora, cuando por fin había encontrado el amor... Nasla iba a matarlo.

—Hijos míos —la voz del ser le produjo un escalofrío, pero se esforzó en permanecer impasible. Había soportado mucho dolor y torturas en el pasado, el hecho de que cada palabra fuera como una daga ardiente hundiéndose en sus tímpanos, no debía afectar su posición, había demasiado en juego.

Los demonios tocaron con la rodilla el suelo, en símbolo de respeto y humildad. Ofreciendo sus servicios mansamente. Sumisos. Parecían tener fe ciega en este líder. Uno cruel, incluso más inestable que su hermano. Lucifer podía ser muchas cosas, pero no carecía de sentido de la justicia. Incluso aunque fuera algo retorcido y mañoso, con esos tratos suyos. Esa parte pura que habían poseído desde el principio de los tiempos, siempre estaría allí.

Este no poseía ni un rastro de pureza, era la más vil de las corrupciones. Y sus secretos... le hacían estremecer. Llegaban en oleadas a él, las muertes, las traiciones, los asesinatos a sangre fría... incluso sus sueños e intenciones. No, Cassandra no estaba a salvo allí. Tenía que encontrar el modo de salir, buscar refuerzos y atacar con toda su gente, hasta derrotar a esta facción. Podría atentar seriamente contra el equilibrio, si el sacerdote cumplía su objetivo.

Saborear y apoderarse de la mismísima esencia de Venganza y con ella, atraer a Pecado. Alojarlos en lo más profundo de sus entrañas y hacerse con el poder de una vez por todas.

—Hija mía... —dijo el sacerdote, tendiéndole la mano a Cassandra.

Agradeció que hoy Venganza hubiera reclamado su lugar, el demonio era agresivo, salvaje y letal. No iba a entregar la lealtad sin más. Desconfiada... estaba en su misma naturaleza.

«Gracias, Dios. Por tu misericordia».

—No soy tu hija —espetó Venganza, desestimando el gesto. Uriel fue testigo del odio visceral del hombre, a pesar de su intento por disimularlo tras una falsa sonrisa—. Dejados todos —exigió Cassandra.

—Como deseéis, madre —aceptó el líder del pequeño grupo reunido, saliendo sin darles la espalda en ningún momento, hasta perderse al otro lado.

El sacerdote se dirigió a su trono para permanecer en él, Venganza lo miró indolente.

—Tu también, Astharot.

Un nuevo golpe, mandíbula tensa, dientes apretados. La magia arremolinándose con fiereza a su alrededor. Pareció resistirse un instante, pero los ojos de Cassie brillaron con peligro, mientras el fuego que la rodeaba crecía en intensidad.

Astharot retrocedió, con un leve asentimiento y desapareció como si nunca hubiera estado allí.

Uriel esperó a que su hija le prestara atención. No dijo nada, tan solo la observó en silencio.

—¿A qué has venido? —inquirió con un borde de acritud en la voz.

—A salvar a mi hija —dijo con seguridad—. Te quiero, Cassandra. No voy a dejarte sola y a tu suerte.

No hubo una respuesta inmediata, pero sí una reacción física. No sintió dolor, pero sintió el poder de su hija rodearlo y estrellarse contra la pared contraria, resquebrajándola y haciendo surgir una grieta desde el suelo hasta el techo.

—Llegas tarde. Ahora tu hija ya no te necesita.

—Discrepo —contradijo con tranquilidad, caminando hacia ella—. Me necesitas más que nunca, Cassie.

—No soy Cassie. Ella ya no está y no volverá jamás.

—Sé que te duele, hija. Lo sé. Nadir, Adam, yo... Pero seguimos aquí. Nadir vive encontraremos la forma de salvarlo. Adam era un idiota descerebrado, lo sabes tan bien como yo. No murió por tu culpa, murió por sus propias y estúpidas acciones. Yo soy feliz, aquí abajo, con Nasla. Me salvaste, los dos lo hicisteis, tu hermano y tú. Siempre me preocuparé por ti. Siempre vendré a salvarte, Cassie.

Venganza rugió, su furia hizo tambalear el mismo suelo que pisaban, los muebles se agitaron, los cristales vibraron, las lámparas tintinearón.

—¡Cállate! No sabes lo que dices. Me querías aquí para entregarme a tu hermano. ¡Eres un traidor, Uriel!

—Nunca haría nada que pudiera dañaros a Nadir o a ti.

—¿Acaso niegas aquello que siento en ti? —explotó furiosa—. ¿Acaso piensas que soy una idiota imberbe incapaz de discernir la verdad? ¡Tu verdad!

—Sé algo sobre la verdad, hija —contestó Uriel pausadamente—. Nunca es tan cierta como nosotros creemos. Siempre hay que profundizar un poco más. Desgranar cada parte de ella, estudiarla y descubrir qué es lo que de verdad se oculta en su interior.

—¡Cállate! No me des lecciones. Ese tiempo ya pasó y no va a volver. Cassandra está muerta, arrodíllate ante Venganza y quizá decida salvar tu vida.

—¿Qué harás con Arock?

—Eso no es de tu incumbencia —espetó, aunque Uriel pudo ver cómo la barbilla le temblaba ligeramente. Había algo allí, algo diferente con el caído. Incluso ahora, que esa parte oscura había despertado del todo, Cassandra no se había ido. No podía irse, porque el demonio de la venganza era una parte de ella. Una parte que había estado dormida, extirpada de forma injusta, pero siempre viva en su interior.

—Si quieres matarme, hazlo. No me arrodillaré ante ti, pero planeo abrazarte. ¿Sabes por qué? Porque te he echado terriblemente de menos.

La máscara de Venganza se resquebrajó un poco más. Alzó la mano, con intención de enviarle una ráfaga de dolor, lo leyó en ella. Pero falló. Una mesa a su derecha acabó hecha pedazos.

Uriel continuó su marcha y cuando estuvo cerca, la rodeó con sus brazos sin importarle la frialdad del metal de su armadura, el fuego que la rodeaba, ardiente, agresivo o el propio don destructor que se gestaba en el interior de su hija.

—Te quiero, Cassie. Tal cual eres. No tengas miedo, hija. Venganza es una parte de ti, una parte a la que amo tanto como a todas las demás.

Sintió las lenguas de fuego tocar su piel, pero no sintió dolor. Le daban la bienvenida, lo engulleron en ellas y lo rodearon de forma protectora. Apartó la máscara de la cara de su hija y buscó sus ojos.

—Siempre has sido esto, hija. Venganza y Cassandra, dos partes de un todo precioso, que es mi pequeña. Nadir y yo siempre vamos a cuidar de ti. No importa qué pase o qué hagas.

—Vas a entregarme a Lucifer —dijo ella y en ese instante lágrimas rodaron por su rostro y cayeron en las manos de Uriel.

Besó sus mejillas y negó.

—Yo no te entregaré, tú irás. Te conozco. No vas a dejar el mundo a su suerte. Tu corazón no te lo permitirá, amas demasiado incluso a aquellos que no se lo merecen, como para darnos la espalda cuando más te necesitamos.

—Ya no soy ella. No lo soy. —Aferró sus manos, quizá con la intención de apartarlas, pero las asió con tanta fuerza que no pudo apartarse ni un milímetro. Cuando aflojó el agarre, Uriel la atrajo más cerca.

—Siempre serás mi Cassie. Más fuerte hoy, pero mi pequeñita por dentro. Siempre.

—Mi padre... Tú no...

—No soy un bobo sentimental, ¿verdad? Bueno, a veces es necesario pronunciar en voz alta lo que sentimos por los demás. No me quedé aquí para no estar contigo —dijo con seriedad, permitiéndole que viera la verdad en él—. Tengo una misión, igual que tú. Solo que tu momento es este, hija. Ahora tienes que tomar una decisión.

—Son mi pueblo —aseguró mientras las llamas retrocedían, regresando a su interior y sus ojos se aclaraban, recuperando su tono habitual.

—Lo son —corroboró—, pero eso no implica que tengas que someterte a una ley injusta o que tengas que luchar contra nosotros.

—¿Nosotros?

—Lucifer es mi hermano, lucharé a su lado, pero no dejaré que nadie te dañe. El averno necesita paz, Cassie. Lleva eones en guerra, sus habitantes necesitan libertad.

—No la tendrán con él. ¡Encarceló a Nadir! ¿Cómo puedes haberlo perdonado?

—Lo hicimos todos. Era un mal necesario y lo sabes, porque estabas ahí, porque juntos tomamos la decisión de mantenerlo a salvo hasta que podamos extraer a Pecado de su interior.

—¿Eso es lo que harás conmigo? ¿Arrebatarme a Venganza?

Uriel la miró con todo el amor de padre que había en su corazón y negó.

—Venganza eres tú, hija. Toda tu vida te ha llevado a este momento, naciste portándola y nadie podrá arrebatártela. No permitas que lo hagan.

—Soy malvada.

—No. Eres un líder. Ese es tu destino. Dirigir a tu pueblo.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo sabes que no seré yo quién acabe con el mundo? ¡Que no seré quien rompa los jodidos sellos y libere a los jinetes del Apocalipsis!

Uriel suspiró, negó.

—No es la persona o su naturaleza, sino sus acciones. De tus elecciones dependerá tu papel en la guerra, Cassie. No de Venganza o de Pecado, ni de Luke o yo. Somos todos, moviéndonos, tomando decisiones, los que vamos a decidir cuál es el camino a seguir y el resultado. No te culpes. No cargues con algo que no te pertenece.

—Ya no sé ni quién soy.

—El oráculo dice que liberarás a tu pueblo. Que traerás la paz. Luke quiere que custodies a

Pecado, para que no escape de su prisión. Yo solo quiero que encuentres tu camino, hija. Pero, lo que importa aquí es ¿qué quieres tú? Piénsalo y deja que tus acciones guíen tu destino. No Lucifer, Astharot o yo. Tú y solo tú. Toma lo que desees y vive con las consecuencias de tu decisión, como todos hacemos.

Él mismo se había rebelado contra lo que le tenían deparado. Había dejado atrás la posibilidad de retomar aquello que había sido, para regresar a su más pura esencia. Compartir el destino de su hermano. Luke y él habían sido desde el principio de los tiempos una unidad y ahora, tantos siglos después, se habían reencontrado. No en los mismos términos, pero emparejados como estaban, y luchando por la estabilidad y la paz, por el amor, habían encontrado quizá el auténtico camino. No el que habían escrito para ellos, sino el que por sus acciones se habían labrado.

Esperaba que Cassandra fuera capaz de comprenderlo por sí misma. Venganza no era su parte mala, algo que hubiera que eliminar, era su esencia. Su herencia. Solo necesitaba control, someter todo ese poder a su voluntad y usarlo de la manera correcta. Necesitaba comprender que si su compañero deparado había muerto, seguramente habría un motivo para ello. Que el mundo a menudo se equivocaba, que las piedras del destino podían ser corregidas y el rumbo de la vida cambiado en la dirección opuesta, sin que significara una vida larga de tristeza y soledad. Arock era diferente para ella, los dos habían pasado por situaciones traumáticas, perdido la posibilidad de felicidad, pero ¿y si todo lo que habían pasado era necesario para que se encontraran y aceptaran quiénes eran, para lograr reunirse por fin y disfrutar el uno del otro, como ambos merecían?

—Solo quiero vivir en paz. Quiero mi casa, mi vida y me la han arrebatado. Quiero a mi hermano, quiero...

—Amor.

—Ya nunca lo tendré. No puedo tener lo que tienes con Nasla. Incluso Lucifer puede, después de todas las maldades que ha hecho. ¡Con todas las normas que ha roto! ¿Y yo? Siempre he seguido la senda recta del camino. Nunca me he saltado las normas. He seguido fielmente un papel de chica buena que solo me ha traído tristeza, dolor y esta soledad que me abrasa, que me hace querer gritar y arrasar con todo. Destruir. Necesito destruir. Venganza quiere que fulmine el mundo. No quiere redención, solo quiere hacer que todo el mundo sufra como lo hacemos nosotras.

—Tu, Cassie. Solo eres tú. Tú eres Venganza. No es un ente separado de ti. Te duele y lo entiendo, no siempre tuve lo que hoy tengo. Eres una parte clave de mi vida, tanto como lo es mi compañera y no quiero perderte. Quiero recuperar a Nadir y encontraremos el modo de llegar a él.

—Quiero ir a la sala y romper sus cadenas, liberarlo al mundo, a pesar de que sé lo que eso significa. ¡A pesar de que él me ha dicho que corra lejos, que me marche de aquí!

Aquellas palabras fueron como un golpe para Uriel. No sabía que Nadir realmente pudiera comunicarse. ¿Una pizca de su conciencia seguía existiendo? ¿Aún poseía la fuerza suficiente como

para proyectarse ante su hermana o había sido alguna jugarreta de Luke? Tenía que hablar con él.

—¿Has hablado con Nadir?

—Apenas un momento. Lo añoro... tanto. Lo añoro, papá —se aferró a él y lloró como una niña pequeña, dejando caer todo su peso en él. Su lado más oscuro lloraba con ella, las llamas volvieron a aparecer, de un tono azul, heladas. Dolía tocarla, pero no se apartó. Ni un milímetro siquiera.

—Lo recuperaremos, hija. Lo juro. Encontraremos la manera.

Cassie se apartó, lo miró. Se secó las lágrimas y negó.

—No puedes quedarte aquí. No puedes. Tienes que marcharte ya.

—No voy a dejarte sola.

—Pero tienes que hacerlo, no lo entiendes. Saben quién eres, te matarán.

Sabía que era cierto, sabía que tenía que irse, pero ¿abandonarla? ¡Jamás!

—Ven conmigo.

Cassandra negó.

—Tengo que sacar a Arock de aquí. Ese tonto se ha metido en este lío por mi culpa.

—Me temo que ese tonto tiene la capacidad de hacer que Venganza se olvide de cualquier otra cosa. ¿Estarás bien si me voy?

—¿Qué es lo peor que puede pasar? —procuró formar una sonrisa y lo logró, pero fue una triste. Su hija no era así, si hubiera sido más listo, si no la hubiera dejado tan sola...

Egoísta. Eso era. Se había vuelto egoísta. Solo le habían importado su mujer y su hermano, había dejado a aquella chiquilla que siempre había dependido tanto de él a su suerte. Sola. Sin apoyos y justo cuando acababa de perder a su hermano.

Debería golpearse. Había sido el arcángel de la verdad y ahora estaba tan ciego.

—Perdóname por no haber estado a tu lado cuando más me necesitabas, hija.

Cassandra lo miró sorprendida, como si no esperara esas palabras.

—No podías. No te preocupes por mí, vete. Ahora que no se esperan tu marcha —lo aferró por el brazo, llevándolo al patio trasero. Estaba vacío y desde allí podría escapar con facilidad—. Ve, Arock y yo nos las arreglaremos.

—Volveré con refuerzos. Os sacaremos de aquí.

—No lo hagas, papá. Vela por Nadir, te necesita más que yo. Puedo ocuparme de esto.

—Ten cuidado con Astharot, Cassie. No es trigo limpio.

Su hija asintió. No era ninguna tonta, sabía lo que estaba en juego. Maldijo de nuevo para sí, si tan solo le hubiera enseñado cómo gestionar esa parte, ignorando el miedo de que pudiera descontrolarse...

—Todo saldrá bien, papá. Lo prometo. Estoy bien.

—Gestiona tu fuerza, úsala cuando sea necesario. No dejes que descubran que tu conciencia ha regresado. Sé cruel, Cassandra. ¿Me oyes? ¿Entiendes lo que te digo? Mata si es necesario y no dudes. Cuida de tu espalda y no te fíes de nadie.

—¿Ni siquiera de Arock?

Uriel guardó silencio un momento, barajando la posibilidad de mentir, pero sabía que a la larga, sería mejor no hacerlo.

—Puedes fiarte de él en lo que a tu seguridad se refiere, pero no le confíes tu corazón —acarició su rostro—, no sabrá qué hacer con él y podría hacerte mucho más daño del que ya te ha hecho.

—¿Dices que es un mal hombre? —preguntó con cierto temor, necesitando asegurarse.

—Digo que es un hombre que ha sufrido tanto que es posible que no sea capaz de confiar en que tu amor es sincero, Cassie. Que puede dañar tus sentimientos. No dejes que Venganza...

—No le dejaré matarlo —terminó por él—. O no me dejaré, teniendo en cuenta que yo soy ella y ella es yo.

—Lo harás muy bien —recuperó la máscara y se la puso—. No te quites esto, será más difícil leer tus emociones con ella puesta.

—No me la quitaré.

—Cuídate, hija. Volveré por ti. Lo juro. Volveré con refuerzos y os sacaremos de aquí.

—No lo hagas. No arriesgues todo por mí, soy Venganza, ¿recuerdas? Puedo apañármelas. Y Arock es un estratega, ¿no?

—El mejor.

—Lo resolveremos.

—Creo en ti. Eres capaz de hacer cualquier cosa que te propongas —le besó las manos—. Ten fe y no te rindas jamás.

Cassandra asintió, no dijo nada, no podía. Las lágrimas amenazaban con salir de su prisión y ponerla en evidencia. Normalmente no le preocupaba, pero se estaba haciendo más dura.

Quizá por influencia del averno. Allí abajo, todos cambiaban.

Se elevó en el cielo y lo atravesó a toda prisa, desapareciendo en cuanto estuvo lejos de la vista, sin permitirse mirar atrás. Iba a conseguir arreglar aquello. Iba a resolver todo lo que necesitaba ser resuelto. Su hermano prevalecería como rey de la oscuridad, sus compañeras permanecerían a salvo. Su hija reclamaría el lugar que le pertenecía por derecho entre los suyos y Nadir...

Él volvería al mundo de los vivos, incluso teniendo que desatar el Apocalipsis para lograrlo. ¿Egoísta? Seguro. ¿Necesario? Para él sí.

Y sabía que Luke terminaría entendiéndolo. A veces era mejor dejar que las cosas pasaran, ¿no? Su caída no había sido tan mala. Su traición le había reportado grandes beneficios, pues había

terminado conociendo a su mujer y su vuelta libre al averno... le había devuelto a su hermano.

Tenía una familia y no iba a permitir que una vaga amenaza acabara con todo lo que necesitaban.

El mundo iba a tener que aprender a vivir con ellos y punto.

Todos sobrevivirían.

Capítulo 20

Haziel abrió los ojos con dificultad. Le dolía la cabeza, una potente luz lo cegaba y deslumbraba y le dolía cada minúsculo fragmento de su cuerpo. Estaba tumbado boca abajo, trató de girarse, el millón de púas clavándose en él le hicieron contener un grito de agonía. Sus alas no parecían responder a sus deseos, fracturadas y al parecer escayoladas a su espalda. Las tenían sujetas con algún tipo de correa, para que no lo aplastaran.

Tenía sed, se moría por beber un sorbito de agua. ¿Estaba en el infierno?

Se forzó por abrir los ojos de nuevo y recordó el choque intenso contra la calzada. Afortunadamente había quedado en la tierra, allí al menos no tenía que preocuparse por el clima corrupto o los demonios tratando de arrancarle cada una de sus extremidades. Gimió. Agradeció a Dios en silencio y trató de moverse de nuevo.

—No. No hagas eso, Haziel. Vas a hacerte daño.

Esa voz no resultaba conocida, a pesar de que sabía su nombre. ¿Quién era? Una mujer, sí. ¿Anabel? No. No era Anabel. ¿Dónde estaba?

—Agua.

Al parecer era más importante para él saciar su sed, que descubrir su ubicación. Sus siguientes palabras serían para saber quién era aquella chica, aquellas suaves manos que con infinita delicadeza se habían posado en su rostro.

—Tranquilo, estás a salvo. Todo irá bien.

Escuchó el agua rodar en un vaso y después a la mujer acercándose a él, con una pajita.

Le dolió el gesto pero sorbió desesperado, hasta sentir el fresco líquido rozar sus labios, su boca, bajar por su garganta. Vida líquida, eso era. Lo ayudaría en su recuperación. La miró, era una mujer bonita y dulce. Humana. Cerró los ojos de nuevo.

—Gracias.

No la vio, pero notó la sonrisa en su voz cuando respondió.

—De nada. Descansa, voy a cuidar de ti. Aquí estás a salvo. Estabas muy malherido, Carlos y yo te trajimos a casa, te pondrás bien. Descansa, no dejaré que nadie te haga daño.

Le acarició el pelo con ternura maternal y se sintió reconfortado. Quería saber más. Cuál era su ubicación, quién era ella, pero el sueño lo reclamaba. La caricia era un sueño hecho realidad. El contacto. Nunca había tenido contacto con nadie. No así. Nunca así.

—Gracias, Bella.

En su mente la imaginaba como un ente de indescriptible bondad. Tan bello que era intocable,

pero reconfortante, cariñoso, protector.

—De nada —escuchó y se sumió en la inconsciencia.

—Se ha despertado —informó Nadia brevemente, interrumpiendo a Carlos, que estaba reunido en su biblioteca con Borock y una mujer cuyo nombre no podía recordar en ese momento. Tampoco había prestado mucha atención, pues había sentido unos celos terribles al ver el cariño en los ojos del hombre que se había apoderado de su corazón y el instinto protector de ella, cuando la había estudiado de arriba abajo y descartado como si no valiera nada o no estuviera a la altura de su maestro.

Zorra.

—¿Has entrado en su dormitorio? Te dije que no lo hicieras —el gesto de Carlos era oscuro y sabía que estaba enfadado. No le importó. Ya se le pasaría. Ella también estaba furiosa y no estaba haciendo un drama, ¿verdad?

—Alguien tenía que ocuparse de él mientras juegas a las casitas —espetó gruñona, elevando la barbilla retadora.

—¿De qué coño...? —empezó incrédulo, después su gesto se oscureció.

Borock rio divertido. Se acercó a ella y le pasó un brazo por encima.

—Dale duro, preciosa. Vamos yo te ayudaré. Te presto mi puño para hacerle una cara nueva. Solo dime cómo la quieres y haré tus deseos realidad.

Nadia se deshizo del brazo de Borock y le picó en el pecho con el dedo.

—No me toques, soy inmune a tus encantos.

El incubo la miró sin comprender cómo podía resistirse a él, la mujer la miró seria un instante y al siguiente sonrió y corrió a ella, dejando su horrorosa actitud de hacía un rato de lado. Acercándose como si fueran las mejores amigas del mundo y tomándola de las manos.

—Te quiero.

»Sigo odiándote —dijo para sí, a ella la miró con gesto neutral sin decir nada, para acabar dirigiéndose a Carlos una vez más.

—Vuelvo a mis quehaceres, señor gruñón. —Soltó las manos de la otra cazadora y la miró—. No me interesa tu compañero, soy inmune a su raza, gracias a Dios —explicó y suspiró. No quería ser simpática con ella, no le apetecía nada de nada—. Supongo que puedo invitarte a un café, si te apetece.

—Supongo que puede apetecerme y puedo darte algunos consejos respecto al señor gruñón —

espetó, agarrándola del brazo—. Seguid con vuestras cosas, hombres, que nosotras vamos a cotillear un rato.

Nadia soltó un suspiro de resignación, Carlos frunció el ceño y Borock se rio, besó a su mujer, sin preocuparse en contener su deseo y después besó a Nadia en la boca.

—Me gusta esta chica.

—Cuidadito, incubo. Podría cortarte las pelotas.

Nadia sonrió ante la amenaza de la cazadora. Quizá pudiera caerle bien, después de todo. Incluso con esa mirada indiscreta que le había lanzado al principio.

—Preséntame a ese angelito, cariño —le dijo dirigiéndose a ella—. Vamos a valorar la mercancía. He escuchado decir grandes cosas de ellos, no sé si me entiendes —soltó haciendo un gesto soez con las manos.

—Cuidado, nena. Podría azotarte si no te portas bien —advirtió Borock con una pizca de celos en su tono.

—Estaré esperándolo con ganas.

Los ojos del incubo brillaron, Nadia decidió que era suficiente. Se llevó a la mujer.

Tendría que tragarse su mal humor un rato más. Caminó con ella hacia la puerta.

—Espera —dijo Carlos, acortando la distancia entre los dos. La tomó en sus brazos y la besó, como si no hubiera un mañana. No pudo menos que rodear su cuello con sus brazos y pegarse a él. Incluso enfadada y todo, seguía siendo adicta a sus besos—. Solo puedes llevar mi marca y mi sabor. No te acerques al ángel sola, Nadia. Prométemelo.

—No tienes derecho a darme órdenes ni a decirme a quién puedo o no besar

—Por favor. Estaré más tranquilo, si tengo tu promesa. Eres demasiado importante para mí.

Y eso que todavía no se había acostado con él.

—Está bien.

—Esa es mi chica —la besó otra vez y le dio un azote en el trasero—. Diviértete.

—Vete a la mierda —soltó frotándose la nalga derecha—. ¡Bruto!

—Ese soy yo, hombre de las cavernas.

Borock rio y aplaudió.

—Veo que al fin has sacado al macho que llevas dentro.

—A trabajar —exigió y el incubo resignado aceptó, mientras ellas atravesaban la puerta de la biblioteca y se insuflaba fuerza.

Aguantar a una cazadora prepotente, que conocía demasiado bien al hombre del que estaba casi enamorada, no sería tarea fácil.

Solo esperaba que el interrogatorio no empezara hasta que se hubiera tomado su taza de energía del día.

Su tercera taza, en realidad.

»Bienvenida a casa, Nadia.

Capítulo 21

Cassie observó cómo su padre se alejaba volando y contuvo el suspiro que se originó en su interior. No podía dar muestras de debilidad, no ahora. No por más que Uriel hubiera aplacado su furia consiguiendo calmarla.

Dio gracias a la máscara que cubría su expresión, así ese loco sacerdote que parecía dirigir con mano firme y un gran odio aquel lugar, no sería capaz de descubrir lo que estaba sintiendo. O el miedo que, de pronto, con Venganza de vuelta a ese rincón interior de lo más profundo de su ser, estaba atravesándola, haciéndola temblar de miedo.

No podía mostrar sus sentimientos.

—Tengo que ocuparme de mi prisionero —decretó con toda la firmeza que logró reunir en el instante en que lo sintió a su espalda.

Se giró y mostró toda la crueldad que pudo, imaginándose estar ante el hombre que le había arrebatado todo. Uriel podía ser su padre, pero Lucifer seguía siendo su enemigo. No creía que fuera capaz de perdonarlo nunca.

El hombre asintió y le hizo una reverencia llena de falsedad. Podía sentirlo, él pensaba que podía aprovecharse de ella, quería hacerla creer en su lealtad, pero era consciente de que sería traicionada a la primera de cambio. Necesitaba salir de ahí.

El idiota de Arock la había puesto en una posición inconcebible. En el epicentro de todo mal. Ahora que el subidón infernal se le había pasado, se sentía totalmente expuesta. Se obligó a salir con gesto perezoso, del modo en que su alter ego lo haría. Incluso enviando algunas oleadas de dolor a cuantos encontró en su camino. Solo porque sí.

Pidió perdón por dentro. Ella no era así, pero tenía que mantener las apariencias. Vio la satisfacción en el rostro del sacerdote, que conforme dejó de prestarle atención.

Aceleró el paso una vez estuvo fuera de su vista y echó a correr a toda prisa, como si la persiguiera el diablo. Abrió la puerta de su dormitorio y entró, cerró con fuerza y se apoyó en ella jadeando. Su corazón bombeaba a toda prisa, el pánico instaurado en su alma. Observó su cama y encontró a un Arock sonriente, haciendo sonar las cadenas. Estaba tan desnudo como cuando había llegado al mundo y parecía satisfecho.

«Dios mío, ayúdame a resistirme a él».

Se acercó con precaución a su lado, se quitó la máscara y lo miró, mientras tiraba de las cadenas, aunque evitó sus ojos. No podía aguantar su mirada y no quería mirar su sexo expuesto. Por más que tuviera ganas de comprobar la mercancía y relamerse. No era para ella, tenía que recordar

que se había acostado con otras.

El fuego lamió sus manos de nuevo y las apartó.

—No quiero hacerte daño, Arock.

—Mírame de verdad —exigió con voz firme—. Quiero verte.

Obedeció, al fin y al cabo se lo debía.

—Uriel...

—Te ha ayudado a dominar a tu lado perverso —concluyó paciente—. Lástima, me apetecía tener un rifi y rafe con esa parte de ti.

Cassandra apretó los dientes, mientras las llamas se intensificaban y deshacía las cadenas con un ligero toque hasta que se hicieron cenizas.

El fuego lamió la piel del hombre. Si lo hirió, no dio muestras de ello.

—Debería golpearte, Arock. Esto es por tu culpa. Si no me hubieras puesto nerviosa, no habría venido aquí.

—No hay mal que por bien no venga. Si no te hubiera presionado, no me habrías encadenado a tu cama, desnudo. ¿De verdad no vas a mirar? Pensé que habías dado órdenes explícitas a tus esbirros.

—No haría eso. Yo no...

—Tú no, pero ¿y Venganza? ¿Lo haría ella?

—Las dos somos una.

Arock sonrió muy lentamente, complacido con su respuesta.

—Lo sé.

Cassandra se sonrojó violentamente y puso distancia entre los dos, le lanzó una manta para que se cubriera y observó con decepción los jirones de la ropa del caído en el suelo.

—Siento lo de tu ropa.

El hombre se encogió de hombros.

—Tengo más y no me preocupa especialmente. Quiero que vengas más cerca, nena. Tenemos una cama a nuestra disposición, no podemos salir de aquí, tenemos que disfrutar de la oportunidad que nos brindan tus demonios. Ven —golpeó el colchón a su lado—. Prometo que no te morderé... demasiado.

La mujer negó. No estaba dispuesta a pasar esa barrera.

—Tengo que mantener las distancias por nuestro propio bien. Tú te has acostado con otras mujeres, Arock. Me has hecho daño.

—No tenemos ningún acuerdo, cariño. No somos una pareja.

—Si yo me acuesto con cualquier otro, ¿te molestaría?

El caído apretó los dientes, su mandíbula tensa, una mirada fiera en su rostro.

—No lo harás, Cassandra.

—¿Por qué no? Esos dos demonios estarían dispuestos a complacerme y ¿qué más da? Tú ya has estado con otras, ¿no?

—No es lo mismo.

—Claro que no.

Se sentía furiosa. ¿Cómo se atrevía? Él tenía todo el derecho a hacer lo que quisiera con quien quisiera y ella no, en su retorcida cabeza no era lo mismo.

—Lo haré si es lo que deseo.

—Pero no lo desees.

Eso era cierto. Maldito Arock, era demasiado listo para su propio bien. Solo lo ansiaba él. Desde hacía tiempo, no había podido dejar de pensar y barajar la posibilidad de estar entre sus brazos, dejarse llevar por sus besos y sentirlo en lo más profundo de su cuerpo. Llenándola, amándola.

Pero no la amaría. Incluso Uriel se lo había advertido, Arock no podía amar. Tenía tan destrozado el corazón que no lo haría.

—Quizá soy asexual.

La risa de Arock rebotó en las paredes de la estancia, enfureciéndola. Lo miró a modo de advertencia.

—No te burles de mí, no te gustaría verme enfadada, te lo aseguro.

—No me burlo de ti, nena. No eres asexual.

—No puedes saberlo.

—Créeme, lo sé.

Libre de las cadenas, tiró de ella hacia él y rodó sobre la cama, hasta dejarla bajo él. Todo su cuerpo presionando el suyo. Podía sentir el calor de su piel incluso a través de la armadura.

—Arock, no es una buena idea.

—Yo creo que es una idea maravillosa —bajó a su boca, pero no la besó, tan solo rozó sus labios con su cálido aliento—. Te deseo.

—No quieres que te toque.

—Quizá he cambiado de idea, quizá solo quiero tocarte yo.

—No pasará.

—Tientas a la bestia con una cama, con cadenas, con esa armadura que se adapta a tu delicioso cuerpo como una segunda piel y dices tan segura que no pasará. Me retas —mordisqueó su oreja, lamió un camino hasta su cuello y la despojó de su armadura con una facilidad que la dejó pasmada.

Sonrió al escuchar el sonido metálico de su coraza al chocar contra el suelo.

—Sabía que no estaba pegada a tu piel.

—Las armaduras no... —le dio mejor acceso, sus labios estaban explorando ahora su hombro, bajando hasta su pecho, aunque sin tocarla. Se estaba volviendo loca mientras él la exhibía para él. Dejándola totalmente desnuda—. Arock...

—Te equivocas tanto, Cassie —murmuró mordisqueando su cadera, haciéndole contener un jadeo—. No te das cuenta de lo mucho que te equivocas —continuó.

—No podemos hacer esto aquí, no...

—No vendrá nadie. Les escucharía.

—Eres un loco prepotente. ¡Vas a conseguir que nos maten a los dos! —Trató de empujarlo, pero no tenía fuerzas para hacerlo. Al contrario, necesitaba más de él. Quería más. Sus besos, su cuerpo, su misma esencia lo quería todo.

Sintió a Venganza reclamarla, esa parte de ella quería que tomara cuanto deseara, que lo hiciera suplicar, sangrar, gritar de placer hasta que no pudiera mover ni un músculo de ese fascinante y magnífico cuerpo.

—Sí, nena. Eso es. Dame tu calor. Puedes hacerlo. Deja que tu naturaleza tome el control.

—No puedo...

—Puedes hacerlo. Tu pasión, Cassandra. Tu calor. No me dañarás. Dámelo.

No sabía qué le estaba pidiendo, no lo entendía.

Venganza ronroneó como una gatita bajo su experto toque. Deseándolo. Bajando todas sus barreras.

Las dos eran una, rendidas a él. No era algo que estuviera confuso en su mente, no era solo la ira. Eran todas las emociones que empezaban a ligarse entre las dos, conformando alguien nuevo. Alguien fuerte, alguien dispuesto a dejarse llevar por el deseo de pertenecerle a ese hombre que tanto la fascinaba.

—No me dejes —suplicó y sus lágrimas fueron de fuego y de hielo a la vez. No había dolor, solo desesperación. Ansiedad por estar más cerca, por tenerlo más profundo—. No lo hagas.

—Shhh, estoy aquí. No voy a irme a ninguna parte.

Lo besó con avaricia, sin apenas darse tiempo para respirar. Quería todo de él. Necesitaba todo lo que podía ofrecerle.

—Cariño, tranquila. Deja que...

—No —lo empujó, todo su cuerpo era una llama de fuego rojo brillante, todo su poder los envolvía de forma protectora a los dos. Subió a horcajadas sobre él, manteniéndolo sobre la cama—. Me perteneces. No vas a tomar a ninguna otra, Arock —exigió salvaje mientras lo llevaba a su interior y lo tomaba plenamente—. Me perteneces solo a mí.

El caído gruñó y el sonido reverberó en su interior, liberando sus garras. Se las clavó en el pecho haciéndole sangre y descendió sobre él para lamer cada una de sus heridas mientras lo montaba casi desesperada. Lo mordió, dejando su marca, mientras seguía poseyéndolo perdida en él. Sus miradas se engarzaron, los ojos de Arock eran más azules que nunca y los de ella tan rojos que parecían ascuas ardientes.

Arock tomó sus manos, enlazó sus dedos con los de su mujer y la acercó a su boca para deleitarse en sus pechos. Lamiendo, succionando, mientras ella exigía todo de él.

—Arock —gimió, anhelando escuchar su nombre en los masculinos labios.

Él la miró, la besó, volvió a mirarla. La hizo tumbarse sobre su espalda y tomó el control sin soltarla, sin dejar de llenarla con su cuerpo y reclamarla una y mil veces. Con un sentido de posesión tan grande como el propio.

—Cassandra —rugió cuando llegó a un poderoso clímax que desató el suyo propio, llevándola hasta el abismo perdido del olvido.

Se aferró a él, lo atrajo más y más cerca y se acurrucó en su pecho, ansiosa del contacto que solo aquel hombre podía ofrecerle.

Arock la abrazó como si fuera todo lo que tenía en el mundo, jadeaba tan agotado como ella, se miraron y ninguno dijo nada. Permanecieron unos minutos así, en silencio. Incapaces de entender lo que había pasado, hasta que el caído rompió el contacto, la miró con horror, caminó hacia atrás hasta caer contra la pared y gritar desconsolado mientras se aferraba la cabeza. Sus alas caían a ambos lados.

Cassandra se quedó helada, no entendía lo que estaba pasando. Se acercó a él, pero evadió su contacto.

Se sintió sucia.

Se sintió perdida.

»Eres un monstruo, nadie te amará jamás.

Negó. Él no podía ser como Adam, no podía.

Una sustancia negra surgió de su propia piel, quemándola, cambiando, reptando, provocándole un dolor tan intenso que solo quería arrancársela a tiras. Cayó al suelo derrotada, luchando, pero no sirvió de nada. Siguió creciendo como un ente vivo, hasta cubrir cada pedazo de ella. El negro se tornó rojo, hasta formar un extraño tono granate que se envolvía en cada rincón de su ser. Cubriéndola protectoramente, especialmente su corazón.

Su cara se llenó de marcas que simulaban llamas, ocultando sus ojos tras una máscara parecida a la que el sacerdote le había entregado en cuanto había puesto un pie allí, pero a la vez era diferente. Un arco ligero y tres flechas con forma de Fénix se manifestaron en sus manos. ¿Las había llamado c

le habían sido entregadas por un poder superior?

»Consigue la libertad de nuestro pueblo. Úsalas con sabiduría.

Esa voz.

»Haz que este dolor pare. Haz que se detenga. Haz que nunca vuelva a sentir. Que mi corazón no sufra.

Pero nadie iba a poder hacer eso por ella.

Miró a Arock una última vez, elevándose en toda su presencia. Había aceptado su naturaleza, gracias a él, pero ya no le debía nada. No era diferente a las putas que habían calentado su cama en el pasado y acababa de demostrárselo.

No se acercó a él, no se molestó en atarlo. Tan solo se dio media vuelta y lo abandonó, dejándolo solo y con su propia pena, mientras ella tomaba en sus manos su derecho y obligación.

Iba a recuperar su pueblo y si alguien se interponía en su camino, lo pagaría muy caro.

Ya no le quedaba corazón, Arock con sus acciones, acababa de rematarlo.

Capítulo 22

Las noticias no habían sido buenas. Tampoco esperaba que lo fueran.

Luke paseaba por su sala del trono con sus hombres de confianza cerca, hablando, barajando posibilidades, mientras su compañera permanecía a su lado. Silenciosa pero firme, si la necesitaba, estaría allí y eso hacía que su furia interior y deseo de matar a todos los incompetentes que estaban poniéndole las cosas más difíciles, disminuyeran ligeramente.

—Tienen a Cassie y a Arock. No va a ser fácil sacarlos de allí, pero no es imposible.

—Confías demasiado en esa hija tuya y no debes olvidar que se trata de un demonio —espetó Lucifer y hoy se sentía así, como en el pasado. Perdido y deseoso de imponer su voluntad a golpes. Maldito fuera Uriel por dejar que su corazón se interpusiera en el camino de los dos—. No debí darles elección. No esta vez.

—El sello aguanta, señor —comentó Harr en tono tranquilo—. Hay tiempo. Los recuperaremos eso es un hecho. Nadie cuenta con un ejército tan fuerte y potente como el nuestro.

Los ojos de Lucifer cambiaron del color rojo a el negro, tenía que controlar su ira. ¿Dónde estaba Nala?

Su mano se deslizó en la suya.

—Nadie se atreverá a retarte, no se lo permitiré.

Oxígeno. Veía de nuevo la luz.

—No puedo ceder un grupo de hombres para salvar a tu hija —espetó. No era lo más inteligente, pero era lo único que podía hacer en ese momento. Ese asentamiento le sonaba a trampa, podía saborearla, no iba a jugársela. Ni siquiera por su hermano—. Cassandra tendrá que librar esta batalla por sus propios medios.

—¡Es mi hija!

—¡Es mi llave para mantener a Pecado a salvo! Los dos perdemos mucho, pero no puedo hacer un movimiento que podría acabar de golpe con todo por lo que llevo toda mi existencia luchando. Y no lo pondré en riesgo por ti. No me pidas eso.

—¡Es mi hija! —repitió Uriel

Luke sintió su dolor y lo hizo suyo, pero a veces...

Incluso en su ceguera era capaz de ver que era necesario hacer sacrificios. ¿Hasta qué punto le preocupaba el dolor de su hermano?

»Tanto como el mío propio.

¡Maldito fuera! Uriel estaba cambiando las cosas. Lo había cambiado todo.

—Hades, Osiris, Cerbero y Harr te apoyarán si decides ir. Mis mejores hombres. No me pidas más, porque no puedo dártelo.

Uriel lo miró sorprendido.

—¿Dejarás tu espalda descubierta? —negó—. No puedes hacer eso, es peligroso.

—Tengo a mis recolectores de almas y algunos buenos guerreros más. Estaré a salvo. La fortaleza aguantará y yo no soy ningún tonto. Defenderé mi posición hasta el final.

—No sobrevivirás si asaltan la fortaleza, como antaño no lo hicimos nosotros —expuso Nasla sin modulación en su voz—. Y lo sabes.

—Tendré que encomendarme al más alto —respondió burlón—, para que eso no suceda. Quizá confiar en esa profecía que habla de mí como el mismísimo destructor del mundo.

—Quédate con tus guardianes, Luke. Encontraré otra manera.

—No la hay —dijo el líder del inframundo mirándolo. Le dolía tanto pensar en perderlo. Maldito fuera, ¿desde cuándo Lucifer sentía tanto?

Uriel lo aferró por los brazos.

—Juntos siempre.

Luke entendió lo que le estaba diciendo.

—No puedo hacer lo que deseas.

—Lo haremos y venceremos.

—Uriel...

—No te reto. Creo en ti. —Miró a Nasla, que asintió un instante antes de decir.

—Cuatro somos, cuatro venceremos. Con una vieja y pequeña ayuda. Muy vieja y no tan pequeña ayuda.

Lucifer la miró.

—¿A qué te refieres?

—Lo verás con tus propios ojos.

—No llevaré a mi mujer a la guerra.

Nala se levantó.

—No me dejarás atrás.

Lucifer la advirtió, pero no retrocedió. Era valiente y muy incauta. Podría perder la vida.

Eso no iba a pasar en su turno. Nadie la tocaría.

—Guardianes, Harr —miró a cada uno de sus hombres de confianza—. Volveremos pronto.

Todos lo miraron, asintieron, pero no parecían estar de acuerdo con su decisión, aún así no interfirieron.

Ellos sí respetaban a su líder. Los otros tres que lo observaban con afecto... lo amaban. No

seguían sus órdenes, pero de alguna manera le ofreció algo mucho más valioso.

Algo con lo que nunca se había atrevido a soñar. Estaba incluso más allá de sus ansias de poder y la necesidad de prevalecer sobre los demás. Eran sus iguales y por Dios que así lo sentía, por más contradictorio que fuera aquello para él.

¡Lucifer! ¡Rey del averno! ¡Príncipe de las tinieblas!

Hombre enamorado, cuñado devoto y hermano.

Leal hasta la muerte. Incluso a su pesar.

Ni siquiera él estaba de acuerdo con esa maldita decisión.

—Volveremos para la cena.

¿Prepotente? Quizá, pero era Lucifer. ¡Rey de reyes! Nadie se atrevería a interponerse en su camino. Atrajo a su mujer más cerca de él y con una ligera filigrana dibujada en el aire con su mano derecha, conjuró una armadura ligera que la mantendría protegida y localizada para él. Nasla asintió satisfecha, acercándose a su propio compañero.

—Tu hermano ha aprendido.

Luke quiso golpearla, hacerle daño por su insubordinación, pero su Nala lo besó y el pensamiento quedó relegado al olvido.

—Ya tenía ganas de probar en el terreno todo lo que he aprendido. ¿Cómo decía *La cosa*? ¡Es la hora de repartir tortas!

No entendió del todo su referencia, pero no le dio importancia. Todavía había cosas que desconocía de su mujer, afortunadamente tenía una eternidad completa para descubrirlas.

Y nadie iba a arrebatarse la posibilidad de hacerlo.

—Espero que no sea un error —le dijo a Uriel—, por tu propio bien.

Su hermano asintió conforme.

—Sí, yo también lo espero.

Y salieron a la búsqueda del misterioso ayudante, sabiendo que solo tenían una oportunidad para hacer aquello bien. De lo contrario mucho se perdería.

Quizá incluso sus propias vidas.

Capítulo 23

Arock estaba perdido en su pesadilla personal. Había sangre por todas partes, los gritos de agonía de la mujer llenaban sus oídos, sus súplicas y su odio. La maldición impuesta a las mismas puertas de la muerte estaba cobrándose su pago, sellada por la sangre de los inocentes.

—¡Basta! —gritó frotándose las sienes. Aquello no era real, estaba solo en su cabeza, tenía que deshacerse de ello.

»Eres un monstruo, Arock. Un demonio. Hice lo que tenía que hacer. La muerte es algo demasiado benévolo para ti. No permitiré que la semilla del demonio viva en la tierra. Vivirás eternamente y sufrirás. Jamás podrás pagar todo el daño que has hecho. ¡Me das asco!

—No. No es real. No eres real. Déjame en paz.

Había pasado tanto tiempo que casi había olvidado sus palabras de entonces. Quizá ni siquiera les había prestado la suficiente atención, pero ahora parecían vivas, insistentes, claras en su cabeza. Era como si estuviera allí, en otro tiempo y lugar, y pudiera escucharlas.

Se cubrió los oídos, no quería continuar aquello. No podía, tenía que llegar hasta Cassie. No se merecía que el horror de lo que le estaba sucediendo la salpicara. Era especial, diferente, había abierto una compuerta en su alma, algo tan increíble, algo que jamás creyó poder sentir otra vez. ¿Amor? No, no podía ser amor. Había matado a su compañera, no lo merecía. Dios no le daría ese regalo.

Pero con ella todo era diferente, el odio hacia sí mismo se había desvanecido en una nube de humo, dejando tan solo la satisfacción plena, felicidad completa.

Se sentía pletórico y, por primera vez en mucho tiempo, esperanzado. Quería saltar y cantar, besarla y hacerle el amor de nuevo. Cassandra era su cura, el antídoto para la desesperación y el dolor.

¡Maldito fuera por no poder controlar sus demonios interiores!

»Jamás serás feliz, engendro del infierno, y si alguna vez lo intentas, todo el dolor que hoy causas, volverá a ti desatando el odio de aquella que se atreva a amarte. No eres nada, jamás lo serás. Monstruo.

Apretó los ojos, las imágenes se repetían frente a él. Los recuerdos fueron sustituidos por otros más oscuros.

El cuerpecito de su pequeña sin vida.

A pesar de saber que no estaba allí, que hacía mucho tiempo que había traspasado las puertas del más allá, podía verla entre sus brazos, podía sentirla. Su hija. Su niñita. Su vida. La habían matado

su propia madre había sido la mano ejecutora; aquella mujer que debería haberla protegido hasta su último aliento, se había tornado en su verdugo.

Lloró de nuevo, cayendo al suelo, regodeándose en su dolor. Hoy la había perdido de nuevo. ¿Tan egoísta era? Estrella había sido la luz de su vida, lo había sido todo. Su risa infantil, sus besos, los abrazos y el cariño desinteresado.

Volvió a frotarse los ojos, queriendo borrar la sangre, el rostro sin vida.

»No puedo soportarlo. No me hagas esto. Perdóname —suplicó de corazón, a aquel al que había servido en otro tiempo.

»Te quiero, papi. Te quieroooo. ¡Más alto! Vuela más alto. ¡Quiero tocar las nubes! ¿Puedo, papá?

La voz de Estrella repicaba en sus oídos, lo que debería haber sido un bálsamo para su dolor, lo aumentaba hasta la máxima potencia. La echaba tantísimo de menos... La necesitaba tanto.

—Mi niña... ¿Por qué me la arrebataste? ¿Por qué? —dijo en voz alta.

—El tipo se ha vuelto loco —escuchó una voz cerca, no sabía si real o imaginaria. No le importó. El dolor era tan fuerte que le daba igual lo que le hicieran.

Necesitaba a Estrella. Quería tenerla entre sus brazos de nuevo. Oler su aroma infantil, perderse en la suavidad de su piel de bebé. Solo había tenido tres años. ¿Por qué se la habían arrebatado? ¿Por qué?

—Venganza debe ser una arpía en la cama. Fíjate en esas marcas —comentó burlón otra vez—. Espero ser el próximo.

—Eres un perverso.

Sintió el tirón de sus cadenas. No se movió, así que lo arrastraron sin importarles el dolor que pudieran provocarle. No supo cuánto duró el pequeño tormento, no era suficiente, merecía lo peor.

No había sido capaz de protegerla.

Jamás debió confiar en una mujer, no volvería a hacerlo jamás.

—Estrella —gimió, el dolor atravesándolo cual espada candente—, lo siento, mi vida. Lo siento.

—Parece que este idiota estaba comprometido —dijo riendo uno de sus carceleros, después le pegó una patada—. Olvídala, ella no es nadie.

Arock se lanzó contra el que había hablado con una fiereza letal. Sus dedos fueron directos a sus cuernos y los arrancó de un tirón. El grito agónico fue letal, mientras el poseedor caía muerto en el suelo, en un charco de sangre negra.

El otro se apresuró a salir de su nueva celda sin mirar atrás a su compañero caído.

Arock gritó hasta desgañitarse, se arañó el rostro, golpeó la pared con sus puños hasta romperse los huesos de las manos y caer ensangrentado al suelo, prácticamente inerte.

Llorando perdido.

Solo.

Desahuciado.

Era mejor así. Era su destino. Cassandra lo castigaría y por fin estaría en paz. Podría pagar sus ofensas, podría redimirse, quizá encontrara el descanso que tanto había anhelado sin permitirse.

Quizá podría reunirse finalmente con su Estrella, con su luz, volver a sentir su calor y esa felicidad pura, eterna, inquebrantable.

Solo con ella a su lado.

Dejó caer la cabeza entre sus piernas y siguió llorando su pena, sollozando.

Tan solo...

Tan triste...

Tan vacío...

Esperaba que su final llegaría pronto, porque ya no podía aguantarlo más.

—¿Por qué dejaste marchar al arcángel? —inquirió Astharot en el momento en que Cassandra regresó a la sala principal—. Debiste matarlo. Es peligroso para nosotros.

—No tengo por qué darte explicaciones —espetó con tono aburrido—. Largo de mi vista, no quiero ver tu fea cara.

—Muestra respeto, Venganza. Sigo siendo el juez supremo aquí.

—No eres nada, sacerdote —dijo sin mirarlo—. Ya no. Este es mi pueblo y ese mi trono. Mi padre me lo legó.

—¿Cómo osas...?

La mujer lo miró y el rostro del hombre mayor se desencajó. Presionó un poco más. El otro golpeó el suelo con su báculo y forjó una barrera que lo mantenía a salvo.

—¡Suficiente!

Cassandra rio con diversión.

—¿La niñita te hizo pupita, Astharot? ¡Me aburres!

Estaba harta de justificarse, harta de rendir cuentas a los demás y portarse de forma respetuosa. No le apetecía y no le reportaba nada bueno. Iba a hacer las cosas a su manera, por una vez.

¿Respetar el sello y no sacar a su hermano de la prisión? Comprendía la necesidad de darle un tiempo. Ella mejor que nadie sabía las complicaciones de controlar un poder tan grande. Desde que su lado más oscuro había visto la luz, sentía la manera en que las emociones la rodeaban y le daban

una fuerza y una capacidad de fuego tan grande que si no era capaz de gestionarlo, podría acabar con un pueblo entero con un mero sentimiento.

¿Le importaba? Sí, no quería dañar a los inocentes. Uriel tenía razón, no era un demonio oscuro sin razón, era Cassandra y podía contener y controlar lo que siempre había sido.

Palpó las flechas que llevaba sujetas al muslo con cariño. Sentía a su familia en ellas. Una por cada uno de ellos. Su madre, su hermano, su padre. Tres muertos, tres venganzas. Nadir vivía, todavía no pediría la cabeza de nadie por su causa.

—Controla tu lengua, Venganza. Todavía tengo el poder aquí —advirtió su interlocutor, sin dejar de mirarla.

—De momento, lo tienes —admitió conforme.

El demonio apretó los dientes conteniendo un exabrupto o algo peor. Podía pensar que era una ingenua, pero conocía perfectamente sus planes. Pretendía forzarla a desatar a Pecado para después hacerse con los dones de los dos.

Iluso...

¿A quién creía que podía engañar? ¿Ocultarle algo? A ella no.

—No tienes tu suerte —advirtió con tono monocorde el demonio.

—No la tienes tú, cielito. No me has visto enfadada.

Se giró descartándolo. Él lanzó una ráfaga de poder en su contra que Cassandra absorbió con una risa perversa. Lo miró por encima del hombro.

—¿Eso es todo lo que tienes?

El demonio aturdido y ligeramente alterado que irrumpió sin pedir permiso, interrumpió su discusión.

Si es que podían llamar discusión a aquello, más bien disparidad de pareceres.

—Mi señora —dijo jadeante—, vuestro prisionero ha matado a Thaurim.

La sorpresa destelló en sus ojos apenas un instante, el sacerdote se alborotó de inmediato.

—¡Exijo su cabeza! Lo mataré con mis propias manos después de torturarlo.

—No harás semejante cosa —dijo Cassandra—. Nadie va a tocarlo.

El murciélago, cuyo nombre desconocía, la miró ofendido. ¿Pensaba exigir su sangre? ¡No en su turno!

—Arock es mío, yo decidiré qué hacer con él y qué castigo imponerle.

—¡Ha matado a uno de tus súbditos! ¿Quieres esperar a ver qué dice tu pueblo? —la retó el sacerdote.

—¿Quieres ver cómo muestro a mi pueblo qué pasa con aquellos que desobedecen mis órdenes?

El hombre la miró contrito, el otro demonio se inclinó ante ella en señal de respeto.

—La sangre ha de pagarse con sangre, mi señora. Esa es la ley.

—Arock pagará, pero no con su vida. Él es demasiado valioso para mi causa, mucho más que cualquiera de vosotros dos.

—¡No es más que tu puta! —escupió Astharot—. Exijo que respetes el código, Venganza, o tú misma serás sometida a juicio.

—Hoy no —dijo Venganza—. Mi prisionero, mis normas. Te reto a desafiarme, Astharot. ¿Crees que puedes vencerme? Adelante, hazlo. Si no puedes, hazte a un lado. Tengo que hacer justicia.

Ninguno de los dos se interpuso en su camino.

Cassandra sonrió. Estaba claro que mostrar fuerza, era el camino directo si no al poder, si a la libertad.

Hacía tiempo que no se sentía tan capaz. Tan feliz.

Si tan solo Arock pudiera amarla, verla como algo más que...

Desechó ese pensamiento. Había demostrado no querer nada de ella. No necesitarla. Quizá ni siquiera desearla.

¿Lo había violado? No creía haberlo hecho, pero ¿lo había hecho? Él la odiaría.

¿Le importaba? Endureció su corazón. Él solo la había ayudado a aceptarse, a permanecer en equilibrio, quién era y quién debía ser reunidos en una sola persona, sin temor unos de otros. Así de claro.

Caminó hasta la mazmorra, abrió la celda y sintió disgusto ante el lugar en el que le habían encerrado. Vio el reguero de sangre oscura y el cadáver de su esbirro, no sintió nada más que desagrado. Se acercó a Arock, derrotado, encadenado, echo una bola en un rincón oscuro, las lágrimas caían por su rostro apagado, en silencio.

Su corazón se estremeció. Ese no era el hombre que ella conocía. Estiró la mano para tocarlo, pero la apartó, antes había huido de su contacto, elevó la voz.

—Caído, mírame.

Obedeció, pero en sus ojos se había apagado la chispa de humor que siempre parecía acompañarlo. Estaban llenos de dolor.

—Arock —lo sentía. Estaba allí. Sus barreras habían desaparecido, como si nunca hubieran estado alzadas. Aquel era el hombre real. El que sufría y sentía pena. El que podía amar.

En contra de su sentido común se acercó a él y lo rodeó con sus brazos, lo desató y, de alguna manera, hizo aparecer una armadura, que creció poco a poco sobre su piel. Como una extensión de la suya. Lo miró, tomó su rostro en sus manos y lo vio de verdad, por primera vez en su vida.

—Siento tu dolor.

—Déjame —dijo en apenas un gemido—. No valgo nada.

Esas palabras resultaban familiares para ella, demasiado viejas, demasiado dolorosas.

—No. No voy a dejarte —lo levantó—. Perdóname, Arock. Esto ha sido por mi culpa.

Quizá no fuera tan dura después de todo. Quizá no tenía madera de demonio, quizá...

—No puedo amarte, quiero hacerlo, sufro por ti, pero no puedo.

Desesperación, esa vieja conocida.

—No te preocupes por eso ahora, voy a sacarte de aquí. Vamos, apóyate en mí.

No parecía herido, pero sí como si su voluntad lo hubiera abandonado.

—No puedo amarte, ni siquiera puedo acostarme contigo otra vez.

»¡Dolía! ¡Dolía! ¡Cállate!

—No te preocupes, vamos —no iba a dejarlo a su suerte, solo porque la verdad escociera. Él estaba allí por ella, había ido a rescatarla. Ángel tonto. Ninguno de los dos podía ser absuelto. Ya no.

Habían perdido demasiado.

Tiró de él, casi sin dificultad, y lo ayudó a llegar a la puerta.

—Vámonos.

Arock la miró como si no la hubiera visto nunca.

—¿No ibas a torturarme, Venganza?

—Eso, Venganza. ¿No ibas a cobrar la deuda de sangre? —el sacerdote y un grupo de sus mejores guerreros les cortaban la vía del escape.

El odio surgió con fuerza en el interior de la mujer.

—Apartaos de mi camino.

—No —dijo Astharot con aire malévolo—. Vamos a tomarlo y si no te apartas de nuestro camino, sufrirás el mismo destino que él.

Arock aferró a Cassandra atrayéndola más a él, dejándola protegida con su cuerpo.

—No la tocaréis. —Algo emergió del caído. Un aura letal, estaba dispuesto a asesinarlos con sus manos desnudas si era necesario.

Por ella.

—Arock... —sorpresa y anhelo en una sola palabra que abandonó los labios de Cassandra.

El caído ni se inmutó, tan solo se movió hasta que todo su cuerpo la cubría. Sin dejar un fragmento de su ser vulnerable.

Por ella... estaba dispuesto a morir. ¡Lo sentía!

—Ni se te ocurra —advirtió furiosa. Enlazó una mano con la de él y se puso a su lado. No perdió de vista a su enemigo, pero murmuró solo para él—. Unidos somos más fuertes.

Los ojos de Astharot mostraron el miedo. Pudo sentirlo, a pesar de la máscara que ocultaba la mayor parte de su rostro.

Profundo, como una serpiente enroscándose. Debilitándolo. Lo saboreó y extrajo fuerza de ello.

Las llamas surgieron a su alrededor extendiéndose hacia Arock, arrojándolo en un capullo protector. Se dirigió a los hombres que flanqueaban al sacerdote.

—Sois buenos guerreros, no me gustaría perderos, pero si os empeñáis en seguir la causa perdida de Astharot, caeréis con él y sufriréis mi ira.

—¡Cumple la norma de sangre! —exigió uno de ellos—. Es la ley de nuestro pueblo.

Una voz lejana se coló en su mente, confortable y cariñosa.

»No siempre lo fue. Recuérdales a Ragnok y su ley.

—Ragnok jamás habría permitido que alguien muriera sin un juicio justo.

El sacerdote la miró como si hubiera recibido un golpe.

—Ragnok fue un traidor. Asesinó a nuestro pueblo, quería la paz con los ángeles intrusos —soltó en un tono envenenado—. El pueblo exigió su cabeza y yo mismo me bañé en su sangre.

—Apártate de nuestro camino, solo lo diré una vez —dijo Arock aparentando calma. Una fría calma que asustaba tanto como si el mundo a su alrededor se estuviera congelando y acabando con cada minúscula chispa de vida.

Astharot rio.

—Un ángel y un demonio en prácticas no son suficientes para derrotarme.

Una garra invisible atravesó el estómago del sacerdote, mientras su poseedor se manifestaba lentamente ante él.

Cassandra no logró salir de su asombro cuando vio y escuchó al recién llegado hablar.

—Entonces el rey del inframundo tiene que darte una lección, demonio —hundió aún más la garra mientras sus alas se extendían alrededor, creciendo letales y atacando a aquellos que alzaban sus armas contra él.

Cassie tan solo vio el perfil afilado, los ojos negros con pequeños puntos rojos y el guerrero que tanta fama había cosechado a lo largo del tiempo, pero al que nunca había visto en acción.

—Nadie se mete con nuestra familia —gruñó Uriel, cubriendo a su hermano, luchando contra aquellos que se atrevían a desafiarlos.

Cassandra permanecía inmóvil. Como si de pronto la ira la hubiera abandonado y solo la sorpresa hubiera ocupado el lugar de sus fuerzas. ¿Lucifer había ido a salvarla? ¿Por qué?

—Vamos, chica. Tienes que mover el culo —dijo Nala, tirando de ella—. ¡Está en jodido estado de shock!

Nasla se acercó con la calma que la caracterizaba, sin soltar su arco, con una mano, mientras pasaba la otra frente a su cara. Tratando de despertarla.

—Sanará —se encogió de hombros y trató de tocarla, pero las llamas rugieron amenazantes ante

su presencia—. No seré yo quien pueda ayudarla hoy.

—Quizá yo pueda —esa voz la sacó de su estupor, se giró y miró al poseedor. Un hombre. Alguien desconocido y a la vez tan...

—¿Quién eres tú? —dijo olvidando por un momento todo lo demás. Incluso dónde estaba, quiénes habían ido a buscarla y dónde se encontraba el hombre al que según ella había ido a castigar para terminar tratando de salvarlo.

—Un viejo conocido —se acercó, tomó sus manos y la acarició. El fuego retrocedió ante él—. Alguien que ha estado cuidando de ti en la distancia, Cassandra.

Esos ojos tan parecidos a los suyos, ese rostro tan similar al de Nadir, esa voz... ¡Acababa de escucharla en su cabeza no hacía más de unos minutos!

—¿Cuándo? No puedo.... no puedo recordarte. Quiero hacerlo, pero no puedo.

—Habrá tiempo de dar explicaciones después, ahora tenemos que salir de aquí, pronto vendrán más. La muerte de Astharot no va a quedar impune.

Lucifer miró a Cassandra con toda la furia reunida en su interior, pero no la atacó, desvió su atención a su compañera, que corrió a su lado y lo besó, sin importar las salpicaduras de sangre de demonio que lo ensuciaban o el gesto fiero que se reflejaba en él. Pura violencia contenida.

Nala hizo que todo eso se replegara, dejando al hombre que había conocido. Quizá no tan tranquilo, si es que podía reunirse en algún momento esa palabra con él, pero sí lo suficientemente contenido como para salir de allí, sin tratar de matarla.

Arock acabó con el último demonio, sin demora. Una muerte rápida. En su gesto se manifestó el disgusto de acabar con alguien que no tenía la culpa de que su líder lo hubiera llevado hasta aquel lugar a morir. La miró, sus ojos se engarzaron, el calor surgió con fuerza y después una ráfaga intensa de celos, al localizar al guapísimo hombre que se erguía a su lado y que había pasado un brazo por sus hombros.

Quería asesinar. Lo veía en él, pero se forzó a permanecer inmóvil en su lugar, con un músculo palpitando en su mandíbula.

—Salgamos de aquí antes de que lleguen refuerzos —instruyó a Uriel, ocupándose de Nasla—. Saldremos volando, será más difícil que puedan detectarnos.

Lucifer miró a su hermano, asintió.

—Demonio —apeló llamando al desconocido.

No necesitó decir más, el hombre comprendió de inmediato y todos desaparecieron ante la vista de Cassie, cuando él la atrajo más cerca y a Arock también, los sacó de allí en un mero pensamiento, lejos del peligro, atravesando las barreras que protegían el campamento.

¿Así era como se suponía que salvaría a su pueblo? Vaya mierda de salvadora.

Al parecer Venganza era una dulce gatita incapaz de proteger su propia garganta. ¡Si Lucifer

había tenido que ir en su auxilio!

Ver para creer.

Ahora estaba en deuda con él y eso sí era algo que odiaba, porque no le quedaba más remedio que colaborar en su causa.

Incluso aunque supusiera permanecer una eternidad de guardiana de la celda de su hermano.

El destino era una auténtica perra y se había ensañado con ella.

Capítulo 24

Haziel probó a estirar sus alas. Ignoraba cuánto tiempo había estado allí, había pasado los días y las noches perdido en un sueño reparador y doloroso. No recordaba si había soñado o sufrido pesadillas, solo se sentía engarrotado, incapaz de hacer un movimiento sin sentir un intenso dolor.

Sus extremidades aladas habían sanado, gracias a Dios. Dolían, pero los huesos habían soldado y estaban intactas, de un tono grisáceo, pero no negro, afortunadamente. Era un caído, finalmente había dejado su posición allí arriba para convertirse en algo allí abajo. Todavía no tenía muy claro qué.

Se acercó a la ventana y la abrió de par en par. Tomó una bocanada de aire y se sintió dichoso. El aire era puro y reparador. La tierra, ese lugar tanto tiempo anhelado y al fin... al fin estaba allí para quedarse. No quería traspasar las barreras entre dimensiones, ya no. Se sentía bien sabiendo que sus responsabilidades acababan de transformarse.

—¡Te has despertado, Haziel! —Esa voz había traspasado sus sueños a lo largo de los últimos días, dándole una gran paz.

Se giró hacia ella lentamente y la observó con ternura, era su dulce y bella cuidadora, que lo había devuelto a la vida.

—Sí, gracias por sanarme.

—No he hecho nada, no te preocupes. Tienes que venir a ver a todos, están nerviosos y ansiosos por ver que estás bien. Creo que van a freírte a preguntas, lo siento.

—Está bien, no te preocupes. Imagino que tienen unas cuantas.

—¿Te sientes mejor? Todavía tiene que dolerte. Te has curado muy deprisa, aún así, quedan algunas marcas en tu cuerpo con aspecto de ser especialmente incómodas.

Haziel sonrió una vez más, la mujer se preocupaba por él. Trató de tranquilizarla.

—Me encuentro bien. ¿Cuál es tu nombre?

—Nadia. Me llamo Nadia. Te preguntarás por qué sé tu nombre y la verdad es que no puedo darte una respuesta razonable, simplemente apareció aquí —señaló su sien— y lo vi claro.

—Gracias por cuidar de mí. ¿Quiénes son esas personas que me están esperando?

—Mi... Bueno, Carlos. Somos algo más que amigos, ¿novios? No sabría decir —se retorció las manos nerviosa—, estoy un poco inquieta, debes pensar que soy una histérica.

Negó y sin querer usó su don para calmarla. ¡No lo había perdido! ¿Qué más conservaba?

—Guíame ante tu pareja, Nadia. Trataré de responder sus cuestiones, hasta donde pueda hacerlo. No sé mucho acerca de mi posición en la tierra.

—Tienes una misión —dijo antes de poder contenerse.

Haziel sonrió. Había algo diferente en ella, podía sentirlo, pero todavía se le escapaba. Debía ser por el golpe, la conmoción podía haber dejado atontada una parte de su cerebro. Al menos por ahora, con el tiempo sanaría. Era, después de todo, un ángel guardián. Podía leer a las personas, ni la caída sería capaz de cambiar eso.

Los arcángeles podrían haberle quitado sus dones, arrancado sus alas, pero no lo habían hecho. Le habían permitido conservar su naturaleza, su esencia, en otro lugar.

Sí, Nadia tenía razón, habría un motivo para ello. Una misión.

—Encontraremos las respuestas —acarició con los ojos aquel gesto lleno de luz y se sintió en paz. Era una de los buenos.

De los mejores.

—Deja de mirarla así, ángel —exigió Carlos irrumpiendo en el cuarto.

—Mis disculpas, cazador.

Vio la sorpresa en su rostro, no debería. Era fácil sentir su naturaleza, no tanto como la de la mujer que lo miraba con tal devoción que le obligó a apartar la mirada.

Por eso había caído, por eso precisamente. Por amor. El deseo de amar como solo los humanos eran capaces de hacerlo.

Quizá también los ángeles en la tierra. Anabel lo había encontrado y él quería lo mismo para sí.

—¿Qué buscas? ¿Problemas?

—Soy un guardián, ¿qué crees?

—Eras un guardián, ahora has caído.

—Eso no es sinónimo de maldad. Se cae por muchos motivos —había una batalla verbal entre los dos junto a una silenciosa—. No quiero nada de tu mujer, aparte de agradecer lo que ha hecho por mí. Respeto vuestra unión, sois compañeros de vida.

Carlos permaneció en silencio y la tensión disminuyó un grado.

—Lo somos.

—Vuestras almas están enlazadas, puedo verlo. Unidos sois un todo —concluyó con la calma que garantizaba su carácter—, todo irá bien.

—Gracias —Y había gratitud sincera en esa única palabra. El hombre le tendió la mano y él la estrechó—. Haré lo que esté en mi mano para ayudaros en cualquiera que sea la batalla que tengáis en perspectiva. Estoy mejor, puedo ser un guerrero tan bueno como cualquier otro.

—Los guardianes no luchan.

—Tú mismo lo has dicho —recordó Haziel—, ya no soy ese ángel. Ahora he caído y puedes contar con mi espada, siempre que sea la batalla de los justos.

—¿Por qué caíste, ángel? —preguntó el cazador.

—Porque no había nada más que hacer en el cielo para mí. Mi vida está aquí —contempló el horizonte un instante a través de la ventana—. La tierra tiraba de mí desde hace mucho tiempo y el cielo me invitó a marcharme.

—Bonita forma de decirlo —concluyó Carlos—. Eras un guiñapo cuando te encontramos.

Haziel rio con sinceridad y diversión.

—Lo sé.

El cazador pareció perder toda su reticencia, dándole una palmada amistosa en la espalda.

—Vamos. Hay mucho que hacer. Te pondremos al día. Quizá puedas resolver alguna de nuestras dudas respecto a los repobladores.

—¿Repobladores? —Jamás había escuchado nada similar en todos los siglos de su existencia.

Carlos miró a Nadia y entre los dos se produjo algún tipo de comunicación silenciosa. La mujer se limitó a encogerse de hombros, mientras decía en voz alta.

—Desentrañaremos el misterio todos juntos.

Mientras él descubría qué era lo que se le escapa respecto aquella mujer, bien podría hacerlo.

—Sí, lo haremos.

—Haziel está en posición —comentó Gabriel, observando a sus hermanos. Los tres estaban reunidos en la Sala del consejo una vez más—. Pronto empezará todo.

—Nuestras piezas están listas en el tablero, esperando el momento de jugar. ¿Cómo está ella? —preguntó Miguel observando a Rafael, en su rostro un reflejo de su honda preocupación.

—Aguanta, por ahora.

—No podemos tenerla encerrada para siempre —advirtió Miguel observando a los otros dos—. No es su lugar.

—No podemos dejarla libre todavía. El destino del mundo pende de un hilo y de su voluntad —les recordó Gabriel.

—Hay demasiado en juego —concordó Rafael—. Si ella es libre, si regresa hoy a la tierra, ignorará su destino.

—A veces el conocimiento es un impedimento, más que una ayuda —comentó pensativo Miguel—. Quizá deberíamos retornarla a su lugar, nadie ha notado su ausencia aún, no es demasiado tarde. No tenemos la certeza de que Pecado sea liberado.

—Lo será —certificó Gabriel.

—¿Y si te equivocas? ¿Y si nos equivocamos? —exigió Miguel, siempre preocupado por los humanos.

—¿Por qué sufres por ella? —inquirió Rafael sin comprender—. Está siendo protegida, custodiada, guiada entre nosotros.

—No es un ángel, no pertenece al cielo. Ella no debería estar aquí —expuso. No mostró sus preocupaciones más profundas, no quería que sus hermanos se disgustaran o empezaran a cuestionarlo otra vez—. El equilibrio es lo más importante con lo que contamos, roto este, la esperanza se desatará.

—¿Quieres decir que seremos tan culpables como Lucifer de perderla si el sello se rompe? —Gabriel parecía ofendido al exponer su cuestión—. Seguimos el camino recto de la justicia.

Pero no veían suficiente. Miguel era consciente de ello. No comprendían la importancia del libre albedrío, de la voluntad humana.

—Cuando el sello se rompa —empezó Rafael, recordándoles que pasara lo que pasara con ellos y sus decisiones eso era un hecho—, Haziel la custodiará.

—¿Y si no puede hacerlo? ¿Y si no desea hacerlo? Ya no tenemos poder alguno sobre él —les recordó Gabriel.

—Haziel respetará su destino, es un guardián. El mejor líder de las castas de los ángeles y los tres lo sabemos.

—Lo que no sabemos es si la tierra nublará su juicio —recordó Rafael—, es posible que el amor humano cambie su perspectiva de las cosas y del mundo que lo rodea.

—Pueden pasar muchas cosas, sí. Los tres somos conscientes de ello, pero no está en nuestras manos decidir el rumbo de todos aquellos que forman parte de este juego.

—¡No es un juego es la vida! Nuestra misma existencia. La supervivencia de nuestras sagradas instituciones —le recordó Gabriel.

—Dios en su sabiduría podrá guiar a la muchacha mucho mejor que cualquiera de nosotros tres. Haziel hará un trabajo responsable. Si alguno de vosotros no lo creyera, jamás se le habría permitido conservar la esencia de su misma naturaleza. Los tres sabemos eso —comentó Miguel, al tiempo que Rafael asentía, conforme con su aseveración.

—Veo la verdad en tus palabras, hermano —confirmó.

Gabriel los observó a ambos. El arcángel mensajero no creía en esas palabras, ni en el libre albedrío. A lo largo de su existencia había visto cómo los hombres, los humanos, los demonios y los mismos ángeles tropezaban una y otra vez con la misma piedra, cometiendo errores. Uno tras otro.

—Si los dos concordáis en devolver a la mujer a la tierra, contad con mi beneplácito, incluso en contra de mi razonamiento. Veo y comprendo vuestras palabras, aunque no las comparto.

—¿Tenemos un acuerdo entonces, Gabriel? —preguntó Miguel.

El arcángel asintió.

—Que así sea y que Dios guíe el rumbo de sus hijos, de la mejor forma que considere.

—Que así sea —concluyó Rafael, sabiendo que era lo mejor, por ahora.

—Libre será para abrazar su destino. Esperemos que lo que ha aprendido hasta ahora, lo que vive y renace en su interior, la guíe a tomar la mejor decisión.

—Que Dios nos proteja —dijeron los tres al unísono.

Los pensamientos de Miguel lo llevaron lejos de allí un momento después y supo que tendría que hacer una visita diferente, una especial, pero todavía no.

Quedaba tiempo, no mucho, pero suficiente para prepararse y enfrentar a aquel que hacía tanto tiempo que no veía.

Era hora de tender puentes por el bien de la humanidad y de cada uno de los tres mundos.

Era hora de encontrar el único camino que les llevaría a la paz, incluso en el caos que desataría el Apocalipsis.

»Pronto —se dijo—, muy pronto.

Capítulo 25

De vuelta al lugar en el que empezó todo, con Arock al otro extremo de la sala en silencio. No había risas ni comentarios, permanecía a una distancia prudencial de ella, protegiéndose, como si le tuviera miedo o no quisiera dejarse seducir por la oscuridad que tenía bien oculta en este momento en su interior.

Nadir se revolvía al otro lado de la puerta, mientras el desconocido posaba las palmas de sus manos en ella, con los ojos cerrados y sentía todo lo que pasaba al otro lado.

Todavía no había hablado de su identidad, pero ahora que empezaba a pensar con mayor claridad, percibía que estaba emparentado con ella. No sabía de qué manera, aún. Su padre estaba muerto, su padre biológico, Uriel le había explicado que su madre había acudido a él en busca de protección tras la muerte del hombre. No conocía los detalles, pero de pronto el puzle empezaba a resolverse ante sus ojos. Había mucho más de lo que sabía, allí al alcance de su mano y lo descubriría. Su hermano había muerto, Uriel tenía la constancia de ello. Lucifer los había asesinado y le había mostrado sus cuerpos, ellos habían sido el principio de su condena. No podía ser el hermano que había perdido, aquel niño que no había sobrevivido. No podía ser. Y su madre... había muerto el mismo día que su hermano.

Tocó las flechas que llevaba pegadas al muslo. Tres flechas, tres pérdidas, tres venganzas. Su demonio clamaba justicia en su interior, ella lo necesitaba. Con devoción, con necesidad. No podía evitarlo. Quería matar y bañarse en la sangre de los asesinos de su familia.

De Lucifer.

Pero estaba en deuda con él y no podía hacer nada para evitarlo. Gruñó, ¿por qué mierda había ido a salvarla? ¡Todo sería más fácil si continuaran siendo enemigos!

—Tranquila, nena —dijo Arock abriendo los ojos y mirándola fijamente—. Todo está bien.

—Nada lo está.

¿Acaso no era capaz de ver que todo a su alrededor se iba desmoronando lentamente?

—Tu hermano está más tranquilo, en palabras de Uriel. El sello de Pandora ha dejado de vibrar y el oráculo sigue desaparecido. Está todo en calma, no te estreses. Todo saldrá bien.

¿Y el borde afilado de dolor que se escurría entre sus palabras? ¿También estaba bien? Trataba de ser el de siempre, pero ella veía más allá de su pose artificial. Estaba sufriendo.

Desesperadamente. Le dolía tanto que le costaba seguir en pie. Todavía podía ver los rastros de las lágrimas en su rostro, a pesar de que se había lavado y ya no se percibían a simple vista, había que escarbar un poco más en la superficie. Todavía podía sentirlo, los restos de la armadura que su

propio demonio le había concedido, seguían sobre su piel, enlazándolos. Había tratado de quitársela, pero de algún modo, había permanecido con él. Protectora, mostrándole lo que había oculto, muy profundo, en su corazón.

Protegiendo sus más íntimos secretos, evitando que cualquiera pudiera llegar a él. Como si el desconocido hasta el que Nasla había guiado a los otros, que ahora estaba compartiendo el mismo espacio que ellos, pudiera llegar allí dentro y ella quisiera impedirlo.

Había algo que la impulsaba a proteger a Arock, a pesar de todo.

—Siento lo que te hice, no volverá a pasar —dijo Cassandra antes de poder evitarlo. No debería haber pronunciado las palabras, su obligación como demonio de la venganza era odiarlo por haberla desdeñado, pero en lo más profundo de su corazón sabía que no sería capaz de ello.

Arock era demasiado importante para ella. Aquel caído se había sumergido en lo más profundo de su alma, exigiendo su lugar y no podía expulsarlo. No quería hacerlo. Hacía mucho tiempo que no sentía nada parecido por nadie. Quería conservarlo para siempre allí, a pesar de las distancias o que él no deseara volver a tocarla, quería mantener viva esa agradable sensación de saber que su corazón pertenecía a alguien. Que amaba por propia voluntad y no como una semilla maligna robada de aquellos que habitaban a su alrededor.

—Olvidalo —dijo Arock tenso. No logró simularla, a pesar de sus esfuerzos. No sabía si la odiaba o si tan solo era odio hacia sí mismo. Fuera lo que fuera dolía y a la vez la sanaba. Había más en el caído de lo que dejaba ver y mucho más en sus sentimientos por ella.

Suspiró.

—No debería haberte forzado. Tengo más fuerza de la que... —sacudió la cabeza sin terminar su enunciación. Era mejor no seguir por ese camino.

Su interlocutor la miró con dolor, anhelo y cierta dosis de ternura que le heló el aliento en la garganta y la hizo toser. ¿Arock no sentía? No era cierto, lo sentía todo. Todo.

—No fue así como pasó, Cassandra —su nombre surgió en apenas un murmullo. Si su sentido del oído no se hubiese afinado en los últimos días, probablemente no podría haberlo escuchado.

El desconocido la miró con intensidad, después se giró hacia el caído y posó distraídamente las manos en las empuñaduras de sus armas.

—Alerta. Tenemos visita.

Arock optó por su pose de batalla, las alas preparadas a su espalda para despegar en cualquier momento o ser usadas como un arma letal, mientras sus manos se dirigían a sus armas. Sin rozarlas, pero lo suficientemente cerca como para desenvainar en menos de un segundo. La armadura que apenas custodiaba su cuerpo, creció sobre él, lenta y protectora, ante la sorpresa del caído, en cuyos ojos brilló la sensación apenas un instante, hasta que logró disimularla.

Cassandra sintió una gran satisfacción mientras los dones de Venganza se desataban, fieros y letales, pero controlados. No era un demonio salvaje, era uno seguro, capacitado para una batalla cruenta, pero sin perder su corazón compasivo.

Las flechas vibraron en su muslo y el arco se calentó. Nunca había disparado de esa manera, pero sentía que sería capaz de hacerlo. Una voz lejana parecía susurrarle:

«Hazlo. Termina con ella. Elige, Cassandra. Reclama tu derecho a hacerlo».

Odiaba que se metieran en su cabeza, pero se sentía reconfortada, como una luz cálida que la recorría por dentro. Miró al hombre que los había salvado a todos, ese conocido que a la vez le resultaba tan familiar y preguntó en silencio si había sido él.

Solo le devolvió una sonrisa.

—Atenta. Ya viene.

El viento pareció susurrar aquella palabra no dicha:

«Decide».

El oráculo apareció ante los tres en una densa nube de humo. Sus manos se elevaron y empezó a recitar su profecía.

—Todos perecerán a manos de los pérfidos hermanos: Pecado, Venganza y Pesadilla. Tres que ya están aquí. Su sangre es la llave. La traición someterá a la existencia a tiempos de oscuridad. La libertad del pueblo terminará con el reinado de...

La flecha surcó el aire silbando y se enterró profundamente en el corazón de la mujer, cortando sus palabras, haciéndola retroceder, sorprendida y agradecida a la vez.

Borbotones de sangre salían por su boca, mientras Cassandra, con una mirada oscura y satisfecha, con Venganza en la superficie pronunciaba.

—Pobre oráculo, no viste esa venir, ¿eh?

Cayó a sus pies, inundando de sangre el suelo de la cámara.

—Nadie va a pronosticar nuestro futuro. El destino no existe. ¡Nosotros elegimos qué hacer! No voy a ser un títere en tus manos y no permitiré que nadie más lo sea.

—Acabas de firmar tu sentencia de muerte —dijo de forma entrecortada la mujer—, has desatado... has... el final... —trató de alcanzar la esperanza, trató de aferrarse a ella. Tocó la puerta, la caja—. Todos... moriréis.

Cassandra negó, la miró con pena, se acuclilló a su lado.

—No, oráculo. Nadie morirá. No vamos a permitir que nadie nos diga qué hacer. Vamos a tomar decisiones, nos equivocaremos, pero juntos vamos a prevalecer. En esta guerra no hay bandos contrarios, todos lucharemos por el bien común, ¿me oyes? No son los ángeles o nosotros. No son los demonios quiénes deben ser erradicados. Juntos encontraremos el modo de alcanzar la paz.

Tocó la frente de la mujer que exhaló su último aliento.

—Descansa en paz y sé libre, por fin.

Arock la miró estupefacto.

—¿Qué has hecho?

El desconocido la miró, sonrió y asintió:

—Acabas de vengar a nuestro padre, hermana. Justo como él habría deseado que lo hicieras —le

tendió la mano y tiró de ella hacia a él, hasta tenerla entre sus brazos, con mimo y cariño la achuchó

—. Siento el orgullo que habría sentido él.

—¡Ha asesinado al oráculo! —dijo Arock totalmente estupefacto.

El hombre negó.

—Ha hecho una declaración de intenciones, caído. Justo como en otro tiempo hizo nuestro padre

—se dirigió a ella—. Lucifer es un aliado a nuestra causa, todos anhelamos lo mismo.

—Es y no es Venganza —dijo ella con cierta sorpresa—, pude sentir que el Oráculo anhelaba la libertad. Dejar de ver mil destinos posibles, dejar de sufrir por el Apocalipsis. Quería descansar.

—Así es —reafirmó su hermano—. El oráculo ha sido liberado y pronto los sucesos surgirán como fueron escritos al principio de los tiempos, no necesitamos ser guiados hasta ellos, se desarrollarán como deben ser. En función de las decisiones que tomemos.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó en un susurro Cassie.

—Aidan —murmuró él, acariciando su mejilla—, aunque algunos me llaman Pesadilla.

Arock ahogó una maldición.

Pecado, Venganza y Pesadilla. La perdición del mundo, esas habían sido las palabras del oráculo.

—Todo decreto tiene dos formas de verlo, caído —dijo Aidan—. No leas de forma literal las palabras del oráculo.

—Os habéis vuelto locos. ¡Habéis destruido el primer sello! No sabemos qué repercusiones puede tener en...

Pero de pronto estuvo claro, el sello de esperanza empezó a vibrar con fuerza, la caja se abrió y una luz brillante surgió de su interior. Aidan y Cassandra lo recibieron con respeto, custodiándolo con cariño, Arock se acercó a ellos.

Cassie tomó su mano.

—Ten fe, Arock. Confía en mí, todo saldrá bien.

Pudo ver en los ojos del hombre que ya amaba la duda, pero también la decisión, cuando se aferró a ella con fuerza, cerró los ojos y dejó que la tan positiva emoción lo llenara. Los tres se embebieron de la luz, del futuro lleno de felicidad, del perdón, del miedo dejado atrás.

Esperanza era todo lo que necesitaban para tener fe y ganar esa batalla.

Y quizá incluso para abrazar el amor, ese que ya habían encontrado, pero que ninguno de los dos se atrevía a disfrutar.

Arock había visto la flecha a cámara lenta. Sabía lo que iba a pasar, pero no se atrevía ni a pensarlo. Quizá debió interponerse en su camino, proteger al oráculo, pero no fue capaz de mover ni un solo músculo. Tan solo podía observar a la mujer que se había convertido en algo más importante que una mera amante, una compañera de batalla o una amiga.

Cassandra era todo, incluso más de lo que en otro tiempo había sido su compañera designada. La anhelaba con desesperación, deseándola y ansiando una mirada de verdadero amor. No podía entregarse a ella, no de esa manera, no la merecía. Su vida tenía que ser una condena, no podía estar llena de dicha.

Su hija... su preciosa hija que ya nunca más volvería a reír.

Merecía su duelo eterno, su tristeza, el castigo autoimpuesto.

El sello de Pandora se rompió, liberando aquella luz. Esperanza. Lo sintió, lo atravesó, llenó cada rincón de su mismo ser. Todo él anhelando tomar un poco más, como si fuera un empático adicto, como la mujer que vivía, respiraba y permanecía a su lado, sin soltar su mano y como aquel otro, el hermano muerto que estaba muy vivo y que parecía tener respuestas que todos ellos desconocían, incluso el mismísimo Lucifer.

Todos sus pensamientos quedaron opacados por aquella risa. La reconocía, su pequeña estaba allí, tan cerca. Si estirara la mano podría tocarla.

No, era un imposible. Apretó los dedos, tornando su mano en un puño. No estaba allí, estaba solo, total y completamente solo. Su hija había muerto mucho tiempo atrás.

»Papá, te quiero.

»Por favor, no juegues con mi corazón. No así.

Se suponía que la esperanza era lo mejor del mundo. Encerrada en el fondo de la caja, no había podido escapar, como los males. Quizá, no había querido hacerlo, sabiendo que más tarde sería necesitada.

Hoy lo era.

»Soy yo, papi —dijo la voz de su hija. La vio, allí delante de él, con aquella bonita sonrisa que lo volvía loco de amor y la ternura que la caracterizaba. Llevaba un bonito vestido blanco, estaba descalza, tan inocente como cuando había muerto, pero con una paz que no parecía propia de una

niña tan pequeña—, soy feliz. Estoy bien, vivo con los ángeles en un lugar precioso. Tengo un conejito que siempre me acompaña, es cariñoso y muy suave. Jugamos juntos, papá. Y tengo una habitación tan bonita como la que tú me hiciste, aunque te echo de menos. Gabriel dice que algún día volveré a verte, que tengo que ser paciente y esperar.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas. Su hija, ¿podía ser cierto? ¿Podía estar allí?

»No llores, papi. Tú nunca lloras, eres muy fuerte —no saltó a sus brazos, quizá no podía hacerlo, tan solo era una visión. Le dolían los dedos por tocarla, por tenerla más cerca, aspirar su aroma, besar su frente y acariciar su pelo. Quería tenerla de nuevo pegada a su pecho y escuchar los latidos de su corazón.

»Te quiero, hija. Te quiero, Estrella. Te echo tanto de menos.

»Papá, siempre estoy aquí. Te veo y te cuido. No me gusta cuando estás triste, Rafael dice que has encontrado a una persona especial, pero que tienes miedo de quererla. Tienes que hacerlo, no quiero que estés solo.

Arock no entendía nada, pero no le importaba. Solo quería mirarla, escucharla un poco más, quedar ligado a ella para siempre. Dejaría todo, renunciaría a todo, por tenerla a su lado otra vez.

Si la hubiera protegido mejor, si no hubiera confiado en la mujer que debería haber arriesgado todo por ella. Si no lo hubiera hecho... Estrella había muerto por su culpa.

»Siento no haber estado a tu lado —se disculpó de corazón. Era su protector, quién debería haberle evitado todo el dolor del mundo—. Lo siento tanto, cariño.

Estrella miró a un lado y sonrió, asintió y se dirigió a él otra vez.

»Miguel dice que ya tengo que irme, pero que nos veremos pronto. Dice que cuando aceptes tu auténtico destino, volveremos a encontrarnos. Dice que abras tu corazón y que no tengas miedo. Recupera la fe, recuerda quién eres.

»¡No te vayas, Estrella! Por favor...

Pero por más que suplicó, por más que rezó y pidió a Dios que le diera unos minutos más, la imagen se desvaneció dejando el eco de la risa de su hija.

Una imagen de Cassandra y él riendo felices con un bebé tratando de caminar y cayendo sobre su trasero, para volver a levantarse y reír con ellos, se presentó a continuación. ¿Un vislumbre del futuro? ¿Una promesa?

¿Sería capaz de dejar a un lado todo el dolor y aceptarlo?

La imagen de sí mismo se giró hacia él, lo miró.

»No sueltes su mano, todo saldrá bien. Mereces esto —señaló a su familia—. Es lo que siempre estuvo en el futuro para ti, Arock. Recuerda quién eres. Recuerda el perdón.

La luz descendió, lentamente, todas las imágenes desaparecieron y tan solo los tres permanecieron mirándose unos a otros. La emoción reflejándose en los ojos de los tres mientras el

llanto infantil de un bebé los sacaba de su estupor, haciéndolos mirar dentro de la caja.

Fue Cassandra quien tomó a la criatura en brazos con ternura y le besó la nariz. Los miró con una sincera sonrisa y se fijó en Arock:

—Es una niña.

Capítulo 26

—Está hecho —dijo Miguel observando la enorme pared que reflejaba un camino hacia otra dimensión—. Ha llegado la hora.

Atravesó el portal y apareció frente a Lucifer. Portaba tan solo su túnica y su aspecto real. Sabía que lo reconocería.

Se enfrentó a él, que estaba en su trono con su compañera al lado y sus hombres custodiándolo.

—Después de tanto tiempo, volvemos a encontrarnos.

El líder del averno se levantó y se lanzó hacia él, en pose amenazadora.

—¿Cómo te atreves a pisar en mis dominios, arcángel? No eres bienvenido aquí.

Desapareció, apareciendo un poco más allá, libre del estrangulamiento. No podía matarlo y los dos lo sabían.

Lucifer gruñó. Miguel sonrió.

—Tenemos asuntos que nos incumben a los dos. El sello de Pandora se ha roto, tenemos que llegar a un acuerdo.

—No es asunto tuyo. Está en mis dominios, yo decidiré qué hacer.

—No debes. A veces la luz y la oscuridad han de reunirse para tomar decisiones. El Apocalipsis se aproxima, Lucifer, pronto el mundo tal y como lo conocemos cambiará. ¿Consideras apropiado continuar una vieja guerra que jamás debió comenzar? Eres la luz, el lucero de la mañana, nuestro padre te bautizó con la mayor capacidad de amar que ha visto el cielo.

—Nuestro padre me desterró. ¡Me expulsó de mi hogar! ¡Me arrebató la posibilidad de amar!

—Y sin embargo amas. Tu hermano, tu mujer —hizo un gesto abarcando todo el lugar—. Tu reino.

—No gracias a él, ni a ninguno de vosotros.

Miguel vio cómo el antaño amigo le daba la espalda, regresando a su trono, con porte regio y distante. No estaba dispuesto a dialogar, todavía no, pero lo estaría. Él mismo se daría cuenta de que había cosas que había que sacrificar, por el bien mayor.

Por el equilibrio del mundo.

Incluso para conservar su amado trono.

—Cuando estés listo para ver de verdad lo que está pasando, recuerda que Haziél, líder de guardianes, guía eterno, ahora caído, está listo para aceptar su misión.

—¿Quieres que le entregue la esperanza y me deshaga de un fuerte aliado a mi causa?

—Pronto descubrirás que ella estará mejor muy lejos de ti. Tiempo al tiempo.

Se quedó pensativo mientras aquel al que tanto había respetado en otro tiempo, lo miraba con fastidio. Lucifer siempre había sido un poco diferente a todos ellos. El primero y más querido, el que perdió su camino. Eso era lo que todos decían, lo que creían, pero Miguel a menudo se había preguntado si Dios no habría escogido mucho tiempo atrás por él. Si no habría forjado aquella traición o si, en el fondo, ni siquiera había sido traicionado, porque era lo que había demandado para Luzbel en primer lugar.

Que se alzara con el poder del submundo, otorgando al equilibrio un guerrero fiel y sagaz, capaz de enfrentar cualquier afrenta y vencer cualquier guerra.

El único de todos ellos con la fuerza suficiente para gobernar en el averno.

—Nunca me han gustado los enigmas, Miguel.

Sí, eso era cierto. También sabía que no era muy querido por él, no después de que a lo largo de los siglos había interferido muchas veces en su contra, liberando a aquellos que habían llegado bajo su cargo.

Nadie podía reprocharle nada, de todos modos. Ambos sabían cómo eran las cosas y les gustara más o menos, tendrían que respetarlo.

—Esperanza no es una guerrera ni un ente abstracto, es una persona. Una criatura, al igual que todos aquellos que escaparon en otro tiempo.

—¿Y pretendes que la envíe con tu guardián caído? —Negó—. Arcángel, te has vuelto completamente loco.

Sus ojos destellaron en un tono rojo intenso, una muda advertencia de que su paciencia estaba llegando al límite.

—Llegarás a la misma conclusión que yo por tus propios medios, solo te ofrezco la posibilidad de dejarla en buenas manos.

—Tú y tus intrigas —rezongó Luke, Nala se acercó a él y lo rodeó por la cintura con sus brazos, apoyándose en él. Su gesto se suavizó, a pesar de que en sus ojos se mantenía la fiereza. Vio cómo la mujer lo besaba en la espalda, en esa minúscula porción de piel entre las alas y él la acariciaba casi sin darse cuenta, en un gesto automático que lo volvía vulnerable, pero el más fuerte de los líderes a la vez.

Lucifer había cambiado.

Ellos se habían equivocado al negarle a Luzbel el amor, quizá habían precipitado su caída de forma cruel.

Y con él la de muchos hombres y mujeres inocentes que lo habían seguido y luchado por su causa.

—La esperanza no pertenece al averno y tampoco al cielo. Los dos lo sabemos. Debe ser

custodiada en la tierra, pues allí es donde moran todos los males del mundo.

Nala resopló, irónica.

—Claro, claro. ¿Cómo no? ¡Pobres humanitos blandengues!

Luke sonrió al escucharla, la atrajo a su lado y extendió su ala derecha para acercarla un poco más a él y arroparla.

—Ya has escuchado a mi mujer. No cree que los humanos la necesiten, Miguel.

—No digo que la necesiten, pero si los males que abandonaron la caja moran en la tierra, justo que es que la esperanza también lo haga.

Uriel dio un paso adelante, miró a Miguel por primera vez desde que había caído voluntariamente.

Lo echó de menos un millón de veces desde esa decisión, pero veía en él la paz con el camino elegido. No solo estaba donde quería estar, sino al lugar al que pertenecía, junto a su hermano. Eran dos partes de un todo, siempre lo habían sido, y al fin podía ver la ilusión, el amor y la esperanza en los ojos del que en otro tiempo había sido un fiel aliado, un buen amigo y el mejor arcángel del verdad. El único.

—No es posible tomar una decisión sin saber exactamente qué ha pasado. Cassandra, Arock y Aidan están custodiando el sello. ¿Estás seguro de que se ha liberado?

—¿Acaso no has sentido la sacudida en las entrañas, arcángel de la verdad?

Uriel tragó saliva, sin querer admitir o negar nada. Permaneció impasible ante él, sin apartar la mirada.

Miguel sonrió, no esperaba otra cosa de él. Apoyaría a Lucifer hasta el final y todos arriba lo sabían.

—No exijo una respuesta hoy ni mañana, solo una reflexión —terminó dirigiéndose una vez más al líder—. Consúltalo con tus consejeros, con tu mujer, con tus amigos, con tu hermano y piensa bien en tus acciones, porque de lo que hoy decidamos, dependerá el mañana. No nos queda mucho tiempo —susurró—, el Apocalipsis es un hecho y cada vez está más cerca.

No esperó a escuchar una respuesta, no la necesitaba. Nadie podía jugar con la voluntad de los demás, ni imponer su norma, tenían que esperar, tenían que luchar juntos o perecer, pero lo harían. Al final encontrarían una solución, ¿la correcta? ¿Y quién sabía cuál era la mejor?

Al fin y al cabo los cambios asustaban, pero a veces... A veces hacían del mundo un lugar mejor.

Cielo e Infierno enfrentados durante eones, ahora vivían un tiempo de paz. Equilibrados, opuestos pero con una larga tregua que había llegado con el mandato del líder actual.

Luzbel había desaparecido para dar lugar a un líder fuerte y capacitado. El único que desataría sobre el mundo un reinicio capaz de hacerlos a todos ellos mucho más fuertes o arrasarlo con un devastador final.

Carlos sonrió más feliz que nunca en su vida. Se sentía más fuerte, más capaz, con Nadia entre sus brazos. Por primera vez en su existencia había hecho el amor con una mujer. Con ella, la única que hacía latir su corazón de forma casi desesperada, convirtiéndolo en un tonto enamorado y se sentía bien.

No era que fuera virgen, por Dios no. ¡Había estado con medio centenar de mujeres a lo largo de su vida! Pero no había habido sentimientos entre ellos, tan solo un acuerdo tácito de placer. A veces rápido, a veces más lento, pero siempre satisfactorio.

—Pareces muy satisfecho de ti mismo en este momento —se burló Nadia, que jugaba con el vello de su pecho.

—Es para sentirme así, llevo mucho tiempo tratando de seducirte y al fin lo he conseguido.

—¿Es eso lo que ha pasado aquí en realidad? —preguntó sin mirarlo a los ojos, como si estuviera pensando seriamente en ello. Su gesto se había oscurecido un grado y sonó bastante triste.

—¿Eso es lo que crees?

Nadia se encogió de hombros algo nerviosa.

—No lo sé, no sé qué pensar. Nunca había hecho algo así antes.

Carlos sonrió de pura dicha.

—Ambos sabemos que eso no es cierto...

Nadia le tiró del vello, obteniendo una queja de sus labios.

—Tonto.

—¿Por qué has hecho eso? Duele.

—Sabes a qué me refiero. Nunca he dejado a nadie llegar tan cerca de mi, emocionalmente. Eres un idiota.

Carlos sonrió. Probablemente lo era, pero un idiota feliz.

—Cariño, te quiero —posó dos dedos sobre sus labios acallándola—. No, no me interrumpas. No necesito que confieses tu amor ni nada parecido, te quiero y te llevo queriendo mucho tiempo. Desde la primera vez que te vi. Eres la única que ha sido capaz de cabrearme hasta sacarme de mis casillas, de asustarme como el demonio cuando supe que estabas en el hospital, inconsciente, sin reaccionar, excitarme cada vez que meneas ese terso trasero tuyo entre las mesas, repartiendo cerveza a ángeles tan salidos como yo. Haces que me sienta posesivo y capaz de derrotar a un gigante con tan solo mi dedo meñique. Me das todo lo que un hombre desea y algo más. Tu corazón es tan grande que estás dispuesta a sacrificar tu felicidad por la de los demás y yo... Sencillamente, no

puedo resistirme a ti.

—No puedes quererme, no hace tanto tiempo que nos conocemos.

—Doce meses, treinta y tres días y —miró su reloj, calculando la hora—, seis horas, veintidós minutos y diez, once, doce, trece...

Nadia se rio, lo besó cortando su cuenta y subió sobre su cuerpo, sin importar que la sábana rodara hacia abajo y sus pechos quedaran al descubierto.

Carlos se distrajo observándola, su cuerpo reaccionó de forma instantánea y ella lo disfrutó feliz.

—Creo que te mereces un premio, amiguito.

Descendió y besó su pecho, justo sobre su corazón.

—Te dije que te quiero.

—Lo sé —lamió su pezón—. Voy a volverte loco.

—Nadia...

—¿Mmmm? —No dejó su entretenimiento para mirarlo o contestar.

—¿Qué estás haciendo? ¿No tienes nada que...? Oh, Dios, Nadia. No. Para. Todavía no. ¡Nadia!

Su boca bajaba por su vientre mientras sus manos tomaban su sexo ya erecto y dispuesto para ella. Ahogó un gruñido de puro placer. Dolor y placer y más dolor...

Había algo que tenía que decir. ¿Qué era?

—Sí, justo... —sacudió la cabeza, tratando de concentrarse—. Nadia... cariño... sí. Sí.

Su concentración totalmente perdida, la mujer que lo atormentaba reía y lamía, lo acariciaba hasta descender por completo y tomarlo en su boca.

Gruñó, ansioso, necesitado. Tomó su cabeza guiándola sobre él, enredando los dedos en su pelo.

—No pares.

No contestó, pero sabía que no lo haría. Estaba tan cerca, tan...

Éxtasis total y pleno y mientras se dejaba llevar y ella lo succionaba hasta dejarlo seco.

Gruñó.

Rio.

Y estalló en carcajadas mientras tiraba de ella a su boca. La besó, sin importarle nada más. Rodó con ella sobre la cama y la miró con intensidad.

—Dímelo.

Nadia negó.

—No quiero y has dicho que no lo necesitas.

—Joder, Nadia. ¡Dilo!

Apretó los labios tozuda, negando una vez más con la cabeza.

Carlos la besó, hasta que la sintió débil entre sus brazos; la acarició.

—Dímelo, por favor. Quiero escucharlo, sé que estás lista para decírmelo. ¡Dilo!

—Te quiero, ¿vale?

La sonrisa que se formó en el rostro del hombre fue lenta y satisfecha, al fin lo había admitido y de verdad. En contra de su voluntad, pero lo había dicho.

—Oh, cariño. Tu cazador va a hacerte muy feliz.

—Más te vale.

—Sí, cariño. Tu cazador va a follarte que da gusto —dijo Borock desde la puerta simulando besitos y haciéndoles gestos obscenos con la lengua.

Carlos maldijo, Nadia dio un grito y se tapó con la sábana mientras el ícubo, partido de risa, los miraba a los dos.

—Se acabó la juerga, tortolitos. Salid de una vez de la cama, hay trabajo que hacer.

—Borock —dijo a modo de advertencia Carlos, al tiempo que su pupila entraba en la habitación.

—¿Por qué tardáis tanto? —observó la cama y sonrió complacida—. Vaya, ahora lo entiendo —se dirigió a Nadia haciéndole rechinar los dientes a Carlos—. ¿Ha estado bien?

Su mujer estaba tan roja como la grana, deseando ocultarse en algún agujero, él fulminó a los intrusos con la mirada.

—Salid de aquí ahora mismo.

—Vamos, no hay nada de lo que avergonzarse —dijo Borock—, es algo plenamente normal que una pareja sana disfrute del sexo. ¿O acaso no estuviste a la altura, amigo?

Desató sus feromonas sobre él haciéndolo sentir repentinamente más incómodo que nunca. Le lanzó una almohada.

—Largo de aquí ya, o te estrangularé con tus propias tripas.

Haziel se asomó, curioso ante el alboroto.

—¿Todo va bien? —Miró a Carlos a punto de explotar, el cazador quiso arrancarle las plumas.

—¡Largo todo el mundo!

Nadia rio nerviosa, no podía evitar su risa. Él mismo quiso reír por lo absurdo de la escena, pero no podía permitírselo. Reírles la gracia a esos dos solo los impulsaría a repetirlo en el futuro.

Borock fue el primero en salir silbando divertido con su mujer tras él, mientras Haziel se retrasaba un poco. Miró a la pareja y se sonrojó.

Carlos supuso que nunca había mantenido relaciones. Era un ángel después de todo.

—Haziel, ¿se puede saber a qué coño estás esperando? —exigió asustándolo como el demonio.

Incluso se tropezó con sus alas en el marco de la puerta por la prisa que se dio en salir. Cuando cerró la puerta tras él, su ceño fruncido se relajó, miró a su mujer roja pero feliz y no pudo menos que sonreír hasta terminar carcajeándose con ella.

No le cabía duda de que la vida a su lado y con esos amigos entrometidos que tenían, iba a merecer la pena.

Capítulo 27

Cassandra tenía a la niña en brazos y no quería soltarla. Por nada del mundo, sin importar quién quisiera arrebatarla. La llenaba de una paz desconocida hasta el momento, le daba algo que a pesar de no ser natural, era calmante, benévolo, la llenaba y la hacía sentir más joven, más liviana, llena de fe en un futuro junto al hombre que ya amaba.

Sin importar su identidad o lo que hubiera pasado entre los dos. Sin importar las maneras, solo pensando en la enorme felicidad que podrían alcanzar unidos.

No sabía qué habrían visto los demás cuando el sello se había roto y habían abierto la caja, incluso querer, la sangre del oráculo había terminado con la prisión, desatando el principio de lo que estaba por llegar; pero ella se había recreado en la verdad del pasado, en su presente y en lo que le deparaba el futuro. Había visto a su padre, a su madre, a Aidan, su recién descubierto hermano, ese que supuestamente había muerto siglos atrás y al que habían dado por perdido, el mismo que ahora estaba a su lado, en sus ojos el anhelo de tomar a la niña para él, llevársela lejos y custodiarla en su pueblo. No sería correcto hacerlo. La esperanza era luz, no debía habitar en las tinieblas. Lo sabía en lo más profundo de su alma.

El averno sería una prisión para ella, merecía lo mismo que le habían concedido en su infancia. Paz, libertad para descubrir quién era en un mundo un poco menos cruel que el de allí abajo, siempre en guerra.

Arock extendió los brazos en su dirección, pidiéndole sin palabras que se la entregara, que confiara en él. Lo hacía y sabía que el caído podría afrontar la separación mucho mejor que ella, pero no lo hizo. Negó con decisión y pronunció:

—No debe estar aquí.

El ángel sonrió lentamente, no a su manera nada-me-importa-una-mierda-y-soy-lo-mejor-de-lo-mejor, sino con comprensión. Reconociendo que había dicho lo correcto y que le permitiría intentarlo.

Aidan dio un paso hacia ella, sus ojos estaban velados por la necesidad de tomarla para sí y no soltarla jamás. Esa niña le daría a su pueblo justo lo que estaban buscando para alcanzar finalmente la paz. Con ella como aliada podrían lograr cualquier cosa.

—No te acerques más, no quiero hacerte daño —pronunció protectora, fulminándolo con la mirada.

Era su hermano, lo sabía muy dentro y ahora tenía la certeza. Esperanza se lo había mostrado. Esa visión del pasado en la que tras la escena de muerte mostrada a Uriel, Lucifer se había acercado

a las mazmorras, había mirado a su madre y a Aidan, les había abierto la puerta y los había dejado en libertad con una sola frase: «Que ninguno de ellos vuelva a veros jamás».

La mujer había agarrado a su hijo con fiereza y había salido corriendo, la habían interceptado poco después, gente de su especie, los suyos, aquellos que habían sido en otro tiempo leales a su padre y los había guiado hasta las mismísimas entrañas de la tierra para terminar atravesando un portal y manteniéndose lejos, muy lejos de allí. Aquel lugar no lo conocía, pero había escuchado en su cabeza las palabras que lo identificaban como lo que era: «La cueva del eterno descanso en el bosque de los malditos». Sin embargo, no había nada malo allí, tras atravesar la mística puerta, habían llegado a un lugar de paz, donde muchos demonios se reagrupaban y curaban a los heridos. Convivían en paz, lamiéndose sus heridas y preparándose para, en un futuro, reclamar su pueblo. El lugar al que pertenecían.

Había visto que incluso allí abajo, había gente buena, que solo deseaba prosperar. Una familia, un hogar, un trabajo decente... No era tan diferente a todo lo que habían conocido en la tierra.

Pero el averno actual era un lugar inhóspito, siempre en guerra. No se veían apenas niños, las familias estaban deshechas y gran parte de la superficie que habían ocupado las antiguas ciudades, derruidas o conquistadas por facciones del mal. Esas que jamás lograron atravesar el portal por desconocer la pureza, el bien, la necesidad de ejercer justicia equitativa para todos por igual. Ángeles y demonios, afines en lo más profundo de sus respectivos seres.

—Cassandra, dame a la niña —pidió Aidan. Una niebla negra empezaba a desatarse a su alrededor. Amenazadora.

Arock se interpuso entre los dos.

—No quiero matarte, pero lo haré si es necesario.

—¿Crees que podrías conmigo? —sonrió con un leve tinte de perversión. Su rostro había cambiado, sus colmillos estaban afilados y sus ojos tan oscuros como había visto los de Cassandra poco tiempo atrás en la tierra, adicta a las emociones humanas.

—Saca a la niña de aquí, nena. Vamos a tener fiesta.

—Aidan, sé quién eres. Sé por qué estás aquí. Quieres la paz para tu pueblo, una alianza con Lucifer, restaurar el equilibrio que se perdió antaño. No lo conseguirás así. Recapacita.

—Nuestro pueblo —la corrigió él—. Venganza liberará con sangre a los olvidados y se retornará el viejo mundo.

—No me toques las pelotas —espetó Arock—. Ahora Cassie, lárgate ya.

Y se lanzó hacia su hermano, conteniéndolo. La armadura que ella o su demonio o lo que fuera le había regalado, cubrió cada partícula de su ser, incluso su rostro y alas protegiéndolo frente a su hermano. Solo tenía una oportunidad.

Corrió por el pasillo que llevaba a la sala del trono, a toda prisa.

Dos hombres a los que quería en su vida estaban allí abajo, luchando, anhelando matarse el uno al otro.

»No pienses, no pienses. Solo corre.

Chocó con lo que pareció ser una pared de granito, pero tan solo era Lucifer. Un temblor recorrió todo su cuerpo.

—Tengo que sacar a la niña de aquí. Tengo que sacarla. Mi hermano se ha vuelto loco. ¡Va a matar a Arock!

Uriel no necesitó más, atravesó a toda prisa el pasillo, perdiéndose un poco más allá, donde se escuchaban los sonidos de la lucha.

—Esperanza —murmuró Luke con disgusto. Miró a Cassandra y ahogó una maldición—
Llévatela, antes de que mis hombres se amotinen, no puede estar aquí.

Parecía fastidiado, como si hubiera pasado algo que alguien hubiera anticipado y le jodiera sobremanera darle la razón.

—Tengo que alcanzar el portal.

—No hay tiempo para eso, solo siéntelo. Eres una empática, un demonio, este es tu hogar —
instruyó Lucifer—. Puedes transportarte con un pensamiento, lo has hecho antes. Recuerda la tierra,
deja que se abra el canal.

—No mates a Aidan, no dejes que lo maten.

Un músculo tembló en el rostro de Lucifer, con un asentimiento rígido.

—No morirá.

Minutos después Cassandra se encontró en su viejo salón, con una niña sonriente, que hacía gorgoritos y de pronto parecía tener dos años.

Cerró los ojos, aspiró el aroma a bebé y permitió que algunas lágrimas bajaran por su rostro. Ese anhelo olvidado tanto tiempo resurgió con fuerza. Su corazón lloró por la pequeña y clamó en silencio la oportunidad de criarla, de ser madre.

»Por favor, Dios. Por favor, ayúdame.

Era un demonio, pero también era hija de Él. Debía escucharla, debía guiarla.

El hombre barbudo, de avanzada edad que apareció ante ella con una sonrisa benévola, la miró con infinita ternura.

—Volvemos a encontrarnos, Cassandra. Así es como se supone que debía ser.

—No te conozco.

Ante sus ojos cambió de apariencia, mostrándole al hombre, ángel, arcángel o lo que fuera que la había desterrado en primer lugar.

—¡Tú!

—Sí, yo —confirmó, adoptando su autentica naturaleza—. Miguel, el arcángel guerrero —acarició la cabecita de la niña—. Me la has traído, ¿no es cierto? Tú sabes que aquel no es su hogar.

—Déjame criarla. Juro que me portaré bien, no tomaré más de la cuenta. Ni de ella ni de nadie más. Lo juro por mi vida. Por favor —las lágrimas rodaban por sus mejillas mientras suplicaba. No podía alejarse de ella.

—Sabes que no podrás cumplir tus palabras. Ahora estás influida por la esperanza, tu corazón rebosa de posibilidades, de un futuro lleno de todo lo que anhelas. Cassandra... —la miró de la manera en que un padre miraría a un hijo, mostrando todo el amor que éste podría mostrar por aquel, con todo el dolor que le producía saber que estaba a punto de hacerle daño—. Necesito que tengas fe, no necesitas a la niña para ver un futuro que te pertenece y que mereces.

—Solo lo dices porque quieres arrebatármela. He matado al oráculo, ya nadie podrá decirnos qué hacer.

Miguel pareció sorprendido un instante, pero asintió poco después.

—Fue tu elección, tú abriste este camino, Cassandra. Sabes que tienes que entregarla y sabes que todo irá bien. Tu hija, no esperanza, sino la niña que formará parte de tu futuro, está esperando impaciente a ser reclamada.

—¿De qué hablas, Miguel? No entiendo nada —abrazó a la niña un poco más, que la miraba con cariño, le tiraba de la trenza y trataba de llevársela a la boca.

—Gabriel custodia las almas de los niños que esperan pacientes en el cielo a ser reclamadas. Tu hija es tan impaciente como tú —sonrió—, muy impaciente.

Eso no era posible, se quedó en shock. Jamás había escuchado nada similar. Debía estar tomándole el pelo, para quedarse con la pequeña. Pero no... no...

—No quiero dártela.

—Pero igualmente lo harás —decretó muy serio—. Te llaman Venganza y tienes un papel muy importante en esta guerra, mucho más de lo que todos imaginan, incluso mis colegas de arriba, pero sé que a pesar de lo que hayan deparado para ti y tus hermanos, a pesar del dolor que ya has sufrido, sabes quién eres.

—Cassie —corroboró ella. Entendía sus palabras. Había nacido para ser Venganza, del mismo modo que Nadir había nacido para transformarse en Pecado, pero los dos podían gestionar esa parte de sí mismos, porque en esencia seguían siendo quiénes eran. Dos niños especiales criados como humanos. Se sorprendió entonces, cuando a su mente llegó la revelación—. Estás diciendo que mi hermano puede...

Miguel sonrió enigmático.

—No he pronunciado ni una sola palabra, Cassandra.

La aludida sonrió, de pronto sintiéndose más liviana, tenía esperanza no nacida de la niña que portaba en sus brazos, sino desde lo más profundo de su corazón.

—Pero lo has dicho. De algún modo, Nadir no está perdido. Él es quién era, como yo lo soy.

Le tendió a la niña, después de besar su frente y susurrar: «Siempre cuidaré de ti, cariño. Siempre. Si me necesitas, estaré ahí para protegerte».

Miguel asintió complacido, tomando a la pequeña en sus brazos. Besó su frente y sonrió.

—Lo has hecho muy bien, Cassandra. Juro por los cielos y todos los que habitamos allí, que será custodiada y protegida eternamente. Nadie podrá alcanzarla, tienes mi palabra.

Sintió profundo en su corazón la verdad de las palabras pronunciadas. La niña estaría protegida y en paz. En un lugar en el que nadie tomaría nada de ella y tan solo le darían felicidad.

—Asegúrate de que es dichosa, porque si no volveré a por ti y los tuyos y arrasaré con todo.

—No lo olvidaré —dijo con una sonrisa el arcángel— y ella será consciente de que una fiera guerrera del averno siempre la mantendrá protegida, junto al mejor de los ángeles guardianes.

—Arock.

El arcángel sonrió una vez más enigmático y con un gesto de despedida, se desvaneció con la niña.

Cassie regresó al averno, a la sala en la que su hermano estaba apresado y encontró a Aiden sangrando, Lucifer paseándose nervioso y Uriel tratando de tranquilizarlos a ambos.

Arock no estaba por ninguna parte.

—¿Papá? —preguntó con un sonido estrangulado.

Uriel entendió sin necesidad de decir nada más.

—No lo sabemos, Cassie. Alguien se lo ha llevado.

Entonces si sintió como si el suelo se resquebrajara bajo sus pies y se hundiera hasta las mismísimas entrañas de la tierra.

El hombre al que amaba no estaba allí, no estaba.

Perdió la fuerza de su cuerpo y sintió cómo caía al suelo, Aiden la atrapó antes de que recibiera el golpe. Cassie gritó y lloró. Suplicó que se lo devolvieran.

Instantes después Venganza se levantó dispuesta a arrasarse con todo y con todos.

No quedaría ni un solo traidor vivo.

Capítulo 28

No tenía ni idea de cómo había llegado allí. Un momento estaba peleando con Aiden, que había perdido el jodido coco producto de la presencia de aquella niña que había sacado a la luz cosas peligrosas para todos, y al siguiente se esfumó apareciendo en un círculo cerrado, rodeado por un montón de demonios con muy malas pulgas.

Observó los objetos y maldijo en voz baja.

Había sido invocado.

En realidad, sospechaba que no lo querían a él, sino a Cassandra. Pero al haber abandonado el averno para proteger a la niña, su esencia había quedado pegada a su cuerpo, en aquel fiero material que protegía su vida. Las armas de Aiden no podían traspasarlo y sus puños apenas parecían una caricia.

Venganza lo quería vivo y a salvo, lo que no dejaba de resultar curioso, teniendo en cuenta cómo se había portado con ella. Había estado tan perdido en su propio dolor, que no había previsto el de ella al ser rechazada. Pero no la había rechazado, anhelaba tocarla, tenerla entre sus brazos de nuevo. No sentía el rechazo o el dolor que otras veces, producto de su castigo autoimpuesto. Solo había revivido la muerte de la única persona que había tenido peso en su vida y había poseído su corazón.

Recordó la maldición de la madre que pretendía impedirle ser feliz, pero gracias a Esperanza había descubierto algo muy especial, que nadie, ni siquiera él mismo, podía truncar un destino brillante. Se merecía a Cassie y ella merecía que él la amara, que la venerara y la protegiera. Los dos se necesitaban mutuamente, esa paz que se daban cuando estaban juntos.

Él la había ayudado a aceptar todo lo que era y ella le había entregado la misma esencia de su ser, queriendo o sin querer, aunque sospechaba que una parte de ella lo había hecho a propósito. Uno se sentía bien siendo tan importante para alguien.

Incluso a pesar de que era eso lo que lo había llevado a este peligroso momento.

—Venganza se resiste a presentarse ante su pueblo para pagar la deuda de sangre que tiene para con vosotros —gritó una voz, señalándolo—, manda a su sirviente.

Le fastidió que lo llamara sirviente, porque no era un jodido don nadie y a Cassandra también le habría molestado.

—Cuidado con lo que dices, mariposa —espetó, listo para luchar si era necesario.

Su contrincante lo ignoró como si no hubiera pronunciado sonido alguno.

—Ella no os liberará. Está con nuestro enemigo. AYUDANDO A LUCIFER A DIEZMAR NUESTRO EJÉRCITO.

Un coro de voces a favor se elevó a su alrededor, Arock apretó con mayor firmeza sus armas en respuesta.

No iba a dejar que nadie se acercara a ella para dañarla, ni hablar. Era suya, el único que podía azotar ese terso culito era él.

—Me estás empezando a cabrear... —comentó en tono de advertencia—. No quieres verme enfadado, mariposa.

Una vez más, como si no hubiera dicho nada, siguió con su discurso. Arock empezó a sentir fastidio.

Primero, estaba hablando mal de su chica. Segundo, hacía como si no estuviera allí y tercero, le estaba tocando las pelotas, con aquel corrito de idiotas, coreando como si estuvieran en un jodido partido de fútbol.

—He dicho que te calles de una puta vez —arrojó una de sus plumas, que envueltas en aquella sustancia se volvían letales y le acertó justo en el centro de la frente.

Sonrió mientras su enemigo caía al suelo, repentinamente muerto. Mantuvo su arma agarrada firmemente en su mano derecha y sonrió a aquellos que lo miraron con instinto homicida.

—Ey, ey. No me digáis que no estabais hasta el moño de ese soso discurso. ¡Alguien que lo haga mejor, joder!

No hubo respuesta, se abalanzaron todos a la vez contra él.

—Si eso es lo que queréis... —se elevó en el aire, en un impulso rápido de sus alas y empezó a atacar y defenderse—. Yo estoy preparado para morir —dijo, a pesar de que le fastidiaría mucho que fuera precisamente hoy, cuando estaba tan cerca no solo de tener un auténtico idilio, sino de tener a su lado a una mujer mucho mejor que cualquier tontería de esas de compañeros designados. Cassandra había estado en lo correcto al asesinar al oráculo. No necesitaban que nadie les dijera cómo vivir sus vidas. Ya bastante difícil era hacerlo sin profecías ni mierdas—. Sí, nene. Algún día tenía que ser —espetó atravesando a uno de los tipos más desagradables que había visto en su vida. Apestaba y eso que estaba lo suficiente lejos como para no ser rozado por la viscosa sustancia que caía de sus fauces. Se estremeció. ¿Acaso no sabían lo que era una ducha?—. ¡Hay que lavarse, mierda! ¿Te das cuenta de cómo has dejado mi espada?

Dio un codazo a otro, esquivó una hoja que se acercó peligrosamente a su cuello y rodó por el suelo para alejarse en el último momento de una mole que pretendía aplastarlo. Atravesó a otro más.

—Pide explicaciones a tu amiguito por la suciedad, no es cosa mía. Espero que no se te infecte —dijo mientras bajaba la espada atravesándolo por la mitad—. Hacía tiempo que no me divertía tanto.

Recibió un golpe por la espalda que lo dejó atontado, se tambaleó, perdió el equilibrio.

—Oh, mierda. Es la hora de la lluvia de amor.

Y un montón de demonios se abalanzaron a la vez sobre él.

Un grito los hizo retroceder, casi de inmediato. Todos se llevaron las manos a la cabeza, tratando de cubrirse los oídos, mientras la mujer más sexy del mundo se elevaba sobre todos ellos, envuelta en fuego negro, con la pelirroja melena al viento mientras sus manos enviaban ráfagas de dolor a todos ellos. Trataron de lanzar armas, púas, mil poderes interrumpidos que absorbió como una esponja y devolvió elevados a la infinitésima potencia. Arock se incorporó, un poco apaleado y aplaudió.

—¡Eso es nena! Patéales esos traseros, qué buena estás. Voy a hacerte el amor cuando acabemos aquí. ¿Me oyes? ¡ME PONES COMO UNA MOTO Y TE QUIERO!

Se levantó ligero y se elevó luchando con fiereza, con diversión, haciendo chocar cabezas.

—Ay mi amor, te voy a dar lo tuyo, sí señor. ¡Asegúrate de dejarlos patitiesos, mujer!

Escuchó la risa de Cassandra mientras seguía peleando. Descendió junto a él en el mismo momento en que Harr, Lucifer, Uriel y los demás arrasaban con todos sus enemigos. Las mujeres corrieron a toda prisa, los niños se ocultaron y algunos hombres entregaron sus armas, ante el líder actual del Averno.

Aquellos que no se rindieron, perecieron bajo la espada de la justicia infernal.

—No disfruto asesinando a mi pueblo —dijo Cassandra en voz alta, dirigiéndose a los supervivientes, con su mano aferrando la de Arock—, pero no osaré que nadie toque a mi hombre. Jamás, bajo ninguna circunstancia. Astharot quiso matarlo y por eso murió. No quiero más muertes. ¡Dejad esta lucha sin sentido! Seguid por el camino de la justicia. Recuperemos el hogar que tuvimos una vez.

Aiden los miró a todos, estirándose regio, orgulloso. Asintió.

—Nuestra gente nos necesita.

—¡Nadie quiere a Lucifer aquí! —gritó un hombre—. Destrozó nuestro hogar, mató a nuestros hijos y mujeres...

—Era la guerra —dijo Cassandra—. Ha demostrado ser un líder capaz y justo. Ha dado la oportunidad de rendirse, de convivir de forma pacífica y hoy ha sido demostrado. Jurad lealtad.

Luke la miró no sin cierta sorpresa, hizo un gesto de asentimiento en su dirección, Arock esperó a que todos se inclinaran ante ellos y atrajo a su mujer a sus brazos, la besó, como había deseado besarla durante tanto tiempo, acarició su rostro, sin importarle que su lado más salvaje continuara en la superficie y acarició su trasero, pegándola lo suficiente a él como para que pudiera notar el efecto que tenía en su cuerpo.

—Te deseo y te amo. Quiero que seas mía, Cassandra. Me importa una mierda no ser tu pareja

predestinada y todas esas mierdas, te quiero a ti. Quiero lo que podemos tener juntos. Tendrás que tener paciencia conmigo, pero soy un amante espectacular y no siempre me volveré tarumba después de hacerte mía —tomó su rostro en sus manos, la miró con esperanza, una sonrisa y un abrasador calor—. ¿Que me dices? ¿Me das una oportunidad?

La risa de la mujer era rica, cariñosa y confiada, cuando asintió, lo besó y se aferró a él.

—Sí, tienes una oportunidad, pero lo demás... tendrás que ganártelo.

—No esperaba menos —dijo él tomándola en brazos, sin importar que todos estuvieran mirándolos. Le hizo un gesto a Luke, encogiéndose de hombros y le guiñó un ojo a Harr, instantes después se elevó en cielo con ella y dejaron muy atrás a todos aquellos. Hoy no importaba ninguno de ellos, solo los dos y un nuevo comienzo.

—¿Me contarás todo?

—Desde el principio de los tiempos.

Miguel carraspeó en la puerta de la biblioteca de la casa de Nadia, la nueva guardiana del conocimiento.

Biel estaba reunido con sus hombres. Con una parte del equipo que mantenía todo bajo control en la tierra. Estaba satisfecho del trabajo que estaban realizando. El demonio redimido se había convertido en un hombre leal al amor y a la causa. Su mujer estaba sentada en el sofá con su hija en brazos.

Cómo pasaba el tiempo, la niña ya tenía seis años. Era un querubín precioso y en sus manos, a pesar de su niñez, estaba el futuro de todos ellos. A pesar de que lo ignorara, incluso sabiendo que sus elecciones podrían llevarla por otro camino, el final... siempre desembocaba en el mismo lugar, de una manera o de otra. Aurora era la última esperanza del mundo, ni siquiera la niñita que él llevaba hoy entre los brazos, podría darle al mundo tanta fe y tanto amor. Tanta esperanza.

—Hazel —pronunció Miguel, llamando la atención del antiguo guardián. Pudo ver cómo se tensó al sentirlo, al mirarlo. ¿Esperando algo malo?—. Traigo tus órdenes, caído.

—¿Estamos bien? ¿Hay alguna emergencia? —preguntó Biel en su papel de líder.

Borock espetó guasón.

—Ay Dios, ¡un arcángel con un bebé! ¿Has dejado preñada a alguna angelita? Vaya tipo y eso que parece un sesentón.

Su mujer le clavó el codo en el estómago haciéndolo callar, se quejó sonoramente, frotándose la parte dolorida.

—Solo bromeaba.

Carlos lo fulminó con la mirada.

—Un poco de respeto —se arrodilló frente al recién llegado—. Disculpe a Borock, señor. Es un honor poder servirle.

Miguel sonrió. Los cazadores y sus modales, eran muy buenos y a la vez, tremendamente peligrosos.

—Levántate, muchacho. Traigo una misión para todos vosotros —decretó en voz alta mirando a los allí reunidos—. Haziel, guardián de guardianes, de hoy en adelante, serás el protector fiero y exclusivo de esta pequeña, portadora de la esperanza. —Miró a Carlos—. Tu destino es más grande de lo que piensas, junto a tu mujer, tenéis en vuestras manos la vida, felicidad y amor de esta pequeña. Os encargo su corazón, sed padres, sed amantes y protectores. Crecerá de forma diferente en la tierra, pero no sabemos de qué manera. Custodiadla como almas cándidas que sois —Se la entregó a Nadia—. Desde hoy tu hija.

—Bella —murmuró la mujer en voz baja, tocando la tierna carita y besando las manitas. Carlos rodeó a su mujer con un brazo y la atrajo a él. Besó a ambas y miró a Miguel—. ¿Qué se espera de nosotros? ¿Qué se espera de ella?

—Solo necesita amor y comprensión. Protección —dijo mirando a Haziel—. Es diferente a todas las demás. Tu juramento, guardián de guardianes. Lo requiero.

Haziel no se arredró, no dio un paso atrás, asintió y con una rodilla en el suelo, extendió sus alas y lo miró a los ojos.

—La protegeré con mi vida.

—No esperaba menos. Permite que tome a la niña en brazos —pidió el arcángel a Nadia—, será un momento.

En el momento en que Esperanza tocó a Haziel algo cambió. Ambos quedaron engarzados, uno en los ojos del otro. La niña sonrió, el ángel se volvió más intenso. Sus alas grises se tornaron más blancas, su corazón se llenó de dicha, de alegría, Miguel sintió todo ello y lo supo, aunque no podía decirlo con palabras, ni confesar los planes que el cielo en pleno tenía para ellos, planes que Haziel no podía conocer bajo ningún concepto.

Todo iba por el camino designado, como debió ser desde el principio.

—Que Dios guíe vuestra senda, que perdone vuestros pecados y os proteja.

Nadia tomó a la niña, ante un reticente Haziel, que terminó entregándosela. Biel se dirigió a Miguel una última vez antes de que este se marchara.

—¿Y los repobladores? ¿Qué hacemos con ellos?

Miguel dirigió su vista hacia la guardiana del conocimiento y sonrió.

—Tienes todo lo que necesitas al alcance de tus manos, hijo mío —volvió a mirarlo—. Pronto nos encontraremos de nuevo, me falta algo más que hacer hoy.

—¿Y la guerra?

—En marcha —declaró Miguel—. Todo ha empezado ya.

Capítulo 29

Una declaración de amor nunca era sencilla, pero tampoco tan dolorosa. Después de decirle a la mujer de su vida que la amaba y que no iba a dejarla escapar, había abierto su corazón.

»¿Tuviste una hija? —Había preguntado ella.

»La tuve —contestó él.

»¿Cómo murió?

Le había costado mucho relatar aquello, había titubeado, las lágrimas habían inundado sus ojos y de no haberla tenido en la cama junto a él, entre sus brazos, mientras ella lo acariciaba y le daba la fuerza necesaria para abrir su corazón, jamás podría haber pronunciado las palabras.

»Empieza mucho antes de eso, Cassie —había dicho—. En aquel entonces era un guardián, uno muy bueno. Me encantaba cuidar de los niños, atravesar el cielo volando a toda prisa, reír y jugar con otros compañeros alados, de diversos departamentos, no solo del mío, pero un día, jugando, fuimos a parar a la tierra. Había una mujer, era preciosa. Nada más verla algo despertó en mi pecho. Un sentimiento diferente, desconocido. Su aroma hizo que me volviera loco, que sintiera deseo. ¡Un guardián jamás siente pasión! No es que esté prohibido, es que nuestra naturaleza no es así. Es inconcebible. Debemos amar a todos por igual, ese es nuestro trabajo y nuestro sino. No se puede cambiar, pero sí podemos elegir. Igual que los humanos o como los demonios, gozamos del libre albedrío. Algunos arcángeles no lo sobrellevan muy bien, pero Lucifer abrió el saco de gusanos y muchos, después de él, hicieron uso de este beneficio. Yo entre ellos. La vi, me enamoré y decidí que era mía.

Entonces tomó aliento, porque lo necesitaba. Aquel principio de la historia jamás le habría hecho deducir cómo terminaría. Había sido un inconsciente y egoísta. Cassie se lo había puesto muy fácil.

»No tienes por qué seguir, Arock. Sé que esto es muy difícil para ti. Puedo esperar.

Besó su mano, sabiendo que aunque ella era generosa, necesitaba saber y él quería contárselo.

»No quería renunciar a lo que tenía. Me gustaba mi vida, pero ella también. Empecé a visitarla a escondidas. Para un guardián es fácil presentarse ante un humano con apariencia normal. Mis alas no desaparecen, pero sí puedo generar la ilusión de que no existen. Nunca supo qué era, al menos no al principio —tomó aire una vez más y se armó de valor—. Me casé con ella, viví con ella. Sabía que tenía un trabajo, pero nunca le dije cuál. Mi supervisor... bueno, hizo la vista gorda. Lo sabía, estoy seguro, pero nunca me hizo elegir. No me obligó a nada. Ella se quedó embarazada y fue el día más feliz de mi vida. Ese y cuando tuve a mi hija en mis brazos. Supe que tenía que tomar una decisión,

que no podía seguir llevando esa doble vida, ni engañándola a ella. Temía que la niña tuviera alguna característica angélica que desvelara la mentira y...

Cassie lo besó con ternura y se acurrucó más junto a él, no dijo nada. No necesitó que lo hiciera.

»Era un tiempo muy diferente, hace siglos. Lo desconocido se consideraba brujería. Hay que entender cómo pensaban para comprender por qué actuó como lo hizo. Cuando revelé mi condición se sucedieron los hechos. Ella se volvió loca, me acusaba de ser el demonio, me expulsó de su vida. Me alejó de mi hija. Mi pequeña Estrella. Era preciosa, tenía unos ojos tan azules como los míos y siempre sonreía. Tenía tres años cuando murió, casi cuatro. Iba a todas partes con esa muñeca de trapo, la tenía entre sus brazos cuando la encontré en un charco de sangre. Su madre la mató, quería resarcir sus pecados, que Dios perdonara su descaro de haber... fornicado con el demonio, esas fueron sus palabras exactas.

Arock estaba temblando. Temblaba porque le dolía tanto aquello, a pesar del tiempo que había pasado, a pesar de que todo había quedado atrás.

»La maté con mis propias manos y jamás me he arrepentido de ello. Me maldijo, dijo que nunca encontraría la felicidad y que si lo hacía, terminaría perdiéndola. Un pronóstico poco halagüeño.

»¿Sabes por dónde me meto yo los pronósticos?

Sonrió. Sabía muy bien la respuesta a esa pregunta, la besó.

»Merecemos esta felicidad, hemos sufrido suficiente.

»Arock... —buscó sus ojos llenos de confianza y un amor seguro—. Nunca olvidaremos a Estrella. No lo haremos. Si tenemos hijos, les hablaremos de su hermana y todo saldrá bien. Te lo prometo. No soy ella. Lucharé hasta mi último aliento por ellos y por ti.

Y Arock lo sabía. Sentado ahora en su sillón favorito tras aquel escritorio, supo que Cassandra era diferente, especial. Puede que el destino no le hubiera puesto su marca, pero no le importaba nada. Llenaba ese vacío que había en su interior y que lo dejaba helado en ocasiones, incapaz de moverse o reaccionar.

—Dime que no sigues pensando en lo que no debes —soltó su chica entrando en el despacho con un camisón transparente. El caído se relamió, su cuerpo reaccionó.

—No deberías pasearte así, Harr puede aparecer en cualquier momento y ver algo que solo me pertenece a mí.

—Que mire y se deleite, solo soy tuya.

—Pensé que no te gustaba el exhibicionismo —dijo Arock atrayéndola a su regazo.

Cassandra se encogió de hombros.

—No me gusta, pero tú haces que me olvide de toda mi cautela natural.

—¿Has hablado con Aidan?

Su mujer asintió.

—Lo hice. Pide disculpas por ponerse como loco por lo de la niña y dice que tenemos que hacer una elección importante como emisarios de paz.

—¿Tenemos? —preguntó Arock, sabiendo por dónde iban los tiros.

—Luke quiere que viaje por el averno con Aidan y consigamos aliados a nuestra causa.

—¿Nuestra?

—Ya sabes...

—Si todo acaba bien, si eso nos lleva a la paz, supongo que podríamos tenerlo en cuenta. Pero es una oferta solo para ti, me temo. Dudo que quiera que uno de sus mejores hombres, estratega sin igual, deje la guerra a su suerte.

Cassandra suspiró, le salió de lo más profundo del alma.

—Si lo hicieras, quedarte con él como hasta ahora, tendríamos que pasar mucho tiempo separados. No puedo dar la espalda a mi pueblo y no es por toda esa mierda del oráculo de que les daría la libertad, de verdad que no. Es solo que...

—Quieres salvar a Nadir, traer la paz y reencontrarte con tu madre, ¿no es así?

—Al parecer no es tan fácil que pueda reencontrarme con mi madre. La cueva cambia de lugar y una vez abandonas sus dominios jamás vuelves a encontrarla. Aidan está atrapado aquí, con nosotros.

—¿Cómo la encontró Nasla? —preguntó Arock, sin entender del todo.

Cassandra se encogió de hombros.

—No lo sé y ella no lo dice. Uriel dice que hay cosas que es mejor no remover. No sé qué verían allí, pero ninguno parece partidario de regresar por más.

—¿Qué dice Luke?

—Que tiene suficientes problemas sin abrir otra caja de Pandora. No sabemos qué puede haber tras esa puerta. Aidan dice muchas cosas, pero ninguno de ellos se fía tanto de él, como para jugarse el pellejo.

—¿Tú confías en él? —Le importaba su percepción más que ninguna otra, porque ella veía más allá que todos los demás juntos.

—Hay algo que no encaja, pero sé que busca la paz y puedo garantizártelo.

—¿Cuál crees que es su motivo?

—Quizá el mismo que el mío. —Lo miró con el semblante marcado por la preocupación—. Nadir.

Arock permaneció un instante pensativo. Podía ser que quisiera la paz y desatar a Pecado a la vez. Era Pesadilla, junto a Venganza y Pecado tenían una interesante función en la guerra, en palabras del oráculo.

Su sangre. Su poder. Su destino.

Vaya montón de mierda.

—Ya nos ocuparemos de todo eso cuando tengamos que hacerlo. De momento, vamos a decepcionar a Luckie.

—¿Vendrás conmigo?

—¿Acaso lo dudas? —preguntó divertido—. Supongo que su predicción se hará realidad: voy a traicionarlo, finalmente.

—Eso no es traición, ayudarás para que siga calentando con el trasero ese trono.

Arock rio, asintió.

—Puede ser, pero lo conozco. No lo verá así.

—¿Crees que Harr me odiará por apartarte de su lado?

—Harr te adora —soltó, sabiendo que era así. El sanador respaldaría su decisión y los apoyaría a la hora de enfrentar a Luke. No le cabía duda—. No te preocupes por él.

—Me preocupo por todo.

—Lo sé —admitió besándola en el hombro—. Pero te amo con todos tus defectos.

Cassandra le pegó juguetona.

—Yo no tengo defectos.

—Amas a un guardián caído, nena. Los tienes.

—Tú al demonio empático de la Venganza, estás chalado.

—Una loca y un loco defectuosos que se complementan. Hemos tenido suerte.

—Ojito con esa mano, caído, podrías perderla. —Rio mientras seguía explorando entre sus piernas.

—Ambos sabemos lo mucho que te gusta que te haga esto.

No contestó solo gimió.

—Quieres más, cariño. Te daré más.

Se levantó de su silla, con ella en brazos, sin dejar de besarla, de tocarla y se perdió en su habitación, sabiendo que ni mil vidas bastarían para que se hartara de ella.

Del dolor a la dicha más plena. Del más brutal desengaño al amor.

Verdadero, inesperado e inexplicable amor.

Eterno.

La niña rio en el cielo mientras escapaba de Gabriel.

—No quiero. No. No. No me pillas.

—Ya es la hora, pequeña Estrella. Vamos, ven conmigo. Te llevaré a ver a tu papá.

—¿Papá viene? ¿Dónde está? —se quedó muy quieta, su conejito peludo y suave muy cerca a su lado.

—Te está esperando, te echa mucho de menos. ¿Quieres ir con él?

La niña asintió vehemente.

—Pero el Señor Orejas viene conmigo.

—Trato hecho —dijo Gabriel con ternura. Era el lado más suave del arcángel, cuando llevaba esos mensajes de amor y cariño, al tratar con las almas de los niños.

La guió a lo largo del todo el camino y sonrió. En otro tiempo había juzgado a su padre duramente, pero con el tiempo le había mostrado que el amor lo valía, tendría que escuchar con más atención a Rafael, a pesar de que a él no le interesara cambiar de posición.

Era feliz cumpliendo su misión, tenía más amor del que podía abarcar. Todos aquellos niños.

—¿Me va a doler? —preguntó la niña mientras atravesaba las nubes con ella, estaba un poco asustada, pero Rafael apareció a su lado y le tomó la otra mano. Negó.

—Esto no duele, te gustará. Es algo cálido y especial. Cuando abras los ojos, pequeña, descubrirás que tu papá está de nuevo contigo y serás muy feliz, esta vez lo serás.

La pequeña se entregó confiada a ellos, que unidos la guiaron hasta que su alma se desvaneció en una fina lluvia dorada que cayó sobre los amantes entrelazados.

Ambos pudieron sentir el momento en que el corazón de la nueva vida volvía a latir. Una segunda oportunidad de amar y ser amado.

Los arcángeles se sonrieron, asintieron en silencio mientras enlazaban sus brazos y chocaban sus alas.

El trabajo estaba hecho, ya solo restaba esperar.

Un pequeño conejo blanco avanzó por el suelo del dormitorio con un mensaje de amor. Arock lo vio, incrédulo se asomó. El ojo rojo del conejo pareció brillar con una luz brillante justo antes de desaparecer y cuando el viejo guardián miró a su mujer lo supo.

Ella le había dado todo y juntos sobrevivirían.

No se trataba del final, sino de un nuevo comienzo.

El principio del auténtico y verdadero amor.

Epílogo

Aiden observó el cielo rojo, perdido en sus propios pensamientos. Había tomado una decisión al abandonar la seguridad del reino olvidado. Allí donde su madre y gran parte de su mundo permanecía. Había tomado una decisión largamente meditada. Había enviado el mensaje a la mujer de Uriel, sabía que era la única que podría escucharlo. Sentirlo y seguir el camino hasta él, liberarlo y traerlo de nuevo junto a su hermana y su hermano.

Había llorado por ellos durante siglos, junto a su madre. Había jurado que los salvaría y que los guiaría, que se convertirían en el reflejo de aquel padre justo que lo había sacrificado todo. Entregando su vida.

Sabía a qué renunciaría, a regresar a la oscuridad. Aquel portal ya no volvería a abrirse, pero su madre y todos aquellos junto los que había crecido, le habían dado su bendición y suplicado que restaurara el viejo mundo.

Lucifer no era un mal líder, lo había observado y había trabajado con él. No era demonio ni ángel, era algo intermedio, algo que le hacía mucho bien al mundo de allí abajo.

Líder natural. Respetaba eso, su función y liderazgo, su capacidad de visión. Su modo de regir el infierno con mano de hierro. Sus pactos y contratos, incluso su crueldad. Tenía una reina que se equiparaba a él en tozudez y soberbia. Tenía un hermano que sacrificaría todo por la causa, que lo respaldaría incluso en la muerte y luego tenía sus sellos protegidos.

Los jinetes, su hermano...

Cuando Nadir se liberara, y era algo que ocurriría muy pronto, Lucifer iba a tener que mostrar esa fuerza que lo caracterizaba, mientras su hermana y él atendían al hombre que era una parte profunda de sí mismos.

No debían rozar la esperanza, ni siquiera de lejos, porque pondría en peligro el mundo, pero el amor... El amor les daría las fuerzas que necesitaban y el arcángel le había entregado una complicada misión. Secreta, algo que debía ocultar ante los demás.

Observó a la mujer que descansaba plácidamente en su cama y acarició su rostro. Nadir era un hombre afortunado. Tenía una compañera esperándolo, su virtud era tal que casi le dolía rozar su piel, pero era el antídoto para la maldad que habitaba en el alma de su hermano.

Todos los pecados del mundo serían puestos a prueba pronto. Muy pronto. Y solo en las manos de Nadir, del verdadero demonio que compartía su sangre, estaba la capacidad de redención. ¿Qué sería más fuerte?

—Duerme, pequeña. Pronto serás reclamada, muy pronto.

La acarició, a pesar de que sabía que no le pertenecía ese derecho, pero lo necesitaba. Si tan solo pudiera amar como ellos, si pudiera encontrar la paz y enlazarse con su compañera...

Pero ni siquiera la sentía, debía estar lejos, muy lejos. Quizá durmiendo el sueño eterno, quizá en otra dimensión o tan solo perdida en un mar oscuro de tinieblas.

Tan oscuro como lo era él.

Suspiró, escuchaba la llamada de Cassandra, tenía que estar en su enlace.

Con un ángel, quién lo habría dicho.

Salió del dormitorio, cerró la puerta y se desvaneció. Pronto, muy pronto volvería. Otro sello iba a romperse, inevitablemente, y cuando eso sucediera él estaría preparado.

Emisario de paz y portador de muerte.

Pesadilla eterna y soledad.

Estaba maldito.

Pero no de forma diferente a los demás. Todos portaban la maldición de su sangre y juntos prevalecerían.

Puede que el Apocalipsis estuviera a la vuelta de la esquina, que el mundo fuera a irse a la mierda en cuestión de días, meses, años ¿siglos?

Pero... ¿qué importaba eso hoy, cuando lo único que le quedaba por hacer, era asistir a una boda y celebrar el amor?

¿Te ha gustado *Un demonio disfrazado de ángel?*

La serie **Algo parecido al amor** sigue las aventuras iniciadas en **Infernus Animae**. Si habéis llegado hasta aquí, seguramente ya conoceréis las historias de Biel, Uriel y Luke; para los que no las hayáis leído, podréis encontrarlas en: *Lo que deseas*, *Mi último deseo* y *Entrégame tu alma*. Todos ellos disponibles en Amazon.

Algo parecido al amor va un poco más allá. El Averno está en crisis, su líder trata de sofocar los núcleos rebeldes y la guerra ya ha dado comienzo. Después de las aventuras de Cassie y Arock, la ruptura del segundo sello y la cada vez más inminente liberación de Nadir, el Apocalipsis se acerca a pasos agigantados, lo que los llevará a unirse incluso a sus enemigos, para conseguir que Cielo, Tierra e Infierno logren sobrevivir sin demasiados daños. Por el camino, viviréis las aventuras y desventuras de sus protagonistas, desde demonios encerrados y torturados por el mal que llevan dentro, hasta la luz más pura que en forma de promesa, les será entregada a estos hombres que tanto han sufrido.

Si te gusta el romance paranormal, no dudes en visitar mi página y ponerte al día de todas las novedades y muchas cosas más:

<http://sashamiles.jimdo.com/>

Estoy a vuestra disposición a través de **Facebook**. Visita mi página de autora y pregunta todas tus dudas. ¡Te estaré esperando!

<https://www.facebook.com/sashamilescritora>

OTROS TÍTULOS DE SASHA MILES

Cuando lo pierdes todo y parece que solo te queda la resignación, el amor llega y se convierte en la auténtica salvación.



Diana no había tenido suerte en el amor, pero sabía que no debía cerrarse a nuevas oportunidades; por eso, cuando aquel guapo desconocido entró en su vida proponiéndole tres noches de fantasía, no dudó en aceptarlo. Y, de pronto, se encontró entre dos fuegos intensos: el de la pasión y el de aquel amor que podría convertirse en su perdición.

Daniel estaba acostumbrado a ir de una mujer a otra: una sola noche, un pacto entre ambos, toneladas infinitas de placer... pero siete años atrás su vida había dado un giro de ciento ochenta grados, cuando una maldita mujer de ojos verdes lo condenó a vagar una eternidad en forma de lobo.

Solo las noches de luna llena podrá ser hombre otra vez para encontrarse con ella: su compañera, la única que podrá poner fin a su maldición.

¿Podrá una simple mujer enamorarse del lobo y liberar al hombre de su triste condena?